

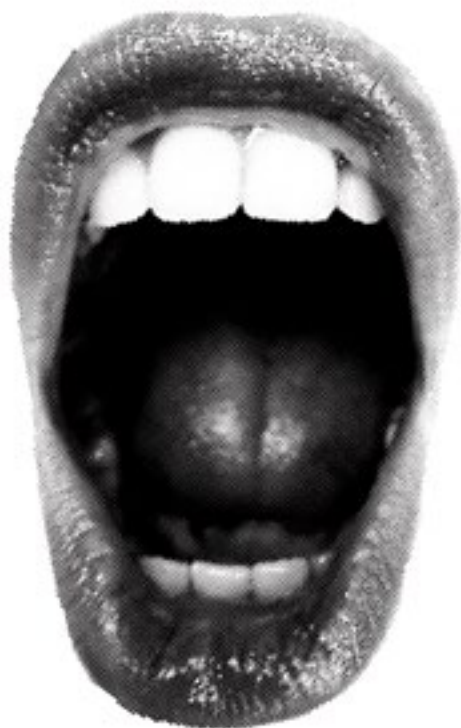
DRAMATURGIA ARGENTINA



**DANIELA GODOY
AMELIA UZÍN
MARÍA INÉS PROSDÓCIMO
MARÍA VIRGINIA ARIZTOY
SANDRA CAMILETTI
ELOÍSA TARRUELLA
TIKI MARCHESINI
EUGENIA HADANDONIOU
GLADIS GÓMEZ
GIMENA BLIXEN
CLAUDIA QUIROGA
SUSANA TOSCANO
CIELA ASAD
CLAUDIA PUGA**

ANTOLOGÍA V

La Colectiva de Autoras



ANTOLOGÍA V LA COLECTIVA DE AUTORAS

Esta antología fue realizada por la Comisión Editorial de La Colectiva de Autoras
en colaboración con el CELCIT.

Presentación, prólogos, revisión editorial y gestión a cargo de:

Equipo V Antología

Ciela Asad - Dana Botti - Judit Gutiérrez - Mónica Landolfi - Cristina Merelli

Ana Laura Pace - Claudia Quiroga - Sandra Silveyra

Diseño de portada

María Paula del Olmo

Boceto final y edición Celcit

Ana Laura Pace – Pablo Ianni

También integran la Comisión Editorial:

Roxana Berco - Sol Bonelli - Tatiana Sandoval - Analía Debernardi

Patricia Galotta - Amancay Espíndola - Lía Salas

Agradecemos a todas las compañeras de La Colectiva de Autoras por el trabajo que realizan de manera constante para la visibilización de nuestra producción autoral y al CELCIT (Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral) por brindarnos este reconocido espacio de publicación.

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2024

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

Por La Colectiva de Autoras

[COSAS Y CRÍAS PASAN](#) de Daniela Godoy (CABA)

[EL CAMPO ES ASÍ](#) de Amelia Uzín (ENTRE RÍOS)

[EL INGREDIENTE PRINCIPAL](#) de María Inés Prosdócimo (CÓRDOBA)

[UNA SABE DE ESAS COSAS](#) de María Virginia Ariztoy (TIERRA DEL FUEGO)

[EL REY DE RASQUÍN](#) de Sandra Camiletti (SANTIAGO DEL ESTERO)

[AMORAR](#) de Eloísa Tarruella (CABA)

[CRUCE DE BRASAS](#) de Tiki Marchesini (MISSIONES)

[OCHO ESPASMOS](#) de Eugenia Hadandoniou (CÓRDOBA)

[ESCRITO EN EL AGUA](#) de Gladis Gómez (CHACO)

[ESA OTRA MUJER](#) de Gimena Blixen (CABA)

[MINISTERIO DE LA SOLEDAD](#) de Claudia Quiroga (BUENOS AIRES)

[CON EL ALMA EN UN HILO](#) de Cielá Asad (BUENOS AIRES)

[ANDA JALEO](#) de Susana Toscano (CABA)

[ROJO BERMELLÓN](#) de Claudia Puga (CABA)

Las obras han sido publicadas por orden de llegada, sin realizar ningún tipo de selección para conformar las diferentes antologías. El trabajo se enfocó en la corrección ortotipográfica y el contenido corresponde exclusivamente a la creatividad de cada una de las autoras.

COLECCIÓN ANTOLOGÍA DE AUTORAS ARGENTINAS

A continuación, presentamos el trabajo realizado entre el Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral (CELCIT) y la Colectiva de Autoras de Argentina.

En tiempos de cambio de paradigma en donde los movimientos de mujeres trabajan activamente para modificar la realidad a partir de nuevas formas de organización, desde La Colectiva de Autoras acercamos al CELCIT la propuesta de creación de una serie de antologías con el propósito de dar a conocer el amplio universo contemporáneo de producción dramática de mujeres argentinas.

La Colectiva de Autoras es una organización independiente de instituciones, partidos políticos y del Estado, auto convocada con la finalidad de reflexionar y accionar sobre el desarrollo de nuestra tarea. El proyecto editorial se inicia luego de varias asambleas en las que se puso de manifiesto la desigualdad y falta de paridad históricas, aún existentes en las publicaciones de textos teatrales. Asumimos la tarea de edición, como un modo amoroso de aprender y darnos a conocer. Elegimos al CELCIT como plataforma de difusión por ser un centro de creación e investigación de gran prestigio, comprometido con la realidad del teatro latinoamericano desde hace 47 años.

Esperamos que este gesto compartido aliente a que las obras lleguen a nuevos escenarios e inspire a diferentes movimientos de dramaturgas de otras latitudes. Por ello, agradecemos al CELCIT la publicación de nuestros textos e invitamos a leerlos en la siguiente antología.

PRÓLOGO A LA ANTOLOGÍA V

Les presentamos con alegría una nueva antología de La Colectiva de Autoras. Son catorce textos en los que abundan personajes de mujeres, felizmente. Entonces son ellas las que se rebelan al mundo y a las normas establecidas con coraje, con humor, con furia, con singularidad, sensualidad, desacato y sobre todo, con benévola comprensión de las inequidades para bregar hacia la emancipación.

Nuestras autoras gozan de diversidad de estilos dramáticos y la necesaria pluralidad de sentidos, interlocuciones y territorios situados que abren un crisol de posibilidades de relatos nacidos de la observación de estos tiempos de ineludible expansión de derechos.

Vamos a introducirnos a continuación en la matriz de estas obras, en acotadas líneas, que nos permitan apreciar los temas que en ellas se entrañan:

Encontramos tres obras unidas por el humor: “El ingrediente principal” de María Inés Prosdócimo es una divertida comedia que cuenta la vida de un matrimonio añoso. El humor negro que aplica la autora crea situaciones hilarantes y conmovedoras. Asimismo, en la pieza “Amorar” de Eloísa Tarruella, una pareja joven relata toda su historia amorosa en un juego exquisito con el tiempo y la reconstrucción de sus recuerdos. En la obra de Sandra Camiletti “El rey de Rasquín” un grupo de teatro capitalino lleva una pieza de Eugene Ionesco “El rey se muere” a un pueblo lejano. En tono de divertida comedia, se evidencian todos los obstáculos que imponen las diferencias culturales, las luchas de poderes y el sometimiento a miradas políticas de las que a veces pueden quedar presos los artistas.

“Escrito en el agua” de Gladis Gómez manifiesta un drama en el que el río es protagonista de los destinos de sus personajes. La barca que los ayuda a cruzar es el vehículo que los enfrenta a su suerte y, de sus decisiones depende que Manzur y Zulema, sigan su sino en ámbitos violentos y embarrados en su propio lodo o que se salven de ese fatum para siempre. El drama reaparece en “Cruce de brasas” de Tiki Marchesini mediante un monólogo que cuenta la historia de Laura, una joven madre que desde el fondo de un simbólico pozo oscuro se plantea “el cruce de brasas” como un acto de valentía y coraje que la lleve a la salvación. “Una sabe de esas cosas” es la pieza de María Virginia Ariztoy en donde dos mujeres, Lily y Miry, confluyen en tiempo y espacio en una sala de espera de un hospital. También, aquí se apela a la valentía de abandonar un pasado difícil para buscar un nuevo camino de liberación. La pieza con aire de tango y nostalgia nos va sacando de la oscuridad hacia un futuro en donde los sueños pueden ser posibles y renuevan el erotismo con la vida.

En “El campo es así” con dramaturgia de Amelia Uzín se presentan los mandatos, las costumbres familiares y las tradiciones que se continúan sin oposición. La contaminación del suelo que desentierra una tragedia familiar. Aquellos que cuestionan o se oponen a seguir el camino trazado o rompen con lo establecido, pagan un precio elevado. En la obra “Cosas y crías pasan” de Daniela Godoy, situada en un pueblo pequeño, las cosas deben transcurrir como siempre y la figura paterna es la encargada de transmitir las normas. Aquí, es el hijo varón quien no logra adaptarse ni se siente comprendido, excepto por su única amiga. “Rojo bermellón” de la autora Claudia Puga atesora, precisamente, el color favorito de un personaje que no está, pero también habla del mundo de la protagonista, Gabriela, a través de la construcción de maquetas y puzzles de colores que nos cuentan, entre otras cosas, sobre los lazos familiares y el vínculo padre-madre-hijo. La convivencia de dos paradigmas muy diferentes tensiona la relación de Gabriela con Oscar. Se hace vívida la idea de cómo debe ser una madre sin dejar de ser una mujer.

“Ocho espasmos” de Eugenia Hadandoniou es un musical siniestro a partir de una

serie de experimentaciones biográficas con actrices y actores, en el que la idea de la muerte, el suicidio latente y la vida que se cuele desde afuera se entremezcla con los compases musicales de la canción Gloomy Sunday. La protagonista vive su encierro hundiéndose en un abismo ficcional en el que se siente como Alicia en el país de las maravillas, sumergida en un pozo donde el tiempo es implacable, anunciando un final que quizá no tarde en llegar.

Por otro lado, cuatro obras se hermanan para retratar jirones de vida en cuerpos de mujeres históricas y sublevadas: “Con el alma en un hilo” de Ciela Asad, un micro retrato de las últimas horas de vida de Eva Perón. La impronta poética se manifiesta en cada línea de la carta dictada por “Evita”, donde las palabras se convierten en hilos que desteejen el tapiz de su alma. Revela la efímera naturaleza humana, la pasión y sus profundas contradicciones, antes de que el telón caiga definitivamente. La pieza “Anda jaleo” de Susana Toscano reflexiona sobre España y su deuda pendiente: la exhumación de más de cien mil víctimas de la dictadura franquista. Por primera vez juntas: Bernarda Alba, Doña Rosita y Yerma, personajes emblemáticos de Federico García Lorca, van a dar sepultura a su autor. Las fuerzas del orden se presentan, y entre rejas, viven rencillas, competencias, confesiones, rezos, situaciones hilarantes y momentos tragicómicos. Convencer a los carceleros de que ellas son personajes, que no son reales sino fruto de la creatividad de su autor, no les resultará sencillo. “Esa otra mujer” de Gimena Blixen, es una obra creada para la narración oral. En ella, tres mujeres francesas: Marguerite Duras, Camille Claudel y Simone de Beauvoir, en un diálogo posible, se sumergen en vivencias que nos hablan del dolor, de las pérdidas, de las historias familiares, del amor, de la soledad y de sus orígenes. En esta pieza se entretejen la realidad de sus vidas y la ficción. Finalmente, en la obra “Ministerio de la Soledad” de Claudia Quiroga encontramos un texto que involucra las prácticas artivistas de la autora con pasajes de discursos de Michelle Bachelet en un texto poético y liberador. La protagonista se siente al filo de una cornisa antes de asumir un cargo político en el nuevo Ministerio, lo que la va a sumergir en incertidumbres y dudas sobre ella misma, llevándola a interrogarse y transitar su camino hacia la emancipación.

Resumidas estas piezas exquisitas, entendemos que, la misión de esta V Antología con sus catorce piezas editadas suma cuerpo a las ya publicadas a través del CELCIT y que, advertimos, alcanzan un total de cincuenta obras teatrales, conformando una colección esencial de la dramaturgia de autoras argentinas. Su formato virtual sigue siendo de descarga gratuita, otra de las maneras de garantizar la circulación de saberes y la democratización de los bienes culturales. Apelamos, entonces, a la lectura curiosa de quienes llegan a estas páginas y su fluido contacto con las autoras, si alguna de estas piezas resultara de interés para su producción.

Finalmente, deseamos que disfruten de esta recopilación tanto como nosotras lo hicimos en su edición. Además, en tiempos que empujan hacia el individualismo del “sálvese

quién pueda”, las autoras de la Comisión Editorial seguimos en manada alimentando el trabajo colaborativo y grupal, esencia del teatro-rito y bien cultural de la humanidad,preciado por ser, entre otras cosas, forjador de nuestra identidad colectiva.

¡Qué viva el trabajo colectivo!

¡Qué viva el Teatro Argentino y Latinoamericano!

Marzo, 2024

Claudia Quiroga - Mónica Landolfi - Sandra Silveyra - Judit Gutiérrez

Comisión Editorial Colectiva de Autoras de Argentina

COSAS Y CRÍAS PASAN

DANIELA GODOY (CABA)

danielagodoy84@gmail.com

PERSONAJES

PADRE / DON ALFONSO

MUCHACHA / INÉS

HIJO / ERNESTO

1.

EN LO DEL PADRE

PADRE. Se quedó callado.

HIJO. Me quedé pensando. La historia es triste.

PADRE. No piense tanto.

HIJO. ¿Qué pasó con el obrero?

PADRE. Horas después lo sacaron.

HIJO. ¿Y la máquina?

PADRE. Quedó ahí. Eso no es lo importante. Lo que importa es lo que tiene entre las manos, acá. Lo que puede ver con los ojos. ¿Qué ve? Una casa. Una casa vacía. Vino hoy la muchacha. Otra vez.

Silencio.

PADRE. Preguntó por usted. Otra vez.

Silencio.

PADRE. Es una mujercita buena, modosa y redonda. No la deje perder.

Silencio.

PADRE. Anda siempre sola encargada de las cosas de cada día.

La MUCHACHA entra.

PADRE. ¡Mire usted! ¡Hablando de la belleza!

MUCHACHA. No será para tanto. Buen día.

Silencio.

MUCHACHA. *(Al HIJO)*. Amaneció nublado hoy. Pero viene clareando.

PADRE. Cierto. *(A la MUCHACHA)*. ¿Lo vio en algo ayer?

MUCHACHA. No.

PADRE. Bueno, me va contando, ¿cierto?

MUCHACHA. Sí.

PADRE. *(Al HIJO)*. Bueno, bueno, lo dejo con la belleza. Pise la tierra, hijo. No se vaya por las ramas.

El PADRE sale.

HIJO. El papá... ruido y charloteo nomás. No para de hablar para no ver.

MUCHACHA. Hablas raro.

Silencio.

MUCHACHA. La Gringa anda mala.

HIJO. ¿Qué le pasa?

MUCHACHA. A eso de las cuatro la oí echarse al lado del alambrado. Me acerqué y me miró distinta. Como lejana. No creo que pueda sola esta vez. Pensé...

HIJO. Puedo ir a verla.

MUCHACHA. Se va a necesitar fuerza para sacársela.

HIJO. Fuerza no tengo.

MUCHACHA. ¡Que no! *(Ríe)*. Te espero entonces.

La MUCHACHA sale.

PADRE. ¿Qué quería, la Inés?

HIJO. ¿Me sigue contando lo de la cantera?

PADRE. Si le pide ayuda con la cabra, ayúdela.

HIJO. ¿Estuvo escuchando?

PADRE. El hombre había cavado como medio campo de los Gutiérrez, cuando empezó a salir.

¡Cómo salía! El Héctor lo vio todo. Quedó impresionado.

HIJO. Eso ya me lo contó.

PADRE. El Elpidio lo charla y le dice que por eso no quiso trabajar más. Manga de flojos, los dos. Lo único que tenemos son los brazos y hay que usarlos hasta que el de arriba diga basta. Indigno vivir echado.

HIJO. ¿Y la cantera?

PADRE. ¡Ah! Y bueno, la máquina cavaba, cavaba, hasta que encontró el agua. ¡Macana el agua! Se empezó a llenar. Uno nunca sabe dónde se va a encontrar con una. Las vertientes son reviradas. Y una como ésta tan potente. Y el agua salía, salía. Usted debería trabajar con una máquina.

Silencio.

PADRE. ¿Qué va a hacer hoy después de la changa en la capillita?

Silencio.

PADRE. ¿La va a ayudar a La Gringa?

HIJO. Eso me pidió, la Inés.

PADRE. Eso es. Y hace muy bien. La pirca de la capilla la tiene lista para el mediodía. Ocupe el día, así no le queda libre. “El ocio...”.

HIJO. “...hace que se críen bichos adentro”.

2.

CON LA GRINGA EN LO DE LA INÉS

HIJO. Las mujeres de mi familia sabían limpiar ollas hasta dejarlas como espejos y tener hijos para mostrarlos a los vecinos. Vos, ¿qué sabés hacer? ¿Sabés leer?

MUCHACHA. Más vale. Hasta sexto hice.

HIJO. ¿Y qué te gusta leer?

MUCHACHA. El diario.

HIJO. ¿El diario?

MUCHACHA. Y sí. Porque en el otro pueblo en donde vivía, La Mercedita, ni el diario llegaba. Allá no teníamos nada.

HIJO. Todos los campos son iguales.

MUCHACHA. No. Allá todo era áspero. Nada teníamos. Sólo unos yuyos secos enredados por ropa y pelo. Desde que estoy acá estoy contenta, porque puedo leer el diario, si consigo.

HIJO. Yo le compro libros al Raúl. Cuando va a la ciudad le encargo. De los viejos, que nadie lee. Son más baratos.

MUCHACHA. ¿Libros? ¿Y te los lees enteros?

HIJO. Aja...

MUCHACHA. ¿Y para qué?

Silencio.

MUCHACHA. Nunca leí un libro entero yo. Una vez empecé uno que me dio la maestra. Dos páginas leí y no aguanté. Y me fui a leer el final.

HIJO. ¿Y para qué?

MUCHACHA. ¡Pst! Qué sé yo... para terminarlo rápido.

HIJO. Para ponerte a hacer.

MUCHACHA. Y sí.

HIJO. A esta Gringuita le falta unas horas todavía.

MUCHACHA. ¿Decís? Tiene la panza muy gorda.

HIJO. Le falta.

MUCHACHA. Bueno. Quizás tengas que venir mañana.

Silencio.

MUCHACHA. Por la Gringa. Para verla.

HIJO. Yo no sé de cabras.

MUCHACHA. Pero lees. Debés saber muchas cosas. De esas cosas que no salen en los diarios.

El HIJO sale.

MUCHACHA. ¡Me podés leer algo mañana!

3.

EN LO DEL PADRE

PADRE. ¿Por qué guarda plata así? ¿Por qué guarda esto?

HIJO. Ahorro.

PADRE. Pero en la bajo mesada, así no es lugar...

HIJO. Tiene razón.

PADRE. ¿Y para qué ahorra tanto? Usted sabe que puede pedirme. Tome. Y que sea algo bonito, esa muchacha se merece.

HIJO. No, con la Inés...

PADRE. ¡Vamos! (*Ríe*). Le conseguí lo que le conté.

HIJO. Papá...

PADRE. Hasta Setiembre lo van a necesitar...

HIJO. Le había dicho que yo me encargaba...

PADRE. Con cada visita del Señor intendente viene una ampliación...

HIJO. Y le había pedido que me dejara manejarlo a mí...

PADRE. Siempre para las fiestas patronales hay refacciones...

HIJO. Papá...

PADRE. ...a ver si hace charla y consigue algún trabajo. Y puede preguntar si van a necesitar cocinera para las fiestas, acá en el municipio y le aseguramos una changa a la Inés también. (*Ríe*).

HIJO. ¿No escucha lo que le digo? ¿Habla sólo?

PADRE. ¿Cómo?

HIJO. Que... yo le había pedido...

PADRE. Eso mismo, usted pide y pide...

HIJO. Pero yo pensaba...

PADRE. Tiene trabajo, no piense tanto. Ya no va a necesitar andar juntando plata en los rincones. Tiene que pisar firme, Ernesto. Cada paso un tranco.

Silencio.

PADRE. ¿A dónde va?

HIJO. Voy a salir.

PADRE. La calle es para la gente desocupada. Los flojos toman tragos y se van a la cama rotos de tanto vicio.

HIJO. Yo no tomo.

PADRE. Juéguese conmigo una partida.

HIJO. Ya estoy saliendo.

PADRE. Estoy seguro que va a seguir abierto hasta tarde.

HIJO. Ya le dije que no tomo.

Silencio.

PADRE. Va a dejarme sólo.

HIJO. No, a usted no se lo puede dejar. Se lo lleva siempre cargado en un hombro.

PADRE. Soñé con la mamá. Otra vez.

HIJO. Ya hace mucho tiempo, debería...

PADRE. ¿Quiere ver fotos ahora?

HIJO. No. Estoy...

PADRE. De ella.

HIJO. Papá...

PADRE. Sin usted, yo, ¿para qué? Todo hombre necesita familia.

4.

EN LA CASA DE LA INÉS

HIJO. ¿Inés vos pensás en las ganas?

La MUCHACHA se ríe.

MUCHACHA. ¿Qué cosa?

HIJO. Cuando tenés ganas de algo, de hacer algo, cualquier cosa y terminás no haciéndolo, ¿no te preguntás por las ganas? ¿No te preguntás adónde van todas esas ganas? Yo pienso que todas esas cosas se juntan con los miedos y se amontonan en algún lugar. Como las hojas secas en el vértice de una ventana que no se abre por semanas. Se junta mugre, ¿no cierto que sí? Algunas de esas ganas se convierten en suspiros pero otras pueden ir juntándose en algún lugar nuestro. Y van ocupando un espacio, como las hojas.

MUCHACHA. Como la mugre.

HIJO. Y sí.

MUCHACHA. ¿Y de qué tenés tantas ganas?

Silencio.

MUCHACHA. ¿De leer?

HIJO. Hoy tampoco está La Gringa preparada.

MUCHACHA. ¡Que no!

HIJO. Ni echada está. Mírala.

MUCHACHA. Corre del susto que debe tener.

HIJO. ¿Yo la asusto?

MUCHACHA. ¡No! ¡Qué vas a asustar!

HIJO. ¿Entonces?

MUCHACHA. Del susto de pasar por todo eso, otra vez. Cantale una canción, Ernesto.

HIJO. ¿Qué? No sé ninguna canción.

MUCHACHA. Un montón de canciones hay... ¿Cómo no vas a saber una canción?

HIJO. No sé. No tengo canción.

MUCHACHA. ¿Te da vergüenza cantar?

HIJO. Sí.

MUCHACHA. ¿Cantarle?

HIJO. También.

MUCHACHA. A mí me gusta mucho cantar... es como... despegar los pies un poco del suelo. Un poco porque después... (*Ríe*). Te podés caer.

Silencio.

HIJO. Inés ¿sabés la historia de la cantera?

MUCHACHA. ¿De la laguna azul? Ahora le dicen así. Por el turismo.

HIJO. Esa.

MUCHACHA. ¡Mira lo que preguntas!

HIJO. Contame lo que sepas y yo te creo lo del miedo de La Gringa con su cría.

MUCHACHA. ¡Pero yo no te charlo con lo de La Gringa!

HIJO. Y vengo mañana... si me contás.

MUCHACHA. Yo sé lo que cuentan todos. Dijeron que vino la empresa a sacar la cal, ahí en el bajo. Puso máquina y obrero la empresa. Y empezó a sacar. Cal, cal, cal, cal, ¡toda la cal que sacó la empresa! Mi tía me contaba que los chiquitos de los Gutiérrez, los de Salina, los de Palavino, iban a mirar toda la cantera blanca. ¡Es la nieve! Decían las criaturas. Muchos pensaron que eso era la nieve, nomás. Yo nunca vi nieve pero eso no era nieve. ¿No cierto? Que no, y bueno... Un día cuando ya había como dos calles largas de profundidad, de tanto que cavaba la máquina se empezó a salir el agua. ¡Y cómo se salía! ¡Agua en el pueblo por primera vez! Una bendición. Al principio era cristalina el agua, después con el tiempo se fue oscureciendo. ¡Es que está viva esa laguna! Sos inteligente. Y raro. ¿Por qué querés escribir cosas, Ernesto?

HIJO. Yo no quiero escribir.

MUCHACHA. ¿Me querés contar tu secreto?

El PADRE entra.

PADRE. Yo no veo ninguna cría.

MUCHACHA. ¡Don Alfonso! No lo escuchamos entrar. Parece que a La Gringa la asusta la

idea y no se quiere echar. Yo le dije al Ernesto porque...

PADRE. No diga zonceras. Que se va a asustar el animal. La vengo a invitar a cenar esta noche.

HIJO. Papá...

MUCHACHA. No sé... Si... incomodarlos...

PADRE. ¡Es tan zonza como bella usted! Me he venido caminando hasta aquí, a apersonarme para invitarla y me hace rechazo.

MUCHACHA. No...no... Yo con gusto.

PADRE. Por éste, no se preocupe. Es zonzo como usted.

5.

EN LO DEL PADRE

PADRE. Un trabajo y una escoba que barra bien. Eso es lo único que se necesita.

Silencio.

PADRE. Y a usted no le veo ni pala. Como usted no pone empeño yo le salgo a conseguir. Esta casa debería estar llena de nietos jugando en el fondo. Los hombres de bien hacen familia.

El PADRE sale.

HIJO. Vamos a tener visitas. Con tranquilidad, papá.

Entra el PADRE.

PADRE. Agarre. Tiene una gallina degollada colgando de la mano. Agarre.

Silencio.

PADRE. Desplume en la cocina. Ya puse el agua a calentar.

Silencio.

PADRE. Que la lleve le digo. ¿No oye?

MUCHACHA hace dos palmadas desde afuera, entra.

MUCHACHA. ¿Se puede? Buenas noches. No sabía qué traer y no traje nada. *(Ríe)*.

PADRE. ¿Cómo qué no? Su belleza trajo.

MUCHACHA. Bueno, digamos que no sabía cómo dejarla. *(Ríe)*. ¿Lo ayudo con la cena Don Alfonso?

La MUCHACHA toma la gallina del cogote.

PADRE. ¡Mire qué prestancia! ¿No está linda, Ernesto?

HIJO. Sí. *(A INÉS)*. Está... suave.

PADRE. ¿Suave? Vergüenza de piropeada. *(A INÉS)*. No le haga caso, ya le avisé que era un zonzo.

MUCHACHA. No sabía si venir, la verdad. Dejar a La Gringa sola en su estado.

PADRE. Es un animal. ¡Se las arreglan!

MUCHACHA. Es que no puede.

PADRE. ¡Macana!

MUCHACHA. Paso a la cocina.

PADRE. Deme el bicho. Yo lo preparo. *(A INÉS, aparte)*. ¿Y?

MUCHACHA. No, sólo hablamos de la laguna.

PADRE. ¿No le contó nada más? Averigüe a dónde se va cuando desaparece por las tardes.

MUCHACHA. Yo le pregunto.

PADRE. Pregúntele de nuevo. Y pregúntele más.

Sale el PADRE.

HIJO. El papá no sabe nada de cabras. No lo escuches. Y no te preocupes por La Gringa.

MUCHACHA. Es que no todas pueden solas. A veces hay que meterles la mano y traer a la cría afuera. ¿Vos viste el chivo que la montó? Debe ser bicho grande el que está gestando. No quisiera que se le muriera adentro. No me contaste el secreto al final. Somos amigos nosotros.

HIJO. Y sí.

MUCHACHA. ¿Me vas a contar?

Silencio.

MUCHACHA. Somos amigos, dijiste.

HIJO. Le encargué al Raúl un cuaderno y unas cosas.

MUCHACHA. Eso no es un secreto.

HIJO. Sí, porque nunca se lo dije a nadie.

MUCHACHA. Entonces es una confesión. Un secreto es algo que no querés que nadie sepa aunque ya lo sepan más de dos.

HIJO. Es cierto. Sos inteligente vos también.

MUCHACHA. No. Pero de secretos, sé.

HIJO. Lo tengo escondido en el ladrillo flojo de la entrada. Eso sí es un secreto. Porque no quiero que nadie lo sepa.

MUCHACHA. Eso sí. Ernesto, ¿Y por qué escribís? ¿Escribís como las noticias de un diario? ¿Escribís todas las cosas que te pasaron en un día o qué? ¿Qué escribís?

Silencio.

MUCHACHA. Sos raro. Hacés preguntas pero no respondés. Leés mucho, pero no hablás. ¿De qué te sirve todo eso?

Se oyen balidos de La Gringa.

MUCHACHA. ¡Ahí está! ¡No te dije! ¡Que me perdone tu papá!

La MUCHACHA sale.

PADRE. ¡Usted espanta mujeres como si fuera la luz mala!

HIJO. No, papá.

PADRE. Se la traigo y usted se encarga de echarla. Zonzo y bueno me salió.

HIJO. Se fue preocupada por La Gringa.

PADRE. Qué Gringa... no sabe tratar a las mujeres. ¿Le dio regalo?

HIJO. No.

PADRE. ¿Ve? Si no le da regalo, ¿para qué va a quedarse? A las mujeres hay que tocarlas fuerte, tomarlas de la cintura y que sientan que uno está ahí para protegerlas. Que con uno cerca, la vida les va a ser más simple. Que fuerza no les va a faltar. Y levante la voz, al menos con la Inés, los susurros no sirven ni para las cabras. ¿Qué quiere, quedar sólo como yo?

6.

DESCAMPADO CON LA INÉS

MUCHACHA. Ella sabe que es una cabra y que su trabajo es tener cría. Pero no puede.

HIJO. La vamos a encontrar, tranquila.

MUCHACHA. ¡Que la vamos a encontrar! Tiene algo adentro que no le sale, Ernesto. Que le hace presión. Se lo va a sacar de adentro sola.

HIJO. Como una vertiente.

MUCHACHA. ¡Basta Ernesto! ¡Hablá bien! Una cría tiene. Toda una cría adentro trabada. Yo sé lo que le pasa. La cría puja y ella no. No quiere que le salga, Ernesto. Muerta de miedo está. Y a mí su miedo, me da miedo. ¿Nunca viste una cabra con miedo? El miedo la puede ahogar.

HIJO. Está bien. No te enojés por lo que dije. Simplemente... era... una palabra...

MUCHACHA. No se habla de palabras en momentos así. No se habla de palabras cuando apenas se puede con la comida, la casa y las crías. Y las cabras.

HIJO. Sos porfiada como La Gringa. Y dura.

MUCHACHA. Me dijiste suave, antes. No te entiendo.

HIJO. Sos todo eso. Para mí La Gringa se fue a la cantera.

MUCHACHA. A la laguna azul, no le digas cantera.

HIJO. ¿Seguís enojada? Está bien. Pero La Gringa está ahí.

MUCHACHA. ¡Y qué sabrás de cabras!

HIJO. No, de cabras no sé nada. Pero ella está ahí.

MUCHACHA. ¿Me disculpaste con Don Alfonso por anoche? No quería despreciar.

HIJO. A Don Alfonso nunca se lo contenta. Siempre ordena algo más.

7.

EN LO DEL PADRE

PADRE. ¿Y cómo viene el romance? Con la Inés, ¿cómo viene el asunto? Andan juntos buscando a ese bicho hasta tarde en lo oscuro.

HIJO. Somos amigos.

PADRE. Ehh... sé. Yo empecé así con su madre, pero el cuerpo pide. Venga, cuénteme, ¿qué le pareció?

HIJO. ¿Qué cosa?

PADRE. La Inés en lo oscuro, ¿qué le pareció? A las mujeres hay que verlas con poca luz, en lo oscuro y ahí todo se le aclara a uno.

HIJO. Me pareció nada. Eso, nada me pareció.

PADRE. Cuénteme.

HIJO. No hay nada que contar. Somos amigos, hablamos mucho.

PADRE. ¿Y?

HIJO. Y nada. Nos queremos.

PADRE. Es buena muchacha. ¿Entonces? Es importante que haga familia, Ernesto. ¿Cómo se lo digo ya? Ella ya mayorcita debe de querer, y usted aunque más joven es lo mejor que puede encontrar, créame.

Silencio.

PADRE. ¿Qué me mira así? ¿No me cree? ¡Macana! ¿Y el animal? Ya debe haber tenido.

HIJO. No.

PADRE. ¿Cómo que no?

HIJO. No.

PADRE. Si todavía no la encuentran, seguro parió sola en algún pastizal.

HIJO. No.

PADRE. ¿Cómo está tan seguro?

HIJO. La Gringa sigue con la cría adentro.

PADRE. ¡Mírelo! Pocas veces lo vi con tanta seguridad. Hasta parece un hombre. El campo es grande y la noche es traicionera. Una pena para la Inés si pierde a la cría. ¿Va a salir ahora?

HIJO. Aja.

PADRE. ¿Vuelve tarde?

Silencio.

PADRE. No disparó.

Silencio.

PADRE. Con el arma del Elpidio, la otra vez. ¿Por qué no disparó? Temblaba como hoja seca. A los animales se les apunta y se dispara sin pestañeo. ¡Qué tanto! Si el Elpidio regala se le acepta la ternera. Se agradece con un gesto y se lleva el animal. No me haga pasar vergüenza otra vez. ¿Me escucha? ¿Me escucha? Haga las cosas como hay que hacerlas, hijo. Nada más.

8.

EN LO DEL PADRE

PADRE. ¡No se puede contar! ¡Con usted no se puede contar!

MUCHACHA. ¡Ay, la cabeza te podrías haber abierto!

PADRE. ¡Vergüenza de hijo! Tirarse... así.

MUCHACHA. No se tiró. Se cayó. No lo rete más.

PADRE. ¿Usted estaba? ¡Ahh! ¡Dos pánfilos! ¡Descocarse por nada!

MUCHACHA. Despacio, Ernesto. Sentate. A ver...

HIJO. Estoy bien.

MUCHACHA. ¿No cierto que te caíste? Te mareó la altura y te caíste.

Silencio.

PADRE. ¡Siempre haciendo cosas raras!... Hay veces que se queda mirando a los horneros armar sus casas rama a rama. ¡Rama a rama! ¡Entiende!

MUCHACHA. ¿Estás tiritando, Ernesto?

PADRE. Siempre llenando de malos suspiros las almohadas. ¡Suspiros! Harto de llegar y tener un cuerpo tirado. Hasta de noche en el monte me parece que los árboles se callan cuando me ven venir... nadie quiere decir lo que se escapa entre los dedos...el pueblo habla, aunque no se lo escuche...usted es...y es mi hijo. Y eso hace hueco, me cala una zanja. No debería decir esto justo con usted...delante de usted. ¡Ay! ¡Todo al revés!

MUCHACHA. Tiritita.

PADRE. Sáquese lo mojado.

ERNESTO se saca camisa, se saca pantalón.

PADRE. ¿Qué hace?

HIJO. Lo que me dijo.

PADRE. Pero...

MUCHACHA. Yo... me... retiro.

MUCHACHA sale corriendo.

PADRE. ¡Pero usted es...! ¡Con usted todo es desasosiego! ¡Se necesita tranquilidad para vivir!

HIJO. Me ordenó que me sacara la ropa. Y le hice caso.

PADRE. Tuve un día largo. De poda y otras changas... por hoy basta. Hoy dejamos la conversación.

HIJO. Usted no me preguntó nada. No estamos conversando.

ERNESTO se desnuda.

PADRE. Dejamos conversación.

PADRE sale para el fondo.

HIJO. ¿Le preocupa que lo raro no se arregle? Siempre me decía de chico: cuidado con cargar tanto libro que el lomo le queda sin usar.

9.

EN LA CANTERA

MUCHACHA. Hace frío.

HIJO. Un poco más.

MUCHACHA. Hace frío, Ernesto. Falta que me enferme. No está La Gringa acá.

HIJO. Sedienta, va a venir a buscar agua. Esperemos un poco más.

MUCHACHA. ¡Qué va a buscar! Ya debe estar monte arriba. Y sola. Y con la cosa. Hay olor a perro mojado. ¿Sentís?

Silencio.

MUCHACHA. Mira... ¡bichitos de luz!

HIJO. Luciérnagas.

MUCHACHA. ¡Bichitos de luz! ¡Cómo giras todo! Son bichitos y tienen luz.

HIJO. Está bien, sin enojos.

MUCHACHA. No me enojo. Pero "bichitos de luz". Estos bichitos son señales de cambios, de cambios buenos. Cuando hay muchos bichitos de luz, el futuro va a ser próspero. Y si esos bichitos de luz nos rodean como ahora, es señal de que vamos a ser felices. ¿No me crees? Vamos a ser felices, Ernesto.

Silencio.

MUCHACHA. Como me gustaría que vinieras a la laguna, que nadaras, y que te rieras más.

Silencio.

MUCHACHA. Te gusta este lugar a vos.

HIJO. Sí, me gusta.

MUCHACHA. Te brillan los ojos.

HIJO. ¡Si está todo oscuro!

MUCHACHA. ¡Te brillan! ¿Y por qué te gusta?

Silencio.

MUCHACHA. ¿Somos amigos o no?

HIJO. Porque acá se puede. Porque acá la tierra pudo algo.

MUCHACHA. ¿La tierra?

HIJO. El agua de la vertiente. Quiso salir y salió. Inundando todo.

MUCHACHA. ¡Ah! El agua pudo, entonces. No la tierra. Habla bien. Después decís que las palabras... Las palabras... ¡No te rías! No habré leído libro pero sé escuchar.

HIJO. Así es. No te enojés.

MUCHACHA. No me enojo por lo que dijiste.

HIJO. Algo bueno debo haber hecho en la vida para conocerte.

MUCHACHA. No creo en merecimientos yo. Sólo es necesario alguien que nos haga reír. Y vos me haces reír y listo.

HIJO. ¿No te enojó lo que dije?

MUCHACHA. No.

HIJO. ¿Qué te enoja?

MUCHACHA. No mirás, Ernesto.

HIJO. ¿Lo de hoy temprano te enojó? Te pido disculpas. Tuve un.... algo... acá en el pecho, en el pueblo conozco a todos y a cada uno, pero siempre me siento lejano y fuera de... todo.

MUCHACHA. No te tiraste, ¿no cierto? Cada vez estás más enjuto, más hondo, como si crecieras al revés. ¿Ernesto? ¿Escuchas? ¿Qué miras tanto ahí?

HIJO. ¿Qué?

MUCHACHA. Nada.

HIJO. ¿Sabías que acá en el fondo quedó la máquina?

MUCHACHA. ¿Qué?

HIJO. Acá en el fondo, fondo, dicen que quedó la máquina ahí. El hombre salió del agua helada y respiró. Por fin. Pero la máquina no. El hombre se quedó hasta el último minuto arriba de la máquina. Y el cavador no quería abandonar, esperaba la orden del capataz. Ya tenía el agua por el cuello y seguía ahí. Orgulloso de no aflojar.

MUCHACHA. ¿Para qué me contás esto?

HIJO. No sé... hablar con vos es como hablar conmigo mismo.

MUCHACHA. Te pregunté lo importante.

HIJO. Y yo hablo de lo importante también.

MUCHACHA. Sigo con frío.

HIJO. Inés, ¿no ves el agua distinta que ayer? No es la misma cantera.

MUCHACHA. La Gringa no va a aparecer acá. ¿Estás bien? Estás blanco como la cal.

10.

EN LO DEL PADRE

PADRE. Sigue malo... con calentura en la nuca.

MUCHACHA. Yo me puedo quedar a cuidarlo.

PADRE. Usted tiene que trabajar.

MUCHACHA. Hasta no tener todas las crías no viene el camión.

PADRE. ¿Y a cuántos parieron las otras tres?

MUCHACHA. La Gringa y dos más se preñaron este año. Cuatro crías en total. La otra no quiso que la montaran.

PADRE. No se dejó.

MUCHACHA. Revirada. En el otro celo pasó lo mismo. Si no hace lo que debe hacer, ¿para qué tenerla?

PADRE. Avise. Y le ayudo a carnearla.

MUCHACHA. Es que me es un gasto.

PADRE. ...Y sí...

MUCHACHA. Con La Gringa, es distinto... La Gringa hace conmigo lo que quiere. Tiene algo que cuando me mira yo siento que me mira por dentro, que me sabe entera. Que la entiendo y me entiende, todo sin palabra. Es como si tuviéramos un cuerpo en común, un pasado juntas que ninguna se acuerda pero que las dos sabemos que está ahí. Acechando.

PADRE. ¿Del Ernesto? ¿Me averiguó algo?

MUCHACHA. No.

PADRE. Todas las tardes se va... no dice donde, si se le pregunta pone cara de nada y no responde. Tiene que cambiar.

MUCHACHA. Hay cosas que no cambian. Que están enredadas entre muros. Y si un día de repente salieran aturdirían al mundo entero. La luna en el cielo, el agua en la laguna, las cabras con sus crías y los hombres...

PADRE. Cuando mi hijo se enferma, yo... dejo de respirar sano. Me sube y me baja la sangre a otra velocidad.

MUCHACHA. Al Ernesto ya le pasa bastante para que algo malo le pueda pasar. Mi tía decía eso, que cuando muchas, muchas cosas nos pasan, no hay lugar para algo más. Ni bueno ni malo.

PADRE. ¿Y qué le pasa a mi hijo?

Silencio.

PADRE. Tiene fiebre. Eso.

MUCHACHA. Si usted se va a quedar acá a cuidarlo, yo mejor vuelvo a la casa. Le estoy dejando montoncitos de comida a La Gringa, para que si pasa por ahí vuelva a comer y ahí encontrarla.

PADRE. Como una trampa.

MUCHACHA. Está funcionando.

PADRE. ¿Y cómo sabe que es ese animal el que come? Está lleno de bichos el monte.

MUCHACHA. Es que no lo sé. Pero la idea me pone contenta.

Silencio.

MUCHACHA. Don Alfonso, ya no voy a preguntarle más cosas al Ernesto.

11.

EN LO DEL PADRE

PADRE. ¡Nadie lo cree! Mismo yo hubiera dicho que son macanas.

HIJO. Está agitado. ¿Se sienta? Acá una silla.

PADRE. ¡Es que no es natural! El agua así... Meterse para adentro.

HIJO. ¿Qué dice?

PADRE. La laguna, no me lo va a creer. Se está secando.

HIJO. ¿Secando?

PADRE. En toda la noche el agua se fue metiendo por las grietas, la tierra fue chupándolo todo sin hacerse barro. ¡Cosa más rara! Y va saliendo lo que tenía que salir. ¡La máquina! Ya se puede ver el techo de la cabina excavadora. ¡Un espectáculo! Sabemos todos que fue misterio que aparezca el agua en medio de la cal, que nadie esperaba eso, ¡pero esto!, después de tantos años, que aparezca lo que todos habíamos olvidado y nadie había visto.

HIJO. Nunca fue laguna, sino cantera.

PADRE. Es cierto. Y cuando nadie ya se lo preguntaba se vuelve a mostrar.

La MUCHACHA entra.

MUCHACHA. (A ERNESTO). ¡Qué alegría verte de pie!

PADRE. ¿Qué me dice de la laguna?

MUCHACHA. ¡No se cree!

PADRE. ¿Vio? Y usted que decía que las cosas no cambian. Todo cambia. Este pueblo sin agua, después con laguna y ahora vuelve a secarse.

MUCHACHA. No se secó, Don Alfonso. Se metió para adentro. Se escondió el agua entre la tierra. A veces, eso es bueno.

El PADRE sale.

HIJO. No tenías que traerme.

MUCHACHA. Estabas tan flaco que un poco de caldo no iba hacerte mal.

HIJO. Pero todos los días traerme... gracias.

MUCHACHA. ¿Y ahora? ¿Te sentís fuerte? ¿Sano?

HIJO. Estoy mejor.

MUCHACHA. Mañosa esa fiebre. Me asusté. Aunque vos siempre estas blanco como si no te diera nunca el sol.

HIJO. Me gusta estar con vos. Cuando te veo venir siento ese abrazo.

MUCHACHA. Nunca nos abrazamos nosotros. *(Ríe)*.

HIJO. ¿No?

MUCHACHA. No.

HIJO. Muy mal.

MUCHACHA. Sí.

Silencio.

MUCHACHA. Nos casemos.

HIJO. ¿Cómo?

MUCHACHA. Nos casemos, Ernesto. No vas a encontrar mejor mujer. Y yo necesito. La casa es grande.

HIJO. Pero...

MUCHACHA. Así dejan de hablar.

Silencio.

MUCHACHA. La gente habla.

HIJO. Pero no es eso.

MUCHACHA. Ernesto... Sos suave...

HIJO. No es eso.

MUCHACHA. Tu papá dice...

HIJO. ¡Qué diga lo que quiera! Ves esta casa, esta casita Inés. ¿Pensás que es una casa? Equivocada. Esto es una caja. Una caja sin huequitos para respirar. Acá te ahogas. Acá, falta aire, falta lo nuevo. Acá, sólo podés quedarte. Acá todo es chiquito y mezquino. Acá, el aire hace picar. Acá, mi aire se corta. Acá, nada tiene lugar. Todo queda incómodo. Todo es grande. Acá, se baja cabeza. Quiero correr y él me tira del pecho hacia lo hondo. Me cose un hilo en la garganta, justo ahí, y no le importa si sangro, él cierra. Cose, aprieta, me ata como a un pollo.

MUCHACHA lo besa.

MUCHACHA. Nos casemos. Nos casemos, Ernesto. Y salís de acá. Vas a ir a donde vos quieras. Yo no voy a preguntar. Chito boca. Yo no pregunto. Yo me quedo en la casa, y vos haces tus cosas, por ahí a la noche. Yo no voy a preguntar, Ernesto. Prometido. Nuestra la casa y tuyas las noches, ¿lo pensás?

12.

CASA DE ERNESTO

MUCHACHA. ¡Ernesto! ¡Apareció! ¡Apareció! Recienquito. Toda sucia. No tiene nada entre piel y hueso.

HIJO. ¿Y la cría?

MUCHACHA. Todavía adentro. Pura panza es.

HIJO. Y no debería ya.

MUCHACHA. Me la trajo tu papá.

HIJO. ¿El papá?

MUCHACHA. Sí. Cargándola como a criatura.

HIJO. ¿La encontró él entonces?

MUCHACHA. Me dio gracia como la traía. Y ella se dejaba llevar, como si con él se le fuera lo revirada. ¿No deberías estar en la obra a esta hora?

HIJO. ¿Dónde la encontró?

MUCHACHA. No me quiso decir.

HIJO. ¿Por qué?

MUCHACHA. Misterio de viejos... No sé... Y me dijo algo raro que no le entendí. ¿Estuviste pensando lo que te dije?

HIJO. Estás más tranquila ahora.

MUCHACHA. Y sí. La Gringa ya volvió. Y si no le sale, algo vamos a poder hacer con eso.

HIJO. Y estabas triste también.

MUCHACHA. No, yo no estoy triste. Una cosa me consuela siempre de otra.

HIJO. ¿Por qué querés casarte conmigo?

MUCHACHA. Somos amigos, Ernesto.

HIJO. ¿Vos me querés a mí?

MUCHACHA. Al principio parece que no llega, pero después todo sucede así y se hace inevitable.

HIJO. ¿El amor?

MUCHACHA. No. El amor ha de ser otra cosa. Yo te quiero. No te digo que seamos una familia feliz, pero ¿quién no quiere una familia? El pueblo de tan chico se me hace muy grande. Acá todo es silencio y al final nada es mío. A mí me gustaría tener algo mío alguna vez. Algo más que la casa y las cabras... Voy a cumplir años de nuevo, otra vez... Y... ¿Qué promesa de algo tengo? De chiquita le ponía ramitas al camino de las hormigas para que cambiaran el recorrido. ¡Tonta! Todavía no entendía que las cosas son así. Incluso los caminos. También de las hormigas. ¿Entonces? Hay que confiar en el querer de los otros, Ernesto. Yo te voy a querer, podés confiar en eso. Vos, ponete a escribir y yo te voy a leer. Prometido.

HIJO. No, no es eso.

MUCHACHA. ¿Viste esos vidrios que de un lado son espejos y del otro no? Así sos para los otros. Para mí no.

HIJO. Vamos.

MUCHACHA. ¿A dónde?

HIJO. A la laguna.

MUCHACHA. No hay agua ya.

HIJO. Entonces al monte y caminar hasta que no podamos mover nada más, o a subirnos a algún árbol hasta la última rama, o a meternos en la cantera vacía y gritar hasta que no quede voz.

MUCHACHA. ¡Mirá las cosas que decís!

HIJO. Tenías razón, Inés. Crezco al revés, cada día soy más chiquito.

MUCHACHA. No me respondiste. Cuando una respuesta tarda es importante. Si tarda en llegar, importa. Lo feliz es acá, Ernesto, ¿nos casamos?

Desde afuera voz del PADRE.

PADRE. ¡¡¡Ernesto!!!!

El PADRE entra.

MUCHACHA. ¿Don Alfonso? ¿Está bien? ¡La silla, Ernesto! Acá.

PADRE. ¡Hacerme esto! Así, ¡a mí!

MUCHACHA. No hable, se agita más.

PADRE. ¡¡Ya sabía yo que andaba raro, como picado por algún bicho...!! ¡¿pero así?! ¡Abandonar la jornada!

HIJO. Para usted el día es lo que pasa entre el mate cocido y la cena. No hay nada más seco que la vida así.

MUCHACHA. Tranquilo.

PADRE. Dejó todo, Inés. ¡Todos armando la loza y él desaparece!

HIJO. Sí, eso mismo hice porque no puedo hacer nada más. Dejaría todo. Me iría de este pueblo. Me despediría de la Inés y dejaría carta para usted.

MUCHACHA. ¡¿Qué cosa?!

HIJO. Tenés razón Inés, me achico cada día. Vos, llorarías unos días y después a seguir. Usted, lamentaría pero seguiría en pie. Ninguno extrañaría a Ernesto. Soy el espejo donde ustedes mismos se reflejan. Inés, ¿me pedís que lleve tu lomo a cuestras? Querés llenar tus oídos con una cama de dos, un desayuno compartido y obligado cada mañana. Papá, quiere hacer de mí un jarrón de barro hecho a su gusto.

PADRE. ¿A dónde?

HIJO. ¿A dónde qué?

PADRE. ¿A dónde se iría?

HIJO. ¿Ve? Usted sólo escucha lo que quiere. Usted nunca pregunta, usted ordena y si pregunta se equivoca más. ¡Pregunte lo que lo inquieta cuando me ve salir por las tardes! ¡Pregunte lo que piensa cada mañana al verme!

PADRE. A veces hay que hablar menos, Ernesto.

HIJO. ¿Menos? ¿Menos todavía? ¡Es que ya no queda espacio de la piel para adentro! ¡Pregunte!

PADRE. No hago pregunta porque no hay pregunta.

HIJO. ¡Entonces dígallo! ¡Diga lo que ya sabe!

Aparece LA GRINGA.

MUCHACHA. ¿Qué es eso, Gringa? ¿Trae una cría?

HIJO. ¡Gringa!

MUCHACHA. Del hambre que pasó ahora.

HIJO. ¡No, Gringa!

MUCHACHA. Se lo sacó. Ernesto, lo que tiene en la boca es...

HIJO. No, no, Gringa...

MUCHACHA. ¡Ay, pobrecito! No coma eso, ¡escupa!

HIJO. No, no, no...

MUCHACHA. No la asustes, Gringa...

LA GRINGA bala.

MUCHACHA. Si la asustas...

HIJO. No te muevas, Inés... me acerco... gringuita...

MUCHACHA. Despacio... ¡Tiene las ubres hinchadas!

HIJO. Se volvió mala.

PADRE. ¡Qué dice!

MUCHACHA. Una canción Ernesto...necesita una canción.

PADRE. ¡Qué canción! No es mala por comerlo. Déjeme a mí. Qué sabe usted de crías. (A LA GRINGA). Acá le digo, que venga...ni se la reconoce así...

MUCHACHA. Don Alfonso...

HIJO. Déjalo.

PADRE. (A LA GRINGA). Venga...ahora ya sabe que no es bueno andar sola... ¿cierto? Que venga...le digo... sino, ¿cómo se la cuida? Eso. Así es. Yo también me iría monte arriba si estas piernas me dejaran, ¿sabe? No, no se vaya... si ya no puede más...yo también estoy cansado. Las crías duelen, Gringa. Sí. Duelen con un dolor más allá de la carne, ¿vio? Ahora lo entiende. Pero hay que cuidar. Aunque no se sepa. Le salió malo ese chivito, ¿cierto? Si le sale así mejor... hacerlo cuanto antes. Yo sé. Escuche, no tiene tiempo, tiene que sacar la otra de adentro. Es lo que tiene que hacer. ¿Me entiende? Usted sabe que son dos.

MUCHACHA. ¿Dos?

PADRE. Mire, ni cuenta se había dado la Inés. No la miró. Por eso salió corriendo, del susto de dos. ¿Le duele la cría? Sí, duelen. Shhhhh... Pero hay que seguir. Que venga le digo... ¿Qué quiere? ¿Qué le salga muerto el otro chivito también?

MUCHACHA. Ernesto. La manta.

PADRE extiende el brazo hacia INÉS. Ella le alcanza una manta.

PADRE. Alguien tiene que quedarse a cuidarlo. Venga... no sea zonza usted también. Que ahora tiene cría y tiene para hacer. Cuando salga usted le va a dar calor con el lomo, lo va a lamer entero, va a ser buena y le va a acercar la ubre hasta que pueda mamar. Gringa, usted lo va a cuidar. No hay otra cosa para hacer con los chivos. Yo sé. ¿Cierto que sí?

FIN

EL CAMPO ES ASÍ

AMELIA UZÍN (ENTRE RÍOS)

ametabossi@yahoo.com.ar

PERSONAJES

PADRE

HIJO

Exterior de una casa rural, sobre un camino vecinal. El sol es fuerte a pesar de que la tarde va llegando a su fin, los mosquitos acechan. Se escucha el motor de alguna máquina que se acerca. PADRE golpea con una maza una rueda.

El motor se detiene, entra HIJO, está transpirado, sucio. Ambos se parecen, misma textura física, gestos y movimientos.

PADRE. ¿Terminaste? *(Lo mira sonriendo).*

HIJO. No. ¡Qué voy a terminar!

PADRE. Mirá que para mañana dan lluvia.

HIJO. Y sí, pero se me estaba terminando el gasoil y entre que venía y pegaba la vuelta, se me hacía de noche. Están jodidos los mosquitos, ni caso que le hacen al Off.

PADRE. Vení y ayudame acá con esto que ya estoy viejo para estar haciendo tanta fuerza. *(Sonríe mientras se masajea la espalda).*

HIJO toma la maza, se estira para dar el primer golpe y queda tieso. Grita de dolor. La maza cae al suelo.

PADRE. ¿Qué pasó?

HIJO se ríe y se queja a la vez.

HIJO. ¿Cómo qué pasó? ¿No ves que me quedé duro? *(Trata de incorporarse, pero no logra quedarse derecho. Sigue quejándose).*

PADRE. Bueno dejá nomás, andá para adentro que tu madre te pase un ungüento. Mirá que sos flojito che, yo a tu edad...

Cuando HIJO pasa al lado de PADRE, éste amaga darle un golpe en la espalda, HIJO esquivava y lo mira serio.

PADRE. Era joda, che. Mirá que te voy a pegar. ¡No seas cabrón! (*Ríe*).

HIJO sale agachado. PADRE toma la maza para retomar el trabajo mientras sonríe.

PADRE. (*En tono alto, para que lo escuche HIJO que está dentro de la casa*). ¡Esta gurisada no sirve para nada! ¡Ahí te quería ver yo! , en mi época. ¡Descargando camiones a paladas, hombreando bolsas! ¿Guapos? ¡Los de antes!, no como ahora con todas las facilidades que tienen, que la zorra, que el chimango... (*Habla cada vez más fuerte para que HIJO escuche*).

PADRE se sienta sobre la rueda, descansa, se seca la transpiración de la cara en la ropa, queda en silencio con la sonrisa dibujada en la boca.

PADRE. Pero qué calor che, si no llueve, no sé qué va a pasar con la soja.

Entra HIJO agachado con un tubo de pomada en la mano.

PADRE. Viste que no debería haber tantos mosquitos sin lluvia, parece que ahora se reproducen igual... ¿Qué hacés con la pomada?

HIJO. (*Ofreciéndole el tubo de pomada a PADRE*). Dale viejo, que mamita está amasando.

PADRE. (*Con sorpresa*). Pero esto es cosa de tu madre, yo...

HIJO. Dale viejo, me duele... Y no vas a querer que el pan salga con olor a átomo. (*Se saca la camisa y se pone de espaldas a PADRE*).

PADRE se limpia las manos con un trapo, toma el tubo y descarga pomada en la espalda de HIJO, comienza a masajearlo. HIJO se va enderezando a medida que el masaje continúa.

HIJO. Viejo... yo... me voy a ir.

PADRE. ¿Tan rápido te mejoraste? Había sido bueno, yo en esto. (*Sonríe*). No te llevés la camioneta porque tiene floja una goma, andá en la bici nomás. (*Entre risas*). Con el masaje que te ha hecho tu padre no creo que te siga doliendo.

HIJO. (*Nerviosamente*). No, no voy en la bicicleta.

PADRE. Tenés razón, no vaya a ser que te empeore el dolor en la espalda, pero no te enojés, vamos a calibrar la goma de la camioneta a ver si aguanta, en todo caso, en el pueblo... O mirá, la hacemos mejor, voy yo con vos así manejo, por las dudas en el medio del camino te agarre de nuevo un tirón, de paso nos tomamos una cerveza, viene bien con este calor.

HIJO. (*Lo mira con una expresión cada vez más angustiada*). No viejo, no.

PADRE. ¿Que no qué?

HIJO. No entendés nada, no quiero ir al pueblo...

PADRE. *(Con entusiasmo)*. Me parece bien que no vayas, si estás dolorido es mejor que te quedés con nosotros, te das un baño, comés y a la cama. Mañana será otro día. Lo que pasa es que todo este lío se armó porque dijiste...

HIJO. *(En voz baja, casi inaudible)*. Me voy, eso dije.

PADRE no escucha, ha empezado a guardar las herramientas que están desparramadas. HIJO queda parado, en silencio.

Apagón.

HIJO toma mate, pensativo, sentado sobre un pedazo de tronco, la luz es tenue como de madrugada, llega PADRE del interior de la casa.

PADRE. ¡Madrugaste en serio hoy, me ganaste, eso es lindo, che! No hay caso, nada de lluvia, viste que no se puede creer en los pronósticos, ni los rezos de tu madre están funcionando, mirá que le ha puesto velas al santo... San... San... ¿Cómo es que se llama el santo que hace llover?

HIJO lo mira y le ofrece un mate.

PADRE. No, che, me tiene mal la gastritis, después, cuando esté más lavado. Hablando de tu madre ¿No sabés qué le puede estar pasando? Hace días que anda rara, triste.

HIJO. ¿No le preguntaste?

PADRE. No, qué le voy a preguntar, a ver si se pone peor. Capaz que sea porque se acerca el aniversario. ¡Tres años ya!

HIJO. Viejo, tengo que hablar con vos.

PADRE. Metele, qué tanta ceremonia, che. *(Sonriendo)*. ¿Soy tu padre o no soy tu padre?

HIJO traga saliva, toma un mate, baja la mirada.

PADRE. *(Alto, hacia una de las salidas laterales)*. ¿Qué pasa, vieja? Ahí voy.

PADRE sale apurado hacia la casa. HIJO guarda el mate y el termo en un bolso y sale. PADRE vuelve sonriendo.

PADRE. Tu madre está cada día más loca, imagínate que estaba queriendo... Te fuiste... no llegué a tomar ni un mate, che.

PADRE sale por el mismo lugar del HIJO.

Apagón.

PADRE está con una amoladora cortando una chapa. Transpira. Entra HIJO con un bolso en la mano y se queda parado mirando a PADRE. Éste advierte la presencia de HIJO y detiene la máquina.

PADRE. (Se seca el sudor). No te quedés parado ahí mirando, y qué diablos hacés con ese bolso en la mano, che, dale que ya estamos atrasados con esto, podrías llevarte la chapa que corté para soldarla. Va a quedar bien, ya vas a ver, es un remiendo ya lo sé pero va a aguantar, igual es provisorio, provisorio para siempre. (Ríe).

PADRE está por encender de nuevo la amoladora.

HIJO. Viejo...

PADRE. ¿Qué pasa? Qué hacés ahí parado, andá a llevar la chapa al taller así después las soldamos. Tenemos que ir acomodando como podamos la cosechadora que después se nos viene la cosecha encima, aunque no sé qué va a pasar con la soja si no llueve. Esto me hace acordar al año... no sé, yo debía tener siete años más o menos, vino una sequía, unos calzones, así como ahora y mi viejo había sembrado maíz y girasol, pobre viejo, no sacó nada. Siempre fue así, cada tanto el clima te juega en contra.

HIJO duda y sale con la chapa en la mano. Vuelve mientras tanto PADRE, se ha puesto a arreglar el cable de la amoladora que está suelto.

PADRE. Mirá cómo estaba el cable y yo trabajando sin darme cuenta, capaz de darme una flor de patada. (Sonriendo). ¿Te acordás la otra vez cuando el taladro tenía el cable pelado y te tiró de una patada? ¡Qué susto! Tu madre casi me mata. ¡Cómo le vas a dar el taladro al chico en ese estado, mirá si lo mata!... (Queda pensativo, se le borra la sonrisa).

HIJO. Viejo, yo me voy.

PADRE. Dejate de joder, che, que tenemos mucho trabajo, dejá para otro día lo que tengas que hacer.

HIJO. Viejo, no puedo más, no puedo seguir, para vos nunca va a ser un buen día, siempre

va a haber algo que hacer.

PADRE. El campo es así...

HIJO. Ya lo sé viejo, por eso, dejame que haga mi vida, aunque para vos sea difícil de entender, no me hagas sentir más mal de lo que ya me siento. Ya me despedí de mamita, ella entiende, cuidala, no la dejés tanto sola que le va a costar.

PADRE. Pero qué me decís, dejate de joder che, metele que estamos atrasados con esto... Qué diablos hacés con ese bolso, che... no es para tanto, como vas a dejar a tu madre, no tenés corazón, ya perdió una hija y ahora vos te vas... si esta es tu casa, ya sabés que el día que te cases, vas a vivir acá con tu señora y tus hijos... (*Piensa y reacciona al ver que HIJO permanece estático*). Claro, para vos es muy fácil, me voy, cuidala a mamita y encima hace todo solo... pero qué bicho te picó, che...

HIJO. Vos ya sabés, ya hemos hablado...

PADRE. Ya hemos hablado, ya hemos hablado... Una cosa es hablar, y está muy bien, los jóvenes ahora dicen todo lo que piensan, quieren arreglar el mundo, no piensan como pensaba uno. No digo que no tengan respeto, pero antes, lo que decían los mayores era palabra sagrada, ahora no. Todo se discute, se cuestiona; está bien, yo acepto, el mundo cambia, que le vamos a hacer.

HIJO. Viejo, no demos más vueltas, yo no te juzgo, no me juzgues vos a mí, pero aceptá que yo no puedo quedarme en este lugar.

PADRE. Decís este lugar como si fuera un lugar extraño. ¡Éste es tu lugar, el que hemos construido con años de trabajo, rompiéndonos el lomo, primero tu bisabuelo, después tu nono y ahora yo, tu padre, para dejárselos a ustedes! (*Se entristece, no puede seguir*).

HIJO. ¡Viejo! Yo no quiero discutir más y que usted se ponga así, por eso...

PADRE. Ahora me tratás de usted. Andate nomás, si yo sé lo que pensás de mí...

HIJO. ¿Hubieras preferido que te mintiera? Qué te dijera que me voy por otra cosa, que no te fuera sincero...

PADRE. Hubiera preferido que tu hermana estuviera viva, que tu madre no estuviera muerta en vida y que vos... (*Esconde la cara con las manos*).

HIJO. Que yo siguiera haciendo las cosas como usted las hace, como hizo el nono, el bisabuelo. Yo sé que todo su dolor es verdadero, pero ese dolor no le sirve de nada, no lo hace reaccionar, no piensa siquiera en la posibilidad de cambiar un poquito su forma de producir, de dejar de envenenar el suelo, el aire, el agua...

PADRE. Ahí está, no ves, lo dijiste, pensás que tu padre es un criminal, que ando envenenando gente, qué digo gente, mi propia familia. Pero si yo hago lo que hacen todos los vecinos, lo que los ingenieros que estudiaron para eso nos dicen que hagamos, yo no hago nada ilegal, jamás lo haría y vos lo sabés muy bien.

HIJO. Que sea legal no significa que esté bien, las cosas están al revés viejo, resulta que

el que hace las cosas bien, sin contaminar, cuidando el suelo, lo tiene que demostrar, pero el que envenena tiene permiso, receta, reconocimiento y... ¿sabe qué pasa?, no es ese el mundo que yo quiero. ¡Usted no ve cómo está quedando el planeta con tanta destrucción! Incendios, el río que ya no parece un río, sequías por un lado, inundación por otro...

PADRE. Mirá que si lo que yo haga acá va a tener algo que ver.

HIJO. ¡Sí, claro que tiene que ver! ¿Qué más prueba quiere que la peor de todas, la más espantosa que tuvimos?

PADRE se levanta con una llave en la mano y avanza amenazador hacia HIJO.

PADRE. No tenés corazón, decirle eso a tu padre.

HIJO. (*Enfrentándolo*). ¿Me vas a pegar? ¿Me vas a matar con esa llave? Dale, dale nomás a ver si así se terminan tus problemas.

PADRE e HIJO permanecen un momento en tensión, muy próximos.

PADRE se detiene, suelta la llave.

PADRE. Hacé lo que quieras, andá y olvidate de tu madre y de tu padre. Olvidate de todo si es que podés.

HIJO. Usted es un hombre inteligente, piense que con poquito que cambie su cabeza podría transformarse en un ejemplo para los demás si aceptara la responsabilidad de los agroquímicos en tantas enfermedades y cambiara la forma de producir, sería tan importante...

PADRE. Tan importante, tan importante. ¿Quién quiere ser importante? ¿Vos? Yo no. Yo lo único que quiero y siempre quise fue trabajar honestamente esta tierra que heredé de mi padre para alimentar a mi familia.

HIJO. Siempre tiene que sacar la bandera de la honestidad y del trabajo para justificarse, como si eso alcanzara, pero no es así...

PADRE. ¿Justificarme? ¿Qué tengo que justificar yo?

HIJO permanece en silencio.

PADRE. (*Enojado*). Ya que te vas a ir, largá todo lo que tengas, así te vas livianito. Decime ¿Qué tengo que justificar yo? ¡Hablá, carajo!

HIJO toma el bolso y empieza a caminar hacia la salida lateral, PADRE lo sigue, lo agarra de la camisa y lo gira hacia él. HIJO suelta el bolso, PADRE le toma la cara con las manos y apoya frente con frente.

PADRE. *(Llorando)*. Lucía no. Lucía no. Mi hija no...

PADRE e HIJO lloran abrazados.

HIJO. *(Separándose y secándose las lágrimas)*. Ya está viejo, no hablemos más, si no fueras tan cabeza dura... si aceptaras algo... pero no, vos preferís ir con el calvario por dentro, comerte el sufrimiento antes que reconocer tus errores.

PADRE. Ahí está, eso es lo que querías, meter el dedo en la llaga. *(A los gritos)*. Llegaste muy lejos, no tenés derecho de acusarme de la muerte de mi hija cuando lo único que he hecho en mi vida ha sido trabajar honestamente para dejarle una vida mejor a mis hijos, ¡Nada más!

HIJO. Bueno, entonces le aviso que eso no va a poder ser, no va a poder ser porque su hija se murió en el camino y este hijo no quiere un centavo, ni un pedazo de tierra envenenada, prefiero irme a trabajar de cualquier cosa, empezar de cero pero con la conciencia bien tranquila.

HIJO comienza a caminar hacia un lateral.

PADRE. ¡Por lo menos esperá que pase el aniversario! ¡Hacelo por tu madre!

Apagón.

Están los dos actores en escena mirando hacia el público, la luz es tenue y variable, hay sonido de viento, vuela polvo, ellos manifiestan un malestar creciente, sed, calor, frío, dolor.

Apagón.

HIJO está sentado sobre un pedazo de tronco trabajando sobre una pieza de una sembradora. Entra PADRE con una bolsita en la mano, está cabizbajo, preocupado. A distancia, le arroja la bolsita a HIJO.

PADRE. Fijate si son los que me pediste.

HIJO. *(Mirando la bolsa)*. Sí, viejo, están bien... ¿Cómo te fue en la cooperativa?

PADRE. Bien... *(Piensa)*. El problema de la deuda es que además de ser en dólares, porque los insumos son en dólares ¿viste? tiene intereses, por eso se pone difícil... *(Resignado)*. Pero bueno, esta tarde viene el ingeniero. *(Se entusiasma)*. Vamos a planificar bien esta campaña, con todas las aplicaciones necesarias, con las dosis adecuadas y nos va a ir bien, vas a ver, tuvimos un año malo, ahora nos toca el bueno. Es así, siempre que llovió paró, decía tu nono.

HIJO. Viejo...

PADRE. Eso sí, maíz no vamos a sembrar porque no nos vamos a arriesgar, ya me lo dijo el ingeniero, es más cara la implementación y además viste que si no nos llueve en la floración, lo perdemos. Vamos con soja que es más seguro, vamos a tener un cosechón, vas a ver.

HIJO. ¡Viejo! ¡Te vas a endeudar más todavía!

PADRE. Lo vamos a recuperar, vas a ver, no te preocupés, esto es así, no hay otra.

HIJO. Claro que hay otra, te lo vengo diciendo, podemos producir sin gastar en esos insumos en dólares, fabricarlos nosotros mismos...

PADRE. Bueno, bueno, ya me contaste eso de hacer té. (Se ríe). Me voy a picar algo porque estoy loco de hambre, no llego al almuerzo, de paso chusmeo qué va a cocinar tu vieja, me pidió que le comprara un montón de mercadería, se ve que hoy está inspirada.

PADRE sale e HIJO queda pensando, triste, se va enojando y golpea repetidamente el piso con una llave.

Apagón.

PADRE e HIJO están de pie mirando hacia el público. Ambos permanecerán así casi toda la escena y hablarán en un tono neutro.

HIJO. Viejo, no deje de comprar los bidones de agua para tomar en el pueblo, no vaya a ser...

PADRE. No vaya a ser qué... ¿ahora tenés miedo de que la mate a tu madre con el agua contaminada?

HIJO. Usted sabe que yo...

PADRE. ¿Qué es lo que sé? ¿Eh? Lo que yo sé es que toda la vida me he roto el lomo para dejarles algo a ustedes y resulta que tengo la desgracia de que mi hija se muere de cáncer, esa enfermedad de mierda que hay en todos lados, en el campo, en las ciudades grandes, chicas y resulta que el culpable soy yo.

HIJO. Viejo...

PADRE. Viejo nada, ¿acaso no he hecho lo mismo que hacen todos, sembrar, cosechar buscando mejores rindes? ¿Está mal querer ganar más para darle más bienestar a mi familia? Fue lo mismo que hicieron tu abuelo y tu bisabuelo y tantos otros colonos, los rusos, los gringos como nosotros, ¿Estuvo mal eso? ¿Eso también estuvo mal?

HIJO. No mezclés todo, viejo.

PADRE. Ahora soy yo el que mezcla todo. Vos no mezclás nada. Decís que mi hija se muere porque yo no la cuidé. Qué tiene que ver la enfermedad que ella tuvo con mi trabajo que es el sustento de esta familia. Un trabajo honrado, jamás me quedé con nada que no fuese mío,

jamás cobré algo más de lo que valía, y qué, ¿eso no cuenta?

HIJO. Claro que cuenta, viejo, pero no es eso, no discutamos más, no haga las cosas más difíciles, es mejor así, no puedo hacer algo con lo que no estoy de acuerdo.

PADRE. ¿Y tu pobre madre?... ya perdió una hija y ahora el único hijo que le queda la abandona...

HIJO. Yo no la abandono, no digás cosas que no son. Ella entiende.

PADRE. Ah, ella entiende, entonces el único hijo de puta acá soy yo.

HIJO. Yo no dije eso, viejo...

PADRE. Ni hace falta que lo digas, lo siento acá. *(Se toca el pecho)*. Te creés que para mí ha sido fácil aguantar tus miradas de desprecio, tus gestos, te creés que yo no me doy cuenta de que me odiás...

HIJO. No te odio...

PADRE enciende la amoladora y se pone a trabajar.

HIJO. *(A los gritos)*. Cuántas veces te pedí que cambiaras la forma de hacer las cosas, que yo sabía, que había leído, que me había informado, que hay mucha gente que está sembrando sin llenar la tierra de agrotóxicos...

PADRE. *(Para la máquina)*. No son agrotóxicos, son fitosanitarios, los ingenieros los recomiendan, vos querés saber más que ellos que estudiaron, hubieras estudiado vos, tu padre asesino te dio la posibilidad y no la aprovechaste, en cambio tu hermana, pobrecita, el título de maestra me regaló, cuánto orgullo...

HIJO. Por eso es mejor que me vaya, vos no vas a cambiar y yo estoy convencido de que las cosas tienen que hacerse de otra manera y no puedo participar de algo...

PADRE. ¿Qué? ¿Ser cómplice? Eso querés decir, ¿ser cómplice de un asesino?

HIJO. Yo sé que vos no...

PADRE. Vos no sabés nada, no tenés idea de lo que es perder un hijo y que encima tu otro hijo te acuse por eso, no tenés idea del dolor que se siente.

HIJO. Vos hablás como si la que murió no fuera mi hermana, mi única y adorada hermana, con la que tanto jugábamos de chicos. Mi compañera de travesuras, de carreras a caballo y guerra de bolitas de paraíso. Era hermoso madrugar y correr al corral a sacarle leche a la Laucha a ver quién sacaba más... y siempre me ganaba ella... Y de más grandes, las charlas a la siesta abajo del sauce, comiendo mandarinas en invierno y tomando tereré en verano.

PADRE. Andate, pero sabé que vos vas a ser el responsable de la muerte de tu madre... de tristeza.

Apagón.

PADRE e HIJO están de pie, cada uno en un lateral de la escena, mirando hacia los laterales, van manifestando con el cuerpo diferentes sensaciones: calor extremo, frío extremo, viento, falta de aire, mientras van retrocediendo y en ese retroceder se acercan, hasta tocar espalda con espalda, inician una lucha corporal en lento. Los movimientos son tensos, de acercamiento y rechazo. Finalmente, la lucha termina en un abrazo demorado.

APAGÓN FINAL

EL INGREDIENTE PRINCIPAL

MARÍA INÉS PROSDÓCIMO (CÓRDOBA)

moradanegra@gmail.com

PERSONAJES

NORMA

HORACIO

Ocupar el tiempo, llenar las horas, pasar los segundos como cuentas de un rosario. Las cartas están echadas, la vida es un puñado de palabras asignadas que se retroalimentan entre sí como en un crucigrama. Ajenos del mundo y sus acontecimientos, dos seres apuestan en el juego de la vida, inmersos en un tiempo espacio infinito, atrapados en una cápsula que en idioma coloquial damos en llamar: TERMO.

NORMA. Instrumento musical de cuerdas, cuatro letras.

HORACIO. Arpa.

NORMA. ¿Por qué estás así?

HORACIO. ¿El diario?

NORMA. Con el pecho al aire.

HORACIO. ¿El suplemento?

NORMA. Cerrate.

HORACIO. ¿No vino el suplemento?

NORMA. ¿Vas a comer?

HORACIO. ¡Otra vez me durmieron con el suplemento! ¿No entienden que yo los colecciono? Si no, ¿para qué los hacen? Me faltan el tres, el doce, el quince vino repetido y el de hoy ni figura. Siempre digo lo mismo, es la última vez que junto toda esta mierda que la hacen para obligarte a comprar el diario, lo peor es que me doy cuenta, pero dale, sigo: Teoría y Prácticas de la vida en el Tíbet, Ingeniería Obras en 3D, Cría de marsupiales en cautiverio, Manual del buen asador, cómo si hiciera falta un manual para asar un pedazo de carne, decime vos... Ah no, mirá, acá está.

NORMA. ¿Vas a comer?

HORACIO. Si le ponés sal.

NORMA. Le pongo lo justo.

HORACIO. Estará desabrido.

NORMA. Si no lo probaste.

HORACIO. Seguro le falta.

NORMA. Probalo primero.

HORACIO. Le falta.

NORMA. Probalo.

HORACIO. Siempre le falta.

Pausa.

NORMA. ¿Qué te dijo el médico?

HORACIO. Tantas cosas.

NORMA. Qué te dijo de la sal.

HORACIO. ¿De la sal?

NORMA. Sí.

HORACIO. Aja, puede ser.

NORMA. ¿Me estás escuchando?

HORACIO. Sí, es un runrún constante.

NORMA. Horacio.

HORACIO. Que sea moderado, eso me dijo.

NORMA. ¿Viste?

HORACIO. Sí, pero tus comidas últimamente, no tienen ni una pizca, es soso, ya de por sí.

NORMA. Ponele sal marina.

HORACIO. ¿SAL MARINA? ¿SAL MARINA? Hay que ser muy poco hombre para ponerle sal marina. ¿Y después qué sigue? ¿Qué sigue en este camino de decadencia? ¿Ponerle edulcorante al mate, usar polera, reemplazar el jabón blanco por uno de glicerina? ¡Porque en esta casa no se prendió jamás la calefacción, en todos los años que llevamos juntos el calefactor nunca pasó de piloto! ¿Hizo frío? Pregunto: ¿Nos hizo frío? Te pregunto: ¿Te hizo frío? ¡Me la banqué como un señorito! ¡Ahora resulta que todo el mundo quiere losa radiante! ¿Para qué? ¿Para andar descalzo en invierno? ¡Haceme el grandísimo favor!

NORMA. Tomá.

HORACIO. Pero esto es líquido.

NORMA. ¿Y?

HORACIO. Esto es un verso, esto es agua de mar envasada.

NORMA. ¿Y?

HORACIO. No me voy a arriesgar.

NORMA. Seis meses, seis meses a lo sumo.

HORACIO. Al lado tuyo, una eternidad.

NORMA. Pierdo peso, se me cae el pelo, no tengo tiempo de ir a la pedicura. ¿Te imaginás

cómo voy a llegar? Hecha una ruina.

HORACIO. ¿Y yo?

NORMA. ¿Y vos qué?

HORACIO. Digo...

NORMA. ¿Y vos qué? ¿Qué problema vas a tener?

HORACIO. Mejor, parto antes.

NORMA. No, no vas antes de tiempo a ningún lado, ni loco. ¿Tenés una idea de todo lo que hay que organizar? ¿No pensás colaborar?

HORACIO. ¿Y qué te parece?

NORMA. Vos sos el protagonista. ¿De quién es la carita que va a salir en el aviso? ¿Ah? ¿De quién?

HORACIO. Pongo el ingrediente principal.

NORMA. ¡Claro, el señor que en paz descanse! ¿Y yo? ¿Cuándo voy a poder descansar? El velorio, los llamados, el entierro, contar una y otra vez lo mismo, fingir delante de un montón de gente, llevar flores todos los domingos los primeros meses, después con menos frecuencia, hasta que ya nadie más pregunte ni se acuerde, al mes la misa aniversario, al año...

HORACIO. Quiero que me cremen.

NORMA. ¿Qué?

HORACIO. Vuelta y vuelta, y listo.

NORMA. Querés que reviente ¿no?

HORACIO. Es mi última voluntad.

NORMA. ¿Voluntad? No me hagas reír, no tuviste voluntad para hacer cosas en vida la vas a tener cuando estés muerto.

HORACIO. Tengo derecho.

NORMA. Acá la única voluntad que cuenta, es la que tuvo la obra social durante quince años para descontarte por planilla una parcela en el cementerio parque.

HORACIO. Vendela.

NORMA. ¿Cómo?

HORACIO. Que la vendas.

NORMA. ¡Claro! Vendela, mirá qué fácil, otro trámite más, total, el señor se hace humo.

Pausa.

NORMA. Ritmo negro urbano, tres letras.

HORACIO. Rap.

Pausa.

HORACIO. ¿Qué hay de postre?

NORMA. ¿Por qué no te encargás?/ Compota.

HORACIO. ¡Compota! Soy un enfermo terminal, no un condenado.

NORMA. Seis meses tenés, seis meses. / La compota te mejora el aspecto de la piel.

HORACIO. Le pongo ginebra.

NORMA. ¿En seis meses no vas a poder redactar un aviso? “Vendo urgente parcela por ausentarme para siempre, escucho oferta hasta mi último aliento”. / La ginebra se terminó.

HORACIO. Querrás decir... la terminaste.

Pausa.

NORMA. (Ubago) Cantante, cuatro letras.

HORACIO. Alex.

Pausa.

NORMA. ¿Te dijo cómo va a ser?

HORACIO. ¿Y el vodka? / Puede ser aquí mismo.

NORMA. Ni se te ocurra. / El vodka también se terminó.

HORACIO. ¿Y el mistela que solo usabas para los postres? / O puedo amanecer muerto en la cama.

NORMA. Voy a acondicionar la otra habitación. / No hago más postres, no podés comer y el mistela me lo tomé cuando vinimos de hablar con Amadeo.

HORACIO. Quiero morir en mi cama.

NORMA. ¿Sí? Y los estertores me los banco yo. Sos egoísta y encima me reprochás porque tomo una copita de vez en cuando.

HORACIO. ¿Quién es Amadeo?

NORMA. El médico, el doctor Carrizo.

HORACIO. Ah, mirá, ¿Se llama Amadeo? No sabía.

NORMA. Es nuestro médico de toda la vida, ¿cómo no vas a saber el nombre?

HORACIO. Será tu médico, yo no había ido nunca. ¿Sabés quién es Amadeo Carrizo? Fue el mejor arquero de la historia del fútbol argentino.

NORMA. ¿Qué? ¿También juega al fútbol? ¿En qué tiempo? Si prácticamente vive en el hospital ese hombre.

HORACIO. No, digo el verdadero Amadeo Carrizo, por él se instituyó el “Día del arquero”

NORMA. Juega de arquero, ¿cómo sabés eso?

HORACIO. Ahora cuando alguien te dice que algo va a ocurrir el día del arquero, o que te va a pagar el día del arquero, sonó, porque existe, si no me equivoco es el 12 de junio.

NORMA. Ya lo decidí.

HORACIO. Es el típico caso de homónimos. No me da mucha confianza un médico con nombre de arquero, haciendo un parangón no atajó muy bien esta pelota.

NORMA. Voy a acondicionar la habitación de huéspedes, total, por las visitas que tenemos últimamente.

HORACIO. El único huésped aquí es tu hijo, parece una visita, vive más en la calle que acá.

NORMA. Está estudiando y además busca trabajo.

HORACIO. Podría emplearse de chofer, si anda todo el día llevando y trayendo gente.

NORMA. ¿Lo decís por Giselle? Es una buena chica.

HORACIO. Lo digo por Giselle, por la vieja culo aplastado de la madre, por la otra barbuda de la abuela que no muere más la doña.

NORMA. Bien que nos llevó hasta el hospital el otro día.

HORACIO. Faltaba más, si el auto es mío, para algo soy el padre moribundo.

NORMA. No digás así. ¿Sabías que la abuela de Giselle y toda su familia también son de Cruz del Eje? Amanda se llama, su marido trabajaba en el ferrocarril, como mi papá.

HORACIO. Otra joyita, todos trabajaban en el ferrocarril. En Cruz del Eje era el único trabajo que había.

NORMA. Como el padre...

HORACIO. ¡Como el padre de Jairo! Ya me lo contaste, me sé de memoria tu metejón con Jairo.

NORMA. Nunca renegó de sus raíces, eso me gusta de él, aparte de su voz y su gran sonrisa.

HORACIO. Es un negro jetón. Otro que salió con la guitarrita para no laburar.

Pausa.

NORMA. Rayo ultravioleta extremo, cinco letras.

HORACIO. Láser.

Pausa.

NORMA. Me siento muy identificada con Jairo, tenemos muchas cosas en común. Nuestras raíces están enterradas en la misma tierra.

HORACIO. Si vos al año de nacida ya te habías mudado a la Capital, sos más urbana que las baldosas de la peatonal de 9 de Julio y San Martín.

Pausa.

NORMA. La marca del cocodrilo, siete letras.

HORACIO. *Lacoste.*

Pausa.

NORMA. ¿Qué querés que te ponga?

HORACIO. El traje azul.

NORMA. Lo regalé.

HORACIO. ¡Estaba nuevo!

NORMA. Te quedaba corto de sisa.

HORACIO. ¡Y qué importa! Si no pienso agitar los brazos. ¡Una postura tenía, una postura!

NORMA. Sí, cuando nos casamos, hace más de cuarenta años.

HORACIO. Cerraba un ciclo, los dos acontecimientos más terribles de mi vida.

NORMA. Alquilamos uno.

HORACIO. ¿ROPA USADA? ¡ROPA USADA! ¡NI LOCO! ¡Jamás me van a obligar a ponerme ropa que ha tocado otro cuerpo humano!

NORMA. Lo llevan a la tintorería.

HORACIO. ¿TINTORERÍA? ¡ES LO PEOR! ¡DIOS ME LIBRE Y ME GUARDE! ¡Desconfié toda mi vida de los métodos que usan esos orientales, limpieza a seco! ¿Qué significa? ¿Ah? ¿Me querés decir? Se escudan con la imposibilidad de comunicarse, se burlan de nosotros, vos llevás una prenda te demoran una semana y cuando vas a retirarla te la dan cubierta con un nylon y te miran como diciendo “su ropa ha sido transformada por un arte milenario cuyo secreto pasamos de generación en generación y que no pensamos develar, que revienten las fábricas de jabones y quitamanchas, nosotros lavamos a seco”. ¡Mentira! ¡Son unos descarados que se esconden en esos cuchitriles! No se quieren integrar, siguen hablando en su idioma y lo que es peor, piensan como chinos.

NORMA. Son japoneses.

HORACIO. Eso es lo que vos crees, que hay diferencias, son todos iguales.

NORMA. ¿Te acordás cuando nos casamos?

HORACIO. Pónelos en una fila: un japonés, un chino, un coreano hasta un peruano si querés, son todos iguales.

NORMA. Sonaba el Ave María en la versión de Jairo, en francés.

HORACIO. Y eso de la tintorería, es una estrategia para invadirnos, para colonizarnos, están propagando su raza sin que nos demos cuenta.

NORMA. En un momento cerré los ojos y me imaginé que era él, el que me esperaba en el altar.

HORACIO. Ahora tienen una nueva, más efectiva: “los supermercados chinos” esa es su verdadera conquista.

NORMA. El padre Atilio, que sabía quién era, le preguntaba: señor Marito González, porque ese es su verdadero nombre: ¿acepta por esposa a Norma Elena Barrera y promete amarla, en la salud y en la enfermedad y hacerla gozar como loca todas las veces que pudiese hasta que ella pida por favor o hasta que la muerte los encuentre desnudos y prendidos fuego?

Pausa.

HORACIO. ¿El padre Atilio nos casó?

NORMA. Sí, ¿te acordás? Falleció hace unos años.

HORACIO. El que las hace las paga.

NORMA. Te quedaba muy bien ese traje, eras tan bien parecido, ese jopo sobre tu frente, te daba un aire rebelde, me enamoré de eso, tardé en darme cuenta que solo el pelo era el rebelde.

HORACIO. ¿A quién se lo regalaste?

NORMA. Al padre de Giselle, dice que si tuviera que ir a tu velorio no tiene que ponerse.

HORACIO. ¿Me estás cargando? Al menos esperen que parta para empezar a repartir la herencia. Esa gente no me gusta.

Pausa.

NORMA. Cómo me gustaría que tu mamá estuviese viva.

HORACIO. ¿Para qué?

NORMA. Para contarle.

HORACIO. Dejala que descanse en paz.

NORMA. Ahora sabría lo que es tener un hijo muerto.

HORACIO. No seas rencorosa.

NORMA. No me voy a olvidar mientras viva lo que me dijo.

HORACIO. Todavía con eso.

NORMA. “Si mi Horacito se casa, va a ser como tener un hijo muerto”.

HORACIO. Estaba sola, era su sostén, pobre vieja, te veía como un peligro porque pensaba que la iba a dejar en banda.

NORMA. Decía que yo quería quedarme con esta casa, qué injusta.

Pausa.

HORACIO. ¿Y si lo hago ahora?

NORMA. ¿Qué cosa?

HORACIO. Quiero hacerlo.

NORMA. ¿Qué?

HORACIO. Toda mi vida quise hacerlo.

NORMA. No.

HORACIO. ¡Toda mi puta vida quise hacerlo!

NORMA. Es un capricho.

HORACIO. ¿Un capricho? ¿Un capricho dijiste?

NORMA. No tiene sentido.

HORACIO. No tiene sentido... ¡Mi vida no tiene sentido! Todo el tiempo sintiendo que a los demás le pasan cosas y yo como un espectador estúpido y casi macrobiótico. Una existencia lineal y predecible. Asco, asco me da mi biografía, la vida de una ameba es más interesante, al menos sale su definición en un diccionario y hay tipos que se dedican a observarla. Rasgos particulares: cara de pelotudo, como un pelotudo más del montón, nací, comí papilla, crecí, me reproduje, estuve al día con los impuestos, me cuidé en las comidas, me cuidé del sol, dejé el alcohol, dejé el cigarrillo.

NORMA. Vos fumabas...

HORACIO. Soy patético.

NORMA. Me acuerdo.

HORACIO. Soy menos que un gusano de parra.

NORMA. Hacías una mueca con la boca.

HORACIO. El gusano que come: hojas de parra.

NORMA. Era raro.

HORACIO. ¿Dónde vive? En la parra.

NORMA. Una mezcla entre beso y succión.

HORACIO. Están la gusana, los gusanitos.

NORMA. Yo te miraba.

HORACIO. El tipo ni se calienta.

NORMA. Me transpiraba entera, agua me corría por el cuerpo.

HORACIO. ¡Es el gran señor en el paraíso parral!

NORMA. En mi cabeza, en mi cabeza te hacía mío, te tomaba entre mis brazos, te apretaba, estrujaba, acunaba, amamantaba, te arrancaba la ropa y recorría con mi lengua los lugares más inhóspitos de tu cuerpo descubriendo zonas erógenas sin colonizar.

HORACIO. ¿Por qué esta capacidad para ser tan mediocre?

NORMA. Todo eso solo en mi cabeza.

HORACIO. Podría escribir un libro: "Cómo pasar desapercibido en la vida en diez pasos". Pero

no, estaría fallando como mediocre, saldría de la media.

NORMA. Hasta que me miraste, te acercaste y me dijiste: ¿bailamos?

Pausa.

HORACIO. ¿Qué?

NORMA. ¿Bailamos?

Pausa.

HORACIO. Bueno.

Bailan.

Vuelven a ser novios.

HORACIO. Paloma.

NORMA. ¿Cómo dice?

HORACIO. Paloma

NORMA. ¿Paloma?

HORACIO. Su cuerpo... se siente como el de una paloma.

NORMA. Ah.

Bailan.

Stop. Se besan con pasión. Stop.

Ella le toma una mano y se la pone en un pecho. Él, boquiabierto, juguetea un buen rato.

Termina la música. Otra vez son marido y mujer.

Pausa.

NORMA. En italiano: corazón, cinco letras.

HORACIO. *Cuore.*

Pausa.

HORACIO. ¿Y si vamos a aprender a bailar tango?

NORMA. ¡Para qué!

HORACIO. Para aprender.

NORMA. ¿Para qué? ¿Para quedarme sin pareja en unos meses? Tu egoísmo llega a límites

insospechados. Antes de dominar los primeros pasos vas a estar muerto o en estado terminal.

HORACIO. Es la primera vez que voy a ser protagonista, ¿te das cuenta?

NORMA. Aprender tango.

HORACIO. Ni siquiera lo voy a poder disfrutar.

NORMA. ¡Qué feo! ¡Qué feo es no poder asumir lo que a uno le pasa!

HORACIO. De joven me gustaba bailar, no tenía lo que se dice técnica, pero, tenía un secreto.

NORMA. Pagar una inscripción anual por un servicio que vas a tomar solo unos meses.

HORACIO. Era una estrategia combinada e infalible con las mujeres.

NORMA. Vivir con la incertidumbre de hasta cuándo, hasta dónde, decir hasta la próxima clase sin saber si vas a ir.

HORACIO. Primero las apretaba con suavidad, pero con firmeza, era un punto justo.

NORMA. No es algo que suceda de un día para otro, el deterioro es lento, lo empiezan a percibir, el aura se te torna amarillenta, el sudor es particular, por la medicación, la cara lo dice todo...

HORACIO. A las mujeres les gusta eso, un tipo fuerte pero no violento.

NORMA. Crees que preguntan, que van de frente, no querido, empieza el chismorreó, te miran como si fueras un zombi, para ellos ya estás muerto.

HORACIO. Danzábamos un poquito...

NORMA. ¿Crees que voy a pasar por todo eso nada más que para que aprendas a bailar tango? Pero por favor, ni loca.

HORACIO. En el momento justo la miraba a los ojos y la comparaba con algún pájaro.

NORMA. Paloma.

HORACIO. ¿Qué?

NORMA. Paloma.

HORACIO. Sí, paloma o cualquier otro, picaflor, cuando eran menuditas e inquietas, calandrias cuando elegantes, zorzal la de voz como trino, nunca cotorra...

NORMA. ¿Y paloma?

HORACIO. ¿Paloma?

NORMA. Sí, paloma ¿cuándo le decías paloma?

HORACIO. No sé...

NORMA. Porque a mí me dijiste paloma.

HORACIO. ¿Te acordás?

NORMA. No me lo olvido nunca más en la vida.

HORACIO. Qué lindo.

NORMA. Me dijiste que mi cuerpo parecía una paloma.

HORACIO. Con eso te conquisté.

NORMA. ¿Te parece?

HORACIO. Si mal no recuerdo, esa noche apretamos.

NORMA. ¡Hacía cuatro meses que salíamos, o apretábamos esa noche o no lo hacíamos nunca más! Después estuve un mes mirándome en el espejo y en vez de verme a mí ¿sabés que veía?

HORACIO. ¿?

NORMA. Una torcaza, gorda y deforme. Crees que me conquistaste porque me comparaste con una paloma. Haceme el favor.

HORACIO. Mirá vos... todos estos años viví engañado, creyéndome el gran conquistador. Cuantas cosas que uno da por ciertas, nuestra subjetividad nos convierte en ingenuos, patéticos semidioses de una parcialidad incapaz de ser sometida a ningún contraste. Condenados a vivir en una realidad donde la verdad es solo un conjunto de pobres registros que damos en llamar “experiencia de vida”.

Pausa.

NORMA. (Maiden) Grupo heavy, cuatro letras.

HORACIO. Iron.

Pausa.

NORMA. Rumiante con dos gibas, siete letras.

HORACIO. Tu vieja.

NORMA. ¡HORACIO! Respetá a los muertos. Camello.

HORACIO. ¿Qué se te dio ahora por hacer crucigramas?

NORMA. Amadeo me lo recomendó, dice que es muy bueno para la memoria.

HORACIO. ¿Qué Amadeo?

NORMA. ¡El médico!

HORACIO. Cierto, el arquero jeringa.

NORMA. Dice que este tipo de actividades retarda el envejecimiento y previene el Alzheimer.

HORACIO. Bueno, a mí me está haciendo bárbaro, voy a ser un cadáver con un cerebro intacto.

NORMA. (Reparte cartas). No vale hacer chinchón con el mono. Sos mano, te toca.

HORACIO. ¿Desde cuándo la timba y vos se llevan?

NORMA. Ayúdame, ¿qué te cuesta? Pienso seguir viva por mucho tiempo, no quiero ser una vieja gagá. Los juegos de azar también sirven.

HORACIO. ¿Sabés qué me puede ayudar?

NORMA. HORACIO, no lo hagas. ¡HORACIO!

HORACIO sale un momento, regresa con una camisa hawaiana y una sonrisa inédita.

NORMA. Por favor, acá no.

HORACIO. Voy a la terraza.

NORMA. ¿Y, que te vean los vecinos con esa camisa? No hagas el ridículo.

HORACIO se atraganta con su propia risa, no puede respirar, gestos de desesperación, se toma la garganta con las dos manos, ruido agudo al respirar.

NORMA. ¿Y ahora qué te pasa? Hablá. Estás morado.

NORMA lo levanta tomándolo por la espalda y le practica la Maniobra de Heimlich.

HORACIO se recupera lentamente, se sienta, se toma el cuello y tose despacio.

Hace señas de estar bien con la mano. Comienza a reír.

HORACIO. Creíste que cortaba con chinchón ¿no?

NORMA. Mañana mismo me deshago de ese mamarracho.

HORACIO. ¿Te das cuenta NORMA? Este ha sido el acto de rebeldía más grande e insignificante de mi existencia.

NORMA. ¿Qué decís?

HORACIO. En mi vida no hay nada, nada que pueda sorprender.

NORMA. Ah, ¿no?

HORACIO. Y, ya no...

Pausa.

NORMA. ¿Y si te digo que no estuviste en el momento de concebir a tu hijo?

HORACIO. ¿Cómo?

NORMA. Eso, que no estuviste durante la unión del espermatozoide y el óvulo.

HORACIO. ¿Y a dónde estaba?

NORMA. Ausente, la historia de tu vida, ausente. Cumpleaños familiares, el señor de viaje, actos escolares, el señor de viaje, velorio de un pariente, el señor de viaje, estaba ovulando, el día más fértil, el señor viajando. ¿Te das cuenta? ¡Estuviste ausente hasta el día de engendrar a tu propio hijo!

HORACIO. ¿Y entonces quién estuvo?

NORMA. Los de la tintorería.

HORACIO. ¿Cómo “los” de la tintorería?

NORMA. Estaba angustiada y sola.

HORACIO. ¿Y?

NORMA. Fui a llevar una camisa.

HORACIO. ¿Una camisa?

NORMA. Tu camisa beige.

HORACIO. ¿MI CAMISA BEIGE?

NORMA. ¡Esa que manchaste con salsa de soja cuando escupiste el cerdo agridulce!

HORACIO. Mi camisa beige, mi prenda favorita, la que guardo con tanto cuidado, la única que tiene percha propia... y vos... y vos la pusiste en manos de unos desconocidos.

NORMA. No son tan desconocidos, uno de ellos es el padre de tu hijo.

HORACIO. Cuál, decime cuál fue el desgraciado que le puso las manos encima a mi camisa y a mi esposa.

NORMA. No sé cuál fue.

HORACIO. Se escudan en el parecido.

NORMA. Fueron tan amables.

HORACIO. ¡Que den la cara!

NORMA. Siempre sonrientes y tan respetuosos.

HORACIO. Sí, sobre todo muy respetuosos.

NORMA. Llegué con la camisa y viste que ellos viven allí, al fondo tienen la casa, bueno, se escuchaba música y gente que reía, sentí curiosidad, pasé detrás del mostrador y me asomé, no sabés cómo se divertía esta gente.

HORACIO. No... si me imagino, ese es el problema.

NORMA. Estaba la chica, la más jovencita, que siempre me atiende, ella sabe que soy una buena clienta, quisquillosa, pero buena, no son tontos ellos, hacen bien los números, no sé lo que me decía porque el idioma yo no lo manejo.

HORACIO. No pareció un obstáculo.

NORMA. La chiquita esta me ve y me hace así con la cabeza como para que pase, tenía tantas cosas que hacer, las compras, la comida, pero como le explicaba, imposible hacerme entender y no quería pasar por maleducada, así que entré nomás. ¿Cómo se llama? viste en las películas estas de los Césares, que hay como una fiesta, comida, música, gente desnuda... cinco letras.

HORACIO. Orgía.

NORMA. Eso, una orgía.

HORACIO. ¿UNA ORGÍA? ESTUVISTE EN UNA ORGÍA. ESTUVO EN UNA ORGÍA. ¡Y yo codeándome con repuesteros tratando de venderles un puto rulemán!

NORMA. ¡Cómo se divirtió esta gente con mis pechos! Claro, lo que pasa es que las mujeres son todas chatas, no se les desarrollan mucho, entonces me vieron a mí, estaban enloquecidos, yo les dije paren, paren, todo con señas, por qué no se organizan, hacen una fila.

HORACIO. ¡UNA FILA!

NORMA. No grités.

HORACIO. ¡Me hubieras avisado que para tocarte una teta HABÍA QUE HACER UNA FILA!

NORMA. No grités.

HORACIO. ¡Qué sencillo hubiera sido!

NORMA. Con vos no se puede hablar.

HORACIO. ¡Sí yo soy un boludo! Con razón, ahora caigo, por eso cuando nació el nene, estaba amarillito... ¡Yo creía que era la bilirrubina! ¿Y lo de los ojitos medios rasgados? Lo asocié con la foto de tu abuela geisha que está en la cómoda. ¿No es tu abuela paterna?

NORMA. Sí, en un carnaval.

HORACIO. No, yo no voy a esperar seis meses ¡No espero un día más! *(Busca un arma en un cajón e intenta dispararse en los testículos, la mujer trata de impedirlo, forcejean, suena el teléfono, se detienen, ella atiende).*

NORMA. ¿Diga?... ¿Amadeo?... Sí, hola doctor, ¿cómo está usted?... Si estamos aquí con/

HORACIO. ...¿Buenas noticias? Uy, no sabe lo bien que nos vendría... ¿cómo? ¿está seguro?

...Pero entonces, ¿qué hacemos ahora? ...Sí, sí, gracias doctor... Parece que hubo un error.

HORACIO. ¿Un error?

NORMA. Sí, con los resultados de los análisis, no te vas a morir.

Pausa larga.

NORMA. Símbolo químico del azufre, una letra.

HORACIO. S.

La oscuridad fagocita lentamente la escena.

APAGÓN FINAL

UNA SABE DE ESAS COSAS

MARÍA VIRGINIA ARIZTOY (TIERRA DEL FUEGO)

mvariztoy@gmail.com

PERSONAJES

LILY, mujer de 62 años

MIRY, mujer de 59 años

ESCENA 1

Las dos mujeres en la sala de espera del hospital público de un pueblo en el sur de la provincia de Mendoza, una mañana de 2021. Ambas llevan el barbijo mal puesto. MIRY está sentada leyendo un abultado “best-seller”. LILY, dando vueltas busca algo a la vez que se mantiene atenta al celular.

LILY. *(Sin mirar a la otra mujer, con el barbijo puesto).* ¿Sabés la clave de Wi-Fi?

MIRY *estornuda dentro del barbijo pero deja la nariz afuera, la mira de arriba abajo y sigue leyendo.*

LILY. *(Se baja el barbijo y levanta la voz).* ¿Sabés la clave de Wi-Fi?

MIRY. ¿A mí me habla?

LILY. *(Asiente y se sienta dejando un espacio libre entre ambas, pero se acerca con el cuerpo a la otra mujer).* Y sí, acá no hay nadie más... la clave te pedía.

MIRY. *(Aleja el cuerpo).* Buenos días.

LILY. Sí, sí, claro, igualmente. Te la pedía porque no tengo Internet, ¿viste? Y quiero aprovechar...

MIRY. *(La interrumpe con brusquedad).* ¿En este hospitalucho de pueblo te parece que va a haber Wi-Fi?

LILY. ¿Sabrá ese doctor? *(Se levanta y le habla a un médico que pasa, que no es visto por el público).* Doctor, usted me diría la cl...

MIRY. *(Comienza a mirarla fijamente).* ¡Qué ilusa!

LILY. Cuando vuelva el enfermero joven, le voy a preguntar a él.

MIRY. No te va a dar bola. ¿Vos viste lo churro que es?

LILY. ¿Quién?

MIRY. El enfermero, ¿quién va a ser? Pero es joven para vos. Igual te aviso que no vine de levante yo acá. (*Vuelve a su libro*).

Silencio largo. Se miran de reojo.

LILY. (*Se levanta*). Ahí viene el pibe... (*Balbucea para sí*). ¡El Sergio! (*Se sienta poniéndose el barbijo*).

MIRY. ¿Y? ¿Arrugaste?

LILY. No.

MIRY. ¿Tenés miedo de ponerte colorada?

LILY. ¿Qué decís?

Se oye la sirena de la ambulancia seguida de gritos y corridas. Las dos mujeres se sobresaltan.

MIRY. Uh, la ambulancia. Cag... Sonamos. No nos atienden más.

LILY. ¿Qué habrá pasado? Yo escucho una sirena, y me empiezo a imaginar tragedias...

MIRY. (*Sin atender lo que dice, vuelve a mirarla fijamente e interrumpe*). Me parece que te tengo de alguna parte y no sé de dónde. Ya te voy a sacar.

LILY. ¿Habrás sido un quiñe?

MIRY. ¿Un qué? (*De pronto la recuerda. La mira fijamente un buen rato*).

LILY. Un choque, por la ambulancia digo. (*Percibe que la mira y se incomoda*).

MIRY. ¿Sos Lily, vos?

LILY. Sí, ¿cómo te diste cuenta? ¿Se me nota?

MIRY. No, no se te nota. ¿Cómo se te va a notar? Yo sabía que de algún lado te junaba, vos, ¿no te acordás de mí?

LILY. Ni por las tapas... ¿Te atendí en el...?

MIRY. (*Se ríe estrepitosamente y tose a continuación*). Atenderme vos a mí... ¡ni en pedo!

LILY. Disculpame, fijate que allá hay un cartel, no veo bien sin los lentes de lejos. ¿Qué dice? Como una tonta no me los traje...

MIRY. (*Simula leer achinando los ojos*). NO FUN-CIONA IN-TER-NET.

LILY. ¡Ay qué pena, pensé que me iba a servir este rato para usar el Wi-Fi...! Del geriátrico decís que no... (*Se suena la nariz*).

MIRY. ¡Geriátrico! Pero qué te pasa, si soy más joven que vos.

LILY. No te creas, algunos no son viejitos pero los llevan porque están... (*Pone cara de loca*).

MIRY. Y... claro no quieren...

LILY. (*Adelantándose*). ¡Quién va a querer estar loquito!

MIRY. Los familiares no quieren cui... (*Impacientándose*). Dejalo así. No, no me atendiste en el geriátrico, ni...

LILY. ¿Ni?

MIRY. Ni en lo del Polaco.

LILY. ¿Qué Polaco? (*Miente*). (*Comienza a toser*).

MIRY. Te dio tos, mirá, qué cosa. ¿No te acordás del Polaco? Del local frente al río...

LILY. Ah. (*Tose nerviosa*) Ese Polaco.

MIRY. Sí, ese. ¿Cuántos Polacos conocés?

LILY. (*Primero enmudece, luego comienza a hablar atropelladamente*). El otro día me acordaba, cómo habrán hecho allá con esto del covid y la pandemia, ¿no?

MIRY. Como todo el mundo. Con alcohol en gel... (*Despectiva*). Barbijo...

LILY. Yo lo uso aunque estoy vacunada, eh, pero es tremendo esto del covid, ¡cómo nos cambió la vida...! Bah... A mí no. Yo soy sola, ¿viste? Al principio, ¿te acordás?, que reuniones de 10, que reuniones de 20, a mí me daba igual. No tengo con quién juntarme. (*Se ríe*).

MIRY. ¡Qué cosa! Cómo cambiaste de tema, sos rápida para zafar.

LILY. Perdoname... no sé tu nombre.

MIRY. Mirta, pero me decían Miry (*Se levanta y se pone en pose sexy*). ¿Qué te perdono?

LILY. Que te cambié de tema...

MIRY. Está bien, perdóname vos. No tendría...

LILY. Perdoname, te perdono. (*Como mirando el cielo*). Perdón...

MIRY y LILY se ríen nerviosas.

MIRY. ¡Qué momento! (*Suspira*).

Silencio.

LILY. No sé qué querés que te diga...

MIRY. Ya te dije que nada... yo...

LILY. (*En voz baja pero decidida*). No tengo mucho que contar, fue poco tiempo, un par de años no más, mirá lo que te digo.

MIRY. ¡Un par de años no más trabajaste con el Polaco! Con lo popular que eras, cuando vos te fuiste caí yo y me acuerdo que se hablaba mucho de vos... Pero mucho.

LILY. Un tiempo fue porque me acuerdo que... yo no... Así es que vos también...

MIRY. Yo también.

LILY. Che, pero, ¿cómo me conociste? Yo no te vi nunca, me parece.

MIRY. Vos fuiste dos veces a buscarlo, se me quedó grabada tu cara, qué se yo... Siempre

pensé que ustedes... (*Hace gestos obscenos*).

LILY. (*Molesta*). A cobrar fui, y fueron más de dos veces. ¿Vos hace mucho que te fuiste? Bah, si se puede saber... no sé, vos empezaste a preguntar.

MIRY. Yo solo te dije que te conocía. No te pregunté nada. (*Tose*).

LILY. Tenés razón, perdóname. Dejémoslo ahí, el Polaco allá y nosotras acá.

MIRY. ¿Nosotras?

LILY. Marta, me dijiste Marta, ¿no? Un despiste soy...

MIRY. Mirta, pero me dicen Miry. ¿Y? ¿Viene tu enfermero? Pedile la clave...

(*El enfermero llama a LILY*).

LILY. (*Se para y camina dudando*). Justo tenía que ser...

MIRY. Che, pero yo llegué antes que vos. ¿A qué hora tenías el turno?

LILY. (*Mientras camina, mandándose la parte*). Y lo que pasa es que, como te dije, yo trabajo en un geriátrico, soy algo así como “esencial”.

MIRY. ¿Qué vas a ser esencial? Una pobre diabla, eso es lo que sos, mirá si te vieran ahora los muchachos... (*Comienza a cantar Fragmento del tango Tiempos viejos, Letra de Manuel Romero y música de Francisco Canaro*).

¿Te acordás, hermano, qué linda que era?

Se formaba rueda pa' verla bailar

Cuando por la calle, ay la veo tan vieja

Doy vuelta la cara y me pongo a llorar.

Tose agitada al terminar. Se queda pensando.

MIRY. (*A LILY que regresa hablando por teléfono*). Sos tremenda, che, la conseguiste no más. ¿Qué hiciste, le pagaste en especies?

LILY. Shhhhhh. (*Al teléfono*). Sí, ¿podés creer la coincidencia? Te manda muchos saludos. Si habrán jugado en el patio... Sí, yo estoy bien (*Tose*). Hijo, no te preocupes, es por los viejitos viste, por precaución no más... Seguro me da negativo. Ahora en un rato me avisan... ¿Ya tenés que irte? Pero no me contaste nada... Bueno, hijo, otro día, un beso, mi amor... (*Besa el celular*).

MIRY. Tanto lío por el Wi-Fi y al final no hablaste nada.

LILY. Es que está en la hora de almuerzo.

MIRY. ¿Dónde vive?

LILY. En España, hace cinco años que no lo veo, no es que antes lo viera tanto pero está tan lejos...

MIRY. Se sufre, ¿no?

LILY. Duele más que la miércoles.

MIRY. Yo ni cerca ni lejos, no tengo hijos.

LILY. Viejas y solas, qué panorama nosotras... *(Se ríe)*.

MIRY. Hablá por vos... y cortala con el nosotras.

LILY. Perdoname...

MIRY. Y cortala con el perdón.

LILY. Eh... bueno, ¿sabés qué? Mejor no te hablo. Al final todo lo que digo te molesta.

MIRY. Lo bien que hacés, por si no te enteraste estoy leyendo. *(Mira pasar a los enfermeros y grita para un lado y para otro)*. Soy Mirta Vilchez yo, ¿a mí hasta cuándo me piensan tener esperando, ¿eh? Tanto quilombo por el contacto estrecho y al final... ¿Cómo es la cosa? ¿Hay que hacerles una atención a ustedes para que hagan su laburo? Manga de vagos... *(Tose)*.

LILY. Si querés voy y le pregunto al Sergio...

MIRY. *(Burlándose)*. El Sergio, el Sergio... ¿No era que me ibas a dejar en paz vos a mí? Al final la que vino de levante fuiste vos, hasta el nombre le preguntaste...

LILY. Lo conozco de chiquito al pibe... era amigo de mi hijo... *(Se queda callada pensando)*.

Silencio.

MIRY. Eh... qué pasó...

LILY. Es que lo vi al pibe y...

MIRY. Mirá qué coincidencia, yo te vi a vos y...

LILY. ¿Te pusiste triste?

MIRY. Qué triste ni triste, me acordé no más... ¿Vos te pusiste triste?

LILY. Pensé que no querías hablar más...

MIRY. Si me interrumpís a cada rato, es imposible concentrarse acá...

LILY. Mirá el badulaque ese como camina... ¡hecho bolsa está, pobre!

MIRY. *(Buscando complicidad)*. ¿Sabés a quién me hace acordar el tipo ese? Al Tutú.

LILY. Cada tanto me lo cruzo...

MIRY. Vos sabés que yo a veces le tenía lástima y a veces admiración. Había que ser marica hace veinte, treinta años en este pueblo conserva... y ofrecerse así entre la clientela del Polaco... ¿Sabés una cosa? Yo extraño la noche.

LILY. ¿Sabés qué extraño yo? Los tangos...

MIRY. Uh, tenés razón, soy fana del tango.

LILY. Yo canto bastante bien...

MIRY. Yo bastante mal, pero también me gusta cantar...

LILY. Yo siempre quise cantar en un bar.

MIRY. Yo siempre quise tener un bar.

LILY. ¿Como el del Polaco?

MIRY. No sé, un bar, lo que dé.

LILY. Quién te dice un día se nos da... (*Mira el celular para ver la hora*). En serio que va lento esto, mi jefa me va a matar si no llego enseguida, hay que limpiar los baños a la mañana, no sabés lo que son... Un bar, ¿qué tal? ¿Y ahora qué hacés, Miry? Viste cómo me acordé, ¿no? (*Mira a MIRY que se ha desanimado, se le acerca y le pasa el brazo por los hombros*). Bueno...

MIRY. ¿Qué hacés? Mantené la distancia. (*Le da un empujón*).

LILY. Bueno, pará, no es para tanto. Si estamos en la misma, capaz con Covid y todo, y me parece que estás igual de sola que yo...

MIRY. Yo estoy sola por elección. Me harté de los tipos.

LILY. Lo bueno es que si te cansaste de los tipos, ahora tenés opciones. (*Tose*).

MIRY. ¿Qué?

LILY. Que podés probar con las minas. Podrías ser una especie de Tutú pero con dignidad, eso sí.

MIRY. Ni en pedo. (*Bajando la voz*). ¿Vos probaste? (*Cara de asco y señala a la otra con la cabeza*).

LILY. Ni loca. A mí sí me gustan los tipos.

MIRY. Yo no te dije que no me gustaran. Lo que pasa que para prepararles el pastillero y limpiarles el culo...

LILY. Yo limpio varios por día, uno solo sería un alivio. (*Hablando para sí*). Y si me engancho alguno con plata...

MIRY. (*Se ríe abiertamente*). Decime, la posta, vos le hiciste un pase rápido al enfermerito, ¿no?

LILY. (*Se indigna*). ¿Qué decís? Ya te dije que es amigo de mi hijo y (*bajando la voz pero con un enojo que descoloca a MIRY*) que yo no ejerzo más, no sé vos, pero, yo me metí en eso un tiempo y... no sé para qué te doy explicaciones. No era que ibas a leer... Seguí con lo tuyo y si te he visto no me acuerdo.

MIRY. Que sea amigo de tu hijo no tiene nada que ver...

LILY comienza a llorar desconsoladamente.

MIRY. (*Sorprendida, no sabe qué hacer*). Eh, te quise hacer una broma... una broma de las que hago yo, una broma de barrio...

Silencio incómodo.

MIRY. *(Se sienta junto a LILY y comienza a recitar a la vez que hace la mímica del bando-neón).* Una broma de barrio... Haceme la guitarrita (*"Fragmento de Nocturno a mi barrio"*). *Letra de Aníbal Troilo).*

Mi barrio era así, así, así.
Es decir, qué sé yo si era así.
Pero yo me lo acuerdo así.
Alguien dijo una vez
Que yo me fui de mi barrio,
¿Cuándo? Pero, ¿cuándo?
Si siempre estoy llegando
Y si una vez me olvidé,
Las estrellas de la esquina de la casa de mi vieja.
Titilando como si fueran manos amigas.
Me dijeron: Gorda, gorda, quédate aquí,
Quedate aquí.

MIRY sale apurada porque la llaman.

LILY sentada sigue tocando la guitarra imaginaria. Se oyen varias ambulancias. LILY vuelve a angustiarse.

Luego de un rato, MIRY vuelve a entrar a la sala de espera.

MIRY. Me parece que va a ser un día largo... *(Tose).*

LILY. ¿Escuchaste la ambulancia?

MIRY. No, sólo tenía oídos para la bigotuda de la enfermera.

LILY. ¿Cómo sabés que tiene bigote si está con barbijo?

MIRY. ¿Sos medio pelotuda vos? Cómo no voy a sentir las ambulancias. Decían que hubo un accidente fiero, un auto que venía de Buenos Aires se cayó al canal y parece que había pibitos jugando. Una catástrofe, los pibitos y los del auto. Tenemos para rato. Se fueron cagando todos los enfermeros... me dijeron que sí o sí el resultado hay que esperarlo acá. Que no nos podemos mover. *(Se recuesta en las sillas).*

LILY. Pobres pibitos. *(Se angustia y se persigna).*

MIRY. Una reverenda cagada.

LILY. *(Al borde de las lágrimas de nuevo).* Voy a tener que avisar en mi trabajo. *(Saca el celular y manda un mensaje. Se queda pensativa).*

MIRY. ¿Qué te pasó hace un rato?

Silencio.

MIRY. ¿Es por tu hijo?

LILY. (*Nerviosa y angustiada*). Sí, pero no es por la distancia, bah un poco también... (*Piensa*). Pero es otra... Lo dejamos para otro día, ¿te parece? (*Se larga a reír*). ¡Otro día!, no me hagas caso.

MIRY. ¿Por qué no?

LILY. (*Se acerca y se sienta junto a MIRY*). Te tomo la palabra. Me gusta charlar con vos.

MIRY. Claro, si no parás de chamuyar.

LILY. (*Avergonzada*). Tenés razón.

MIRY. Te jodo no más. (*Baja la voz*). Yo no hablo con nadie, ¿sabés? parece que mis cosas no existieran, que solo están en mi cabeza, me vino como una cosa de hablar con vos de...

LILY. Lo del bar...

MIRY. Lo del bar y...

MIRY. Te parece mucha locura lo del bar, ¿no?

LILY. ...Y un poco sí. Pero si es tu sueño... (*Cara de que sí le parece una locura*).

MIRY. A ver, sueño, lo que se dice sueño... no sé. Lo vengo pensando hace rato, conozco el negocio, tengo el lugar...

LILY. Ah, bueno.

MIRY. Cuando escuchaba las ambulancias, pensaba...

LILY. Te inspiraste con la tragedia.

MIRY. (*Mirándola a los ojos*). Vos me inspiraste. (*Tose nerviosa*).

LILY. ¿Yo?

MIRY. Te lo conté y me di cuenta de que puedo probar. Todo es cuestión de probarlo...

LILY. Debe costar mucha guita poner un bar.

MIRY. No te digo que no, pero yo tengo una casa grande, vieja, da para todo, ¿viste? Conozco tipos en las oficinas municipales, algún ex comisario que podría encaminar los trámites. Qué sé yo, tengo un trabajo de medio día, puedo seguir ahí mientras el bar despega. No me falta tanto para los 60. Qué voy a esperar...

LILY. ¡Yo sabía! Claro que si tenés casa propia, es otro cantar. (*Apesadumbrada mirando hacia la guardia*). Esos deben ser los familiares, por las caras...

MIRY. Mía, lo que se dice mía, no es.

LILY. ¿Qué? (*Apenada, sigue mirando a la gente*).

MIRY. No me estás atendiendo.

LILY. Pobre gente, ¿no? Pienso en las madres...

MIRY. Yo creo que nos tendríamos que ir, ¿hasta qué hora nos van a tener?

LILY. Pero si te dijeron que no nos podíamos mover...

MIRY. Si nos vamos, nadie se va a dar cuenta.

LILY. El Sergio me conoce...

MIRY. Y dale con el Sergio.

LILY. (*Cambia de tema*). Al final no me contaste lo de la casa.

MIRY. Te estaba explicando y no me diste bola. (*Se limpia la nariz*).

LILY. Perdoná.

MIRY. Vení, vení que te cuento... Cuando me fui de lo del Polaco, me quedé con mi tía. Mis primos al principio no querían saber nada conmigo, pero la vieja estaba achacada y necesitaba ayuda ella también, ellos viven todos en la ciudad de Mendoza y vienen cada muerte de obispo, entonces se fueron ablandando y terminé haciéndome cargo de la casa y de mi tía hasta que murió.

LILY. ¿Y te quedaste con la casa?

MIRY. La vieja me quería mucho... Resulta que cuando murió me llama un día un abogado y me explica que mientras yo viva tengo el usufructo del inmueble, ¿entendés? No me pueden sacar de la casa, ¿qué tal? Aunque sea de ellos...

LILY. ¡Esas son tías...! Che, pero ¿y si se enteran que te pusiste un "bar"?

MIRY. ¿Qué tiene de malo un bar de tangos?

LILY. Mi hijo dice que el tango está de moda otra vez, que la gente joven va a las milongas.

MIRY. ¿Qué sabe tu hijo si vive en España?

LILY. Él se entera de todo por el Face...

MIRY. ¿Vos decís que en serio está de moda?

LILY. No sé, pero lo que me parece es que una tanguería de viejos no da como para vivir.

MIRY. ¿Quién dice de viejos?

LILY no responde pero la mira con picardía.

MIRY. Sos yegua. Al principio vendrán por mí. Pero le puedo meter milonga, entonces, si vos decís... Y con el tiempo le podría agregar otras... cositas... (*Tose*).

LILY. ¿"Cositas"?

MIRY. Servicios...

LILY. ¿Cómo ser?

MIRY. Algo de morfi... Ideas no me faltan. Alguna piba joven...

Silencio.

LILY. (*Enojada*). Tené cuidado.

MIRY. ¿Con qué?

LILY. Con la policía.

MIRY. Tengo amigos en la cana.

LILY. Yo te digo...

MIRY. ¿Qué?

LILY. No te fíes igual, te pueden denunciar...

MIRY. ¡No!

LILY. (*Molesta*). Y a la piba... ¿ya la tenés?

MIRY. Mirá, me hablaron de una pero no me quiero apurar, hasta que no empiece a dar guita, no puedo pensar en...

LILY. ¿Cuánto se está cobrando ahora?

MIRY. ¿Qué? ¿Te dieron ganas de entrar...? (*Se ríe*).

LILY. No, ¿qué decís?

MIRY. Pero, a ver... ¿Vos arrancaste con el Polaco derecho? ¿O te entrenaste en la calle?

LILY. (*Ensimismada*). Yo me casé joven. (*Pausa*). Cuando mi marido se fue, se llevó todo, mi hijo, la casa, mi vida, mi nombre. Lo único que me quedó fue este cuerpo y... unas ganas terribles de morirme. El Polaco me encontró por ahí y me dio un lugar, no me pareció peor. (*A MIRY*). Cuando pude juntar unos pesos me fui.

MIRY. Si algo hay que reconocerle al Polaco es que amarrete no es...

LILY. (*Bajito*). Un Polaco de porquería, eso es lo que es...

MIRY. Eh, ¿por qué esa bronca? Te dio laburo cuando lo necesitabas, che.

LILY. ¡“Laburo”!

MIRY. Justamente, pudiste juntar unos pesos. O sea que esclava no te tenía.

LILY. No, esclava lo que se dice esclava no... pero... ¿Y vos? ¿Cómo entraste?

MIRY. Era joven.

LILY. Se habrán aprovechado de vos... como pasa siempre.

MIRY. A mí nadie me agarró de los pelos, bah, al menos no para entrar.

LILY. ¿Entonces?

MIRY. Allá en Buenos Aires, porque yo soy de Buenos Aires, ¿viste? Siempre andaba en ambientes medio turbios, era la oveja negra, brava era... cuando estudiaba conocí a una piba de Zárate, al tiempo largamos los libros y nos fuimos a probar suerte a sus pagos, como no conseguíamos laburo, se nos ocurrió mandarnos a la ruta, entre Zárate y Campana.

LILY. No conozco.

MIRY. El paraíso de los camioneros, ¡mamita!

LILY. Mirá...

MIRY. No tenés idea lo que es eso. Allá es un camión atrás del otro, un camión tras otro, hay mucho pero mucho laburo allá. Bah, había en ese tiempo y ahora debe ser igual. La 143 norte no existe, es una calle de barrio a la hora de la siesta en comparación.

LILY. ¿No te daba miedo?

MIRY. Al principio no. Teníamos suerte, ganábamos guita, éramos jóvenes...

LILY. ¿Y? ¿Qué pasó?

MIRY. Lo primero que pasó fue que nos peleamos. Y ahí, chau, sola la ruta es complicada... Se armaba quilombo por los lugares, había grupitos, se ponía pesado el ambiente. La policía nos hacía mierda, por pelotudas, por dividirnos, como no nos cuidábamos entre nosotras, pasaban cosas jodidas, a nadie le importaba nada más que su propio culo, ¿entendés? Un día me desperté y dije, qué hago viviendo así. Es larga la historia, después anduve por...

LILY. ¿Por qué no buscaste un laburo como la gente?

MIRY. ¿Cómo cuál gente? Un laburo de mucama decís, o en una... no gracias...

LILY. (*Sin escucharla*). Un laburo de mierda, eso es lo que es.

MIRY. No creas, podés ganar tu guita. Si vos hubieras sido más viva, al Polaco le sacabas un riñón...

LILY. (*Horrorizada*). ¿Qué decís?

MIRY. Cuando yo llegué no hacía más que hablar de vos, remetejoneado estaba.

LILY. ¿Sabés lo que le rogué por un trabajo de limpieza...?

MIRY. Él veía tu potencial... ¿en serio preferías limpiar?

LILY. Sí.

MIRY. Decí que estás grande, mirá, porque si no, yo te hacía cambiar de idea. (La mira de arriba abajo).

LILY se queda callada rememorando y no percibe la mirada de MIRY.

MIRY. No te asustes. Era broma. Cada una sabe sus cosas.

LILY. Sí, pero bien que querés meter a una piba...

MIRY. Claro, con una piba es otra cosa.

LILY. ¿Piba de cuánto?

MIRY. Mientras sea mayor de edad...

Pausa.

MIRY. ¿Pero, qué te pensabas, che?

Silencio. LILY la mira desconfiada.

MIRY. Pará un momentito que lo mío es un negocio, ¿entendés? Win-win.

LILY. ¿Guin qué?

MIRY. No te voy a explicar inglés, también.

LILY. Yes.

MIRY. Win-win, yo gano, la piba gana, el cliente gana... No hay delito acá. Not guilty.

Silencio.

MIRY. Che, estás muy callada.

LILY. Es que yo no...

MIRY. Volvamos al tango, me decías que cantás bien. ¿Cantaste en público alguna vez?

LILY. *(Se alegra de pronto)*. Uy, sí, cuando mi hijo iba a la escuela, una vez para juntar para la cooperadora... *(Se sonroja y hace memoria, cierra los ojos y comienza a cantar compenetrada)* *Fuimos. Letra de Homero Manzi y música de José Dames*.

Fui como una lluvia de cenizas y fatigas

En las horas resignadas de tu vida...

Gota de vinagre derramada,

Fatalmente derramada sobre todas tus heridas.

Fuiste por mi culpa golondrina entre la nieve

Rosa marchitada por la nube que no llueve...

LILY. Qué desastre cómo te olvidas las letras si no practicás.

MIRY. Yo... *(Tose)*. Te ofrezco que vengas a cantar al bar.

LILY. Te lo agradezco de corazón, pero yo tengo que comer, tengo que pagar la pensión. No tengo la suerte tuya... y si te soy sincera no me gusta nada tu "negocio".

MIRY. Pero si solo sería un bar, ¿cuál es el problema? Al principio tendrías que seguir con el otro laburo pero después...

LILY. Estoy grande para dos trabajos. ¿Sabés lo que rogué por trabajo yo?

MIRY. Cuando funque la cosa, mandas a los abuelos a que se limpien solos, chau, culos sucios...

LILY. ¿Y si no "funca"?

MIRY. ¿Por qué no marcharía? A mí nunca me faltó el trabajo, no me va a faltar ahora. Te digo más, si esto no marcha nos vamos para Tierra del Fuego...

LILY. ¿Qué decís? ¿Estás en curda?

MIRY. Siempre me quedé con ganas de ir a probar suerte al sur.

LILY. Yo fui a Bariloche de luna de miel, era muy bonito, ¡pero un frío!

MIRY. Esto es mucho más lejos.

LILY. ¿Cómo mucho? ¿No es el sur también?

MIRY. Dejémoslo ahí, total sería el plan B.

LILY. (*Embobada*). Plan B.

MIRY. Allá también hay mucho laburo, no digo de lo nuestro, porque no sé, pero seguro que hay.

LILY. ¿Cómo de lo “nuestro”? No era que no querías saber nada con “nosotras”. ¿Será que me querés explotar?

MIRY. (*Larga una carcajada*). Con vos me cago de hambre, Lily. Es una forma de decir. Ya entendí que no es lo tuyo y todo ese mambo, pero ¿sabés qué pienso? Si te fuiste al poco tiempo no llegaste a agarrarle el gustito.

LILY. (*Con cara de asco*). ¿El gustito a qué?

MIRY. Digo es que no le encontraste la vuelta, no sé... Por ejemplo, ¿aprendiste a meditar?

LILY. ¿Cómo sería eso?

MIRY. Te cae un mugriento...

LILY. (*Con asco*). ¿Eso me tiene que gustar?

MIRY. No, no, pero podés evitar el asco, ¿me vas a decir que te gustó que te hisopen? ¿Te hiciste un *Pap* alguna vez? ¡Limpias culos, Lily! Cuando tenés que pasar un mal trago, ¿qué hacés? Pensás en otra cosa, respiras, ponés la mente en blanco, no sé, y cuando te querés dar cuenta, palo y a la bolsa. Eso es meditar.

LILY. Mirá cuánto tenés para enseñar... igual a mí no me convencés.

MIRY. Pero no todo es mugre. Aprendés a divertirte también.

LILY. Debe ser eso, que yo con esas cosas nunca me pude divertir...

MIRY. No digo solo con el sexo, digo jugar, ¿viste cuando éramos chicas que jugábamos a la doctora, a la oficinista? bueno lo mismo. Con los tipos jugás, jugás a la amiga, a la mamita, a la novia, a la locóloga... Al fin y al cabo, es como actuar. Si lo pensás un poquito, hay mucho prejuicio con nosotras, vieja, te diría que somos más actrices que otra cosa...

LILY. Todo muy lindo, pero ellos lo que quieren es manosearte y...

MIRY. Cogerte, sí, decilo. Pero si sos viva y los llevas para el lado del juego, te tratan mejor, te dejan más guita, lo mejor es que vuelven, piden por vos... y sobre todo la pasas mejor.

LILY. ¿Vos decís?

MIRY. Igual no te entusiasmes, a nosotras ya nos pasó el cuarto de hora.

LILY. Debe ser eso, que no supe adaptarme.

MIRY. Exacto, eso es lo que digo. (*Se suena la nariz*).

LILY. Aunque vos lo defiendas al Polaco, yo lo odiaba. Y como machacante era insufrible. (*Tose*).

MIRY. (*Se ríe a carcajadas*). Machacante. (*Ríe*).

LILY. ¿Es muy anticuado decir “machacante”?

MIRY. Me hacés reír. De mí, nunca se enamoró, por suerte.

LILY. Pero, ¿cómo? ¿No eras tan amiga?

MIRY. Demasiado machirulo para mí.

LILY. Hablás como en la tele... (*Ríe*). ¿Y vos? ¿Te enamoraste de él? ¿O de algún cliente? En tantos años...

MIRY. Pero, Lily, esa es la primera ley, no enamorarse de los clientes, ¿nadie te lo dijo?

LILY. Sí, sí, esa es la ley, pero vos... ¿siempre tan profesional fuiste?

MIRY. En treinta años, me pasaron muchas cosas, no te las puedo contar todas... Cuando era pendeja, me enamoraba a veces, pero se me tenía que pasar, porque esos tipos no volvían, o volvían y me contaban que se iban a casar o que se habían arreglado con la fulana o que no iban a poder volver porque la jermu se había enterado, tantas historias. Se va, se va la barca... (*Hace fuck you*). Pero estoy orgullosa yo, de mi oficio. Aprendés, a los golpes pero aprendés, muchas cosas, la ley seca, y tantas cosas, no te las puedo contar todas en un ratito, ¿qué te pasa? (*Se ríe*). Tendría que escribir mis memorias...

LILY. Explicame la ley seca...

MIRY. Se intenta, no es que siempre se puede, vos a las compañeras les decís que nada...

LILY. Que nada qué, no te entiendo.

MIRY. Nada de orgasmos.

LILY. Ah, pero entonces, la parte divertida no se puede.

MIRY. Es que después querés que todos sean iguales o que el tipo vuelva y te termina arruinando, la pasas bien un rato pero no te sirve a la larga... ¿Qué se yo? Capaz ahora es diferente, viste que las pibas la tienen más clara.

LILY. Cuántas historias tendrás.

MIRY. Si tenés tiempo te cuento.

LILY. Hablando de tiempo, qué locura, ¿no? Perder toda la mañana esperando acá.

MIRY. (*Se ofende*). Mañana perdida. Tenés razón, y yo tratando de explicarte... ¿Cómo se me ocurrió que vos...?

LILY. ¿Y ahora qué pasa?

MIRY. (*Grita*). ¡Dejame en paz!

LILY. Pero... no entiendo, ¿qué te hice?

MIRY. Soy una idiota, no son los tipos los que yo tengo que borrar de mi vida, son los humanos. Toda esta charla fue al pedo. (*Toma sus cosas para salir*).

LILY. No, esperá, no te podés ir. Vení, sigamos charlando...

MIRY. Yo me rajo, quedate vos a seguir "perdiendo" la mañana.

LILY. (*Trata de detenerla, la tironea*). No, no. Quedate.

MIRY. Soltame. (*Forcejea*).

LILY. Enfermeros, enfermeros, ayuda, por favor.

MIRY. (*Enojada, se sienta*). Encima, buchona.

LILY y MIRY sentadas en silencio sin hablarse ni mirarse.

LILY. No quise ser alcahueta...

Silencio.

LILY. Yo soy así, digo pavadas. Pero no es lo que pienso, eh. Si la estamos pasando bárbaro.

¿Sabés cuánto hace que no charlaba yo con alguien así?

MIRY. Mirá vos, yo en cambio, ando con un megáfono contando mis orgasmos.

Silencio.

LILY. *(Se acerca apenada)*. Perdóname. De corazón.

Silencio.

LILY. Voy a ver si están los resultados. No te vayas a ir, eh, mirá que entro a contar tus intimidades... *(Sale de escena)*.

MIRY. Ni se te ocurra, yegua.

MIRY se para y toma sus cosas, duda. LILY vuelve.

MIRY. ¿Y? ¿Qué te dijo?

LILY. *(Se sienta al lado de MIRY angustiada)*. Van a trasladar a dos a San Rafael, no le quise preguntar si eran los nenitos, como una tonta se me llenaron los ojos de lágrimas de pensar.

MIRY. *(En tono jocoso)*. Eh. ¿Otra vez te pusiste triste?

LILY. *(Se angustia y comienza a llorar)*. Pobrecitos.

MIRY. Te pusiste mal por los accidentados.

LILY. *(Llorando)*. No puedo parar.

MIRY. Hace rato que tenés ganas de llorar, dale, llorá tranquila...

LILY sigue llorando.

MIRY. Pero si podés, andá desembuchando, Lily, me tenés intrigada...

LILY. Apenas me sacaste el tema del Polaco me acordé de algo que me pasó una noche allá *(Suspira)*. Se aparecieron.

MIRY. ¿Quiénes?

LILY. El Sergio y el Tomy, los amigos de mi hijo...

MIRY. Con razón tanta confianza con el Sergio, vos. ¡Qué fuerte, che! ¿Los sacaste corriendo?

LILY. El Sergio se puso pálido cuando me vio, pidió disculpas y se fue...

MIRY. ¿Y el otro?

LILY. Encaró nomás, me acuerdo cómo me miraba y me pongo colorada, yo lo único que quería era que se fuera.

MIRY. Me imagino.

LILY. (*Triste*). ¿Sabés una cosa? Ese pibe fue el único tipo que a mí me miró así como con ojos de amor.

MIRY. ¿¡Qué amor!? Calentura, Lily, calentura.

LILY. (*Se enoja*). ¿Todo sabés, vos? Ahora, vidente sos, también. (*Con firmeza*). Yo sé que no era solo calentura. Una sabe de esas cosas.

MIRY. Perdoname. Y, ¿qué tal? ¿Cómo te fue con el pendejo? Porque viste que cuando una se acuesta con niños...

LILY. (*En voz baja*). ¡No me llegué a acostar! Apenas si lo toqué... (*Se empieza a reír despacito con vergüenza*).

MIRY. (*Ríe*). Un cachorrito... Bueno por lo menos no te dio trabajo. (*Ríe*).

LILY. Tan cocorito que había entrado, le hubieras visto la cara... (*LILY se ríe con cada vez más ganas, no puede parar*).

MIRY. Ah, pero vos estás más loca que una cabra.

Se miran y no paran de reírse.

Pausa.

LILY. (*Seria*). Por eso me fui de lo del Polaco, me daba vergüenza que volviera. (*En voz baja*). Pero me daban ganas también. Qué barbaridad. Ay, mirá lo que estoy contándote, nunca se lo dije a nadie, ¡qué barbaridad! Tenía pánico de que se enterara mi hijo.

MIRY. ¿No lo sabe?

LILY. ¡No!

MIRY. Algún día se lo tendrás que decir.

LILY. Me muero. (*Pensativa*). ¿Cómo se dice una cosa, así? Hijo, fui puta yo, ¿así como si tal cosa?

MIRY. No, le decís: "Hijo, tu madre fue la puta más deseada del sur mendocino". Así le decís.

LILY se sonroja. MIRY sonríe y la mira con ternura.

LILY. Y lo otro... lo del Tomy... eso sí que no podría decírselo de ninguna manera. (*Con amargura*). Bah, andá a saber si lo voy a volver a ver...

MIRY. A tu hijo, claro, esa es tu tristeza...

LILY. ¿Vos decís?

MIRY. ¡Cómo para no estar triste!

LILY. No hay pena peor...

MIRY. Esta vida es una mierda.

LILY. ¡Qué estómago resfriado, yo! Hablando de todo esto...

MIRY. Yo te conté mis planes, estamos parejas.

LILY. ¿Cómo pareja? A mí lo de las opciones de ahora, no me va.

MIRY. No, pará. Que estamos parejas, que estamos a mano. Yo te conté, vos me contaste.

LILY. Ah, disculpá, entendí cualquier cosa. Tanto hablar de sexo...

MIRY. ¿Te calentaste? (*Ríe*). Escuchame una cosa, vas a pensar que soy una pesada, pero... lo del bar, pensalo, la oferta va en serio.

LILY. Otra vez con eso, ya te dije...

MIRY. Escuchame, ¿vos estás jubilada?

LILY. No, una compañera de trabajo me dijo el otro día... porque yo ya tendría la edad, pero casi no tengo aportes, muy poquitos, los del geriátrico no más. Por el PAMI viste...

MIRY. Claro por los remedios, el PAMI. ¿Vos qué remedios tomás?

LILY. Yo la *Levotiroxina* y el *Lotrial*.

MIRY. Ah, yo también tomo *Lotrial*. La de ama de casa aunque sea.

LILY. Yo fui ama de casa, vos no sé...

MIRY. Un gestor te lo resuelve. Hay que conseguir un gestor. (*Pausa*). ¿Te vendrías a vivir conmigo?

LILY. Pero mirá que sos insistente, ya te dije que no quiero probar nada nuevo.

MIRY. Me quedó clarísimo. Yo decía como amigas.

LILY. Ah, como amigas... ¿Y cómo sería?

MIRY. Te ahorrarías la pensión, me das una mano con alguna cosita...

LILY. (*Alerta*). ¿"Cosita"?

MIRY. Digo que podrías pagar alguna boleta de servicios.

LILY. ¿Tendría mi pieza?

MIRY. Tendrías tu pieza.

LILY. Mirá que yo vivo en una pensión, pero no me gusta compartir la pieza.

MIRY. Cada una en su pieza.

LILY. ¿Sos muy hinchada con la limpieza vos?

MIRY. Muy.

LILY. Me da un poco de miedo...

MIRY. ¿La limpieza?

LILY. Todo...

MIRY. Que se entere tu hijo...

LILY. Sí...

MIRY. ¿Y?

LILY. Lo de la piba, eso no me gusta nada de nada...

MIRY. Todavía ni abrí, olvidate, lo de la piba no.

LILY. Acepto.

MIRY. ¿Lo del bar o lo de mudarte?

LILY. Tenés razón que todo es cuestión de probar, bueno todo, todo no, ¿eh? Las dos cosas acepto. Y si lo del bar no funciona, nos vamos para...

MIRY. Tierra del Fuego.

LILY. Plan B.

MIRY. Otro lugar que me gusta es México, dicen que allá hay compañeras de la tercera edad. Pero vamos por partes.

LILY. Y que te metas en mi pieza, eso también me da miedo...

MIRY. Si vos no te metés en mi cuarto, yo no me meto en el tuyo. Tu cuarto, tu cuarto; mi cuarto, mi cuarto. (*Agarra la cartera*).

LILY. (*Va a buscar al enfermero*). Uh, el Sergio pasó de largo. Están en otra...

MIRY. Escuchame, Lily, ellos están con algo más importante que nuestros resultados. Y nosotros también estamos con algo más importante que sus resultados. Vamonós.

LILY. ¿Te parece?

MIRY. Vamonós.

Comienza a recitar "Vamos, Nina" Letra de Horacio Ferrer y música de Astor Piazzolla.

Mirá qué linda estás
con tu ternura en pie,
y no estás sola, Nina, no,
yo estoy con vos.

LILY y MIRY salen de la mano haciendo pasos de tango.

FIN

EL REY DE RASQUÍN

SANDRA CAMILETTI (SANTIAGO DEL ESTERO)

sandracamiletti13@gmail.com

PERSONAJES

TANO

CLARITA

MÁSTER

GOYO

SUSY

ASESOR

COMISIONADO DON LARES

Compañía de teatro de la ciudad Capital. Se encuentran en el aeropuerto para una gira al norte lejano del país.

ACTO 1 - CIUDADES

Llegan los actores al aeropuerto por diferentes lugares, con vestimenta moderna y llamativa.

TANO. Como siempre el primero en llegar, ¿quién va a ser? ¡Yo, el primer actor!

CLARITA. *(Por otro lado)*. Es que nunca viajé en avión, esta valijita, ¿estará bien?

MÁSTER. Sí, así no perdés tiempo con mandarla a bodega.

TANO. Tarde, tarde...

CLARITA. ¡Qué emoción! Ay, dire, no sabe lo importante que es esto para mí.

MÁSTER. Bueno, Clarita, disfrutalo. *(Abraza al TANO)*. ¿Cómo te va Tano, hace mucho que estás?

TANO. Ya me tomé un café. ¡Ahí viene el doctor! *(Ríe)*.

GOYO. ¡Qué hacen feos!

TANO. Hola ridículo. *(Se abrazan)*. *(Ríe)*.

MÁSTER. ¿Estamos todos?

TANO. Adivina adivinador, ¿quién te falta a vos?

GOYO. Allá, ¡allá viene! Doña Azucena *(Con el TANO)*. *(Ríe)*.

SUSY. ¿De qué se ríen ustedes dos? Ayuden, les traigo el vestuario.

MÁSTER. *(Con confianza a SUSY, la besa)*. ¿En qué viniste?

SUSY. ¡En remis!

MÁSTER. Pero, Susy, me llamabas y te pasaba a buscar.

SUSY. Bueno ya está, sabes que soy demorona...

GOYO. ¡Qué melenita Susy! ¡Por favor!

SUSY. ¡¡Tenés ojo eh!! ¿Te gusta?

MÁSTER. Listo, ¡¡¡todos a bordo!!!

Pose de sentados en avión. Intermitencias efectos.

SUSY. ¡Adiós depto.! ¡Ay! Ciudad loca... ¡¡Cómo te quiero!! (A GOYO). ¡No conozco el Norte! ¿Y vos?

GOYO. ¡Me dan ganas de llorar! Si no fuera porque me gusta concursar, las fiestas y todo ese pipiripí, ni en pedo hago esto.

CLARITA. Amo los concursos del Gran Ente Teatral, se viaja, conoces otra cosa, relaciones nuevas, contactos... ¿No?

GOYO. Nena, que no vamos a Norte América... Es cabotaje esto... (*Bajando la voz, a CLARITA*)... Y de relaciones humanas, no te hagas ilusiones, ¡deben ser como *gremlins* pero oscuritos!

SUSY. ¿Cuándo volvemos? ¿El 15 o 16?

MÁSTER. El 15 pero tarde, tirando a noche. ¿Por?

SUSY. Abro los seminarios en el “Encuentro del Delta”.

MÁSTER. Tanato, ¿qué tal de espectadores ustedes? En “El tablón”, nos salvamos con los talleres; porque de público, muy poco. No estamos en la tele, no existimos.

TANO. (*Recostándose*). ¡¡Claro!! Igual, es un embole. Vos sabes que yo cobro lo mismo, haya gente o no. Por eso hago doblete, en el “Estatal” me deprimó y con ustedes, de vez en cuando al menos, nos damos estos gustitos. (*Ríe*). (*Al GOYO y SUSY que hablan por celular*). ¡Eh! ¡Dejen dormir!

MÁSTER. Aprovechen y descansen.

Silencio. Pausa. Cambio brusco, caídas, tropiezos, desintegración.

MÁSTER. Gente, ¡llegamos!

TANO. ¿Con qué nos estrellamos?

GOYO. ¡Con el Norte! Ni que nos hubiéramos caído del mapa.

CLARITA. ¡Este bolso no es mío!

MÁSTER. (*Levantándose y recuperando su equipaje*). ¡Dale Tano, levantate!

TANO (*Quejándose*). Eh, ¿quién le ha enseñado a este piloto a aterrizar así? Déjame que lo

vea...

GOYO. ¡Ya! ¡Ya me quiero volver!

CLARITA. Me duele la panza...

SUSY. (*Nerviosa*). ¿Mi pelo, está bien? (*Ríe*).

MÁSTER. (*Tocándole el pelo*). Esta bien, ¡¡vos sos linda!!

CLARITA. (*A Susy*). ¿Quién estará a cargo en el Delta? Yo necesito trabajar.

SUSY. Es de Las Equis el encuentro.

CLARITA. ¡Ah! Sí, las conozco. Ya le digo que me pongan donde sea.

SUSY. (*A todos*). ¿Quién me ayuda con el baúl del vestuario?

GOYO. (*Acomodándose*). Disculpame, yo más fuerza no puedo hacer.

TANO. Necesita un hombre, correte a ver si te quebrás.

GOYO. ¡Bruto!

Aparece el ASESOR.

ASESOR. Buenas, buenas, ustedes son los actores de la Capital, no tengo duda. (*Sonrisita*).

¿El Sr. Conrado Bernechi? Bienvenidos, soy el Asesor del “Ente en el Norte”, Prof. Carlos del Pozzo. ¿Qué tal el viaje? (*Saludos varios*).

GOYO. Ni hablar del aterrizaje. Un horror.

MÁSTER. Mucho gusto (*Abrazos, manos, presentando al elenco*). El Tano Marini, actor de primera cepa.

ASESOR. Sí, ¡cómo no! ¿Quién no lo ha visto actuar? ¡Desde el origen del “Ente”!

TANO. ¡Yo soy actor desde antes del Ente! (*Ríe*).

ASESOR. (*Sonrisita*). Sí, sí... Bueno... (*Sigue saludando*). Mucho gusto, señoras...

CLARITA. ¡Encantada!

MÁSTER. Susy Belfiore.

ASESOR. ¡Que lujo!

SUSY. Gracias.

GOYO. Y el postre al final (*Al ASESOR*). Goyo Neruda, actor y modelo también. Y ya que llegamos, podría ser primero un café. Mínimo. ¿No?

ASESOR. ¿Un café? Y, vamos a demorar, medio “lejito” está Colonia Rasquín.

GOYO. Ah, ¡¿hay que seguir viajando?!

CLARITA. ¡Qué calor hace acá!

TANO. ¿Calor? Fuego... Aquí llega a 50 grados.

CLARITA. Me quiero cambiar.

SUSY. ¡Sí! ¡Un baño! (*Mutis*).

MÁSTER. (*Al ASESOR*). ¡Rasquín! Lo busque en *Google maps*, no lo encontré.

ASESOR. Qué raro. No, no me fijé. Es Colonia Rasquín.

GOYO. (*Ríe*). Eso es algo más chico que una ciudad, ¿no?

ASESOR. Es un pueblo muy importante en la zona rural, un paraje fuera del ejido departamental que linda con el Parque Algarrobal, reserva natural.

TANO. Algarrobas, fruto de un árbol gigante, ¡qué licor que hacen!, la Aloja, no saben que rico es; muy fuerte. Agarrador...

ASESOR. ¡Sí! Bueno, yo no tomo. (*Sonrisita*). Y Rasquín está en trámite de declararlo Patrimonio Provincial. Está aquí nomás a 3 o 4 horas, según como esté el camino.

GOYO. ¡Por el tráfico! (*Sonrisa ASESOR*).

TANO. ¡Che tonto, como va a haber tráfico en el campo!

GOYO. Yo que sé. ¿No hay?

ASESOR. (*Sonrisita*). Hay que ir despacio por las tormentas que tuvimos, porque es camino de ripio...y se va lavando, algo barroso puede estar. Ahí vienen las chicas. Bueno vamos... arranquemos.

MÁSTER. ¡Vamos!

ASESOR. En la combi hay mate.

GOYO. Lo toman aquí: ¿frío o caliente?

ASESOR. Por ahora está caliente... (*Sonrisita*).

GOYO. (*Molesto*). No, ¡paso!

Viaje, efectos y nueva llegada dificultosa.

ACTO 2.-. RASQUÍN

Casa-oficina del Comisionado en Rasquín, Don Lares. Ambiente rústico y con elementos artesanales.

ASESOR. Aquí se entra nomás. Es la casa del Comisionado Lares, ¡el receptor del plan!

MÁSTER. ¡Ah! ¡Bien, bien!

GOYO. ¡Dígame que es el último viaje!

ASESOR. ¡No sé! ¡Depende de donde sea la función! Pasen, acomódense.

TANO. Así era mi pueblo natal.

ASESOR. Aquí he nacido yo, ¡ya verá a la noche! Qué tranquilidad...

SUSY. Pintoresca ...la colonia.

GOYO. Estoy contracturado... (*Al ASESOR*). ¡Qué duro el vehículo que nos mandaron!

MÁSTER. (*Le da un codazo*). Yo dormí muy bien. ¿Me perdí de algo?

TANO. De la vaca acostada en medio del camino. (*Ríe*).

GOYO. Casi me muero muerto. Parecía un fantasma en la total oscuridad.

CLARITA. Era mansita... Paramos para sacarla. *(Ríe)*. ¡Fush! ¡Fush!

SUSY. Si nos hubieras visto, hablándole a la vaca para que se mueva, hasta que se fue.

ASESOR. Duermen donde sea, ¡todo el campo es suyo! *(Sonrisa)*. Permiso, voy a ver quién está en la casa *(Mutis hacia interiores)*.

GOYO. ¿Dónde nos trajo, Master? No llegó el siglo XXI por aquí.

CLARITA. *(Tosiendo)*. Mucho polvo...

SUSY. Bueno, no se quejen que ya cobraron por esta función. Y si quieren seguir cobrando hay que cumplir. A ver Goyo, quédate quieto, me ponés nerviosa. Dejame que te haga unos masajes. ¡Faltaste toda la semana a yoga, vos!

GOYO. Sí perdón, querida profesora.

TANO. *(Ríe)*. ¿Vos haces yoga? Completito lo tuyo, ¿no? *(Ríe)*.

GOYO. ¡Vos, envidioso! ¡Ya quisieras tener este cuerpo joven! ¡Irreclinable la camioneta de cultura!

CLARITA. *(Mirando los tejidos artesanales y otros elementos)*. ¿Hay como un olor raro acá, no?

SUSY. Pasame mi bolso... *(Prenden sahumerios mientras masajea a GOYO)*.

ASESOR. Aquí traigo agua fresca. *(El MÁSTER y otros aceptan y se sirven de una jarra)*.

MÁSTER. *(Al ASESOR)*. ¿Me indica el baño por favor? *(Mutis)*.

TANO. Yo también voy. *(Mutis)*.

GOYO. *(Tomando agua)*. Qué asco, perdón, tiene gusto ... En serio... Probá...

ASESOR *(Sonrisita)*. Es agua de aljibe, pura de lluvia.

GOYO. No, no es para mí. *(Devuelve el vaso)*.

CLARITA. *(Mirando por la ventana)*. Así que esto es Rasquín, parece que tiene muchos años.

ASESOR. *(Mirando orgulloso)*. Es uno de los pueblos más antiguos del país, muy tradicional. La iglesia está allá, es del 1600.

GOYO *(Mirando a su alrededor)*. Y sí, se nota.

SUSY. Ah, 1600, ¿aquí llegaron también las Misiones Jesuitas?...

ASESOR. *(Sonrisita)*. Sí, bueno, eso es lo que se está investigando en los restos arqueológicos, cerca de donde viven los nativos.

GOYO. ¿Hay indios actualmente? *(Lo callan los otros)*. O bueno, ¿hijos, nietos de...?

ASESOR. Sí, tiene razón. Hay colonias indígenas en las zonas. Pero no con plumas en la cabeza, *(Ríe)*. Pero son tradicionales en lo suyo.

CLARITA. Qué lindo, ¿y se los puede ver?

TANO. *(Entrando)*. Todos tenemos sangre indígena, algunos más otros menos. *(A GOYO)*. Vos no sé qué cruza tendrás. *(Ríe)*.

GOYO. De linaje por supuesto. *(Ríe)*.

SUSY. ¿Y harán Artesanías? ¿Se podrá comprar en algún Mercado de pulgas?

GOYO. Debe haber un montón mira...

ASESOR. Almacén de ramos generales hay, aquí nomas. Les aconsejo el arrope de chañar, dulce del monte, muy bueno para la garganta y resfríos.

TANO. Yo me prendo, vino patero debe haber.

SUSY. *(Al ASESOR, mirando una tela colorida)*. ¿Y algo así, qué es?

ASESOR. Son de telar, hechas aquí, para colchas o para las mesas, se usan... Ya los voy a llevar a lo de Doña Joaquina.

MÁSTER. Del Pozzo, a mí me gustaría ver el lugar donde será la función.

ASESOR. Perfecto, voy a buscarlo al Comisionado, andará por aquí nomás, supongo.

MÁSTER. Lo acompaño. *(Se van los dos)*.

CLARITA. *(Que sigue mirando por la ventana)*. ¡Andan en caballos y en carros!

GOYO. *(Acercándose todos)*. ¡No te lo puedo creer!

CLARITA. ¡¡Vaqueros, arre!! Foto, saquemos foto para el Face. *(Se sacan fotos)*.

TANO. *(Mirando por la ventana)*. ¡¡Mamita!! Estos no sé si van a entender la obra.

SUSY. ¿Habrán visto teatro alguna vez?

GOYO. ¿Hablarán español? Je.

CLARITA. ¡Pobrecitos! Me dan pena. *(Sigue mirando por la ventana)*. Andan descalzos, si sabía traía ropa o calzados para regalar.

TANO. ¡No están descalzos! Fíjate, tienen ushutas, ¡chancletas! Vos les das zapatos, y no se los van a poner.

SUSY. Es otra cultura, de fuerte pertenencia. ¿Vos viste algún hospital o edificio público cerca?

TANO. ¡No! Viajarán a otro pueblo seguramente.

SUSY. ¡Cuánta diferencia en el mismo país! ¿No? ¡Bah! No sé, porque en la Capital estamos cada vez peor aún con todo lo que hay.

GOYO. *(Cambiano de posiciones y lugares, con el celu en alto, grita)*. ¡No! No, no, no. Por favor.

TODOS. ¿Qué?

GOYO. No hay señal. A ver, vos. No, no tenés tampoco. ¡¡¡Noo!!! *(Exagera desmayo)*.

Entran a la casa junto al ASESOR y el MÁSTER, DON LARES EL COMISIONADO, con ropa de campo y forma de hablar del interior.

COMISIONADO. Buenas. Buenas. ¡Encanta'o de recibirlos! *(Saludándolos)*. *(Por GOYO)*. ¿Le pasó algo?

TANO. Le bajo la presión. Es así, medio, medio debilucho. Ya se pone bien.

COMISIONADO. Dele agua ... tome.

GOYO. No, no, esa no, es muy... húmeda. Gracias señor.

COMISIONADO. Le decía a su director que para nosotros es muy importante que estén. (Al ASESOR). Calito siempre me trae algo pa' lo espectáculo (*Dirigiéndose a todos y abrazándolo al ASESOR*). Calito ha nacio' aquí, después se ha ido pa' estudia' a la capital, a estudia' pa' profesor, y se ha dedica'o al teatro y a la política también. (*En un gesto de picardía*). ¡Qué no, Calito!

ASESOR. Y sí, como Ud. (*Ríe*). (*Siguen los saludos*).

SUSY. Disculpe. Nuestros celulares no están funcionando...

ASESOR. Ah sí, puede ser baja la señal, a veces.

COMISIONADO. Ustedes y el interné'. Aquí no hace falta. ¡Nos miramos al ojo! (*Se ríe ampliamente*).

MÁSTER. Bueno gente, son un par de días, ¡y hemos venido a trabajar!

TANO. ¡Para eso estamos! (A DON LARES). ¿Así que pidieron nuestra obra de teatro?

COMISIONADO. Esteeee... en teatro aquí manda Calito, él decide, a veces trae bailarines, ¿y cuándo fue que trajites' esas chicas amigas tuyas que recitaron?

ASESOR. ¡Uf! Para el día de la madre. No es recitado, Don Lares, ejem... es teatro, ejem, performance.

MÁSTER. ¡Interesante!

SUSY. ¿Y hay grupos de teatro aquí?

COMISIONADO. Grupo, grupo, no. Pero las maestras hacen teatro con lo chico en los actos escolares.

GOYO. ¡Ah! Escolar...

TANO. ¡Qué obra le traemos nosotros! Del teatro del Absurdo.

COMISIONADO. ¡Ahh! Pa' reírse es, ¿¿qué no, Calito!?? Che, ¿y dónde está la gente de esta casa? (*Hacia adentro*). Carmen, traigan algo pa' invitar... Están asando dos cabrito' pa' la cena, se van a chupar los dedos...

GOYO. Hum, nop, soy vegano.

CLARITA. Yo celíaca, pero carne sí como.

COMISIONADO. (*A todos*). Lindo. Lindo. Bueh, los que quieran ir derecho a la casa del cura, se acomodan. Ahí van a dormir.

MÁSTER. Sí, vayan. Ubíquense. Hoy descansamos.

GOYO. Sí, por favor. Necesito despertar de nuevo. (*Aparte*). ¡Y que acabe pronto esto!

CLARITA. Vamos. (*A GOYO*). Vamos, busquemos comida por ahí...

SUSY. ¿Venís Tano?

TANO. No, yo me quedo cerca del cabrito y de Don Lares, hay que brindar todavía, ¿no?!

COMISIONADO. (*Al TANO*). Usted es de los míos, venga (*Mutis de ambos*).

MÁSTER. Pozzo, de los lugares que vimos, entre el club y el salón de la iglesia, yo prefiero el salón por las características de la obra, es intimista, el público cerca potencia los climas.

ASESOR. Y, vemos que dice Lares, él maneja eso. Si fuera por mí lo hacemos donde usted quiera.

COMISIONADO. (*Entrando*). Macanudo. El Tano, dice que él es el Rey de la obra, se ha queda'o con el asador. Aquí tienen un vino, pa' probar. Calito, ¿me has traído los bolsines?

ASESOR. (*Incómodo*). Sí, a Doña Carmen le he dado.

COMISIONADO. ¡Meta! Gracias. Es pa lo' sorteo. ¿Vinito?

ASESOR. No, gracias.

MÁSTER. Yo sí le voy a aceptar un vasito. (*Le sirve*). Estábamos hablando con Pozzo, que la parroquia podría ser el lugar perfecto para poner la obra.

COMISIONADO. ¿En la iglesia?

MÁSTER. Sí, nosotros ya hicimos teatro en la iglesia, por supuesto se tapan las imágenes.

COMISIONADO. No, no... ese salón no sirve. Además hace mucho calor, pa' tenerlos encerrados. Y es chico, van a venir de otros pueblos. El club es lo mejor.

MÁSTER. Yo por la puesta, por la obra digo, los criterios estéticos, el sentido de opresión y la locura que sienten los personajes. (*DON LARES lo mira sin entender*). Necesitamos al público lo más cerca posible.

COMISIONADO. ¡¡Ah!! Eso no es problema, le acercamos las sillas hasta donde usted quiera.

MÁSTER. A cielo abierto me da idea de libertad, no me convence.

COMISIONADO. Ah, uste' quiere techa'o, tenemos toldos. Lo de los camiones, que nos prestan para tapar lo' equipo de sonido.

MÁSTER. (*Al ASESOR*). Podríamos con los toldos cerrar la escena, demarcar el espacio escénico, cortando el foro, achicando laterales...

ASESOR. Entonces les damos los toldos al director para que arregle el escenario como él necesita. (*Con lisonja*). ¿Así que va a haber equipamiento de sonido? ¡Está en todo, Don Lares, usted!

COMISIONADO. ¡Claro! ¡Contratamos un equipazo de sonido para que hasta en la ruta se escuche!

MÁSTER. ¿Micrófonos ambientales o corbateros?

COMISIONADO. Micrófonos claro que va a haber. Para escucha' todo bien "juerte", además después de su obrita hay baile.

MÁSTER. ¿Y a qué hora cree que podríamos estar empezando?

COMISIONADO. Y bueno, a la hora que lleguen todos. (*Ríe*). Y, será como a las nueve.

MÁSTER. ¡¡Que tarde!!

COMISIONADO. Es que antes no va a venir "naide", a esa hora tienen la electricida' que le mandamo', y están todos prendidos, a las ocho hay una novela.

ASESOR. Y bueno, habrá que esperar que termine la novela... *(Al MÁSTER)*. Y contra la televisión, no podemos...

MÁSTER. No. Contra la caja boba, no se puede. Será a las nueve entonces...más o menos.

ASESOR. Más que menos.

MÁSTER. Ah, Don Lares... vi en la iglesia un afiche de invitación a la obra, ¿acortaron el nombre? No se llama solo El Rey...

COMISIONADO. ¿Qué dice? Ah, ¡¡el cartel!! Sí...

MÁSTER. *(Al ASESOR)*. El nombre debe estar completo, con el autor. Es una cuestión formal.

ASESOR. Verdad. Importa más que nada en la constancia, sobre todo, debe poner: *El rey se Muere* de Eugene Ionesco, yo les hago, no se preocupe por eso.

COMISIONADO. *(Al MÁSTER)*. Yo a usted le firmo una y dos constancias si quiere, pero no está bien el nombre. No, no. Yo conozco a la gente de aquí. ¿Cómo iba a invitar a un espectáculo' dónde se muere gente...?

ASESOR. Así se llama.

COMISIONADO. No va venir nadie, Calito... Nada de violencia o cosa de adulto... Las madres no van a traer a los chicos, y los hombres menos van a venir solos. No, no, señor... sería un fracaso la obrita. *(Al ASESOR)*. Porque vos me has dicho que era divertida, ¿qué no...? *(Asiente el ASESOR)*. ¿Y para toda la familia? *(Al MÁSTER, que asiente)*. Y supongo que no va a haber sangre, menos matar a un rey. *(Los dos niegan)*. Aquí en Rasquín se "rispetá" mucho a la autorida', y un Rey es como el padre de uno. Y a lo chicos eso se les enseña, el "rispeto" a los mayores. *(Toma vino)*. Yo no voy a hacer una obra de muertos.

Tiempo.

MÁSTER. Es que el rey no se muere...

COMISIONADO. ¡Gua! ¿Tanto lío con el nombre y no se muere? *(Ríe)*. ¡Que se haga entonces!

ASESOR. *(Al MÁSTER)*. Don Lares, sabe cómo vender la obra, así que, ¡qué venga gente! Listo.

COMISIONADO. No... Falta que pongamos a los chicos...

MÁSTER. No tenemos problema con chicos adelante, en primera fila.

COMISIONADO. Eso está muy bien. Lo que le digo es que los chicos saben actuar en los espectáculos'. *(Miradas)*. Calito ha empezado aquí, arriba, en ese escenario, tocando la guitarra.

ASESOR. Costumbre de Don Lares. Sí es verdad, muy generoso conmigo. Siempre.

MÁSTER. Pero claro que sí, que actúen. Mejor si lo hacen después de "El Rey".

COMISIONADO. No ha entendido'. Que participen en su obra le digo, en la del rey, aunque sea con algo chiquito... y por los disfraces no se haga problema, que las señoritas del jardín saben que hacía'.

MÁSTER. ¿Integrar niños? Por supuesto que yo podría adaptarla al lugar, pero para agregar personajes, sin ensayo, no hay tiempo, nos vamos pasado mañana temprano. (*Muy nervioso*). (A ASESOR). Porque nos vamos pasado mañana, ¿no es cierto?

ASESOR. (A DON LARES). Los boletos de avión no se pueden cambiar, se van pasado mañana, al mediodía tiene avión. Eso no manejo yo.

COMISIONADO. Aquí todos están preparados para actuar. Yo organizo así siempre y siempre se les da la oportunidad de actuar a todos... Si esta obra es tan difícil, me parece que no va a funcionar. Así no se hace.

MÁSTER. (A ASESOR). Es que así fue elegida, ¿vieron los videos de la puesta? No es problema nuestro. Fíjese, cambie el lugar. Usted debe asegurarnos la función y la constancia.

COMISIONADO. Con los chicos doy constancia y te firmo todo lo que vo' quiera Calito, y no me mires así.

ASESOR. A ver señores. Vamos a tener un poquito de paciencia, por favor, todo tiene solución. Si los dos se ponen así, yo los dejo, hago un descargo a la capital y mi trabajo terminó. Bernechi, usted es un Master, intégrelos a los chicos, además los chicos traen público, padres abuelos... ¡No es necesario que les de texto! ¿Cómo no va a poder crear un coro? ¿El pueblo del reino...?

COMISIONADO. Eso, piensen. Que para eso les pagan. Porque usted gratis no ha venido. ¿No? ¡Hasta avión les han pagao'!! ¡Qué tal!

MÁSTER. Yo no soy quién para hacerle cambios a la obra, no es mía. Yo tengo un Convenio para hacer esta puesta, no otra, esta puesta es ganadora de un concurso federal. Y no es mi obra... es de Ionesco.

COMISIONADO. Calito, ¿vos lo conoces al Ionesco ese? Lo llamamo' y le explicamo'.

MÁSTER. ¡Es un clásico Europeo!! Eugene Ionesco está muerto.

COMISIONADO. Gua, ve, ni se va a enterar. Yo no vua' a visar', ¿usted sí? No vua' firma'...

ASESOR. (*Silencio*). Hum, la obra debe tener música, ¿no es cierto?

MÁSTER. Sí.

ASESOR (A COMISIONADO). ¡Y los chicos cantan! ¡Y tocan instrumentos también! ¡Ahí está!!

COMISIONADO. Y cantan en lo do' idiomas, en castellano y en la lengua nativa, de memoria todo. No necesitan ensayar nada, ¿ive!? ¡Grande, Calito!! Ellos cantan y usted cumple con su obrita...

MÁSTER. No es una obrita. Es una obra de teatro de una hora y media.

COMISIONADO. Una hora y media, mejor. (A ASESOR). Hay tiempo de sobra, mientras están sentaditos arriba del escenario, que los vean...

ASESOR. (A MÁSTER). Es solo un coro de niños... (*Casi al oído para que DON LARES no escuche*). La letra no se va a entender porque es... Kjarchas, otro idioma... Es música nomás.

COMISIONADO. Usted le da la orden... se paran, cantan y listo. ¿Qué problema hay? ¡Los chicos con las cajas! Vidalas para el rey que se muere. ¡Justo! Vidala para la muerte... ¡¡Mejor imposible!! ¿Y por qué no muere?

MÁSTER. Porque el Absurdo es así. Viven una vida trágica, riéndose para no morir... ¡¿Qué diría Ionesco de las vidalas y las cajas norteñas?!!

COMISIONADO. Calito, ¿vos crees que va a haber problema si le hacemo' esos agregaos'?

ASESOR. Por mí está bien... pero...

COMISIONADO. (*Dirigiéndose al MÁSTER*). ¿O usted está en contra de "nojotro", de las tradiciones?

MÁSTER. Yo no. Para nada. La obra es europea, no es popular.

COMISIONADO. (*Con sorna*). Todavía...

MÁSTER. Hasta la música es europea y de películas americanas clásicas.

COMISIONADO. (*Enojado*). Ve que era eso. Usted está en contra de nuestra cultura. Quiere imponernos hasta la música de afuera. Yo no voy a permitir que nos silencien, soy hombre de principios y quiero que se nos "rispete" en nuestro casa.

MÁSTER. ¿Y quién nos respeta, digo, respeta a nosotros? ¿Quién respeta nuestro trabajo?

ASESOR. Yo le diría que se calmen. A mí me parece que no estaría tan mal que los chicos participen con la música. (*Sonrisita*). ¡¡Arregle, Bernechi!! Sino van a tener que ir de nuevo a otro lado... (*Intimidatorio*). Peor aún, los inhiben a todos los integrantes, ¡se les corta todo con el Ente!

MÁSTER. ¿Tienen director de música los chicos?

COMISIONADO. Claro. Yo le pago. Esta noche viene a casa para organizá'.

MÁSTER. Y voy a necesitar agregar otros elementos, porque si la música es autóctona, hay que sumar otras... pensar en una puesta integral.

COMISIONADO. Es lo que le digo hace rato, que piense, para eso le pagan.

MÁSTER. Adaptarnos a esta diversidad social, que combine ambas culturas, ambas visiones... ¡Lo monárquico y lo aborígen, las ruinas y la decadencia del poder! Un mismo final, ¡abierto...! Fuego, voy a necesitar fuego...

COMISIONADO. ¡Sí, señor! Las fogatas me encantan! (*Brindan*).

MÁSTER. Voy a necesitar muchas colchas de colores; para que parezca, ya no el palacio en ruinas, sino las tolderías de un rey indio...

COMISIONADO. Pero nadie muere.

MÁSTER. Nadie.

COMISIONADO. ¿Y qué ropa van a usar los chicos? ¿Qué le digo que se pongan...? ¿De príncipes y princesas?

MÁSTER. En ruinas... los reyes están en ruinas, lleno de socavones.

COMISIONADO. Bueno alguno pueden tener parientes ricos, ¿no? Porque las madres ya han

cosido las capas de reyes... para la foto.

ASESOR. Para la foto Bernechi, ¡para la foto y su constancia! ¡El espectáculo debe seguir!

CLARITA. Buenas. Permiso (*Entran los demás*).

SUSY. Master, ¿qué pasa?

MÁSTER. Habrá cambios en la puesta de mañana.

GOYO. ¿Cambios? A mí no me entra en la cabeza más letra.

MÁSTER. No, la letra es igual. Nunca más actual. Haremos fusión de culturas... y de tiempos.

El rey es Indio, ustedes serán de un reino norteño, y el final es... la duda misma.

COMISIONADO. Nadie muere, todos felices pa' la foto.

ASESOR. (*Al MÁSTER*). ¡Lo felicito por la obra que hará! Un estreno. (*Ríe*).

COMISIONADO. ¡Hasta yo voy a subi' a cantar! (*Ríe*). (*Al TANO*). Usted es nuestro Rey, ¿otro vasito?

SUSY. ¡Riquísimas las empanadas!

TANO. Por el cabrito que vamos a comer.

GOYO. ¡Y el teatro!

ASESOR. ¡Y por Rasquín!

COMISIONADO. ¡¡¡Que viva el rey y Rasquín, carajo!!!

TODOS. ¡¡¡Que viva!!!

FIN

AMORAR

ELOÍSA TARRUELLA (CABA)

eloisatarruella@yahoo.com.ar

PERSONAJES

ULISES, de los 34 a los 37 años.

JULIA, de los 19 a los 22 años.

ACTO I

Casa de ULISES / Living.

ULISES (37 años), hombre de estatura mediana y cabello oscuro, está sentado frente a una pequeña mesa de madera con libros, cuadernos. Tras él un sillón con almohadones. Una lámpara de pie que genera un ambiente íntimo. Y atrás un pequeño perchero. ULISES observa al público y les cuenta:

ULISES. *(A público).* A veces pienso en las causalidades, en la simultaneidad de un encuentro, en cómo puede cambiarme una mirada. Y eso me lleva a Julia, siempre a ella. Creo que si un amigo no hubiera pegado aquel cartel: “Taller inicial de escritura” en la calle Bolívar; que si Julia no se hubiese desviado por equivocación creyendo que Defensa era la calle Bolívar; que si a Julia no le hubiera molestado su zapato en ese instante, nunca hubiera mirado el cartel publicado. Claro que si su madre Carmen González no hubiese llorado por una mala nota en la facultad en las escaleras de Plaza Francia, y si Roberto Ruiz no se hubiese apiadado de ese llanto, descubriendo así su singular belleza, Carmen y Roberto no se habrían casado y Julia no sería uno de los siete mil millones de seres humanos del planeta tierra. De modo que así podría seguir haciendo asociaciones y cadenas y cálculos que explicaran lo inexplicable: mi encuentro con Julia Ruiz.

ULISES camina hacia el costado del escenario y se apoya contra la pared. Frente al sillón descubrimos a JULIA (22 años), de estatura mediana, tez blanca y cabellos largos oscuros. JULIA, con una valija abierta sobre el sillón, acomoda su ropa y la guarda. Lo hace lentamente. ULISES observa a JULIA y le habla al público.

ULISES. *(A público).* Si empiezo a contarles lo sucedido de atrás para adelante, rompiendo

una línea cronológica de tiempo, les puedo decir que Julia llegó a esta casa vestida de azul a las 9 menos cuarto. Nos miramos, sin decir palabra. Después del silencio, la tormenta. Ninguno quería admitirlo. Los dos nos señalamos culpables. (*Mientras ULISES relata al público. JULIA reproduce el suceso narrado por él*). Julia toma su valija, y guarda su sombrero. Es que Julia y yo nos estamos separando. Sí, en tiempo presente. En este momento el aire de la noche no me alivia. Quizá la última imagen que me lleve de Julia sea sus manos sobre la tela de su sombrero rojo. Estamos suspendidos en un tiempo presente continuo. Atrapados en la indecisión más mentirosa. Si volvemos al comienzo, les cuento que Julia y yo nos conocimos hace tres años. (*ULISES se sienta junto a la mesita. JULIA guarda la valija y camina hacia él*). Ella era mucho más chica que yo, todavía lo es, claro. Pero en ese momento parecía una niña. (*JULIA se sienta frente a ULISES*). Julia vino a su primera clase de escritura. Yo era su profesor particular.

JULIA toma una birome y juega con ella. La conversación entre JULIA y ULISES ya está iniciada.

JULIA. ...Yo estudio algo que nada que ver con la escritura... Estoy estudiando contabilidad y trabajo en el estudio de mi papá que es contador. Pero en realidad siempre me gustó la poesía. Probé con talleres grupales de narrativa pero no me sentí cómoda. La verdad, no sé si soy buena en esto... dudé mucho en venir, pero al final... aquí estoy.

JULIA escribe en su cuaderno. ULISES se para y le cuenta al público:

ULISES. (*A público*). La primera vez que vi a Julia me puse a imaginar cómo sería su vida. Pensé que Julia era una chica de familia formal, de padres católicos y normas estrictas. Que no tenía hermanos. Y que era malcriada. Seguro. Que su poeta preferido era...

JULIA mira a público y dice:

JULIA. (*A público*). Neruda.

ULISES continúa hablando al público:

ULISES. ...que no conocía a Pizarnik, ni había leído a Borges. Que era vegetariana, y odiaba la carne porque matan a las vacas. Pensé que estaba con el novio de los 15 años y que se casaría pronto con él.

ULISES se sienta frente a JULIA. Ella lo trae de vuelta a la conversación.

JULIA. Los autores que me gustan..., bueno..., antes me gustaba sólo Neruda, pero ahora también me encanta Rimbaud.

ULISES. Ajá.

JULIA. Jacques Prévert, también me encanta.

ULISES. ¿Y Pizarnik?

JULIA. Sí, leí todas las obras de Pizarnik. Y bueno, vine acá porque quiero aprender a escribir. Yo no sé de técnicas. Me queda tiempo para aprender, ¿no? Tengo 19 años. ¿Y vos?

ULISES. Bueno... algunos más que vos.

JULIA ¿Cuántos?

ULISES. 34 años.

JULIA. (*Sorprendida*). ¡¡¡34!!! Pensé que tenías más.

ULISES mira al público, y lo hace cómplice de su enojo por la respuesta de JULIA. Luego vuelve su atención a ella.

ULISES. ¿Trajiste el poema que te pedí?

JULIA. Sí, estuve pensando mucho en lo que me pediste. Elegí el poema de “Desayuno”, de Jacques Prévert.

ULISES. ¿Por qué lo elegiste? ¿Cuáles son las imágenes que te gustan?

JULIA. Bueno... Me gusta que el autor toma algo cotidiano, el desayuno, y lo transforma en un ritual. En un ritual de despedida... Me encanta como empieza el poema. “Eché café. En la taza. Echó leche. En la taza de café. Echó azúcar. En el café con leche. Con la cuchara. Lo revolvió. Bebió el café con leche. Dejó la taza. Sin hablarme. Encendió un cigarrillo... Hizo anillos de humo. (*ULISES la observa obnubilado*).

Volcó la ceniza, en el cenicero. Sin hablarme. Sin mirarme.

Se puso de pie. Se puso el sombrero.

Se puso el impermeable, porque llovía. Y se marchó.

Bajo la lluvia. Sin decir palabra. Sin mirarme.

Y me cubrí la cara con las manos.

Y lloré”.

A JULIA se le caen unas lágrimas e intenta disimularlo. ULISES intenta contenerla.

ULISES. Julia ¿estás bien?

Suena el teléfono.

JULIA. Ya estoy bien.

ULISES está dubitativo entre atender el teléfono o quedarse con JULIA. Finalmente va a atender el llamado. El teléfono se encuentra en un pequeño estante al fondo del escenario.

ULISES. Perdón, espero una llamada.

ULISES atiende el teléfono y conversa. JULIA lo mira disimuladamente desde la silla.

ULISES. *(Conversación telefónica)*. Hola... sí, ¿cómo estás...? Estoy con una alumna. ¿Cuándo venís...? Dale, decime... yo a esa hora no puedo. Bueno... después lo hablamos. Chau.

ULISES corta la comunicación. Cambio de situación en escena. JULIA le relata al público mientras ULISES se acomoda en el suelo frente al sillón.

JULIA. *(Al público)*. Lo conocí a Ulises hace tres años, cuando yo era más niña todavía. Es cierto que me equivoqué de calle... También es cierto que a causa de una molestia en mi zapato descubrí su taller. Pero no lo llamé directamente... *(Se interrumpe)*. Perdón, no me presenté. Me llamo Julia. Julia Ruiz. Les contaba. Después de ver el cartel de las clases de Ulises, decidí averiguar quién era. Y fui a una conferencia en la que Ulises era el invitado. Se debatía: "La palabra en el nuevo milenio". Y allí descubrí a Ulises. *(Pausa)*. En realidad, no, no lo terminé de descubrir nunca. Ulises es un eterno signo de pregunta...

ULISES. *(Le habla al público)*. ¿O el amor es un eterno signo de pregunta?

JULIA. *(Continúa hablando a público)*. Yo era muy joven cuando lo conocí a Ulises, y el primer encuentro con él quedó grabado en mi memoria.

JULIA camina hacia la pared y observa a distancia a ULISES que está sentado junto al sofá. Continúa relatando al público:

JULIA. *(A público)*. La primera vez que vi a Ulises imaginé cómo sería su vida. Imaginé que era un solitario, un bohemio que en los bares de San Telmo se la pasaba escribiendo poesías hasta el amanecer, llorando por un amor perdido. Que le gustaba el tango y bailaba milonga los sábados por la noche. Que le apasionaba los escritores oscuros como Onetti, Arlt. Que prefería lo salado antes que lo dulce. Que no le gustaban los animales aunque estuviera buscando un gato negro en honor a Poe. Que su frase preferida era...

ULISES. *(Le habla al público)*. “La literatura existe porque la vida no basta”.

JULIA se sienta sobre los almohadones frente a ULISES.

JULIA. *(Continúa el relato a público)*. Me encanta el lunar que tiene al costado de la oreja, lo hace distinto a los demás. La mirada intensa que oculta tristeza. Es un duro, pero quiere que lo quieran.

ULISES. *(Al público)*. ¿No será que todos queremos que nos quieran...?

JULIA se sienta junto a ULISES, cerca del sofá. Hay algunos libros y un plato con dulces apoyados en el suelo. La conversación entre ambos está iniciada.

JULIA. ...y estoy estudiando para contadora, y me estoy dando cuenta que no es para mí. Elegí la carrera por tradición familiar, mi viejo es contador, mi tío contador...

ULISES. Yo también soy contador.

JULIA. *(Ríe)*. ¿Ah sí?

ULISES. Sí, claro. Cuento historias. ¿Eso no es ser contador?

JULIA. Yo quiero ser ese tipo de contadora. *(Ríe nuevamente)*.

ULISES. La escritura no se inventó para comunicarse con los otros hombres, ¿sabías eso? Ni con las mujeres. *(Con ironía)*.

JULIA sonríe. ULISES le habla con sabiduría para atraerla.

ULISES. La escritura se usaba para hablar con los dioses. Los primeros caligramas chinos tenían esa función ritual y religiosa. Sus autores los inscribían en lugares inaccesibles como fondos de vasijas de bronce donde solo la mirada de Dios podría descifrarlos.

JULIA mira la bandeja de dulces.

JULIA. ¿Me puedo servir uno?

ULISES. Sí, claro.

JULIA toma un dulce y come de manera atolondrada. ULISES se dispone a seguir la conversación. Pero JULIA lo interrumpe.

JULIA. ¿Puedo servirme otro?

ULISES. Sí, todos los que quieras.

JULIA toma otro dulce y come. ULISES la observa sonriente.

ULISES. ¿Qué edad tenés Julia?

JULIA. 19 cumplí el martes.

ULISES. Sos casi una niña.

JULIA. O casi una mujer.

ULISES. (*Sonríe seductor*). También. (*ULISES cambia de conversación*). ¿En qué estábamos?... ¿Trajiste el poema?

JULIA. Sí, pero no sé si me animo a leerlo, no sé si lo hice bien, yo sólo escribí lo que me pasaba en el momento.

ULISES. Para eso estás acá, para trabajar sobre tus escritos.

JULIA abre su libreta que está apoyada en el suelo.

JULIA. Se llama "Vidrio rojo". "Te veo a través de un vidrio rojo. Tus ojos me atormentan en espejos de sal y agua. Nuestros cuerpos yacen separados por el vidrio. Intento atravesarlo. Intento, pero no soy fuerte como el roble. Soy lluvia en duelo perpetuo. Tus labios me cantan en un idioma inventado, me dicen palabras, sólo palabras. Y yo grito, a través del vidrio rojo, y tus labios ya no se quejan, y yo, inmóvil frente a tu cuerpo, respiro, sólo respiro".

ULISES está sorprendido.

ULISES. Escribís muy bien. Hay mucha sensibilidad en tus palabras...

JULIA. ¿En serio me decís?

Suena el teléfono.

ULISES. Disculpame.

ULISES se para y camina hacia el teléfono. Lo atiende.

ULISES. (*Conversación telefónica*). ¿Hola? sí, voy a estar acá, pero vení rápido. No, no te puedo esperar hasta las cinco. Ok, como quieras. Chau.

ULISES corta el teléfono y se sienta a lado de JULIA.

ULISES. Perdoname. Tengo que resolver algo personal. Me acabo de separar y tiene que venir a buscar sus cosas... y bueno, a veces las cosas son complicadas.

JULIA observa a ULISES. Cambio de situación en escena. ULISES se sienta frente al escritorio. JULIA mira hacia el público y cuenta.

JULIA. (A público). Y sí, eran complicadas. Ulises se acababa de separar de Victoria, una abogada de 35 años con la que había convivido durante tres años. El día que Victoria se fue, Ulises le prestó su valija verde para que guardara la ropa. Pero esa valija, no era una valija cualquiera, sino que había pertenecido al bisabuelo de Ulises, Valentín, un inmigrante español llegado a la Argentina en 1920. Resulta que cuando Valentín fue a comprar una valija, le gustó la verde, pero se encontró que no estaba en venta porque un gato blanco la había arruinado con sus rasguños. A Valentín le dio pena y se llevó la valija y al gatito. En el viaje a la Argentina conoció a la bella Mercedes. Ella estaba sola y apenada porque había perdido a su familia en la guerra. El flechazo fue instantáneo y se casaron apenas el barco llegó a puerto. Al gatito blanco lo llamaron Panceta y la valija verde los acompañó toda la vida.

Cambio de situación en escena. Comienza una música incidental que funciona como conector de la siguiente secuencia que contiene elipsis temporales. Los distintos encuentros de JULIA y ULISES.

ULISES está al costado de escenario y le cuenta al público.

ULISES. (A público). Durante los siguientes dos meses, Julia vino dos veces por semana. No faltaba nunca y en cada clase llegaba con poesías... digamos, más pasionales.

ULISES abre la puerta de la casa y entra JULIA. Ella tiene el cabello recogido y una libreta en la mano. Se miran dubitativos. Él le da un beso a ella en la mejilla. JULIA le sonríe. ULISES le indica que avance. JULIA camina mientras lo mira y sale de escena.

Cambio de situación en escena. ULISES va hacia el público y dice:

ULISES. (A público). "Se miran, se presienten, se desean. Se respiran, se acuestan, se olfatean...".

ULISES abre la puerta y allí está JULIA, con su libreta y el cabello semi suelto. JULIA y ULISES se observan. Ella le da un fuerte beso en la mejilla. Él se sorprende y la invita a pasar. JULIA lo observa y sale de escena.

Cambio de situación. ULISES camina hacia público y continúa con el poema.

ULISES. (A público). “Se adormecen, despiertan, se iluminan. Se codician, se palpitan, se fascinan...”.

ULISES abre la puerta, allí está JULIA con una cartera en su brazo. Se observan. Intentan saludarse pero cuando se acerca casi chocan sus narices. Lo intentan de nuevo y vuelve a chocar sus narices. Sonríen. JULIA entra a la casa y sale de escena.

Cambio de situación en escena. ULISES al público.

ULISES. (A público). “Se contemplan, se inflaman, se enloquecen. Se derriten, se sueldan, se calcinan...”.

ULISES abre la puerta de la casa y allí está JULIA con sus cabellos sueltos y revueltos. Se miran con deseo. ULISES la toma de la cintura y se dan un beso apasionado. ULISES para de besarla y mira al público.

ULISES. (A público). “Se rehúyen, se evaden y se entregan”.

La luz baja abruptamente. Fin de música incidental.

ACTO II

Casa de ULISES / Living.

ULISES, vestido informalmente y con sus pies descalzos, escribe sobre la mesita de madera. Suena el timbre. ULISES se sorprende y va a atender.

JULIA. ¡Soy Julia, abríme!

ULISES abre la puerta y entra JULIA cargando una valija y una mochila. Tiene puesto un sombrero rojo. JULIA le da un beso a ULISES.

JULIA. Mi amor. Dejé la casa de mis padres. ¡Me mudo con vos!

ULISES la observa anonadado. JULIA apoya sus cosas sobre el sillón y comienza a sacar

sus pertenencias. Camina de un lado al otro acomodando sus cosas por todo el lugar.

ULISES. ¿Qué decís?

JULIA. Que me mudo acá, con vos.

ULISES. Pará Julia. Nosotros estuvimos hablando sobre ir despacio, tomarnos las cosas con calma.

JULIA. Y también estuvimos hablando sobre la importancia de seguir los impulsos y ayer me citaste la frase de Cortázar en Rayuela “el amor no se elige, es un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio”.

ULISES mira al público y dice:

ULISES. Sí, y también le cité la frase de Ovidio: “Los poetas tiene licencia para mentir”

JULIA, entusiasmada, se acerca a ULISES y lo toma de su rostro.

JULIA. Estoy tan feliz de levantarme todos los días con vos y que me susurres poesías al oído.

ULISES le señala la silla a JULIA para que se siente.

ULISES. Pará un poco Julia. Esto no es como vos pensás... No solo te voy a recitar poesías al oído. Hay otras cosas también. Yo a la mañana me levanto siempre de malhumor y de 8 a 12 del mediodía no quiero que nadie me hable, ni escuche música, ni radio. También me gusta fumarme un cigarrillo después de las comidas y dejar las cenizas en cualquier lado. También dejo los platos sucios por días. Ronco casi todas las noches y duermo en diagonal, a veces también hablo o insulto dormido. Una vez grité tanto que la vecina del 4 “G” llamó a los bomberos. Soy neurótico obsesivo por naturaleza y si no me salió la poesía perfecta, el cuento perfecto, puedo llegar a erizarme si me dirigen la palabra. Odio todo tipo de condescendencia: “Ya te va a salir, tené paciencia”. A veces revoleo cosas por el aire cuando las cosas no salen como yo quiero. Hice años de terapia y me dio de alta por obsesivo incurable: se cansó de mí.

JULIA observa a ULISES seriamente. Luego se para y lo hace sentarse a ULISES frente a ella.

JULIA. Por lo del cigarrillo no te preocupes. Salieron unos parches para dejar de fumar. Yo de 8 a 12 trabajo, así que vas a tener la casa en silencio. Por los platos sucios... a mí me encanta lavar. El hablar dormido es lo que te hace tierno y especial. *(JULIA se sienta encima de*

él. ULISES se conmueve). Cuando no te salga bien un poema, te voy a decir: “Nunca te va a salir, perdé las esperanzas, dedícate a la jardinería”. Por lo de la terapia, los psicólogos suelen equivocarse, ¡y bastante! (*ULISES está por besar a JULIA. Ella se para e interrumpe*). ¡Ah! Me olvidaba: cuando tires las cosas por el aire, tené cuidado de no pegarme en la cabeza.

JULIA se va a acomodar la ropa. ULISES se acerca a ella y la toma de la cintura.

ULISES. ¿Vos sabés en lo que te estás metiendo? Te vas a vivir con un viejo de 34.

JULIA. ¡Y qué viejo!

ULISES. ¿Te ayudo a acomodar la ropa, nena? Tengo lugar en mi placard y un rincón en mi cama.

JULIA. ¿Y para mi sombrero?

JULIA le coloca el sombrero rojo a ULISES, luego se va a acomodar su ropa. ULISES se para frente al público y les relata:

ULISES. (*A público*). Julia amaba su sombrero. Lo encontré tirado en la calle cuando tenía 8 años, y a pesar de la advertencia de sus padres de que las cosas del piso no se levantan, Julia decidió llevarse el sombrero, repararlo y cuidarlo. El sombrero rojo había pertenecido a Rosa, una cocinera de 40 años, que luego de enterarse que su esposo Omar la había engañado con otra mujer, arrojó el sombrero rojo a la calle en un ataque de furia. Cinco minutos después, Julia pasaba por el mismo lugar y vio el sombrero en la vereda, al recogerlo, vivió un instante único y breve de felicidad.

ULISES se queda parado a un costado de escenario. JULIA se para frente al público y cuenta:

JULIA. A veces las cosas pasan sin que uno las espere. Sencillamente ocurren, así es como un día de sol se transforma en tormenta, o como cuando vas caminando por la calle y te asustás de tu propia sombra. Las cosas ocurren... los sucesos que se encadenan sin una forma preconcebida son los recuerdos más vivos. Abandoné la casa de mis padres de manera inesperada el cinco de febrero a las 10 de la mañana y a las 5 de la tarde ya estaba en la casa de Ulises.

JULIA se sienta en el sillón. Cambio de situación en escena. ULISES se acerca a ella preocupado. JULIA lo evita con la mirada.

ULISES. ¿Me vas a decir qué pasó?

JULIA. Dejé el trabajo en la oficina de mi viejo, dejé la carrera de contadora. ¡Dejé las tablas del debe y del haber! ¡Dejé la calculadora! ¡Uy! Dejé mi agenda en la oficina. Y no dejé de fumar porque no fumo, que si no... también dejaba...

ULISES se sienta junto a JULIA.

ULISES. ¿Y tu viejo qué te dijo?

JULIA. Mi viejo está decepcionado de mí. Esas fueron sus palabras. “Estoy decepcionado” Y lo peor de todo no fue eso. También me dijo que ahora que no trabajaba ni estudiaba, él no se iba a hacer cargo de mis errores. Y a eso agregó en un tono grave (*JULIA imita la voz de su padre*). “Julia, es hora de que te vayas de esta casa”.

ULISES. ¡Tu papá te echó de tu casa!

JULIA. Y yo le dije: ¡papá soy menor de edad!

ULISES. ¿Menor de edad? No sos menor de edad, tenés 19.

JULIA. Sí, pero después de los 21 recién estoy emancipada. Pero sí, tenés razón ya soy una persona adulta por decisión de mi viejo. No sé por qué inventan esas leyes... para que los hijos nos sintamos más idiotas. En fin, me mudé a una pensión en Constitución.

ULISES. ¡¿Qué?! ¡¿Una pensión en Constitución!?

JULIA. Sí, en un cuarto compartido con Lulú y Delicia. Son dos minas re copadas que trabajan día y noche. Sobre todo en las noches.

ULISES se para exaltado.

ULISES. ¡Julia, ya mismo traes tus cosas para acá! Está decidido. Te mudás conmigo.

JULIA intenta frenar la decisión de ULISES.

JULIA. Ulises, yo sé que sos muy generoso pero yo no necesito que me digas esto por lástima. Voy a estar bien. No quiero apurarte ni apurarme, no quiero hacer una locura.

ULISES. “Hay siempre algo de locura en el amor, pero siempre hay algo de razón en la locura”, decía un poeta. Te venís ya para acá.

JULIA corre hacia un costado del escenario y se sienta sobre la mesa. Se toma las piernas como haciéndose un bollito. Se produce un silencio. JULIA comienza a develarle:

JULIA. Ulises, es que vos no sabés... yo no soy lo que parezco. Tengo ataques repentinos de

alegría y después paso a llanto, así como si nada.

Soy obsesiva del orden y necesito tener todo bajo control, mis tiempos y los de los demás. Cuando me duermo pego patadas en la cama, como en un ataque de histeria. Tengo una tortuga que se llama Pepino a quién le hablo y le consulto mis cosas. Escribo en mi diario íntimo todo lo que hago por día desde que tengo 7 años. Pego de todo: papeles, boletos, chucherías. Soy fanática de la novela de las tres de la tarde: no me la pierdo por nada... Además le tengo miedo a la oscuridad, a las cucarachas, y sobre todo a perderte.

ULISES camina hacia JULIA. Se sienta en el suelo frente a ella.

ULISES. No me vas a perder. Yo quiero que te mudes y si vos no querés, te convenzo.

JULIA esboza una sonrisa.

ULISES. ¡Ah! Por favor presentame a Pepino.

JULIA y ULISES se abrazan fuertemente.

Cambio de situación. ULISES sale de escena. JULIA mira al público y dice:

JULIA. Esa noche, dormimos abrazados. En la madrugada me desperté y lo vi dormir. Ulises respiraba fuerte e intensamente. Me era imposible dejar de mirarlo. Es más, no quería. Me di cuenta de que en el brazo tenía una pequeña cicatriz, casi imperceptible. Ulises, a sus 10 años se la había ganado. Su mejor amigo Javier, era un niño obeso. Ante los insistentes insultos de los compañeros, Ulises salió a defenderlo y se peleó con Fabián, un muchacho alto de 14 años que lo empujó a Ulises al suelo. Él cayó sobre la punta de una piedra y se abrió el brazo. Y como dice Ulises: "las cicatrices nos recuerdan quienes somos".

JULIA sale de escena por el lateral al mismo tiempo que entra ULISES. Él toma una camisa del perchero y mientras se viste le habla al público:

ULISES. *(A público)*. Seis meses habían pasado de convivencia. Julia era tan distinta a todas las mujeres que había conocido. Su inocencia me enamoraba a cada minuto. La veía cambiarse y cantar frente al espejo. Todo iba bien, muy bien, hasta que un viernes me encontré con Victoria, mi ex pareja. Tuvimos una charla en donde cerramos asuntos del pasado. Y cuando llegué a casa la vi a Julia al lado del teléfono. Me imaginé que había escuchado el mensaje que había dejado Victoria. Y pude imaginarme la bronca de Julia. Pude imaginarme su rabia con el mensaje de Victoria. Pude imaginarla arañando las paredes... Pero lo otro, lo

otro, lo viví en carne propia.

ULISES observa a JULIA que entra a escena. (ULISES desde su presente observa una situación del pasado). JULIA se saca su abrigo. Apoya la cartera el sofá. JULIA se coloca al lado del teléfono y aprieta el botón para escuchar el mensaje del contestador automático.

VOZ OFF VICTORIA MENSAJE. Hola Ulises, soy yo, Victoria. Bueno... ayer cuando hablamos me quedé con ganas de seguir la charla. Y pensé que nos podemos juntar hoy, si te parece. Yo salgo del trabajo a las 6 y no sé... podemos ir a un bar o a mi casa. Llamame. Besitos.

JULIA termina de escuchar el mensaje. Está sorprendida. Habla para sí misma.

JULIA. “Hola Ulises, soy yo, Victoria”. El soy yo pareciera que está llamando la princesa de Mónaco ¿no? Ese “Soy yo”. En vez de decir simplemente “Hola habla Victoria”.

JULIA camina hacia el contestador automático y vuelve a apretar el botón. Se reproduce por segunda vez el mensaje de VICTORIA.

JULIA. Lo de “ayer hablamos y me quedé con ganas de seguir la charla”... podemos inferir que tuvieron una conversación personal o telefónica de la cual por supuesto no fui avisada por ¡mi pareja!

JULIA corre hacia el contestador y vuelve a apretar el botón. Se reproduce por tercera vez el mensaje de VICTORIA.

JULIA. De qué se quedó con las ganas... me lo puedo imaginar. Y lo de “podemos ir a un bar... o a mi casa” está dicho como quien no quiere la cosa. Y encima es tarde, muy tarde y no llega y... seguro que está con esa yegua. Ella se pasa la mano por el pelo... lo agarra de la mano... y...

ULISES entra a escena. JULIA lo observa seriamente.

ULISES. Hola mi amor. ¿Cómo estás?

ULISES se acerca a JULIA para saludarla pero ella lo esquiva y va hacia el contestador automático. JULIA aprieta el botón y se vuelve a reproducir el mensaje de VICTORIA. ULISES se sorprende y se sienta en una silla lejos de JULIA. Mientras escuchan el mensaje JULIA

gesticula con su rostro y sus manos, ridiculizando las palabras de VICTORIA.

VOZ EN OFF VICTORIA MENSAJE. Hola Ulises, soy yo, Victoria. Bueno... ayer cuando hablamos me quedé con ganas de seguir la charla. Y pensé que nos podemos juntar hoy, si te parece. Yo salgo del trabajo a las 6 y no sé... podemos ir a un bar o a mi casa. Llamame. Besitos.

JULIA se acerca a ULISES. Está alterada.

JULIA. ¡¿Me podés decir a dónde estuviste y por qué tardaste tres horas en venir a casa sin avisar?! ¡¿Y por qué esta estúpida te llama a casa?! ¡Es que no sabe que estás en pareja y tenés una mujer que te espera y te quiere! Y vos... porque la verdad... vos sos el culpable. ¡¿Por qué me mentiste y no me avisaste de que te ibas a encontrar? ¿Y qué pasó cuando la viste? ¿De qué hablaron? ¿Qué hicieron? ¿Qué pasó? ¿Qué...?!

ULISES. ¡Basta! ¡Basta! ¡Pará un poco! (*ULISES se para*). Por favor... No puede ser que te pongas así.

JULIA. ¡Ah! No puede ser. El señorito dice: “no puede ser”. Lo que no puede ser es que esté en pareja con un mentiroso. ¡Vos que te la pasás hablando de ética! La ética de aquí, la ética de allá. Tendrías que escribir un libro que se llame: “La ética del amor”. Y así podríamos ver todas las cosas que violaste.

JULIA se quita su zapato, lo sostiene en su mano y comienza a perseguirlo a ULISES por el living de manera amenazante.

JULIA. Regla número uno del libro de ética del amor: “No mentirás. Ni pondrás excusas estúpidas cuando te llame tu ex mujer”.

JULIA le arroja un zapato a ULISES. Él lo esquiva. Luego JULIA se quita el otro zapato y continúa persiguiéndolo por el living.

JULIA. Regla número 2: “No te comportarás como un imbécil cuando tu actual mujer te exige la verdad”. Regla número 3: “No le recites una poesía para calmarla porque ni todas las obras de Rimbaud te van a salvar”. (*JULIA le arroja el zapato a ULISES pero golpea contra la pared*). ¡Decime! ¿Qué pasó?

ULISES está anonadado.

ULISES. ¡Pará loca! ¡Pará un poco! ¿Te volviste loca?

JULIA se para sobre el sofá y se despeina de manera alocada mientras dice:

JULIA. ¡Sí, loca me volví! ¡Vos me volvéis loca! Decime ya, ¡¿qué pasó con Victoria?! ¡¿Te acostaste con ella?!

ULISES. ¡No me acosté con ella! ¡Con la única que me acuesto hace seis meses es con una loca que se llama Julia! Y está para el manicomio, te lo puedo asegurar.

JULIA. Ah... ahora invertís las cosas. Buena estrategia, pero no te va a servir.

ULISES se acerca a JULIA. Ella se resiste. Intenta besarla.

ULISES. ¡Dale, vení, abrazame!

JULIA. Esto no tiene retorno Ulises.

ULISES. Dale, si estás hermosa.

JULIA. ¡Salí Ulises!

ULISES abraza a JULIA y la recuesta en el sofá mientras. JULIA cede y se abrazan. Breve apagón. Cambio de situación. Sonido de lluvia. ULISES sentado en el sofá le cuenta al público:

ULISES. (A público). Esa noche hicimos el amor, al otro día desayunamos en completa armonía. Julia se sintió inspirada. Sacó una lapicera dorada y empezó a escribir. La lapicera tenía dos iniciales, la I.R. Se la había regalado su tía Irene cuando Julia tenía 6 años y empezaba a ir al colegio. Su tía le dijo: “Esta lapicera me la dio mi gran amor”. Irene había sido amante de Ramón, un embajador mexicano que vivía en Buenos Aires. Él hizo tallar las iniciales de sus nombres para dejar una huella en Irene. Después de darle la lapicera, Ramón hizo las valijas y se fue. Irene lloró tanto, pero tanto ese día que hizo desatar una tormenta que colapsó la ciudad. Julia apodó a la lapicera: “La tormenta de Irene”.

Casa de ULISES / Espacio imaginario bar.

ULISES prepara un trago en un mostrador. Está vestido con una camisa a rayas llamativa. JULIA entra a escena, tiene puesto un vestido rojo. JULIA se acerca a ULISES y le dice al oído:

JULIA. Dos siluetas, dos sombras, un lápiz labial, un cenicero, dos vasos redondos y huecos, el humo que envuelve las sombras, sus dedos que rozan mi espalda, mil palabras que en-

vuelven el juego.

Varias luces de colores rojo, verde, violáceas. Comienza a sonar el tema musical “La cumbia del sur”. JULIA se sienta en el sillón. ULISES mientras sirve una bebida. Se coloca en pose de galán.

ULISES. ¿Le puedo ofrecer un trago?

JULIA. Ya lo está haciendo. ¿Qué es?

ULISES. Whisky.

JULIA. ¿No le parece un trago un poco fuerte para ofrecerle a una dama?

ULISES se acerca a ella.

ULISES. Lo siento. Puedo traerle otro brebaje si así lo pide.

JULIA. Yo lo que realmente quiero es bailar. Pero no bailo con desconocidos.

ULISES. Víctor Rodolfo de la Cárcova.

ULISES le besa la mano.

JULIA. María Penélope del Telar.

JULIA estira su mano. ULISES se la toma y la hace pararse. Sube la música y comienzan a bailar. JULIA y ULISES se seducen mientras bailan. JULIA canta encima de la música:

JULIA. “Reina, decí que basta para vos, ya no es el tiempo, de bailar por bailar...Vale, decir que basta para ti, cambió la suerte. El tiempo voló”

Mientras bailan ULISES coloca su mano sobre la pierna de JULIA y la acaricia. Le sube el vestido. JULIA lo frena abruptamente y se va hacia la pared. ULISES la mira mientras sonrío, luego busca su trago en el mostrador. JULIA lo mira sensualmente. La música continúa.

ULISES. ¿Viene siempre al mismo bar?

JULIA. ¿No tiene una pregunta más original para hacerme?

ULISES. Le gustan los hombres intrincados, con un lenguaje poético y revolucionario, que la sorprendan. Yo puedo ser uno de esos hombres.

JULIA. La pregunta no es qué clase de hombre quiero que seas, sino qué clase de hombre sos...

ULISES. La pregunta es qué clase de hombre imaginás que soy...

JULIA. No sé, son muchas preguntas para 10 minutos de conocernos ¿no le parece? ¿Qué edad tiene Víctor Rodolfo?

ULISES. Tengo 36 años, 20 novias formales en mi haber, 5 convivencias, y 10 abandonos.

JULIA. Por la forma en la que habla parece un contador, y no un escritor.

ULISES. Como sabe que soy escritor si no lo mencioné.

JULIA se enoja.

JULIA. Lo sé porque estoy con vos hace como dos años... ¡No tenés que decir eso! Pactamos que el juego no se corta, siempre te mandás alguna.

JULIA va hacia el mostrador a dejar su trago. Luego se queda allí y se cruza de brazos sosteniendo su enojo. ULISES la mira sonriente.

ULISES. ¡Dale, vení!

JULIA. Se acabó la magia.

ULISES. Vení que estás hermosa.

JULIA cede a su enojo y vuelve a sentarse junto a ULISES.

JULIA. ¿Dónde habíamos dejado?

ULISES se coloca en posición de seducción. JULIA lo mira de reojo.

ULISES. ¿Qué edad tiene señorita?

JULIA. Tengo 21 años. Estudio letras, y no hablo de mis relaciones anteriores.

ULISES. Eso la hace más misteriosa. (*ULISES se acerca a la boca de JULIA*). ¿Me das un beso?

JULIA. ¿Qué dice?

ULISES. Dale, dame un beso. (*JULIA se acomoda frente a ULISES. Se acerca a su boca*).

JULIA. ¿Querés un beso de esquimal, un beso globo, un beso espada, un beso francés, un beso carismático, un beso dulce, un beso agreste, un beso gigante, un beso foca, un beso...?

ULISES. Quiero tu beso.

ULISES la besa apasionadamente. Luego se miran.

JULIA. Uli, si me volvieras a conocer, de nuevo, ahora que ya me conocés... ¿Te enamorarías de mí?

ULISES. Mil veces... sí.

Apagón suave.

Casa de ULISES / Habitación.

Oscuridad. Se escucha el sonido de un tren y las voces de JULIA y ULISES con las frases del poema "Amorar".

JULIA y ULISES están sentados sobre la cama, apoyados espalda con espalda. ULISES tiene puesto un short y una remera. Ella una remera y un bombachón. Ambos están descalzos. JULIA observa al público y les revela:

JULIA. *(A público)*. El domingo es mi día preferido. Más que el sábado. En mi convivencia con Ulises, los domingos se transformaban en un comodín, una incógnita. Siempre nos sorprendíamos el uno al otro con deseos de los más raros y placenteros. Un domingo Ulises se levantó a las 8 de la mañana, y me subió a un tren. No sabía a dónde me llevaba y eso me hacía sentir libre. Libre del tiempo, de un reloj que marca los minutos, los segundos, los finales, los momentos....

El tren estaba lleno de personas, algunos cargaban sus mochilas, a sus niños, y otros sus valijas. Ulises se paró en el medio del tren con su libro de poesías. Recuerdo las frases...

ULISES. *(Dice parte del poema en continuado al relato de JULIA. Se escucha el sonido del tren)*. "¿Qué será de tus ojos en la noche tiesa? Pulóveres de brisa, caminos de polen amainan en los besos. Alcoholes de las luciérnagas, abrazos de solitario apego bajo el gemido de las alucinaciones. ¿Qué será de tus ojos en la noche tiesa? Pechos de alcanfor, perfumes de amarar, viejos barcos arracimados...".

JULIA. *(Retoma la anécdota a público)* ...las personas aplaudieron emocionados, sorprendidos por ese regalo. Las mujeres sacaban monedas de sus bolsillos. Cuando Ulises rechazó las monedas, los pasajeros no entendían el propósito de la lectura. Ulises quería entregar sus palabras, y compartirlas. Eso lo llenaba. Cada domingo era algo distinto, y único para los dos.

ULISES que mira a público y dice:

ULISES. *(A público)*. Los domingos son días de mucha angustia para mí. Cuando era chico, lloraba y lloraba, no sabía por qué. Un día mi mamá me dijo: "Ulises, tranquilo, es la angustia

del domingo". Nunca entendí bien qué significaba. Era como sentir un vacío en el pecho, un vacío irremediable, un agujero negro que parecía estirarse y estirarse a lo largo de las horas. De grande me di cuenta de que a ese agujero negro los psicólogos le ponen el nombre de angustia y lo atribuyen al miedo a la muerte. Pero eso no es así, no es miedo a la muerte lo que yo sentía, sino miedo a desaparecer. Para eso mi mejor remedio era escribir y leer mis cuentos y poemas a los pibes del barrio. Los amigables sonreían y los mayores me gritaban "trollo" desde los balcones. El domingo sigue siendo mi día de angustia y se acentúa más cuando las palabras no pueden salir a la luz, se transforman en manchas negras, sin definición ni nombre.

JULIA se levanta del suelo y le dice al público:

JULIA. (A público). Recuerdo el domingo 3 de Abril. Ulises estaba sentado con sus papeles en el escritorio...

ULISES se para, camina hacia el escritorio y se sienta allí. Está pensativo. JULIA camina hacia él. Le corrige la postura del cuerpo y la cabeza. Dice a público:

JULIA. (A público). No, estaba sentado hacia la izquierda con la cabeza más para abajo. (JULIA camina hacia la cama). Y esa noche me fui a dormir. Y dormí profundamente...así. (JULIA se tapa con una frazada y se acuesta a dormir).

ULISES toma un manojo de papeles en mano del escritorio, los estruja y los tira a una caja. Patea la caja varias veces. JULIA se despierta y se sobresalta. Observa a ULISES que está ensimismado.

JULIA. ¿Qué pasa amor?

ULISES no le contesta y sigue estrujando los papeles y arrojándolos a la caja. JULIA se incorpora.

JULIA. ¿Qué hacés?

ULISES. ¿Qué hago? (Irónico.) ¿Querés saber qué hago? Tiro todas las pelotudeces que escribo.

JULIA sale de la cama y se acerca a él.

JULIA. Mi amor, mirame. Mirame por favor. Vos nunca escribís pelotudeces. Es domingo relajate un poco.

ULISES patear con fuerza la caja y de adentro salen todos los papeles abollados. JULIA los levanta y comienza a abrirlos.

ULISES. ¡No, no, no! ¡Ni se te ocurra tocar esos papeles, no sirven para nada!

JULIA. No era que estabas en contra del utilitarismo. De lo que sirve y de lo que no sirve...

ULISES. Cambié de opinión. Esto no sirve para nada. *(ULISES patear los bollos de papel como si fueran una pelota).*

JULIA. Ulises, sos un chiquilín. No te bancás la frustración...

ULISES. Ah bueno, no me banco la frustración. ¿Y vos te la bancás? *(JULIA se acuesta en la cama y se tapa hasta la cabeza).* A la primera que te va mal, abandonás todo... como hiciste con la facultad, por ejemplo. Apenas te fue mal con el examen de teoría literaria, abandonaste la materia.

JULIA. *(JULIA se incorpora abruptamente en la cama).* Eso no fue así. Fue porque la profesora, la de rulitos con ojos de huevo duro, la célebre Peleti, no venía nunca y sus apuntes eran de terror...

ULISES. ¿Te das cuenta que siempre ponés lo tuyo en los demás? Nunca decís yo estuve mal sino que culpás a otro, por ejemplo, a tu profesora.

JULIA sale de la cama y se acerca a ULISES.

JULIA. Estábamos hablando de tu actitud de romper las cosas cuando te va mal. El otro día rompiste la lámpara que te regalé y revoleaste un jabón que pisé y casi me mato.

ULISES. Es que vos no entendés lo que es tener una entrega mañana y que todo lo que escribís te sale mal, mal, mal. No lo entendés porque te faltan años para entenderlo...

JULIA. Otra vez con lo de que soy una pendeja... eso ya te lo escuché varias veces... cuando vos me conociste yo ya lo era. Y no parece muy maduro el romper todo como solución. Y no te voy a decir que tenés talento porque no lo tenés.

ULISES se sienta al pie de la cama.

ULISES. Ah, bien, bien, ahora resulta que no tengo talento. ¡Qué soy un estúpido y me debería haber dedicado a otra cosa!

JULIA. *(Se sienta al lado de ULISES).* Ahora escuchá bien lo que tengo para decirte: "Nunca vas a llegar a la entrega de mañana, nunca te va ir bien en lo tuyo".

ULISES. Esa estrategia ya no funciona. La de calmarme por la negativa está trillado, está en desuso.

JULIA. Es que ya nada funciona con vos. No sé cómo ayudarte.

ULISES la mira a JULIA, arrepentido.

ULISES. Prometo tranquilizarme. Lo prometo. Bajar un decibel dominguero.

Silencio. ULISES se acuesta en el regazo de JULIA.

JULIA. Ya me había olvidado que era domingo.

JULIA mira a público y cuenta:

JULIA. *(A público)*. Esa noche, me fui de la casa por los repentinos enojos de Ulises. De pronto me di cuenta de que no había llevado nada de la casa. Ni mi ropa, ni mis libros, ni mi valija. Hasta me había olvidado mi sombrero rojo. Entonces reparé en que no estaba preparada para dejarlo. Cuando uno se va sin nada de su casa, es que todavía queda algo. Y sí, mi amor por Ulises era distinto. Habían pasado casi tres años de convivencia. Conocía sus mañas y él las mías. Pero el amor se había transformado. Una vez, Ulises me contó que cuando era adolescente se había enamorado de Valentina, que era su compañera de banco en la secundaria. Pasaban largas tardes besándose en el Parque Lezama, mirándose a los ojos... Ulises sentía que su amor crecía y crecía como una ola gigante, del tamaño de los sueños. Hasta que un día Valentina, le dijo: "aquí se termina todo". Ulises *(entre lágrimas contenidas)* le preguntó qué le había pasado. Valentina respondió: "Mi amor no se fue, se transformó en otra cosa, y esa otra cosa ya no me da mariposas en la panza". Fue así que se terminó el primer gran amor de Ulises. Desde aquel entonces, Ulises siempre pensó en la frase: "el amor cambia con el tiempo, y se transforma en algo más que en mariposas en la panza".

Sueño de ULISES / Habitación.

En la oscuridad, comienzan a escucharse ecos de JULIA y ULISES. Una luz puntual cenital sobre ULISES. Él está en cuclillas en el suelo. Se levanta lentamente mientras dice:

ULISES. Un disfraz. Un eco que me envuelve, se esfuma en el aire. Una grieta en el suelo, espejismo que se vuelve latido, un sombrero rojo, laberinto, un libro sin tapa, los pasos que se acercan y tu nombre... ¿Quién serás esta noche en el oscuro sueño, del otro lado de su muro?

ULISES que mira a su alrededor. Sonido de ecos con la voz de JULIA que pide por él. La luz cenital se apaga y luego se enciende. Allí aparece JULIA con sus cabellos largos y revueltos (Aspecto fantasmal). Las luces comienzan a titilar y dificultan la visión. El sonido de ambiente es misterioso.

ULISES. Julia, ¿sos vos?, Julia...

JULIA lo observa misteriosa sin decir palabra. Se queda parada en el mismo lugar.

ULISES. ¡Julia, Julia! ¡¿Dónde estás?!

ULISES. ¿Qué pasa Julia? ¿Por qué no respondés?

JULIA. Dos más dos son tres.

ULISES. ¿Qué? ¡Julia!

ULISES la llama desesperado.

ULISES. ¡Julia, vení para acá, estás muy lejos!

JULIA. Tres más tres son siete.

ULISES. ¡No me importan los números, vení, acercate, estás muy lejos!

JULIA. Cuatro más cuatro son nueve.

ULISES corre por la habitación buscando a JULIA.

ULISES. ¡Julia reacciona!

JULIA. ¡Cinco más cinco son once!

ULISES. ¡No, cinco más cinco son diez Julia! ¡Estás equivocada! ¡Cinco más cinco son dieeeeeeeeeeeeeez!

La luz general baja abruptamente y queda el escenario a oscuras. El grito de ULISES continúa en la oscuridad. Se enciende la luz de la habitación. ULISES y JULIA están acostados en la cama y ambos despiertan con el grito de Ulises. JULIA lo observa asustada.

JULIA. Uli, ¿estás bien?

ULISES. Sí, sí, pesadilla.

JULIA le da un beso.

JULIA. Te doy un beso así dormís mejor.

ULISES. Cinco más cinco es diez Julia.

JULIA lo mira sin entender.

JULIA. Me parece que necesitás dormir. Hasta mañana.

JULIA se acuesta a dormir. ULISES mira al público sentado en su cama.

ULISES. *(Al público)*. Ese sueño siempre me inquietó. Nunca pude interpretar si el sueño era acerca de no entender a Julia, o el miedo a que estemos lejos.

JULIA se incorpora en la cama y ambos quedan mirando frontal a público tapados por las sábanas.

JULIA. *(Al público)*. A veces uno no puede interpretar los sueños, para mí son un puente entre la vida real y la que imaginamos. Y entre ese espacio hay un hilo invisible que es imposible de descifrar.

ULISES y JULIA se miran contrariados, luego simultáneamente miran al público.

ACTO III

Casa de ULISES.

Comienza breve secuencia de acciones que contiene elipsis temporales generadas por los cambios lumínicos y de posición de los personajes. Música incidental. ULISES a un costado del escenario.

ULISES. Mis últimos tres meses con Julia tuvieron pequeños acontecimientos, incidentes, reveses, contrariedades, desencuentros, pliegues de la existencia amorosa. Sentía que la relación con Julia era de a tres: ella, yo y sus demandas.

Apagón sobre ULISES. Elipsis temporal. Se enciende una luz puntual en el centro de escena. Allí está JULIA y ULISES sentados uno junto al otro en el suelo. JULIA le reclama:

JULIA. Amor, ¿por qué no me avisaste que ibas a la editorial? Yo te hubiera acompañado y te

hubieras sentido más seguro. Decime, ¿por qué no quisiste que fuera...?

Apagón de luz. Elipsis temporal. Se enciende luz puntual en el centro del escenario. ULISES se encuentra acostado boca arriba en el suelo. JULIA junto a él lo observa detenidamente.

JULIA. Ayer escuché que una mujer te dejó un mensaje en el contestador. No dijo su nombre. ¿Vos sabés quién era? ¿Te tenía que llamar alguien? No me voy a enojar. Tenía voz de señora mayor que anda en la trampa... No es competencia para mí ¡Dale decime quién era!

Apagón de luz. Elipsis temporal. Se enciende luz puntual en el centro del escenario. ULISES se encuentra sentado y JULIA tiene la cabeza apoyada en las piernas de ULISES. JULIA lee un papel:

JULIA. “Una cicatriz es un presagio; algo abierto; algo que jamás flotará”. ¿Por qué no me lo leíste? ¿Es que ya no te gusta compartir conmigo las cosas que escribís?

Apagón de luz. Elipsis temporal. Se enciende luz puntual al costado de escena donde está JULIA parada frente a público. Les cuenta:

JULIA. En mis últimos tres meses con Ulises pensé que era cierto eso de que “El amor es dar lo que no se tiene a aquél que no es”; ese eterno malentendido... Ulises estaba distante, ausente. Y esa ausencia me sumergía en la última de las soledades...

Apagón sobre JULIA. Elipsis temporal. Se enciende una luz puntual en el centro de escena. Allí está JULIA y ULISES sentados uno junto al otro en el suelo. JULIA lo observa y ULISES le esquivo la mirada. Silencio.

Apagón de luz. Elipsis temporal. Se enciende luz puntual en el centro del escenario. ULISES se encuentra acostado boca arriba en el suelo. JULIA junto a él lo observa detenidamente. ULISES está absorto en un punto fijo. Silencio.

Apagón de luz. Elipsis temporal. Se enciende luz puntual en el centro del escenario. ULISES se encuentra sentado y JULIA tiene la cabeza apoyada en las piernas de ULISES. JULIA lo observa. ULISES le devuelve la mirada y luego la desvía. Fin de música incidental.

Apagón general.

Casa de ULISES /Living.

ULISES, sentado en el sofá, le cuenta al público:

ULISES. (*A público*). En tres años de convivencia con Julia, puedo decir que conocí el amor en todas sus formas. Entendí que ella despertó en mí todas las pasiones. Me vienen recuerdos aislados y sin orden cronológico. El orden de mi memoria. Si me preguntan cómo viví el día 25 de Mayo de 2007 a las 5 de la tarde diría que de manera caótica. Otras personas, países y culturas lo habrán pasado literalmente en su mundo. En Buenos Aires se festejaba el día de la Revolución de Mayo: los granaderos rodearon la Playa de Mayo. Los canales de TV transmitieron las imágenes en directo peleando por la exclusividad. A las cinco de la tarde del 25 de Mayo, a una niña se le cayó el primer diente y lloró por la pérdida. A las 5 de la tarde, mi abuelo deseó tener de vuelta a su gran amor: mi abuela Helena. A las 5 de la tarde un colectivo atropelló a Jacinto, un perro callejero que salió prácticamente ileso mientras Aarón, un linyera de la zona, se apiadó de él y le dio asilo. A las 5 de la tarde del 25 de Mayo, una mujer en China fue castigada por tener más de dos niños. En Bolivia, Evo Morales lograba la alfabetización de su país. En Rumania, una mujer visitó el castillo del conde Drácula y murió de un ataque al corazón. En un viaje en tren a Tucumán, mi tía Rossana conoció a Jaime, su amor. En Argentina, Buenos Aires, San Telmo del 25 de Mayo de 2007, con 23 grados de calor, 50 por ciento de humedad, me separaba de Julia.

ULISES se acuesta en el sofá a leer. JULIA entra a la casa. Le da un beso en la frente y se sienta junto a él.

JULIA. Ulises.

ULISES. ¿Qué?

JULIA. ¿Me das pelota o no me das pelota?

ULISES. Estoy leyendo, ¿qué pasa?

JULIA saca un paquete de la cartera y se lo da a ULISES.

ULISES. ¡Un test de embarazo!

JULIA. ¡Sí, tengo un atraso de tres semanas!

ULISES. ¡Tres semanas! No puede ser Julia. Nosotros nos cuidamos. Mejor dicho, te estás cuidando con pastillas.

JULIA. Sí, pero la doctora dice que puede fallar.

ULISES. Es que no puede fallar, sabés que no puede fallar. ¿Por qué no me dijiste antes?

JULIA. Por qué sabía que te ibas a poner así.

ULISES. OK, vamos a tranquilizarnos. Vamos a hacer el test, y nos sacamos la duda, ¿te parece?

JULIA. Sí. Leí que tengo que hacer pis sobre esa cosa. ¡Qué asco! Encima después la tengo

que agarrar y...

ULISES. Tranquila. Andá al baño que yo te espero acá.

JULIA asiente con la cabeza y sale de escena. ULISES camina de un lado al otro, nervioso.

ULISES. ¿Y?

VOZ OFF JULIA. Estoy haciendo pis en el cosito ese.

ULISES continúa caminando de un lado al otro.

ULISES. ¿Y ahora?

VOZ OFF JULIA. Continúo haciendo pis en el cosito ese.

ULISES. ¿Y ahora?

VOZ OFF JULIA. ¡Terminé de hacer pis en el cosito ese! ¡Pará un poco no me das tiempo!

ULISES. Perdón.

JULIA sale del baño con el test en la mano.

JULIA. (*JULIA deja el test sobre la mesita*). Ahora lo apoyo acá y hay que esperar. Si aparecen dos rayitas rosas hay bebé. Y si es una sola, no hay bebé.

ULISES y JULIA se sientan en el sofá frente a la mesita. Miran fijamente el test.

ULISES. Esperemos.

ULISES y JULIA miran simultáneamente hacia los costados. Evaden la mirada del test. Mueven la misma pierna nerviosamente. Al mismo tiempo vuelven la mirada al test. Todavía no hay resultados.

ULISES. Quedate tranquila que va a estar todo bien. Va a salir una sola rayita rosa.

ULISES y JULIA repiten la acción. Miran simultáneamente hacia los costados. Evaden la mirada del test. Mueven la misma pierna nerviosamente. Al mismo tiempo vuelven la mirada al test.

ULISES. ¡¡¡Una sola rayita!!!

JULIA. ¡Uf! Qué alivio.

JULIA y ULISES se miran. Se produce un silencio.

JULIA. Y si hubiera dado dos rayitas... ¿Qué hubiera pasado?...

ULISES. No pasó. Para qué pensar en eso ¿no?

JULIA. Te estoy haciendo una pregunta... ¿Qué hubiera pasado?

ULISES. Mirá Julia... yo creo que lo mejor hubiera sido no tenerlo... Digo... Vos sos muy chica todavía y yo...

JULIA. Y vos sos grande... podrías ser padre...

ULISES. Creo que vos y yo no estamos pasando por el mejor momento en la pareja. Y un hijo no arreglaría esas diferencias...

JULIA. No sabía que estábamos pasando por una crisis.

ULISES se queda en silencio. Se para y se va hacia la pared. Está ensimismado.

JULIA. ¿Qué es lo que pasa Ulises? ¿Es por mí? ¿Es porque soy metereta, y a veces me pongo hincha?...

ULISES niega con la cabeza.

ULISES. Julia, hace rato que tenemos peleas y desacuerdos...

JULIA. Pero todas las parejas discuten... Decime la verdad, decime si es por otra persona, otra mujer... ¿Te estás viendo con alguien?

ULISES. No, Julia, no eso.

JULIA. ¿Es porque te cansaste de mí? ¿Porque no soy quien pensabas?!

ULISES no responde.

JULIA. ¡Ulises decime algo!

ULISES. (Se sobresalta). No sé... la verdad no sé...

Se produce un silencio. JULIA se sienta en el sofá.

JULIA. Sabés qué pienso... que me querés dejar y que no te animás. Que sos un cobarde. Así que la decisión la tomo yo.

JULIA toma la valija verde y camina hacia el centro de escena. ULISES se va de escena.

Cambio de situación. JULIA le habla a público:

JULIA. *(A público)*. El 25 de Mayo de 2007 a las 4 de la tarde llegué a lo de Ulises. Estaba nerviosa, y decidida a hacerme el test de embarazo. Camino a la farmacia vi a una pareja de ancianos que caminaban de la mano como el primer día de novios. Y pensé: “ojalá a mí me pasara”. Digo lo de ser feliz junto a mi amor hasta viejitos. No por mi naturaleza romántica sino por los recuerdos.

A las 4 de la tarde llegué a lo de Ulises. Nunca pensé que nos íbamos a separar justo ese día. Que extrañarlo se iba a convertir en un hábito y que las palabras no alcanzarían a frenar mis lágrimas.

JULIA deja la valija verde a un costado. Cambio de situación en escena. Luego se quita los zapatos y toma el test de embarazo de la mesa.

JULIA. Dos rayitas, una rayita... dos rayitas, una rayita. *(JULIA se para en el sillón)*. ¡Una rayita, una rayita!

JULIA salta de contenta. Llega ULISES y la ve saltando.

ULISES. ¿Qué tenemos que festejar?

JULIA. Que me hice un test de embarazo y dio negativo.

ULISES. ¿Qué decís? ¡Julia, ¿por qué no me dijiste nada?!

JULIA. Para que no te agarre un infarto como a mí.

ULISES. ¡Dios!

JULIA. Si sos ateo.

ULISES la observa enojado.

JULIA. Estaba aterrada y no sabía cómo ibas a reaccionar... te conozco y te ibas a poner mal conmigo.

ULISES. Que alivio que dio negativo. *(ULISES se sienta en la mesa de madera, de espaldas a JULIA)*.

JULIA. Sí, es un alivio. Además no era el momento para tener un hijo ahora. Yo estoy en la facultad y me gustaría esperar dos años para tener nuestro primer hijo.

Se produce un silencio. ULISES le habla sin mirarla.

ULISES. Julia, yo... no quiero tener hijos.

JULIA. (*Sorprendida*). ¿Qué decís?

ULISES se sienta junto a JULIA.

ULISES. Pensé que lo sabías...

JULIA. No, no sabía.

ULISES. Me separé de mi ex pareja por eso, entre otras cosas... Yo no quiero tener hijos. No siento el deseo...

JULIA. Pero más adelante quizá cambies de opinión.

ULISES. No, no voy a querer tampoco. (*Baja la mirada*).

JULIA. (*Con angustia*). ¿Ni siquiera conmigo querés tener un hijo?!

ULISES no le responde. JULIA se levanta del sillón.

JULIA. Últimamente no querés nada de lo que yo quiero...

Él se para y la toma de los hombros.

ULISES. Julia, yo te amo... mirame, te amo.

JULIA. ¿Esto es amor!? ¡No, esto no es amor! (*ULISES la intenta contener*). ¡Sabés lo que te pasa Ulises, sabés lo que te pasa! ¡Es que vos no querés!!

ULISES se quiebra y se aleja de JULIA.

ULISES. ¡Es que no puedo Julia!! ¡No puedo!... ¡Soy un inútil para amar, no sé amar, no sé dar, no sé querer! No puedo.

ULISES se acerca a JULIA y la abraza. Luego la toma de las manos. JULIA aleja sus manos lentamente mientras le dice:

JULIA. Yo pensé, que vos y yo, de la mano íbamos a llegar muy lejos...

Apagón general. Luz puntual sobre ULISES.

ULISES. (*Al público*). A las 9 menos cuarto, Julia vino a casa a buscar sus cosas, se llevó una valija llena de recuerdos. Julia terminó la facultad, se recibió de licenciada en letras. Ganó un

premio en un concurso internacional de poesía. Y alterna su vida entre la escritura y la docencia. Julia conoció a Tomás, su actual pareja, un músico de jazz diez años mayor que ella con el que sé que es feliz.

Una tarde de domingo caminaba por Plaza Dorrego y vi un sombrero rojo. Era Julia en la vereda de enfrente. Ella me vio. Me sonrió como nunca, estaba radiante. Creo que en ese instante los recuerdos volaron en el aire y que su risa sigue latiendo dentro de mí.

Luz puntual sobre JULIA.

JULIA. (*A público*). Eran las nueve menos cuarto, sí, tomé mi ropa, mis cosas y me quedé con una foto de Ulises cuando era niño. Esa foto siempre la llevo conmigo. Ulises siguió escribiendo, y le fue muy bien. Publicó una novela sobre nuestra historia. Igual le cambió el nombre a los personajes para que no le digan que es autobiográfica... Ulises tuvo algunas novias después de mí... pero fueron relaciones breves. Sigue buscando el amor. Yo creo que lo encontró en las palabras. Una tarde de domingo iba caminado por la Plaza Dorrego y lo vi en la vereda de enfrente. Nos miramos durante unos largos segundos sin decir palabra. Nunca sentí una mirada tan intensa. Y creo que nunca más la voy a volver a sentir. A veces me siento a escribir, y entre el remolino de palabras, de voces... me viene su nombre como un eco, que se acobia en mi pecho y luego se va... como el viento que llueve un domingo a las nueve de la noche.

*La luz puntal baja lentamente. Solo queda iluminado el rostro de JULIA.
Comienza el tema musical "El arropo".*

FIN

CRUCE DE BRASAS

TIKI MARCHESINI (MISIONES)

lilitikimarch@gmail.com

PERSONAJE

LAURA, mujer joven

LAURA. Me descalzo. Respiro y dudo. Respiro. Observo. Las brasas en el suelo, como un camino. Son muchos los que se animan a cruzar.

No ha de pasarme nada. Solo fe. ¿Qué es la fe? Cruzar rápido capaz, rapidísimo, haciendo poco apoyo en cada carbón, sin correr pero veloz, liviana.

Pero eso no es la fe. *(Pausa)*.

Transpiro, transpiro mucho aun siendo invierno. El calor va por dentro. ¿Será miedo? ¿Miedo a lo que empiezo? ¿A lo que termino?

“Cuando dos cuerpos con diferentes temperaturas se encuentran, el cuerpo más caliente se enfría y el cuerpo más frío se calienta, hasta que se separen o hasta que se encuentren a una temperatura intermedia”. Eso leí antes de pararme frente al cruce aquella noche.

Como si acaso el buscar información me pudiera dar coraje, seguridad.

Capaz. Tal vez, no sé.

Igual. Como yo con vos. Como vos conmigo. Como podría haber sido. *(Pausa)*. Pagana. Sí, soy una pagana. Frente a las brasas. Frente a la hoguera. Purificándome.

Ardo. Y no hago la señal de la cruz.

Mi pie sobre un carbón apagado. Y la ceniza, como una suave caricia que se desvanece, bajo este pie tan acostumbrado a pisar la tierra y la baldosa fría en esta casa que habito.

Huelo a combustible. Voy deshilachándome. No sé si estoy frente a las brasas para cruzar. O si soy yo la que arde.

Aún no te dije que me voy. ¿O sí te dije?

Todo es muy rápido. Fugaz. El corazón define dónde uno va y con qué se queda. No se lo puede parar. Y yo ateamente rezo. Rezo por mí. Por vos. Por nuestro destino. Me voy.

Me quedo.

Tengo miedo. Miedo de extrañar. Miedo de empezar. *(Pausa)*.

El bebé duerme. No lo quiero despertar.

Y las brasas... Quiero que la Víspera de San Juan nos limpie, purifique y aclare nuestros caminos. Me sigo viendo frente al cruce. A pesar del tiempo.

Soy atea. Igual rezo, rezo lo que me enseñó mi abuela. Que las estrellas me alumbren y me

guíen. Que la fuerza de ella me acompañe. Que ella bien se pudo arreglar solita con todos sus hijos. Eran siete. Siete. Y no le hizo falta el cruce de brasas. *(Pausa)*. A mí me falta. Mi abuela me falta. No soy ella aunque viva en su misma casa.

Atada al miedo. Atada estoy. Quizás el fuego pueda liberarme. Purificarme.

“Todo está dentro de mí. La noche más larga. La oscuridad más profunda. Y también el inicio. El solsticio. El mío. Todo está dentro de mí”. Eso me lo digo y lo repito como un rezo.

Como la abuela. *(Pausa)*.

Sudo. Me evaporo. Y no es tu alcohol, el que traes en la piel tantas veces... *(Pausa)*.

A pesar del cruce de brasas. *(Pausa)*.

Voy terminando de hacer el bolso, no hay mucho que llevar. Hablo sola. No estoy loca. Hablar sola me da fuerzas, me escucho, me da valor. Me acompaño. Mejor me apuro. Es ahora. Sólo un poco de abrigo. Leche tengo todavía, me duelen las tetas de tanto que cargo. Y se mezcla el dolor de la leche y el de los golpes de anoche. Tengo presente la sensación en el cuerpo de vos, de la leche, del fuego, del miedo. De todo.

Las brasas. No sé cuándo fue el cruce. Ni cuánto tiempo pasó. *(Pausa)*.

El bolso está listo y el bebé ahí. Pero te escucho entrar... Y el golpe. El de la puerta. Es el mío. Y yo, y yo que creía que cruzando las brasas podía volver a empezar. Que ese inicio... que fuerza y coraje... Ahora. Aquí. Aparece todo.

Y el olor es muy fuerte. ¡Tan fuerte!

Me gustaba sentir el olor a gasolina. La abuela usaba querosene cuando se nos cortaba la luz, como ahora. Siempre la lámpara estuvo ahí, en el rincón del comedor, donde sigue estando. El olor. Ese olor está impregnado en mí. En mi memoria y en mi cuerpo. *(Pausa)*.

Y el ruido. La puerta. El golpe. El ruido. El golpe. El grito. El golpe. Esquivo. Corro. Tropiezo. Caigo y sigo. Levanto rápido al bebé. No sé si para protegerlo, protegerme, irme. Pero sé que lo envuelvo contra mí.

Del bolso..., ni me acuerdo.

Y el olor es más fuerte. Y el recuerdo de San Juan soy yo. Despellejándome. Arrojándome al aire de afuera, del invierno frío. Pero hiervo. Ardo. Mi abuela. La abuela. Sé que está en algún lugar cuidándome. Y sé también que el pozo de agua no está lejos. Ráfaga de recuerdos de la infancia y de cuidados forzados para no acercarme al pozo. Y el implacable instinto de supervivencia encendido que aparece mientras ahora corro y casi vuelvo a escuchar el grito de ella:

- ¡Laura! ¡No vayas por ahí! ¡Está el pozo! ¡A jugar a otra parte!

Y yo corro, salvajemente corro. *(Agitada)*.

(Pausa). Desde arriba se ve tan profundo. Y desde abajo se siente tan fresco. *(Pausa)*.

No sé si ardo o me enfrió.

Apretado a mi pecho él respira. Eso sí siento.

Escucho gritos. Alguien. *(Pausa)*.

(Lento y casi en un murmullo.) Veo humo desde abajo. Humo. Mucho humo.

Y estoy aquí. En la profundidad del agua. *(Pausa)*.

No ha de pasarme nada.

Solo fe. *(Pausa)*.

¿Qué es la fe?

FIN

OCHO ESPASMOS

MUSICAL SINIESTRO PARA DESPERTAR

EUGENIA HADANDONIOU (CÓRDOBA)

eugehache@gmail.com

PERSONAJES

ANA

ADA

VIRGEN SARA

SEÑORA DEL BARBIJO

SOMBRERERO

PRIMER ESPASMO

Oscuridad. Gloomy Sunday, la canción húngara del suicidio de fondo, en versión sin letra. Sonidos que remitan a la canción, el sonido se mezcla con el del grabador que prenderá ANA luego. Poco a poco prende velas, es un pequeño baño lleno de velas, ANA se encuentra frente al espejo, va susurrando y repitiendo la oración del rosario. Llega ADA, está empapada, con piloto y barbijo, afuera llueve suavemente.

ADA. Traje flores.

ANA. Todavía no me muero.

ADA. Las flores te alegran la casa, le ponen algo de color, mirá todo blanco, ésta no es vida, Ana.

ANA. Me gusta este lugar, estoy resguardada.

ADA. Porque soy yo la que te trae las cosas, si no, estarías...

ANA. No me traigas más, no hace falta.

ADA se higieniza con alcohol en gel, revisa su cara.

ADA. Cómo las vas a conseguir con todo como está. Hay alertas cada 10 minutos. Gente corriendo por un poco de comida y la lluvia que no para. Vos quejándote porque traje flores. Sos privilegiada Ana.

ANA. Estoy enferma, no puedo salir, sino, claro que me haría voluntaria de la cruz roja o de los cascos azules. *(Prende la radio que hace ruido continuo)*.

ADA. Si ni podés ver un poquito de sangre. Cascos azules, por favor... yo no tengo problema en traerte las cosas, sólo te pido que seas más considerada... Ya ni me mirás siquiera, estás metida con tus muertos en esta casa. Abrí las ventanas, corrí los postigos, algo... cambiate de ropa no sé...

Silencio.

ADA. No dormís. *(Pausa)*.

ANA. Dormir me cuesta, aparece el mismo sueño... la lluvia no para, es lluvia todo, nos hacemos de agua. Y de tan mojado, de tan inundado que está todo, empezamos a flotar. Los camiones, todo flotando, y se enmohece la comida, y tenemos que aprender a sobrevivir de otra manera. Los glaciares derretidos, todo se vuelve húmedo y gelatinoso. No hay superficie.

ADA. ¿Y? ¿Qué pasa después?

ANA. No me acuerdo.

ADA. Antes te acordabas.

ANA. Algo con una Virgen.

ADA. Tenés un trauma.

ANA. Es una fijación.

ADA. Es lo mismo, trauma / fijación. Desde que te conozco cada mañana las mismas mañanas de prender las velas, del rezo. Todos los días igual, ayer me decías esto del sueño, ¿o era hoy? Hoy es igual que ayer... cada día como si no pasara el tiempo.

ANA. Esa es tu fijación.

ADA. La fiesta y el funeral el mismo día, ¿te acordás?

ANA. Esta casa tiene mal feng shui, compartimos las cañerías de la cocina y del baño, la mierda con la comida, lo que se come y lo que se desecha.

ADA. Mierda, otra vez dejaron la basura en la puerta. Tan cansada... *(Suspira)*. Estoy muerta. Te haría bien salir, para ver que no es tan terrible... hay que ayudar también.

ANA. A veces miro por la ventana, es demasiado para mí.

ADA. Siempre es demasiado Ana, y tantas veces muy poco, no basta, no basta con que se caigan los techos y las ruinas de la ciudad te sepulten. ¿Por qué no te venís conmigo? ¿Por qué te quedás acá adentro? No te das cuenta que esa gotera es cada vez más grande, que todo se viene abajo. Que todo se está inundando.

ANA. Me gusta acá.

ADA. Viste tan poco... Te estás quedando ciega, detenida en un pasado que ya no existe. *(Le apaga el grabador, puede seguir un zumbido)*.

ANA. Deberías estar tranquila entonces, ahora que estás libre de hacer lo que quieras sin la mochila Ana.

ADA. No puedo estar tranquila... no es así... yo te veo y no puedo estar tranquila...

ANA. No te culpes, es lo que querés, lo que quisiste, dejarme sola en esta casa... Yo me siento bien, tengo comida... de todo tengo.

ADA. Sí... y sí un día me pasa algo, si salgo y no vuelvo más.

ANA. ¿Cómo pensás eso? Hacé tu vida, no sigas viniendo, ya me las voy a arreglar.

ADA. No se vive de fe.

ANA. De muchas cosas se vive.

Silencio. ADA revisa el botiquín.

ADA. Casi no hay barbijos, voy a ver si el reverendo me consigue.

ANA. Dormir, mejor dormir...

ADA. Te vas a incendiar acá adentro. *(Le apaga las velas, se pone el piloto y el barbijo)*. Qué ojos son tus ojos, Ana, ven lo que quieren ver.

ADA sale, el rosario sigue escuchándose ANA no duerme, tiene una pequeña linterna con la que rebobina el casete y lo vuelve a poner, reza un poco más fuerte. En el espejo del baño aparece una figura casi irreconocible. Esa sombra se va volviendo persona y es ADA pero más demacrada. Afuera llueve suavemente. (Grabador, ruido que crece y se hace evidente la canción). ANA reza en inglés.

ADA canta alguna canción de amor. (Acá cantábamos "Siempre me quedará" de Bebe).

SEGUNDO ESPASMO

Nuevamente reminiscencias de "Gloomy Sunday".

ANA va a prender las velas como cada día, rezando el rosario como en loop. ADA aparece a su lado, empapada, con el piloto y barbijo, en la misma actitud del principio. Ahora también lleva un casco de construcción. ANA tiene con ella una gata embalsamada que sonríe.

ADA. Traje flores.

ANA. Dejalas en el agua.

ADA. No son sólo para los muertos las flores, te alegran la casa, le ponen algo de color, mirá todo blanco, ésta no es vida Ana.

ANA. ¿Qué es la vida? ¿La que vos hacés? Me gusta este lugar, estoy resguardada. No necesito salir.

ADA se higieniza con alcohol en gel, revisa su cara.

ADA. Ayer se llevaron a la chica de la esquina, llena de llagas... le queda poco. Como ella hay miles. Mejor que te quedes acá. (*Silencio*). Mirá que rico lo que te traje... no dormís.

ANA. Me tomé la pastilla pero no funciona.

ADA se le acerca, la toma de la cara, la mira, la observa detenidamente.

ADA. A ver, lavate la cara. Mirate, tenés todo el sueño pegado a la cara. Tan linda que eras... lavate Ana, levántate, mirá el sol afuera.

ANA. Hace días que no para de llover.

ADA. Ya va a salir el sol, está anunciado.

ANA. No creo en los pronósticos.

ADA. Te voy a tirar todo un día de estos, toda esta porquería no te deja dormir.

ANA. No tomo nada, es la gata, no me deja.

ADA. No sé para qué la conservás.

ANA. Costumbre.

ADA. No, claro, si vos lo único que querés es quedarte encerrada, nada más.

ANA. Vi a papá.

Suena el timbre, varias veces, no atienden.

ANA. Yo no estoy.

ADA. Siempre lo mismo, ves.

ANA. No espero a nadie.

ADA. Atendé vos, yo tampoco espero a nadie, ya ni vivo siquiera.

ANA. Entonces mejor.

ADA. ¿Mejor?

ANA. Mejor. Ahora sola, nadie me puede salvar.

ADA. Te vivís tirando para abajo, yo te tengo que estar recogiendo a pedazos.

ANA. Como vivir enterradas en el fondo de un pozo.

Suena de nuevo el timbre, no atienden.

ADA. Esa noche que te empezaste con los sueños toda la colcha estaba empapada. Llovía adentro. Hablabas como otra persona, como poseída. Después en el fondo del patio...

ANA. Hice un pozo.

ADA. Cavaste toda la noche.

ANA. Para guardar mi ropa interior.

ADA. Desde ese día casi ni me mirás.

Timbre otra vez.

ANA. Quisiera ser coneja, o no, tienen muchos hijos, que nadie dependa de mí, no depender de nadie... gato, mejor gata, una perra castrada, poder vivir en un hueco fresco en la tierra. No pensar, ser... nada más para más tarde desaparecer, hecha de humo en una tarde de sol así nadie se acuerda de la perra tirada en el asfalto hirviendo, tapada de escombros y girasoles.
(Suena de nuevo el timbre / puerta).

ANA. No pienso salir, atendé vos, no pienso levantarme de la cama.

ADA. ¡Basta con decirle cama a la bañera!

ADA saca un pedazo de hígado enorme, agarra una hachita y lo empieza a desmenuzar para preparar la comida a ANA.

ANA. No entendés nada ¿No? Por qué estoy acá, dejá que yo misma le digo a la persona que no estoy, que hace mucho que soy nada más que una sombra, bajo los techos de cartón.

Empezaría intro oscura de "In heaven", canción de The Pixies.

ANA. *(Mientras ADA canta, y las voces de atrás).*

Todo lo que puedo decir

es que mi vida es muy simple

Me gusta mirar los charcos,

juntar la lluvia.

Solo quiero a alguien que me diga:

Siempre voy a estar ahí cuando despiertes.

Sabes, me gustaría mantener secas mis mejillas el día de hoy.

Quédate conmigo para poder hacerlo.

ADA, el SOMBRERERO y la SEÑORA DEL BARBIJO cantan "In heaven" de The Pixies, se los ve a través de las paredes de la habitación, luego van saliendo como fantasmas y se acercan a acariciar el cabello de ANA, todos metidos en la bañera. Cuando termina la canción quedan sólo ANA y ADA.

ADA. Se debe haber ido ya, nunca atendés.

ANA. Piden, siempre me piden y yo no tengo nada, hace rato que no atiendo porque no tengo nada.

ADA. Estás linda, dejate así el pelo, te queda bien.

ANA. *(Pausa, señalando el casco)*. Te lo compraste.

ADA. Cada vez hay más edificios alrededor, tengo miedo que se me caiga algo, sabés todas las personas que se han muerto por eso, una viga, que sé yo...

ANA. A mí no me compraste.

ADA. Para qué si no salís nunca.

ANA. Qué sabes, por ahí salgo, empiezo a salir.

ADA. Cuando salgas te lo compro.

ANA. Voy a empezar a salir.

ADA. Cuando salgas te compro.

ANA. Pensé que...

ADA. ¿Qué?

ANA. Nada.

ADA. ¿Qué?

ANA. No, nada.

ADA. Dale que.

ANA. Que... no, nada.

ADA. Decime.

ANA. Que nada te digo.

ADA. Para qué me decís si después me vas a dejar con la intriga.

ANA. No es importante.

ADA. Para vos nada es importante, pero tanta vuelta le das que ya parece importante.

ANA. Para vos todo es importante.

ADA. Bueno, basta dale decime.

ANA. Cortame. *(Le muestra las venas)*.

ADA. Córtatelas vos.

ANA. No puedo sola.

ADA. Cuando una persona se suicida o se corta las venas puede sola. *(Silencio)*. ¿Qué decías de tu papá?

ANA. Lo vi, parecía tan real, me lamía la cara.

ADA. Es sólo un sueño. ¿Tenés hambre? Qué tarde debe ser...

ADA le acerca la comida a ANA.

ADA. (*ADA acaricia a ANA como a una gata, le da el hígado que preparó*). No te parecen raras a veces las palabras, inodoro... inodoro. (*Se acerca al inodoro, lo destapa, hace pis, come también algunas "bolitas" para gatos*). Como irreconocibles, también pasa con las personas, como si fuesen distintas un día de otro... Como que algo o alguien les hubiera tomado el cuerpo. Poseído, así sí, posesión. No es que sea un diablo ni NADA de eso, sino más bien como otro ser... otra forma de ser... (*Pausa*). ¿Por qué le habrán puesto inodoro al inodoro? Otras veces son menos tangibles las personas que las palabras... como suspendidas, muertas... NADA en este baño, que se agrieta, se sostiene. (*Silencio, tira la cadena, no funciona*). Esto sigue roto, lo tendrías que arreglar... ¡Ay! ¡Se comió todo! (*ANA se relame, le pasa la lengua por la cara y le sigue repitiendo palabras extrañas, inaudibles*). Afuera ladran perros, truenos, llueve un poco más. Estos perros que rompen todo, la calle llena de bolsas tiradas desparramadas por todas partes... pura sangre en la calle, nada más que huesos y sangre... VOZ EN OFF SOMBRERERO. ¡Tiempo!

ADA. Dale, es tarde.

ANA. Para qué.

ADA. Nos están esperando.

ANA. Preferiría quedarme, tengo sueño.

ADA. Acompañame, vení, tengo una linda sorpresa para vos... La Virgen te está esperando llena de santos alrededor, no sabés qué lindo le queda el blanco, toda blanca, como su pelo. Luminosa, rodeada de santos. Como siempre soñó, como siempre te la imaginaste. El tiempo corre, se acaba. (*Voces de tiempo*). (*Música para aparición de VIRGEN SARA, onda gloomy, onda oscura mínima quizá*).

VIRGEN SARA. (*Apareciendo en el espejo, espléndida madre embarazada*). No fuiste a mi entierro Ana. Yo te esperaba, mi linda bebé que siempre quise... no sabés qué lindas flores me trajeron de todos lados. Yo había pedido que fueran blancas, todas las flores blancas y algunas azules para variar un poco el color. Cuando el pelo se me quedó blanco ese día... dije "para mi velorio quiero que todo sea blanco, las flores también, sino no me velen, cremenmé", pero cremar no es lo mismo, es como evaporarse y si me entierran me descompongo, al menos te deja más tiempo para estar entre los vivos. (*Pausa*). Estás tan bonita con ese pelo así, ¿no Ada? Adita te cuida ¿No? ¿La cuidas Adita?

ADA. Por ahora consigo arroz y su comida... no sabés cómo se la termina en un ratito, mostrale, mostrale como comiste todo hoy...

ANA le muestra el plato vacío.

VIRGEN SARA. Así me gusta, vamos a tener que empezar a pedir ayuda al reverendo.

ANA. Dina casi ni come, me asusta un poco.

ADA. Los gatos son así, sobreviven a todo... Ella te deja la comida para vos... *(Pausa)*. Cómo llueve, la lluvia no para, es lluvia todo... Nos hacemos de agua, vivimos como peces, no como gatos, hay que aprender a ronronear.

VIRGEN SARA y ADA comienzan a ronronear. Detrás de las paredes también ronronean.

VIRGEN SARA. Dale Anita, probá, no es difícil acostumbrarse a ser gato.

ANA ronronea bajito.

VIRGEN SARA y ADA se ríen cada vez más a carcajadas.

ADA. No hay superficie... Tenemos que aprender a flotar.

VIRGEN SARA y ADA flotan.

TERCER ESPASMO

"Gloomy Sunday" de fondo.

ANA. Estoy hecha un monstruo, hoy me levanté hecha un monstruo.

ADA. A veces me lame el culo como un gato, ronronea y me maúlla. Los animales, que mero-dean por la noche, siempre sienten el amor al mirar a la luna. La muerte viene pronto, casi ni te das cuenta. Te agarra por detrás y es como si nada, ni te das cuenta.

(Cantan la canción "Gloomy Sunday").

Sunday is gloomy,

My hours are slumberless.

Dearest the shadows.

I live with are numberless.

Little white flowers.

Will never awaken you.

Not where the black coaches.

Sorrow has taken you.

Angels have no thoughts.

Of ever returning you.

Wouldn't they be angry.

If I thought of joining you?
 Gloomy sunday.
 Gloomy is sunday,
 With shadows I spend it all.
 My heart and I.
 Have decided to end it all.
 Soon there'll be candles.
 And prayers that are said I know.
 But let them not weep.
 Let them know that I'm glad to go.
 Death is no dream.
 For in death I'm caressin' you.
 With the last breath of my soul.
 I'll be blessin' you.
 Gloomy sunday.
 Dreaming, I was only dreaming.
 I wake and I find you asleep.
 In the deep of my heart here.
 Darling I hope.
 That my dream never haunted you.
 My heart is tellin' you.
 How much I wanted you.
 Gloomy Sunday.

ANA. Parezco un fantasma, ya no soy yo, no sé quien soy.

ADA. Qué hermosa está Dina. *(Se la pasa por la cara)*. ¿Te acordás cuando te la traje? Estaba toda mojada abandonada en plena calle, casi la pisa un auto... y pensé, la puede acompañar a Ana, que está tan sola como una perra... ahora que te veo, pienso más bien parecés esos gatos que no salen nunca de su casa, que sólo miran por la ventana pasar a la gente, la vida... Se lamen, comen y cagan. Comen y cagan nada más... *(Se va yendo hacia el espejo)*. Vení que te cuento una cosa hermosa que me pasó. *(Silencio, la voz de Ada no es la misma, por momentos incluso maúlla y cuando su imagen se hace más clara se le ven unas orejas de gato)*. It doesn't matter wícht way you go, siempre que llegues a alguna parte, seguro que lo consigues si andas lo suficiente. *(Voces se confunden detrás del espejo)*.

ANA. No quiero salir, déjame tranquila.

ADA. Eso depende adonde quieras ir... El viaje es hacia adentro Ana. Lo necesario está en el interior. Acércate Ana, acércate que se hace tarde.

ANA toma un tupper con pastillas que tiene, se resguarda en la bañera y comienza a tomar pastillas. Busca una pastilla que tiene para dormir, la toma se acuesta en su bañera-cama se arroja, pone el rosario, todo se va rodeando de pastillas, ella las va ingiriendo.

La VIRGEN SARA aparece en el espejo, el sombrero de vez en cuándo dice ¡Tiempo! y muestra su reloj, también en el espejo.

VIRGEN SARA. Esta casa es especial Anita... Tus ojos ven con la claridad de un gato, y eso es peligroso...

SOMBRERERO. ¡Tiempo!

VIRGEN SARA. Esta es la ocasión de despedirte, soltar las amarras, dejar ir... Dejar irse... Liberarse... el destino lo hacemos con cada paso Ana, pero si te quedás quieta...

SOMBRERERO. ¡Tiempo!

VIRGEN SARA. Acá está lindo... Ada no va a volver, eligió ser animal antes que ser humano.

ADA. Ser humano es difícil, hay que decidir...

VIRGEN SARA. Decidir es cosa del ser humano.

ADA. Por lo tanto la decisión es humana.

VIRGEN SARA. Qué lindo pelo, no te lo cortes más, te hace grande así...

SOMBRERERO. ¡Tiempo! ¡Tiempo! *(Detrás grita el chancho)*.

VIRGEN SARA. ¡Ah! ¡Qué tarde se ha hecho!

Van desapareciendo.

CUARTO ESPASMO

La SEÑORA DEL BARBIJO entra al baño, intenta no despertar a ANA que duerme abrazada al grabador. Cambia a ANA de ropa, en silencio. Le acomoda las cosas de la casa. Un tiempo tranquilo sin hablar.

QUINTO ESPASMO

Entra SEÑORA DEL BARBIJO por la puerta. Trae flores, viene empapada. Tiene un casco contra derrumbes y barbijo.

SEÑORA DEL BARBIJO. Traje flores.

ANA. Todavía no me muero.

SEÑORA DEL BARBIJO. A partir de ahora vengo yo a traerte las cosas.

ANA. ¿Ada?

SEÑORA DEL BARBIJO. Se quedó atrapada. Me pidió que te traiga esto y que te dé la comida.

ANA. No quiero, váyase, no hace falta.

SEÑORA DEL BARBIJO. Hací un esfuerzo.

ADA aparece en el espejo.

ADA. Hací el esfuerzo.

ANA toma la comida del paquete.

ANA. Más tarde la pruebo... Hoy me levanté rara, como con mucha angustia en el pecho, con sensaciones de cambio, no sé si me gustan mucho los cambios...

ADA. Te cuesta acostumbrarte, pero después es fácil, hay que dejar que pase.

SEÑORA DEL BARBIJO. Hay que dejar que pase.

ANA. Y en la ventana vi una nenita que se asomó, igualita a Ada cuando era chiquita, con dos colitas, le quedaban hermosas... La nenita me miraba fijo por la claraboya, yo me quedé inmóvil como un ser de otro lado. Tenía un conejo en sus manos y llevaba ropa como de otra época... como si fuese un dibujo animado, sí, era como un dibujo animado. Como Alicia en el País de las maravillas... Me estiraba la mano y me invitaba a subir. Yo le dije que no con la cabeza... y después, atrás aparecía la Virgen otra vez de blanco. Rezaba el rosario, éste que tengo yo, es más ella tenía el grabador... No era como en el espejo, era diferente como con más luz... y el conejo tenía un reloj enorme y me decía, ¡tiempo! ¡Tiempo!

ADA. Qué ojos son tus ojos Ana, ven lo que quieren ver.

La SEÑORA DEL BARBIJO se ha quedado como ausente escuchando el relato, se hace pis encima sin levantar la tabla ni bajarse las bombachas.

SEÑORA DEL BARBIJO. *(Parándose)*. Bueno, me voy. Usted ve muchas cosas que algunos nunca podremos.

ANA. A veces quisiera ser ciega.

SEÑORA DEL BARBIJO se va.

ADA. *(En el espejo)*. Toda la vida está en los ojos. A veces hay que despertar para encontrarse con uno mismo, de frente...

ANA. Ahora no, Ada, ahora no, me sigue la angustia... andá a tu hueco bajo la tierra. Ahora quisiera descansar. *(Prende el grabador con el rosario).*

ADA. Por eso los ciegos son malos, tienen que curar su karma de la vida anterior.

ANA. Entonces, tal vez en la próxima sea ciega.

ADA. Vos no, no creo que vos. *(ADA sale del espejo).* Acá está calentito, no sabés como se demora todo en esta ciudad.

ANA. Dormir, mejor dormir... Volvete, no hay lugar acá. Ahora no te necesito. De todo tengo, comida, flores.

ADA. Yo no lo elegí, tenía que cuidarte, voy a seguir cuidándote a través del espejo, nunca te voy a dejar sola. Ahí está mejor todo, es más, “*shininng*”, eso me sale... “*an splendid house under the sea*”, como tu sueño, pero feliz.

Por la ventana asoma una voz que llama angelicalmente desde lejos.

ADA. Dormí así mañana estás despierta... *(La mece en sus brazos la hace dormir).*

ANA. ¿Te vas con la Virgencita? Me da un poco de miedo.

ADA. Creía que querías conocerla.

ANA. Rezame.

ADA. Sólo me acuerdo el “Yo confieso”.

ANA. No importa, ese me gusta.

ADA. Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante ustedes hermanos que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes hermanos, que intercedan por mí ante Dios, Nuestro Señor. Amén.

ANA duerme, la VIRGEN SARA aparece en el espejo y llama a ADA que va a reunirse con ella.

SEXTO ESPASMO

Escena del té, apartado de la realidad.

En la escena están las visitas. La VIRGEN SARA vestida de blanco pálido. ADA con orejas de conejos, con flores en la cabeza, guantes blancos. La gata Dina sentada a la mesa. El SOMBRERERO que revuelve enérgicamente su té con una cucharita. Apretujados unos con otros, toman un té, ANA se dirige a la mesa, la SEÑORA DEL BARBIJO sirve el té.

SOMBRERERO. *(A ANA).* Necesitas un buen corte de pelo.

ANA. Usted debería aprender a no hacer comentarios personales.

ADA. Nadie, que va a una fiesta, nunca deja de cepillarse el pelo.

SOMBRERERO. ¿En qué se parecen un cuervo y un escritorio?

ANA. (*Piensa*). Creo que lo sé.

ADA. ¿Quieres decir que crees saber la solución?

ANA. Exacto.

ADA. Entonces deberías decir lo que piensas.

ANA. Eso es lo que hago... al menos pienso lo que digo... que es lo mismo, ¿no?

SOMBRERERO. De ninguna manera. Así también podrías decir que “veo lo que como”, es lo mismo que, “como lo que veo”.

ADA. ¡Así mismo podrías decir que “me gusta lo que tengo” es lo mismo que “tengo lo que me gusta!”

VIRGEN SARA. ¡Así también podrías decir que “respiro cuando duermo” es lo mismo que “duermo cuando respiro”!

SOMBRERERO. En tu caso es igual.

Todos se quedan en silencio. El SOMBRERERO saca un enorme reloj de su bolsillo, lo mira, lo revisa y se lo lleva al oído.

SOMBRERERO. ¿Qué día del mes es hoy?

ANA. Cuatro.

SOMBRERERO. (*Suspirando*). ¡Dos días de retraso! (*Mirando con enojo a ADA*). ¡Ya te dije que no le vendría bien mantequilla a la maquinaria!

ADA. ¡Era mantequilla de la mejor!

SOMBRERERO. (*Gruñendo*). Sí, pero tendría algunas migas adentro, no debiste ponerla con el cuchillo del pan.

ADA toma el reloj, lo observa y lo introduce dentro de una de las tazas del té.

ADA. (*Melancólicamente*). ¡Era mantequilla de la mejor!

SOMBRERERO. (*A ANA*). ¿Aún no has resuelto el acertijo?

ANA. No, me rindo. ¿Cuál es la solución?

SOMBRERERO. No tengo idea.

ADA. Ni yo.

ANA. (*Suspira, aburrida*). Creo que podrían emplear mejor el tiempo y no perderlo en acertijos sin solución.

SOMBRERERO. Si conocieras bien el tiempo como yo, no hablarías de perderlo o de em-

plearlo. Él es muy suyo.

ANA. No entiendo lo que quiere decir.

SOMBRERERO. (*Sacudiendo la cabeza, activamente*). ¡Por supuesto que no! ¡Me atrevería a decir que ni siquiera le has dirigido la palabra!

ANA. Tal vez no, pero en las clases de música me enseñaban a marcar el tiempo.

SOMBRERERO. ¡Ah! Eso lo explica todo, el Tiempo no soporta que lo marquen ni que lo califiquen. En cambio, si estuvieras con él en buenos tratos, haría todo lo que quisieras con el reloj.

ADA. (*Bostezando*). Y si cambiamos de tema. De éste ya estoy harta. Propongo que la joven nos cuente un cuento.

ANA. (*Alarmada*). ¡No sé ninguno!

VIRGEN SARA. y ADA. (*Exclaman a la vez*). ¡Entonces que sea la Virgen! ¡Despiértese Sara!

SOMBRERERO y ADA le dan pellizcos y cosquillas por todo el cuerpo.

VIRGEN SARA. (*Lentamente*). No estaba durmiendo, oí todo lo que dijeron, compañeros.

ADA. Cuéntanos un cuento.

ANA. Sí, ¡Por favor!

SOMBRERERO. Y que sea rápido, o te dormirás de nuevo antes de que llegues al final.

VIRGEN SARA. (*Algo acelerada*). Había una vez tres hermanitas que se llamaban: Elsie, Lásie y Tillie y vivían en el fondo de un pozo...

ANA. ¿De qué vivían?

VIRGEN SARA. (*Luego de pensarlo*). Vivían de melaza.

ANA. Imposible vivir sólo de eso, se habrían enfermado.

VIRGEN SARA. Así fue, ¡se enfermaron muchísimo!

ANA. ¿Pero por qué vivían en el fondo de un pozo?

ANA no responde a SOMBRERERO y colorada se sirve un poco de té con pan con manteca.

ADA. (*Seramente*). Toma un poquitín más de té.

ANA. Aún no lo he probado, así que no puedo tomar más.

SOMBRERERO. Querrás decir que no puedes tomar menos, es bien fácil tomar más que nada.

ANA. Nadie le ha pedido su opinión.

SOMBRERERO. (*Irónicamente*). ¿Y quién está haciendo observaciones personales ahora?

ANA. ¿Por qué vivían en el pozo?

VIRGEN SARA. (*Luego de meditar*). Era un pozo de melaza.

ANA. ¡No existe cosa semejante!

VIRGEN SARA y ADA. ¡Chist!

VIRGEN SARA. Si no sabes comportarte mejor será que tú termines el cuento.

ANA. ¡No, por favor! Siga. Prometo no interrumpir más.

VIRGEN SARA. Así pues estas hermanitas... aprendían en una clase extra...

ANA. ¿A qué?

VIRGEN SARA. A extraer melaza.

ANA. ¿De dónde extraían la melaza?

SOMBRERERO. De un pozo de petróleo se extrae petróleo, entonces de uno de melaza, por qué no se puede extraer melaza. ¿Lo entiendes ahora, estúpida?

ANA. Pero, cómo podían si ya estaban hundidas en la melaza.

VIRGEN SARA. Y bien hundidas, por cierto, y todo su gozo en el pozo. (*Pausa, ANA no entiende, entonces sigue con su té*). Y también aprendían a dibujar. Toda clase de cosas, cosas que empiezan con M. (*Se comienza a frotar los ojos, a bostezar*).

ANA. ¿Y por qué con M?

ADA. (*Ya sin paciencia*). ¿Y por qué no?

VIRGEN SARA se queda dormitando en sus brazos hasta que el SOMBRERERO la hace reaccionar.

VIRGEN SARA. (*En un chillido*). Las que empiezan con M tales como musaraña, mundo, memoria y magnitud... De ciertas cosas se dicen que son “mismamente de la misma magnitud” ¿Viste alguna vez dibujar una magnitud?

ANA. Ahora que me lo preguntas, no pienso...

SOMBRERERO. Si no piensas no hables.

VIRGEN SARA. Procura ser lo que quieras ser. Nunca imagines que eres distinta de lo que a los demás pareciera que lo que fueras o pudieras haber sido, no sería sino distinto de lo que habías sido, si hubieras parecido a los demás que eres distinta.

Pequeño musical con la letra “M” de musaraña:

SEÑORA DEL BARBIJO canta.

SEÑORA DEL BARBIJO. Mundo montaña molusco marfil,
mesa melisa molesta maletín.

Todos quedan un instante en silencio, el cerdo comienza a chillar.

ANA. (*Al cerdo niño*). ¡No gruñas! ¡Esas no son maneras de expresarse! (*Lo mira con curiosidad*). Si vas a convertirte en cerdo, no voy a querer saber nada de ti. ¡Así que mucho ojo! ¡Pero si es un cerdo! (*Lo baja de sus brazos y lo deja que camine*). En este caso, mejor, hubieras sido un niño feísimo, más como cerdo, ¡eres muy guapo!

Cantan el SOMBRERERO, ADA y VIRGEN SARA. que mece a su bebé cerdo:

El niño se convirtió en cerdo

No es lerdo, no es lerdo.

Era de esperarse,

Siempre pareció porcino,

Nunca ovino,

Menos homo sapiens.

El niño ahora es cerdo

No es lerdo.

Un cerdo guapo

Que gruñe a cada rato.

A coro:

Haaa haaaa Nijii nijj oh oh oh uh uh uh.

(Hacen sonidos de cerdos).

ANA solloza, Dina maúlla es todo un concierto de sonidos. Van desapareciendo uno a uno los personajes del té cantando alegremente.

SOMBRETERO. ¡Tiempo! ¡Es tarde!! ¡Tiempo, tiempo! (*Tocan una sirena*).

ANA. *(Comenzando con su rosario)*. Dormir, mejor dormir. Dios te salve María, llena eres de gracia.

SOMBRERERO. ¿Probó en hebreo? Nunca he soportado las versiones posteriores.

Desaparece de a poco, ANA queda sola, empieza otra vez con las pastillas que la hacen feliz. el SOMBRERERO reza en hebreo.

מוֹלֶשֶׁל וּגְכִיחֲדָתוֹ. מוֹלֶשֶׁל וּגְדִיעֶצְתוֹ מוֹלֶשֶׁל וּגְכִלּוֹתֶשׁ, וּגְנִיתוֹכָא יֵה־אֻ וּגְנִיחֶל־א' ה' דִּינֶפְלֵמ וּוְצָר יִהְיִי תוֹינְעֶרּוּפּ וְנִימ לְכֻמוֹ דְּהֶקֶדֶב תוֹעֵר תוֹיחֵו מִיטְסֵלוֹ בְּרוּאוֹ בִּיזֹא לֹכ פ־כֻּמ וּגְלִיצָתוֹ מוֹלֶשֶׁלוֹ הִתְמַשְׁלוֹ מִינְחֵל וּגְצָפָה זֹחֵמֵל וּגְעִיגָתוֹ לֹוֹק עֲמַשְׁתּוֹ וּגְנִאֹור לֹכ גִּינְעֵבוֹ דִּינֶינְעֵב מִימְתָּחֵלוֹ דְּסִסְחֵלוֹ נְחָל וּגְנָתָתוֹ, וּגְנִיזִי הִשְׁעֵמ לִפְבִּי הֶקֶדֶב תִּלְשָׁתוֹ מְלוֹעֵל אוֹבֵל תוֹשְׁגָרְתָּמָה הִלְפַתְעֲמוֹשׁ ה' הִתָּא דְּרוּיֵב: הִתָּא וּוְנָתָתוֹ הִלְפַתְעֲמוֹשׁ ל־א יֹכ. וּגְנִינְגָתָת

SÉPTIMO ESPASMO

A dos voces ADA y ANA.

ADA en el espejo.

ANA. La última vez que te vi tenías el casco y no dejabas de pelearme. Siempre me peleabas para decir que me amabas. Quisiera que el último sea un recuerdo maravilloso. Ayer te vi en la ventana chiquita como antes... y todavía no sabía nada. No sabía que te había pasado... dos días, dos días de diferencia. Nunca se te pasaba el día de venir, en los seis meses de la evacuación, desde que te fuiste... entonces te apareciste pequeña, inocente... y me iluminaste. Sólo agradecí haberte conocido.

ADA. Vos estás para otra cosa Ana, tenés que animarte a salir. Del otro lado no es tan terrible... te acostumbrás... y de este lado. Es maravilloso. Ya quisiera yo que vengas conmigo...

ANA. Cruzar el pasillo, cruzarlo...

En el espejo aparece la VIRGEN SARA iluminada, canta: Gloomy Sunday en húngaro.

ANA. Cruzar el pasillo, cruzarlo. Cinco metros me separan, seis tal vez. Si fuera una gata, hormiga, sí, una hormiga. Mil pasos, no pensaría en cuántos pasos, los haría si el hormiguero estuviera del otro lado, no pensaría en salir del hormiguero. Cinco pasos, tal vez seis. A veces ronronea también como un gato. Me lame el culo como un gato. Cinco pasos, seis tal vez. Una hormiga no se pregunta que vino a hacer a este mundo. Lo hace, trabaja, ya está. Mejor ser hormiga, mejor. Un pequeño punto en el suelo. Cuando ronronea me despierto y es de noche. CADA palabra es un hueco, un hondo hueco, se hunde dentro...

Siempre quise ayudar, ser importante en la vida del otro... Quisiera abrazarte como al principio y decirnos secretos en lugares llenos de gente. Saber que mirándote estoy segura... no más ceguera, pura lucidez del final... cuando te conocí...

ADA. Contame.

ANA. Ya lo sabés de memoria

ADA. Quiero tu punto de vista, el mío está borroso.

ANA. Estabas tan aburrida en el rincón del comedor... era la fiesta de casamiento de mi prima, no sabía aún nada, nada del amor... te vi sola arrinconada, como una flor que crece en un lugar árido... no sabía cómo acercarme, no sabía siquiera por qué me atraías... entonces me miraste.

ADA. Qué mirada tenías.

ANA. Qué mirada tenías vos, como siempre profunda, silenciosa, esas miradas que dan tranquilidad.

ADA. Yo me acerqué... es cierto estaba tan aburrida... esa música... esa ropa que todos llevaban como muñecos de torta obligados a sonreír.

ANA. Me levanto de la silla en mi mesa, creo que se me cayó una copa con vino que tenía en la mano, por eso quedó teñido el mantel.

ADA. Todos se dieron vuelta, rompiste la copa... todo el vino derramado.

ANA. Me estiraste la mano sacándome a bailar ese cuarteto horrible.

ADA. ¿Cómo se llamaba?

ANA. A... algo de mi gatita, algo de un animal... Eso me acuerdo nada más... Estaba como suspendida.

ADA. Parecía que bailábamos un tema lento, era otro nuestro tiempo.

VIRGEN SARA. ¡A veces me dan ganas de ser humana!

SOMBRERERO. Pero Virgen nunca podrías acceder al amor carnal querida Sara.

VIRGEN SARA. El amor, hablo del amor de piel de gallina, del amor de... mire, mire... es el día.

SOMBRERERO. Si no ya le hubiera presentado mis intenciones...

VIRGEN SARA. A usted sólo le gustan las niñas... salga cerdo, mire... los humanos aman de tal manera, inexplicable.

SOMBRERERO. Entonces lo inexplicable es humano.

VIRGEN SARA. O al revés... no me distraiga con sus silogismos... ya parece el reverendo Dogson.

ANA. Hola...

ADA. Hola... Soy Ada.

ANA. (*Sonriendo*). Ana.

ADA. Capicúa, trae buena suerte...

ANA. Eso parece... casi una coincidencia.

ADA. Es el destino... viste la señora esa, esa, toda de rosa... no ha parado de mirarnos...

ANA. Es mi tía (*ANA la abraza más fuerte a ADA, ADA ríe*). Le encantan sus versiones de la vida de los demás.

ADA. Debe ser una buena vecina.

ANA. ¿Cuándo nos vamos, Ada?

ADA. Cuando vos digas...

VIRGEN SARA. Ahí la conocimos... qué bonita estaba, toda vestida como una muñequita.

SOMBRERERO. Como Alicia... cómo olvidarla.

VIRGEN SARA. Le espiaba las piernas de noche, se cree que no lo vi...

SOMBRERERO. Era una miradita inocente... pena que acá no se pueden traer cámaras de fotos, tendría mi cuarto lleno...

VIRGEN SARA. Las fotos con el tiempo se ajan, los recuerdos son para siempre...

SOMBRERERO. Déjeme escuchar... el infinito ocho del tiempo acaba de volver al pasado que es presente ahora... algo que se percibe pocas veces.

ANA. ¿Ésta es tu casa?

ADA. De mi familia... estoy tratando de recuperarla, pero los fantasmas no me dejan.

ANA. ¿Fantasmas?

ADA. Es que están tan cerca que no es fácil distinguirlos. *(ADA se va retirando al espejo).*

ANA. No, ahora no te vayas...

ADA. Estuvo hermoso, el recuerdo es hermoso... Viví la vida Ana, disfrútala... hay mucho por elegir.

ANA. Mañana es.

ADA. Mañana, una fiesta y un funeral, dos por uno... Te espero, usá el mismo vestido... y andate de esta casa, algún día podés volver... Ahora no.

ANA. Hasta mañana hermosa... *(Música de Gloomy más orquestada).*

ADA. Voy a estar toda de blanco... con un velo, como para casarme con la mutación.

ANA. Te queda de lindo el blanco...

ADA. Va a salir el sol... está anunciado.

ANA. Voy a abrir los postigos entonces y ventilar un poco la casa... Necesito aire nuevo, aire nuevo... soñando, sólo estaba soñando.

Me despierto y te veo durmiendo en lo profundo de mi corazón, aquí cariño, espero que mi sueño no te haya atormentado.

ADA. Hagámosles saber que me alegro de irme.

La muerte no es ningún sueño,

ya que en ella te acaricio con el último aliento de mi alma.

ANA. Las más queridas sombras

con las que vivo son innumerables.

Las flores blancas

nunca te despertarán,

no donde la oscura diligencia

de la tristeza te ha llevado.

Los ángeles no han pensado

en traerte de vuelta nunca.

¿Se enojarían si pensara en reunirme con vos?

ADA. Cariño espero

que mi sueño no te haya atormentado.

Mi corazón te está diciendo

cuánto yo te deseaba.

Ahora me voy a purgar el alma Ana,

para renacer diciendo que morí

Viviendo.

ANA. Nos veremos, seguro que nos veremos.

OCTAVO ESPASMO

Luz por la claraboya del baño, ANA, ve la luz que viene de allí, está con Dina en sus brazos, se sienta frente a la luz, como tomando su energía. Por la puerta entra la SEÑORA DEL BARBIJO, trae flores.

SEÑORA DEL BARBIJO. Se despejó.

Aparece en el espejo, ADA, llorando de la alegría.

ADA. Se despejó.

ANA. Sí, lo estoy viendo.

ADA. ¿Salimos?

ANA. Salgamos.

SEÑORA DEL BARBIJO. Traje flores. Salgamos, nos deben estar esperando para el entierro.

Musical maravilloso. SOMBRERERO, VIRGEN SARA y ADA salen del espejo, vienen cantando, festejando el traspaso de la vida a la muerte. ANA y la SEÑORA se les unen.

A Sunday smile

All I want is the best for our lives my dear,

and you know my wishes are sincere.

Whats to say for the days I cannot bare.

A Sunday smile you wore it for a while.

A Sunday mile we paused and sang.

A Sunday smile you wore it for a while.

A Sunday mile we paused and sang.

A Sunday smile and we felt true. (and)

We burnt to the ground

left a view to admire

with buildings inside church of white.

We burnt to the ground left a grave to admire.

And as we reach for the sky, reach the church of white.

A Sunday smile you wore it for a while.

A Sunday mile we paused and sang.

A Sunday smile you wore it for a while.

A Sunday mile we paused and sang.

A Sunday smile and we felt true.

FIN

ESCRITO EN EL AGUA

GLADIS GÓMEZ (CHACO)

lagomec2020@gmail.com

lagomecita@hotmail.com

PERSONAJES

BOTERO

ZULEMA

MANZUR

ANDRÉS

*“YO, CON UN INSTINTO MÁS PROFUNDO,
ELIJO UN HOMBRE QUE PROVOCA MI FUERZA,
QUE EJERCE DEMANDAS ENORMES SOBRE MÍ,
QUE NO DUDA DE MI CORAJE NI DE MI RUDEZA,
QUE NO ME CREE INGENUA NI INOCENTE,
QUE TIENE EL CORAJE DE TRATARME COMO UNA MUJER”*

ANAÏS NIN

Si de algo tengo dudas es del final de esta historia...

*Vagan por el muelle seres oscuros, tensos... Un foco mortecino distribuye -más que luces-
sombras. Sonido de agua.*

BOTERO. No te escapás.

ZULEMA. Dejame. Loco. ¿Me llevás?

BOTERO. ¿Por cuánto?

ZULEMA. ¿Me llevás o no?

BOTERO. ¿Pagás mi precio?

ZULEMA. No.

BOTERO. Solo un ratito.

ZULEMA. No.

BOTERO. No.

ZULEMA. Te pago.

BOTERO. Mi precio.

ZULEMA. No. Plata.

BOTERO. Cómo se te notan con la blusa.

ZULEMA. No, te dije.

BOTERO. Y se mueven cuando te movés.

ZULEMA. ¡Cómo sos! ¿Querés que te mate?

BOTERO. Moriré en mi ley.

ZULEMA. Basta. Dejame sola.

BOTERO. ¿A quién esperás?

ZULEMA. No te importa.

BOTERO. ¿Tenés otro?

ZULEMA. No es cosa tuya.

BOTERO. ¿Ahora no es cosa mía?

ZULEMA. Ya no más.

BOTERO. Cuando buscás, desesperada, con los pechos duros, que calme tu deseo, ¿tampoco es cosa mía?

ZULEMA. Callate. Se terminó.

BOTERO. ¿Qué terminó?

ZULEMA. El jueguito. Esto.

BOTERO. ¿Qué estás tramando, Zulema?

ZULEMA. Nada.

BOTERO. ¿Te escapás?

ZULEMA. No.

BOTERO. ¿Te vas?

ZULEMA. No.

BOTERO. Se lo digo.

ZULEMA. Débil.

BOTERO. Nunca me diste nada...

ZULEMA. Tonto, te lo creíste.

BOTERO. Todo para él, ¿no?

ZULEMA. ¿Qué decís?

BOTERO. A todos engañas.

ZULEMA. ¿Qué sabés?

BOTERO. Te quejás pero te gusta.

ZULEMA. No te metas.

BOTERO. Te conozco. Siempre volvés a él.

ZULEMA. ¡Manzur!

ZULEMA se esconde.

MANZUR. ¡Putá! ¡Tantos afeites no te afeitaron la mugre!

Una puerta se cierra.

MANZUR. ¡Sucia! ¡Puerca! Hoy, nadie cruza.

BOTERO. ¡A la fronte... ra! ¿Qué pasa con la cola? ¿No hay gente?

MANZUR. Nadie cruza la frontera...

BOTERO. ¡Último viaje!

ZULEMA aparece.

BOTERO. Señorita... ¿La llevo a la frontera?

ZULEMA se esconde.

BOTERO. ¡Pasajeros para la frontera!

MANZUR. ¡Salí sucia!

BOTERO. ¡Que le pasa? ¿Está borracho?

MANZUR. No hay pasajeros.

BOTERO. ¡Cómo no! Mire la cola... allá.

MANZUR. No van a ir... Andate.

BOTERO. No tengo apuro. ¿Por qué está enojado?

MANZUR. Todas las mujeres son putas. ¡Hasta las más santas!

BOTERO. No diga eso...

MANZUR. ¡Cambian de marido como de calzón!

BOTERO. ...Hoy no le fue bien...

MANZUR. ¡Pueblo pobre! ... De putas.

BOTERO. ¿Cruza?

MANZUR. Nadie va a subir. ¡Ni las putas!

BOTERO. Y bueno... ¡Último viaje! ¡¿Nadie cruza la frontera?! ¡Último viaje!

El BOTERO sale.

MANZUR. Sé que estás ahí. Salí, da la cara, Zulema. Salí... no voy a golpearte...

MANZUR sacude el documento de ZULEMA.

MANZUR. ¡Estás perdida! Sin esto no cruzás.

MANZUR alisa billetes. ZULEMA cruza corriendo hacia un barco. MANZUR la intercepta, tomándola del brazo. ZULEMA cae al piso.

MANZUR. ¡Putá! ¿A dónde querés ir?

ZULEMA se acurruca en el suelo protegiéndose de posibles patadas.

MANZUR. ¡Miedosa! Adónde vas, ¿eh? Hoy nadie cruza.

ZULEMA quiere atrapar los billetes que están desparramados por el piso.

ZULEMA. Se te cayó la plata, Manzur, que no vaya al río.

MANZUR le pisa la mano.

MANZUR. ¡Zorra! Soltalos. No me robes.

ZULEMA. Para qué los quiero. Metételes en el...

MANZUR. A vos te voy a meter.

ZULEMA. No va a ser la primera vez.

MANZUR. No por el culo, turra, te voy a meter en mi culo, cerquita de la mierda. Desgraciada.

¿A dónde querés ir? ¿Eh? ¿Adónde? ¡Guacha!

ZULEMA. ¡No soy guacha!

MANZUR. Guachita y puta, sos. A dónde te vas, ¿eh?

ZULEMA. ¡Soltame, Manzur!

MANZUR. No me decís así a la noche, cuando estás borracha, ¿eh?

ZULEMA. Yo no tomo. ¡Soltame!!

MANZUR. ¿Quién se empina la botella hasta el fondo blanco?

ZULEMA. ¡Yo no! ¡Me lastimás!

MANZUR. ¿Te lastimo?

ZULEMA. Dejame.

MANZUR. ¿Eh? ¿Así?

ZULEMA. Hay gente.

MANZUR. ¿Querés irte?

ZULEMA. Soltame. No me toques.

MANZUR. ¿Por qué, Zulema, por qué? ¿Qué te falta?

ZULEMA. Vos sabés muy bien lo que me falta.

MANZUR. No hay nada a lo lejos. Todo está aquí. No cruces la frontera.

ZULEMA. Me ahogo. No quiero ser dos.

MANZUR. Una, mía, solita, sos.

ZULEMA. Ángel y Demonio. Me doy asco.

MANZUR. Una Diosa angelical. ¡Libre!

ZULEMA. Respiro mugre, como mugre. No quiero más mugre.

MANZUR. No podemos desatar este nudo.

ZULEMA. Vos lo ataste.

MANZUR. Sos tan cómplice como yo.

ZULEMA. No me hables de eso. No quiero escucharte.

MANZUR. Fuiste vos quien abrió la puerta... ¡Putita!

ZULEMA. ¡Tenía doce años!

MANZUR. Las mujeres no tienen edad para el amor.

ZULEMA. ¡Tenía doce! Podías haber esperado un poco.

MANZUR. ¿Y contradecir a tu madre?

ZULEMA. Mentiras tuyas. ¡Callate!

MANZUR. Me lo pidió...

ZULEMA. No. No quiero escuchar más.

MANZUR. ¿Ya te olvidaste de la felicidad que nos daba unirnos cada noche cuando ella vivía y nos miraba jadear? Los pezones se te endurecían...

ZULEMA. Siempre tuve vergüenza.

MANZUR. Tus bombachitas eran chiquitas... Recuerdo que sangraste... Me la guardé durante un año... en el cajoncito del ropero... hasta que las malditas ratas me la comieron. Porque sos puta y roñosa.

ZULEMA se quita la bombacha.

ZULEMA. Aquí tenés otro fetiche. ¿Te gusta de sombrero?

ZULEMA coloca la bombacha en la cabeza de MANZUR.

MANZUR huele la bombacha.

MANZUR. ¡Cogiste con él!

ZULEMA le quita el calzón a MANZUR. Huele la bombacha. Se la pone nuevamente.

ZULEMA. ¿Qué esperabas? ¿Fidelidad? Le gustó la mercadería. Pagó por ella.

ZULEMA saca billetes de su corpiño.

ZULEMA. No te necesito más. ¡Botero!

MANZUR le tapa la boca con la mano.

MANZUR. Esperá turríta. Mi amor, esperá.

ZULEMA. ¡Botero! Tengo para pagar el pasaje completo. Esta vez me voy. ¡Botero!

BOTERO. ¿Quiere cruzar?

ZULEMA. Eso esperá, ¿no?

BOTERO. No cruzo con un pasajero. Por lo menos diez.

ZULEMA. Le pago por diez.

BOTERO. Cobro mi precio.

ZULEMA. Diez boletos.

BOTERO. No. Mi precio.

ZULEMA. Entonces, no.

MANZUR. No me dejes. Esperá.

BOTERO. No quiere cruzar.

ZULEMA. ¿No me oyó? Dame mi documento.

MANZUR. No. No viaja. Váyase. Esperá.

BOTERO. Suba al bote, ya vuelvo.

MANZUR. No, no, no. Esperá, mi amor.

ZULEMA. ¡Dámelo!

BOTERO. Me paga en el bote. Suba.

ZULEMA. Diez boletos.

MANZUR. Muñequita... pensemos... esto no es posible.

ZULEMA. ¿Por qué? Hago lo que quiero.

BOTERO. Levanto el ancla. Suba.

MANZUR. ¿Te vas sin él?

ZULEMA. No. Ya vendrá.

MANZUR. Esperá.

ZULEMA. Qué.

MANZUR. ¡Vivamos los tres juntos!

ZULEMA. ¡Degenerado!

BOTERO. ¿Vamos?

ZULEMA. No... espere un poco.

BOTERO. Cuando guste.

El BOTERO sale.

MANZUR. Zulemita, mi vida, esperá un ratito. Escuchame.

ZULEMA. Mirate y mírame. ¿Qué ves? ¿Qué mierda ves? Desgraciado. Mírame... Me devoraste la vida. Me comiste y me vomitaste una y mil veces. ¡Qué soy! ¿El pavo de Navidad, soy? ¿Con las piernas siempre abiertas? Nunca pensaste en mí, ¿eh? ¡Egoísta! ¡Ladrón!

MANZUR. Siempre pienso en vos. Te dejo hacer.

ZULEMA. ¿Qué me dejás hacer? ¡Coger con vos! Eso me dejás hacer. ¿Y yo? ¿Dónde estoy yo? ¿En qué lugar del universo existo?

MANZUR. Estás dentro mío.

ZULEMA. No. Estoy afuera. Desprendida. Soy una persona. Una mujer.

MANZUR. Mi mujercita... ¡Mi centro!

ZULEMA. Navego a la deriva... me arrastra la corriente. Me crees la no-mujer. Y desde la orilla, sos ese monstruo que me acecha todas las noches... mirando, siempre mirando... Dame mis papeles...

MANZUR. Calmate. Un momento. Escuchame....

ZULEMA. ¡Dame mis papeles! ¡¡¡Devolveme la identidad!!!

MANZUR. Tranquila, mamita. Por favor, oime.

ZULEMA y MANZUR forcejean.

MANZUR. No grites. ¿Me prometes no gritar? Entonces te suelto. Despacito.

ZULEMA. ¡Botero! ¡Botero! ¡¿Sale o no este barquito de mierda?!

MANZUR tira al piso a ZULEMA y casi se sienta sobre ella.

MANZUR. Te dije que no gritaras. Me ponés nervioso. Me hacés enojar. Callate o vendrá Prefectura. ¿Querés ir en cana? Mirá que los llamo yo. Te meten presa y no te vas. Calmate, te dije. ¿Sí?

ZULEMA. Vos vas a ir en cana. Degenerado. ¡Soltame!

MANZUR. Quietita.

MANZUR le acaricia las piernas sensualmente.

MANZUR. Mi amor, estas piernitas tuyas quieren dispararse solas... Serena... Pórtese bien, ¿sí? Se lo pide su papito, su dueño.

ZULEMA. Soltame. ¡Déjame ir!

MANZUR. Sabe que tiene que quedarse...

ZULEMA. Basta, por favor...

MANZUR. No me haga daño...

ZULEMA. Vos me hiciste daño.

MANZUR. No...

ZULEMA. Toda la vida.

MANZUR. Así está todo bien...

ZULEMA. Vos estás bien.

MANZUR. Vos también.

ZULEMA. No quiero más.

MANZUR. ¿Quiere cruzar la frontera? ¿Sí? ¿Eso quiere? Contésteme...

ZULEMA. Cruzar y marcharme lejos... al otro lado. Subir hasta ver todo pequeñito. El río como una cinta de plata. Mi país distante... perdido en las esquinas de la historia. ¡Y vos lejos de mí!

ZULEMA llora. MANZUR le mete la mano entre las piernas.

MANZUR. No quiera eso. Usted es mi niñita... ¿No me quiere más? No es eso, ¿verdad? ¿Está celosa?

MANZUR sigue acariciándola sensualmente, con mayor intensidad.

ZULEMA. Por favor...

MANZUR. ¿Le gusta así?

Cada vez la acaricia con mayor sensualidad.

ZULEMA. Déjame. No.

MANZUR. ...Yo sé que le gusta.

ZULEMA. No...

MANZUR. Sí, le encanta...

ZULEMA. Hay gente en el muelle.

MANZUR. Por eso...

ZULEMA. Esperá.

MANZUR. No.

ZULEMA. Así, no.

MANZUR. ...Está oscuro.

ZULEMA. El botero...

MANZUR. No está...

ZULEMA. Lo llamé.

MANZUR. Qué venga...

ZULEMA. Nos verá.

MANZUR. Mejor...

ZULEMA. Soltame

MANZUR. Mentiras...

ZULEMA. Tengo miedo...

MANZUR. Tenés ganas.

ZULEMA. No...

MANZUR. No me engañes.

ZULEMA. Me lastima.

MANZUR. Ni te engañes.

MANZUR besa las piernas de ZULEMA desde los tobillos hasta la ingle. Las coloca sobre sus hombros una a cada lado de su rostro. No deja de meterle la mano entre las piernas.

ZULEMA. Me duele

MANZUR. No podemos vivir el uno sin el otro.

ZULEMA. Él vendrá.

MANZUR. Contestame. Me deseas.

ZULEMA. Me lo prometió.

MANZUR. No le creas. Los forasteros siempre mienten a las hermosas doncellas.

ZULEMA. Vendrá, lo sabés. Y me llevará para siempre de este infierno. Volaré como paloma.

Remontaremos este barro y amasaremos una nueva vida. Todo será bueno para mí.

MANZUR. No lo esperes.

ZULEMA. A las diez, me dijo.

MANZUR. No va a llevarte...

ZULEMA. ¿Qué hora es?

MANZUR. No te conoce como yo...

ZULEMA. ¿Qué hora es?

MANZUR. ¿Gozaste?

ZULEMA. ¡Soltame!

MANZUR la toma de los brazos, se coloca sobre ella para copular. Se mueve frotando su pelvis con la de ZULEMA.

MANZUR. ¿Gozaste?

ZULEMA. ¿No lo viste?

MANZUR. ¿Qué te hizo?

ZULEMA. Estabas escondido debajo de la cama.

MANZUR insiste también con el cuerpo.

MANZUR. ¿Qué te hizo?

ZULEMA. No quiero...

MANZUR. Contame, puerquita... ¿Cómo fue?

ZULEMA. ¡Soltame! ¡Callate! No manches mi recuerdo. ¡Sucio! Es mío. No te pertenece. Aunque me espíes y te masturbes, era Mi cuerpo, Mi piel, Mi sexo. Es solo mío. Todos mis secretos quedan dentro de mí. Me pertenecen. Absoluta y privadamente míos.

MANZUR. ¡Nuestro!

ZULEMA. Mío.

MANZUR. ¿Te penetró con fuerza como un verdadero macho, o fue suave como un indefinido? No escuché el elástico de la cama. Como si no estuvieran acostados.

ZULEMA. No estábamos acostados. Flotábamos... dentro de un globo... El aire tibio me hacía subir y subir. Era una paloma blanquísima...

MANZUR. Sentí tu respiración. Conozco cuando se te atropellan los suspiros. Te salen cortitos, apenas audibles. El tropel de tu ansiedad busca satisfacción a todos sus deseos. Los sonidos escapan de tu boca, jadeas. ¡Gozabas con él, Putita!

ZULEMA. Como nunca había gozado con vos. Como la dama de noche al salir la luna. Me penetró suave como un ave que se posa en su nido. Aleteó mis carnes. Era su Diosa, su Reina. Me servía como un esclavo. Me ablandé con su saliva, me lamía y fui desmayándome, de a poco, sobre el colchón. Tenía las piernas abiertas... ¡Pero era una virgen!

MANZUR. ...Te sedujo...

ZULEMA. Sabio. Hizo cada una de esas cosas que había soñado que alguien me hiciera alguna vez. Lo soñé desde que comenzaste a meterte en mi cama. Pero nunca fuiste inteligente, amable, romántico. Derecho al grano. Vos sos el asqueroso, el sucio. Ahora, salí.

MANZUR. No. No te vas sin mí. Ángel mío, llévame. Voy con vos. Voy con ustedes.

ZULEMA. Estás loco, verdaderamente. Debe estar por llegar.

MANZUR. No. Zulema, mírame, mírame. Soy yo, tú...

ZULEMA. Callate, no digas nada... Ya basta. Nuestra historia termina así. Yo me voy y vos te quedas con tu infierno y los monstruos que te habitan. No me tendrás. No me amenazás. Te quedás y dejás de quebrarme la vida para siempre.

MANZUR la besa desesperadamente por todo el cuerpo.

MANZUR. No. Mi vida, no. No me castigues así. Te prometo que voy a cambiar. Será todo distinto. Pero, quedate conmigo. En casa.

ZULEMA intenta esquivar los besos. Forcejea.

ZULEMA. Soltame te digo, ¡hijo de puta!

La acaricia desesperadamente.

MANZUR. Sos mía. Quedate. No te molesto más. Me aparto de tu vida. Desaparezco. Pero no te vayas.

ZULEMA. Aunque no quieras, me voy. Mi vida ya no es la tuya. Se terminó. Toda esta basura terminó. No hay vuelta atrás. Esta vez es definitivo.

MANZUR. No, no, no. No hay nada definitivo. Solo es definitivo esto que sentimos. Esta complicidad nuestra que cada día nos ata y nos desata. Lo que hacemos juntos.

ZULEMA. Yo no hago nada con vos. Vos me lo hacés a mi, Desgraciado. Dejame, Manzur, ¡Basta! No quiero más con vos. Como pude... ¡Como pudimos! ¡¡¡Cómo pudiste!!! Esta vida me repugna. Me hastiaste. Mi cuerpo me hablaba y estaba sorda. Hasta mi estómago me lo decía ¡Soltame de una vez!

ZULEMA quiere soltarse. MANZUR quiere poseerla. Pelean, se golpean. Giran. Ruedan por el piso. Él la domina paulatinamente. La desviste desgarrándole las ropas. La arrastra hasta el banco y la coloca atravesada. Ella queda con la cabeza hacia atrás, colgada. Resiste todavía un poco. Finalmente se rinde. MANZUR se le sube encima. La somete sexualmente. ZULEMA queda muy quieta. Se entrega. Se rinde.

MANZUR. ¿Cómo es? Cómo te penetra, ¿eh? ¿Te toca así? ¿Están solos? Jadeame como a él, ¿sí? Jadeame, mi vida. Eso. Mi Diosa, sos una diosa.

ZULEMA comienza a gozar. Lo que parecía una violación se va transformando en una escena

de alto contenido erótico.

MANZUR. Cielo mío, te mojas, te mojas toda, ¿así te gusta? Corazón, sos mi reina. Yo tu esclavo. ¿Ves? Mirá lo que te hago... ¿Cómo querés? Abrite más, sí... ¡Mi Vida! ¿La sentís? Sí, mi amor, así, así...

Finaliza el coito. MANZUR queda con la cabeza sobre el pecho de ZULEMA. Ella laxa. Con la mirada hacia el cielo formoseño.

MANZUR. ¿Ves que tocamos el cielo con las manos? Esto es lo que nos amarra para siempre.

MANZUR le besa los senos.

MANZUR. Tus ojos, mi Amor, tus ojos están plenos de placer...

MANZUR le besa el cuello, las manos.

MANZUR. Tu piel es tan suave... Como la de un bebé. Sos una mujer hermosa... Vestite, mi chiquitita. Se te rompió la ropa... por hacerme enojar... Puede venir alguien. Vestite.

ZULEMA. Tengo frío.

*MANZUR se levanta. Se alza los pantalones. La cubre con su abrigo.
El BOTERO pregona a lo lejos la salida del barquito.*

MANZUR. Cambiate.

ZULEMA niega con la cabeza.

MANZUR. Ya sale. Apurate.

ZULEMA niega con la cabeza.

MANZUR. Pueden vernos.

ZULEMA llora muy despacio. Su llanto sube de intensidad. Hay una pausa larga donde solo se escucha el llantito de ZULEMA. MANZUR le acaricia el cabello.

MANZUR. Bueno, vamos, vamos, cambiate. Ya está. Ya está.

ZULEMA. No puedo...

MANZUR. Sí, podés, mi muñequita. Vamos. Arriba.

ZULEMA. No puedo.

MANZUR. Sí que podés. Vamos, yo te ayudo.

ZULEMA. No puedo irme, Manzur...

MANZUR. A ver, ponete esto.

ZULEMA. Me quedo, Manzur.

MANZUR. Te vas. Ahora yo quiero que te vayas.

ZULEMA. No puedo dejarte.

MANZUR. Cruzá la frontera. Jugate. Volá. Con él o con otro. Con quien sea. Salí del terruño podrido. Alejate de mi mugre. De la mugre que te dejó tu madre. Escapate del abismo profundo de la perversión. Es real. Todo es verdad. Volá Palomita.

ZULEMA. No puedo dejarte. Ya crucé la frontera.

MANZUR. Mirá. Aquellas luces son de otro país. ¿Ves? Allí nadie te conoce. Es un país maravilloso, donde todo es posible. Allá vas, mi vida. Serás la diosa del amor y la pasión. Te amarán. Yo me quedaré con mis recuerdos, con tu imagen rondándome las noches y los días. Esperando que vuelvas. Pero no volverás porque si vuelves moriremos los dos quemados en la hoguera del espanto.

MANZUR viste a ZULEMA con un vestido blanco. Queda vestida con aspecto virginal. Está inmóvil.

ZULEMA. Mis papeles.

MANZUR saca del bolsillo de su saco el documento de ZULEMA. Se lo coloca en la mano.

MANZUR. No vuelvas nunca. Olvidate de todo. Olvidate de mí. Es grave. Vi estrellitas en tus ojos. Titilaban. Tu mirada fija en la mía. Brillabas de placer. Te vi gozar. Tu cuerpo subiendo y bajando... Vi la perversión de tus sentidos... Amor mío. Chiquitita mía. Perdón. Que el cielo me castigue. Perdón por mancillarte. Hay que salir de este pantano. No te mereces el barro. Sos mi Diosa y te quiero pura y santa.

ZULEMA. No sé si lo amo. Pero es sano. No hay culpas. No hay dolor. Solo esta paz de la conciencia limpia.

MANZUR. Es mayor.

ZULEMA. Por eso me gusta.

MANZUR. Te llevará lejos.

ZULEMA. Más allá de la frontera.

MANZUR. Peinate.

MANZUR la peina. Le coloca un adorno en el pelo.

MANZUR. Pintate los labios.

Le pinta los labios.

MANZUR. Así está bien, mi niña.

ZULEMA. ¿Disfrutaste... papito?

MANZUR. Como siempre, amor mío.

ZULEMA. ¿Te gusto?

MANZUR. Sos tan hermosa. Te parecés a tu madre...

ZULEMA. No la nombres más.

MANZUR. Ella quería verte de blanco, siempre.

ZULEMA. No lo digas...

MANZUR. ¿Cómo se llama?

ZULEMA. No sé.

MANZUR. ¿No tiene nombre?

ZULEMA. No.

MANZUR. No podés irte con alguien sin nombre.

ZULEMA. Siempre es mejor que quedarse.

MANZUR. Sos mi reina.

ZULEMA. No. Soy tu niña.

MANZUR. Mi diosa.

ZULEMA. Ángel y Demonio.

MANZUR. La obra de mi deseo.

ZULEMA. La bestia sacrificada.

MANZUR. Te perdono.

ZULEMA. Ya no me importa.

MANZUR. Te perdono. Está bien que me dejes.

ZULEMA. Es sano.

MANZUR. Es puro.

ZULEMA. Como debe ser.

MANZUR. Como debe ser.

El muelle se llena de silencio.

MANZUR. ¿Cómo se llama?

ZULEMA. Andrés.

MANZUR. Espero que llegue.

ZULEMA. No, quiero estar sola.

MANZUR. Quiero conocerlo.

ZULEMA. Lo viste anoche.

MANZUR. Te mentí. No estaba debajo de la cama.

ZULEMA. Pero me pareció...

MANZUR. No. Me fui. Quería olvidar lo que estabas haciendo...

ZULEMA. ¿Porque dijiste...?

MANZUR. Buscaba la razón. Me golpeaba la cabeza contra la botella.

ZULEMA. No...

MANZUR. Tenía que olvidarte.

ZULEMA. Papito...

MANZUR. Tenía que admitirlo... No sos para mí.

ZULEMA. Soy tuya, de otra manera...

MANZUR. No. Hay que terminar con la mentira, mi vida.

ZULEMA. No digas nada...

MANZUR. Te imaginaba desnuda...

ZULEMA. No...

MANZUR. Mi chiquita...

ZULEMA. No sigas.

MANZUR. Y me obligaba a no pensar... Tenía que desatar el nudo...

ZULEMA. Nunca vamos a desatar ese nudo...

MANZUR. Tenía que cortar la cinta de plata...

ZULEMA. No se puede...

MANZUR. Aceptar la vida como debe ser...

ZULEMA. Cruzamos todas las fronteras, ya.

MANZUR. Hay cosas que nunca deben suceder.

ZULEMA. Queda un tiempo por venir...

MANZUR. Estamos malditos...

ZULEMA. Todo cambiará.

MANZUR. Y me revolvía en el suelo, con mis monstruos terribles...

ZULEMA. Papito...

MANZUR. No me digas así... Ya no más...

ZULEMA. Papito.

MANZUR. Tomaba y reventaba

ZULEMA. Tengo que volar...

MANZUR. Con eso estuve todo el día.

ZULEMA. Volar, como quería mamá...

Vuelve el BOTERO.

BOTERO. ¡Nos vamos! ...Cuando digan...

ZULEMA. Un momento.

ZULEMA le da dinero.

ZULEMA. Pago mi precio.

BOTERO. ¿Irá sola?

ZULEMA. Sí...

BOTERO. ¿Diez boletos?

ZULEMA. Es lo que cobra, ¿no?

BOTERO. ¿Usted no cruza?

MANZUR no contesta. El BOTERO sube al barquito.

MANZUR. No te molesto.

ZULEMA. Mejor te vas.

MANZUR. Te miro de lejos.

ZULEMA. No quiero que me veas subir al barco.

MANZUR. No importa.

ZULEMA. Ya. Adiós.

MANZUR. Adiós.

MANZUR y ZULEMA se abrazan como padre e hija.

MANZUR. No vuelvas.

ZULEMA. No volveré.

MANZUR sale. Nuevamente, el muelle, es sólo silencio.

ANDRÉS se aproxima a ZULEMA.

ZULEMA. Pensé que no vendrías.

ANDRÉS. Te entregó el documento.

ZULEMA. Sí.

ZULEMA entrega el documento a ANDRÉS. Él lo lee.

ANDRÉS. Zulema Manzur... ¿de origen árabe?

ZULEMA. Hay muchos por aquí.

Se miran en silencio.

ANDRÉS. ¿Estás lista?

ZULEMA. Sí.

ANDRÉS. ¿Ya te despediste de él?

ZULEMA. Sí...

ANDRÉS. ¿Sentís pena?

ZULEMA. Se me va a pasar...

ANDRÉS. Cuando conozcas otro mundo, todo esto te parecerá tan pequeño...

ZULEMA. No sé... nunca será igual...

ANDRÉS. ¿Subimos?

ZULEMA. ¿Por qué volviste aquí?

ANDRÉS. Tal vez buscando un recuerdo de hace veinte años... Pero te encontré a vos...

ZULEMA. Yo no volveré.

ANDRÉS. Yo también pensé lo mismo. Fue el amor de una mujer lo que me trajo... casi tan bella como vos...

ZULEMA. ¿Volviste a verla?

ANDRÉS. No. Me porté muy mal... Le hice un hijo y nunca volví.

ZULEMA. ¿Supiste de ella?

ANDRÉS. No. Fue un amor clandestino... de una sola noche que fue eterna... Hasta la madrugada... cuando salía el sol, su marido nos descubrió... me persiguió para matarme. No sé cómo me salvé. Y no volví. Fue por miedo, la cobardía... yo era muy joven...

ZULEMA. ¿Y el niño?

ANDRÉS. Nunca supe si fue varón o mujer... ella me hizo saber que iba a nacer... No le dijo a nadie que ese hijo era mío. Solo ella y yo... Nunca más la vi...

ZULEMA. Que misterio... Hay secretos que se clavan en el alma hasta la muerte...

ANDRÉS. Volví ahora buscando un perdón por los errores... Y la vida te puso en mi camino,

Zulema... Hermosa... Animalito frágil... Necesitás tanto de mí como yo de vos, amor mío. Cruzaremos juntos y nunca, nadie más, te hará daño. Mi Diosa, serás mi diosa del amor. Mi reina.
ZULEMA. Llévame lejos, Andrés, lejos de la tristeza de esta tierra de barro y sangre. Antes de que sea tarde y los recuerdos me sepulten y la basura me amarre. Es casi un deber, alejarme de aquí y de Manzur...

ANDRÉS. Ya nadie te hará daño, Zulema, podés contar conmigo.

Vuelve tímidamente MANZUR al muelle.

ZULEMA. Para qué volvés. Ya me despedí de vos.

MANZUR. Solo darte este recuerdo que olvidaste.

MANZUR le entrega una muñequita de trapo, vieja y sucia.

MANZUR. Para que no te olvides de quien sos.

ZULEMA. Andrés, mi padre.

ANDRÉS. ¿Tu padre?

ZULEMA. Sí, que ya se va. Ya nos despedimos.

MANZUR. Se lleva lo más hermoso de mi vida, Andrés. Hágala feliz. Yo no pude.

ANDRÉS. ¿Manzur...? ¿Ese es su nombre?

MANZUR. Sí... ¿Me conoce?

ANDRÉS. Sí... No... ¿usted no me recuerda?

MANZUR. No... no lo recuerdo...

ANDRÉS. Nunca se me borran las imágenes del miedo...

MANZUR. ¿No sé... de dónde?

ANDRÉS. Esther... hace tanto... su mujer... una noche... esa noche ¿recuerda? Corrí hasta que pude escapar... ella quedó llorando...

MANZUR queda sorprendido. Tarda en reaccionar.

MANZUR. Algo recuerdo... Ella te olvidó en seguida... Quedó conmigo... hasta que murió.

ZULEMA. Mamá murió cuando tenía 12 años...

ANDRÉS. Tu madre...

ZULEMA. Sí.

ANDRÉS. Tu madre... Esther...

ZULEMA. Sí, Andrés, era mi madre... esa muchacha que olvidaste. La que no te hizo volver.

ANDRÉS. Ahora vuelve en vos, Zulema...

MANZUR. A ella no te la llevaste... pero te llevás... a mi hijita.

ANDRÉS y ZULEMA se miran. Advierten el secreto que los une. Casi paralizados caen en la cuenta de lo que hicieron. Hablan sin dejar de mirarse profundamente.

ZULEMA. No, Manzur. No me voy... Me quedo con... Manzur.

ANDRÉS. Está bien...

MANZUR. No... ella tiene que irse... Zulema.

ZULEMA. Está bien así.

ANDRÉS. Volviste a ganar... Manzur.

MANZUR. Pero debés cruzar la frontera... el país maravilloso... la mugre... los recuerdos... nuestro infierno. Amor mío. No puedo permitirlo.

ZULEMA. Es mejor así... Volvamos a casa... Adiós... Andrés. Hay secretos que se clavan en el alma hasta la muerte...

ANDRÉS. Adiós, Zulema...

BOTERO. ¡Salimos...! ¡Cruzamos la frontera!

El BOTERO sale seguido de ANDRÉS. Quedan en el muelle ZULEMA y MANZUR. ZULEMA mira hacia el otro lado de la frontera, las luces de la ciudad lejana titilan.

MANZUR. Esa frontera que vemos todos los días... Si no cruzás ahora, no te dejaré cruzarla más. Aunque sea perverso, te haré feliz, amorcito mío.

ZULEMA se sienta en el banco del muelle. Se relaja. Suspira hondo. Sonríe.

ZULEMA. Ya está Manzur... Es lo que querías, ¿verdad? El deseo cumplido, ser mi dueño. La mugre te seguirá comiendo la cabeza, y yo seré tu diosa, todas las noches... Era lo que quería Esther... con su secreto clavado en el alma más allá de la muerte... Imaginaremos como me hacen el amor esos hombres que te envidian, esos hombres que ya no tendré, porque los nudos no se desatan jamás... Cada vez serás uno y todos... Yo estaré feliz, ¿sabés? Tu deseo será también el mío... y por fin seré una mujer, la tuya, la única, la eterna... tu virgen sagrada... Puta y santa...

ZULEMA deja caer la muñeca mientras sonríe mirando el cielo cubierto de estrellas...

FIN

ESA OTRA MUJER

GIMENA BLIXEN (CABA)

gimenablixencuentos@gmail.com

PERSONAJES

ACTRIZ 1

ACTRIZ 2

ACTRIZ 3

Basado en trabajo de investigación e improvisación con el elenco de narración oral “Honrosas Excepciones” (Ana Dumocertier, Matilde Ríos y Marian Ciancio).

En el fondo del escenario, atrás a la derecha, una silla y una mesita con una caja con fotos y algunos papeles, abanico, lapicera. Adelante a la izquierda otra mesita, con una lámpara, lapiceras, cuaderno, hojas, etc., dos sillas. Adelante a la derecha, sin tapar la mesa del fondo, una silla.

El escenario en penumbras, se ven las sombras de la escenografía.

Música de fondo. Entran las narradoras: ACTRIZ 3 a la mesita de adelante, ACTRIZ 1 a la silla y ACTRIZ 2 a la mesita de atrás.

1

EN OFF. Tres mujeres. Aguerridas, transgresoras, incomprendidas... artistas, apasionadas. No se dejaron silenciar, pelearon contra lo establecido. Tres mujeres famosas.

Tres mujeres como cualquier otra mujer. Sufrieron, dudaron, a veces cayeron en abismos, fueron felices, amaron... duras o frágiles, solas... no claudicaron. Nunca.

Sus voces podrían ser estas. O no.

Otras tres mujeres, en escena, cuentan cómo las sienten.

Tres mujeres por tres mujeres.

Mujeres.

Continúa música de fondo.

EN OFF. Trois femmes.

Des histoires, de la solitude.

De voix.
Des artistes.
La passion, la douleur, la force.
Trois femmes jouées par trois femme.
Femmes.

Fuera música.
Luz sobre ACTRIZ 1.

ACTRIZ 1. (Mirando hacia el horizonte). “Podría engañarme, creer que soy hermosa como las mujeres hermosas, como las mujeres miradas, porque realmente me miran mucho. Pero sé que no es cuestión de belleza sino de otra cosa, sí, de otra cosa, por ejemplo, carácter”. *(Pausa, gesto de saludo al público).* Marguerite Duras.

Luz sobre ACTRIZ 2.

ACTRIZ 2. (Mirando hacia el horizonte). “Tras apoderarse de la obra realizada a lo largo de toda mi vida, me obligan a cumplir los años de prisión que tanto merecían ellos... *(Sube el volumen de voz).* ¡Y condenarme a prisión perpetua para que no reclame! Reclamo la libertad gritando a pleno pulmón... *(Baja el tono de voz).* Merecía algo más que esto”. *(Pausa, gesto de saludo al público).* Camille Claudel.

Luz sobre ACTRIZ 3.

ACTRIZ 3. (Mirando hacia el horizonte). “El día que la mujer pueda amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir de sí misma sino para encontrarse, no para renunciar sino para afirmarse... entonces el amor será una fuente de vida y no un mortal peligro”. *(Pausa, gesto de saludo al público).* Simone de Beauvoir.

Apagón. Se paran las tres. Sale ACTRIZ 3 hacia la izquierda y ACTRIZ 2 a la derecha. Queda ACTRIZ 1 en escena, de pie, atrás de la silla de adelante. Luz sobre ACTRIZ 1.

2

ACTRIZ 1. Yo era chiquita, debía tener unos cuatro años. Todavía vivíamos en la casa grande. Un atardecer me escapé, atravesé corriendo todo el jardín y salí a la calle. Ya estaba oscuro. Y de repente me quedé petrificada del susto. Una mujer vestida con harapos, desgredada y

con un bulto en los brazos, gritaba. Ese grito salía de su boca oscura y desdentada.

Yo corrí para entrar a la casa y ella me siguió. Y cuando llegamos a la sala dejó el bulto y se fue. (*ACTRIZ 1 se sienta en la silla de adelante*). Esa pesadilla todavía me persigue. De noche la sueño y me tortura; de día la recuerdo y me angustia. A veces no sé si no me quiero dormir o no me quiero despertar. Todavía veo a la mujer dejando el bulto en la sala. Era una madre abandonando a su hija.

Mamá no se hizo cargo. Nunca se hizo cargo de los otros. Siempre estaba alejada, en ese mundo de bruma de ella, del que solo salía para hablar con Pierre o para decirme “¡Marguerite, quiero que hagas lo que diga tu hermano!”

Cuando no me veía, cuando miraba para otro lado sin ver todo lo que me estaba pasando... cada una de esas veces volví a escuchar aquel grito terrible.

Mi madre no se hizo cargo. Ni siquiera de mí, que era su hija menor, la única mujer. La hija que vivía pensando en ella y la cuidaba.

Mi madre era distinta.

En Indochina, mientras crecí llegando a la adolescencia, fui testigo de su vida dura, de cómo fue perdiendo la razón.

A veces me contaba de cuando era chica, lo pobres que habían sido... “No había comida, Marguerite, éramos muchos hermanos, pasábamos hambre”. Y alguna vez me contó también sus secretos, sus intimidades... ¿o no? Me confundo... No sé si me lo contó ella o si me enteré después que había tenido otro marido, que había sido la amante de papá mientras su primera mujer estaba enferma. No sé cómo supe eso... Lo que sí sé es que cuando murió papá ella se volvió loca, perdió las ilusiones, el entusiasmo. Solo la mantenía una idea: conseguir dinero para Pierre. No importaba cómo.

Todo valía a la hora de conseguir dinero. Todo valía.

Baja la luz, ACTRIZ 1 se para y camina como para salir de escena, se cruza con ACTRIZ 3. Se miran, ACTRIZ 3 sigue hasta la mesita de adelante, que está iluminada, ACTRIZ 1 se queda casi al borde de la escena, en penumbras.

3

ACTRIZ 3. ¡Yo llegué tan contenta, tan contenta! Que no podía entender cómo no compartían mi alegría... Me había preparado mucho para ese examen, noche y día buscando material, estudiando... Tres semanas, sin parar.

Me acuerdo perfectamente. Hasta podría describir, no sé si cada día, pero sí cada noche.

La ansiedad con la que fui... La única mujer. Había tan pocas posibilidades de que saliera premiada en este concurso. ¡Pero entré! ¡Y llegué tan contenta a casa!

...En realidad yo lo tendría que haber sabido porque la única que me apoyó siempre fue mi hermana, que no sabía bien de qué se trataba, pero me apoyaba en todo.

Papá estaba en sus cosas... y creo que nunca terminó de saber qué había aprobado.

¡Pero Francoise, mi madre! ¿Cómo era que no se alegraba?

Y fue así: tres largas semanas de estudio, la presentación al examen que me permitiría ingresar en la academia. ¡Con 16 años ingresar en la academia! ¡Yo!

Lo único que me dijo fue: "Supongo que esta noche sí vas a cenar en casa con toda la familia". Esa fue su única respuesta.

Baja la luz, queda en penumbras. Música de fondo. ACTRIZ 1 sale.

Sube luz sobre ACTRIZ 3, más suave que en el relato anterior.

4

ACTRIZ 3. *(Juega con las manos, suspendidas en el aire como si estuviera escribiendo en el vidrio de una ventana).* Quedarse prendida en esta gota de agua que resbala lenta... Hace tanto frío afuera.

Los vidrios empañados...

Cuando escribí el nombre en el vidrio empezó a desdibujarse en gotitas que resbalan. ¡Qué frágil es el nombre, que no resiste!, que lo derrite el calor de adentro, o el frío de afuera, depende de dónde se mire. Se desdibuja y ya no se reconoce.

Pienso que es como lo que me pasó con ella. Cuando pude realmente entender quién era, pude perdonarme no haberla entendido antes y perdonarle que no me entendiera.

Cuando de su vida supe todo con exactitud, porque compartí los momentos más difíciles, más dulces, más tiernos, más amargos... Cuando terminé de aprehenderla, se fue.

Igual que se desdibuja el nombre con las gotitas de agua. *(Vuelve a escribir en el vidrio).* ¿Y si hubiese escrito "mamá"? ¿también se hubiera borrado?

Baja la luz sobre ACTRIZ 3, que queda como jugando con las gotitas. Entra ACTRIZ 2, con chalina al cuello. Se sienta en la mesa de atrás. Luz sobre ACTRIZ 2. ACTRIZ 3 queda en penumbras, toma té, acomoda el cuaderno, sin mirar escucha a ACTRIZ 2.

5

ACTRIZ 2. Hoy no sé por qué me levanté pensando en mis primas. *(Empieza a sacarse la chalina).* Siempre nos juntábamos. Sobre todo para el verano ellas venían *(Pausa, corrige)*... No, ¡iban! A casa.

Nosotros teníamos una casa tan grande en el campo... llena de árboles. *(Deja la chalina sobre la falda)*. Sobre todo un roble. Ese roble era para jugar a la escondida, para cantar, para jugar alrededor. Y me acuerdo que como éramos de la misma edad, éramos muy pegadas. ¡Nos reíamos mucho, de las mismas cosas!

Me acuerdo que me reía tanto que me temblaba la panza. Nunca más me tembló la panza al reírme...

ACTRIZ 3 la escucha, sonrío. Sigue ocupada mientras escucha.

ACTRIZ 2. Parece que la risa va cambiando con el tiempo. Uno después se ríe de acá para allá, pero antes la risa subía, así como una marea y salía con una carcajada, que se repetía así como una catarata. ¡Qué hermoso! *(Se toca la cara con las manos. Baja las manos y salta a otro tema)*. Tengo suerte hoy.

Porque cierro los ojos y me veo ahí, en ese lugar. Ese lugar, ese paraíso perdido. Y dentro de todo está bueno tener un paraíso, aunque esté perdido. Porque con solo cerrar los ojos lo encuentro. Y encuentro ahí a mi prima querida. *(Cierra los ojos, pausa, silencio. Luego los abre y salta a otro tema)*.

¡Cómo quisiera saber...! Acá estoy tan aislada.

Y la gente tampoco comenta, los locos no saben que estamos en guerra.

Me encantaría verla. ¡Cómo me gustaría, tanto, abrazarla! *(Toma el trapo y lo "abrazo")*.

Primita querida...

ACTRIZ 2 se pone a amasar el trapo como si fuera barro o arcilla, lo mira, va armando a "la vieja", se para y camina a la silla de adelante, se sienta y sigue amasando el trapo, hasta que tiene a la vieja modelada. Después mira a ACTRIZ 3 y le cuenta.

6

ACTRIZ 2. Su amiga la esperaba a tomar el té, como siempre: antes de empezar a trabajar tomaban un té calentito con miel y se contaban cosas cotidianas. Pero ese día no.

Camille entró corriendo, sacó las telas de todos sus trabajos y empezó a dudar. Los miraba desde un ángulo, se cambiaba a otro... Miraba una figura y después otra... Daba vueltas agitada, preocupada:

“¿Cuál elijo?, ¿cuál es la mejor, la más perfecta?” *(Mira la cabeza de la vieja que tiene, el trapo, en la mano)*.

Su amiga no supo qué contestarle. Pero ella eligió. Eligió la cabeza de la vieja, de esa mujer que la había cuidado durante su infancia, con esas arrugas profundas y ese rictus. A la amiga

más que gustarle le impresionaba esa figura.

Camille puso un trapo negro sobre la mesita y la acercó a la ventana para que le diera la luz. Y ahí colocó a la vieja. (*Mira a la vieja*). Al lado puso una silla, una flor... toda una instalación en un segundo.

Al rato golpearon la puerta. Su amiga vio a aquel hombre enorme, interesante. Difícil permanecer indiferente o tranquila.

Rodin iba a ver los trabajos de Camille para decidir si la aceptaba en su taller. Él iba y venía. Las dos mujeres miraban cómo él miraba a la vieja. A veces parecía que le interesaba y a veces no.

Le ofrecieron un té, que él tomó mirando por la ventana. Lejos.

Las dos estaban desconcertadas por el desinterés y el silencio de aquel hombre admirado. Camille callaba, pensando que no le había gustado. Su amiga buscaba temas de conversación.

Rodin dejó el té a medio tomar, se puso el abrigo y caminó hacia la puerta.

Antes de salir la miró directamente a los ojos. (*Desarma a la vieja y se pone la chalina. Camina hacia la salida del escenario, se da vuelta y mira a ACTRIZ 3*). “La espero mañana en el taller”.

ACTRIZ 2 sale de escena. Se bajan las luces. ACTRIZ 3 se mueve a la mesita de atrás.

Entra ACTRIZ 1, se sienta en la mesita de adelante, toma una hoja y una lapicera.

Luz sobre ACTRIZ 1, ACTRIZ 3 queda en penumbra.

7

ACTRIZ 1. (*Escribe*). “Señorita Marguerite:

quiero contarle con esta carta una historia que usted desconoce.

Su madre fue una mala mujer. Su madre fue una mujer oscura. Se casó con el señor Oscure. Y ese fue su apellido en un momento de su vida. ¿Verdad que no lo sabía? Yo sé que no. Es tiempo de que conozca esta historia.

Marie fue una mujer tan oscura que traicionó a su mejor amiga. Fingió que la cuidaba. Fingió que la protegía. Y mientras la amiga estaba postrada y confiaba en ella, su madre aprovechó y conquistó al marido. Un hombre que no podía ofrecerle casamiento porque era casado. Podía decirle que la amaba, eso sí. Podía amarla, también, a espaldas de la moribunda. Y así esta mujer oscura logró que la amiga muriera, para robarle el marido.

Y no respetó siquiera los límites de la decencia. Cuando se casó el marido todavía llevaba luto por su esposa muerta. Pero su madre estaba embarazada, todos lo sabíamos.

Su maldad, su oscuridad, no terminó ahí. No solo le quitó el marido, sino que después aban-

donó a los hijos de la amiga muerta, les quitó el derecho a recibir lo que les correspondía de su padre. Y la madre muerta, pobrecita, no podía defenderlos, protegerlos.

Por todo esto yo escribí al director de la escuela, para que supiera quién era la maestra a la que confiaban los niños. Era una mala mujer, no podía permitir que viviera entre las buenas personas de la comunidad.

Hace un tiempo escribí aquella carta y ahora escribo ésta. Porque usted tiene que saber, Marguerite, que su madre mereció todo lo que le pasó en la vida. Todo el sufrimiento fue merecido. Usted tenía que saber la verdad sobre la mala mujer que fue su madre.

Sinceramente, Paulette”.

Mientras va cerrando la carta, ACTRIZ 1 mira a ACTRIZ 3. Sube luz sobre ACTRIZ 3. Se sostiene luz sobre ACTRIZ 1. ACTRIZ 3 toma una carta de la mesita y se para. Lee caminando por el centro de la escena.

8

ACTRIZ 3. (Lee). “Alsacia, noviembre de 1963.

Tan pronto yo, querida Simone, jugar con las palabras. Es que no me sirve ni el cincel ni el lápiz ni el color para sacar lo que tengo adentro.

Tan pronto yo, tomar tus herramientas y tratar de contarte cómo estoy. No, Simone, no ha sido fácil. No ha sido fácil la despedida. No ha sido fácil volver a lo cotidiano.

Y tengo momentos en los que el vacío se tropieza con los recuerdos. Y tengo momentos en que floto en la nada... ¿en la nada?

Cómo no sentirte cerca, cuando compartimos el aire durante treinta y un días, treinta y un días juntas. No, no encuentro las palabras. Por eso dibujo. Pero ahora dibujar tampoco me sirve. El dolor se siente. El dolor no se escribe, el dolor no se dibuja, el dolor se siente.

¿Y el vacío? El vacío no se llena. Con el vacío se convive, se acostumbra, se internaliza...

¿Qué decirte, Simone? Nada”. (ACTRIZ 3 deja de leer, mira al público).

Cerró la carta. La carta de su hermana que había llegado así, imprevista. (Deja la carta sobre la mesita y se sienta). No era respuesta a ninguna de las tuyas. No la esperaba. Miró la carta de Hélène y se sometió a una prueba. Simone tomó una pluma. Pero no para escribir. Para hacer un dibujo de su dolor.

Bajan las luces. ACTRIZ 1 se cambia a la otra silla de la mesita de adelante. Comienza música de fondo. Entra ACTRIZ 2, se sienta en la silla, tiene las manos como atadas por el trapo. Forcejea. Termina la música, sube luz sobre ACTRIZ 2. ACTRIZ 1 Y ACTRIZ 3 quedan en posturas de sus personajes, como estatuas durante el relato de ACTRIZ 2.

9

ACTRIZ 2. ¡Me ataron las putas! Me ataron.

¡Me cansé!, tengo una picazón en todo el cuerpo y estoy atada... ¿por qué no me sacan? No sé a quién llamar...

Me enteré que Paul no venía, que iba a venir a verme y no venía (*Sube el ritmo y hace ademán como de pegarse*). No venía, no venía, no venía... (*Pausa, baja el tono*). Y entonces me ataron.

(*Pausa, mira a los costados, se ríe*). Se deben haber creído que yo me iba a morir pronto, por eso me hicieron firmar los papeles. Y yo los firmé porque no me importa lo que hagan. ¡Que sean felices! ¡Que sigan tocando el pianito! ¡Total! ¿Quién escucha el pianito? Es un pianito de mierda. (*Otra pausa, miradas a los costados*). Y él... ¡Ay...! (*Subiendo el tono otra vez*). ¡Él escribe versos! (*Baja el tono*). Me parece que voy a gritar de nuevo porque no me escucharon. (*Cada vez más suave y como si tarareara una canción*). ¡No! Me quedo quietita, quietita, quietita. Y a lo mejor me muero. (*Pausa larga*). Y a lo mejor sí... debe ser tibio morirse, estar entre nubes o algodones... (*Pausa*). Me voy a hacer la muertita.

(*Sube el volumen y el ritmo*). ¡No puedo usar las manos! Me quiero rascar la cabeza, la nariz, el cuerpo... me pica... ¡Y no puedo usar las manos! ¿Por qué no me desatan las putas?

ACTRIZ 2. (*Mira para todos lados, a partir de aquí el ritmo se va ralentando, mucha pausa entre frases*). Shhhhhh.

(*Pausa*). Me voy a callar.

(*Pausa*). Me voy a quedar quietita.

(*Pausa*). A lo mejor me muero.

Vuelve música de fondo, bajan luces.

ACTRIZ 2 y ACTRIZ 3 quedan en penumbras. ACTRIZ 2 amasando el trapo. Luz sobre ACTRIZ 1, que cuenta al público desde la silla de adelante. Se va música de fondo.

10

ACTRIZ 1. Marguerite salió del liceo y vio la limusina negra de vidrios oscuros estacionada frente a la puerta.

Como si no le importara que la miraran, dio unos pasos (*Gesto del hombro, sutil*). y subió al auto. Y, como todas las tardes, empezaron a dar vueltas por Cho Long. Mientras el amante le hablaba, se le acercaba.

Ella no podía dejar de pensar en lo fea que era esa cara llena de granos, ese cuerpo chiquito...

Entonces dejó de mirarlo y tocó apenas la seda suave del traje del hombre y enfocó su mirada en el brillante. La mano de él se movía mientras hablaba, los ojos de ella fijos en el brillo que hacía luces y la encandilaba. (*Mueve la mano*). Una mezcla de atracción y repulsión que producía sensaciones contradictorias en su cuerpecito de quince años.

(*Acaricia la mano que antes se movía*). “Mi madre está preocupada por mis hermanos... necesita conseguir dinero para ayudarlos...”. Sonrió.

Él se acercó y la besó, por primera vez la besó en los labios. Ella escupió... (*Gesto de asco y de limpiarse los labios. ACTRIZ 2 y ACTRIZ 3 hacen el mismo gesto*). y volvió a escupir (*ACTRIZ 2 y ACTRIZ 3 se tocan la boca con asco*).

Al día siguiente cuando se despertó sintió el asco (*Acompaña con gestos de limpiarse la boca*)... de aquellos labios contra los suyos. (*Se toca los labios*)... aquella sensación húmeda y viscosa... y escupió otra vez. (*ACTRIZ 2 y ACTRIZ 3 bajan las manos*).

Esa tarde, salió del liceo... y volvió a subir a la limusina. Aquel auto que era como una habitación cerrada, aislada de la vista de los demás, donde ellos parecían estar solos. Y transitaban, transitaban.

El amante no volvió a besarla, esperó pacientemente hasta el día en que ella se entregó a él. Hasta que ella supo que lo deseaba y descubrió que los besos en el cuerpo hacen llorar.

Bajan las luces. ACTRIZ 1 sale a la izquierda y ACTRIZ 2 a la derecha. ACTRIZ 3 toma la caja de fotos, la mira, la revuelve... y es como si le hiciera recordar.

11

ACTRIZ 3. Haberme encontrado con la caja de fotografías fue sorprenderme y obligarme a mirar el pasado. (*Vuelve a mirar las fotos, las mira, las revuelve, deja la caja sobre la mesita*). Había unas en las que Poupée era una niñita chiquita, otras en las que estaba con su primer delantal y sus primeros pinceles. Había muchas en las que estábamos juntas.

Y siempre... yo era la mayor.

El nombre de Poupée casi que lo explica todo, porque la muñequita estaba siempre protegida bajo mi ala. Inclusive hay una. (*Busca una foto en la caja, la saca y la sostiene en la mano*). Esta, en que somos tan chicas las dos... yo con ese sombrerito aprisionando mi cuello... Mirándola descubro hasta en la foto que soy la mayor, con mirada severa. ¿Con mirada severa o con mirada protectora? (*Deja la foto en la caja*).

¿Qué te habrá pasado, Hélène?, ¿cómo habré sido en tu vida?, ¿cómo habré sido esto de tener una hermana mayor famosa y siempre sintiendo que ella podía y te podía proteger?,

¿cómo habrá sido, Hélène, mi Poupée? No sé si alguna vez te atreverás a decirme cómo resultó tu relación conmigo. ¿Te habré protegido realmente o habré sido una especie de carga que controlaba cada uno de tus actos?

(Empieza a jugar con las manos, con los anillos). Es extraño, ¿no? Es extraño. Las fotos... son el pasado volviendo...

Porque ahora, sola con mis fotos, sin mi madre, siento que la pequeña Poupée fue la que me sostuvo durante esos treinta y pico de días en el hospital.

La pequeña Poupée fue mi contención.

Simone de Beauvoir, la mayor, la fuerte, la famosa, la independiente, no tenía fuerzas... *(Cae el anillo al piso).* no tenía fuerzas... *(Recoge el anillo y se lo pone, queda mirándose las manos).*

Entra ACTRIZ 2, habla como si le respondiera, aunque no directamente hacia ella. Tiene la mirada perdida en el horizonte. Se queda parada casi en el costado de la escena, atrás de la silla de adelante.

12

ACTRIZ 2. Hoy yo tampoco tengo fuerzas. Por eso estoy sentada en el patio. Hay sol.

Iba a escribirle a Paul... pero no. No le escribo porque me enteré de que está en París, vino con la mujer y los hijos. Y parece que me va a venir a visitar.

(Saca una libretita). Tengo anotadas en esta agenda varias preguntas para hacerle.

Porque yo le había recomendado que retirara cosas de ahí, de mi atelier... Pero si él se fue de viaje, ¿dónde están mis cosas?

Recuerdo el lugar y las cosas... algunas rotas, pero otras que tienen mucho valor... yo temo que se las haya llevado Rodin... él me robó varias cosas... ¡es un ladrón! *(Guarda la libretita).*

Paul... yo lo quiero mucho a Paul. Siempre lo quise. Yo soy la mayor. Pero él es débil. Mamá lo maneja bastante y ahora también lo maneja su mujer.

Y a mí me traicionaron.

En este momento pienso que desperdicié mi amor... o directamente lo amé porque era mi hermano y uno debe amar a los hermanos, es una ley. No sé... Pero en este momento no tengo felicidad al pensar en él.

Y no sé si va a venir.

Si ya es mayo y hace quince días que regresó, ¿por qué no vino a verme enseguida? Tal vez no venga y yo nunca sabré qué pasó con todo lo que quedó en el taller. Porque además quedaron dibujos, carbonillas, una cantidad de cosas... ¿dónde están?

(Vuelve a sacar la libretita). Tengo todo anotado en la agenda. Cuando venga le voy a pre-

guntar.

Además le voy a pedir que me aumente los francos que recibo por mes. Porque yo firmé para que vendieran la casa del campo, pero a mí no me dieron nada. Yo perdí mi herencia. Y él debe estar viajando con ese dinero, seguramente (*Guarda la libretita*).

(*Pausa*). En este momento no puedo querer a mi hermano.

Si viene, a lo mejor, si lo veo aparecer, se me borra todo y lo abrazo y lo beso y lo beso y lo beso. (*ACTRIZ 3 reacciona, se para y se acerca. Le acaricia suave el hombro o la espalda*).

Pero tengo dudas. Y las dudas son muy grandes. (*Mira a ACTRIZ 3*).

Así que acá estoy, esperando.

ACTRIZ 3 casi la abraza, la invita a ir hacia la mesita de adelante. ACTRIZ 2 se sienta en la silla de más adelante, ACTRIZ 3 en la de atrás. Entra ACTRIZ 1, como si hubiera escuchado a las otras. Se acomoda donde estaba ACTRIZ 3, junto a la caja de fotos. Toma una, la mira.

13

ACTRIZ 1. Cuando veo las fotos de familia siempre aparece la misma imagen: mamá sentada, la mirada a lo lejos, mis dos hermanos y yo.

Pierre con una mirada especial, tenía la mirada cruel. Y mamá hacia él tenía una mirada amante. Por él se olvidó de nosotros. Este hermano mío, que me persiguió, me castigó... este hermano del que me tenía que esconder. (*Deja la foto sobre la mesita*).

Y sin embargo gracias a él. Gracias a mamá, que siempre miró para otro lado. Y también gracias a Paul, el más pequeño de los varones, el débil... Gracias a que ellos no me miraron yo pude escribir.

Por eso hoy, cuando lo recuerdo a Pierre, a veces hasta se me escapa una sonrisa.

Cuando lo recuerdo a Paul se me escapa una lágrima.

Y cuando la recuerdo a mamá... la quiero abrazar. Pero no sé si se hubiera dejado abrazar. No recuerdo de ella ningún gesto de cariño, de amor. Jamás me miró como sí lo miraba a Pierre.

Aunque lo niegue. Aunque siempre que lee algo escrito por mí dice: "¡Mentira!, siempre los quise igual a los tres".

Aunque lo niegue, jamás me miró con amor.

Bajan las luces. Música de fondo. Salen ACTRIZ 3 por la izquierda y ACTRIZ 2 por la derecha. ACTRIZ 1 queda junto a la caja de fotos. Termina música, sube luz sobre ACTRIZ 1. Toma la misma foto de antes.

14

ACTRIZ 1. (*Mirando la foto*). “¡Mentira!, siempre los quise igual a los tres”.

Aunque mi hija no lo entienda, siempre los quise igual... Marguerite no me entendió nunca, no entendió mi vida. (*Vuelve a mirar la foto, la deja. Toma el abanico*).

La vida para mí fue esfuerzo, fue dolor, fue amor... (*Juega con el abanico, como recordando*). Fueron las ilusiones y fueron los golpes.

Nací pobre, muy pobre. Y supe que tenía que salir de eso, que quería salir de eso. Y pude. (*Se abanica, sonrío*). También fui joven y fui alegre. (*Juega sensual con el abanico*). Amé, fui amada... (*Pausa en la que evoca, siempre con sensualidad*).

(*Cierra el abanico bruscamente, con un golpe*). Pero la vida me fue cortando las ilusiones, cortando las alas, me fue enfrentando con otro tipo de pobreza: la soledad, la falta de compañero, el ser señalada por los demás, ser estafada...

Golpeé tantas puertas, tantas, pidiendo por mis hijos, pidiendo por mí. Y tantas veces me negaron y tantas veces me las cerraron y tantas veces me llamaron quejosa, pedigüeña... loca. Loca. Sí, me llamaban loca. Y yo estaba loca.

(*Se abanica sonriendo*). Pese a todo lo que pasaba yo tenía una ilusión: quería lo mejor para mis hijos. Sobre todo para Pierre. Quería una casa. Quería buenos trajes, buena ropa, buena vida.

Y la vida me lo negaba. Sin embargo, resistí. (*Gesto con el abanico, sin golpear*). Y resistí (*Abanico*). Y resistí. (*Abanico*).

Aunque mi hija no lo entienda, lo hice por ellos y lo logré.

Al final de la vida lo logré (*Despliega el abanico y se abanica suavemente*).

Bajan luces. ACTRIZ 1 sale. Queda escenario vacío hasta que entra ACTRIZ 2, con un libro en la mano.

15

ACTRIZ 2. (*Lee*). No es fácil permitir que los recuerdos se vayan. No es fácil aceptar que tengo que empezar a recordarte. Hoy me siento sola, francamente sola.

Entra ACTRIZ 1, envuelta en un chal. Baja la luz de ACTRIZ 2, que se sienta en la mesita de atrás, y sube sobre ACTRIZ 1, en la silla.

16

ACTRIZ 1. *(Habla con tono íntimo, se envuelve en el chal y se balancea como acunando).*

Nunca creí que este sueño se iba a concretar.

Que este hijo sí iba a permanecer en mí y me iba a acompañar de por vida.

El amor que ya siento por él me hace comprender el amor de mi madre por ese hijo que fue su luz y que fue su vida.

Éste será la mía.

Tengo que esperar.

Cuando lo tenga en mis brazos lo voy a abrazar y le voy a mostrar el mundo increíble y maravilloso que lo va a rodear.

Este hijo será mi vida. *(Sonríe, se envuelve más y le habla a la panza).* Hijo... serás mi vida.

Baja la luz de ACTRIZ 1, que sigue sentada adelante derecha. ACTRIZ 2, con luz baja, en la mesita de atrás. Entra ACTRIZ 3, sube la luz sobre ella. Se sienta en la mesita de adelante, acomoda un cuaderno y una lapicera. Mientras habla juega con las manos, constantemente. Las manos acompañan, hablan.

17

ACTRIZ 3. ¿Cuántas pérdidas pude haber tenido? En mi vida, muchas. Ninguna comparable con esta. *(Manos).* Y una se siente seca, seca por dentro. Se siente vacía. Se siente inexistente, invisible.

Jamás me puse a pensar cómo sería no tenerla, aunque estuve treinta días sintiendo que la tenía que dejar ir. *(Manos).* Pero me aferraba. Y, contradictoriamente, luchaba entre rezar a un dios en quien no creo para que se la lleve y pedirle que no me dejara. *(Se acaricia las manos, como si la acariciaran).* No quería ser huérfana de madre.

No entiendo qué me pasa. *(Juega con las yemas de los dedos, anticipando).* Pero necesito mirar las fotos. Casi mirarlas con la yema de los dedos. Recorrerlas, como si mis dedos pudiesen leer. Leer lo que fue, los juegos, las historias que escuché de mi madre, las risas. Cada foto trae algo.

¡Qué vacío! *(Deja de recorrer con las yemas de los dedos y las manos contienen, acarician).* Y sé que hay un solo camino para llenar este vacío. Hélene, aunque ahora no lo entienda, podrá pintarlo, podrá dibujarlo.

Yo no puedo escapar más. Casi como una obligación, casi como una certeza.

Sé que solo llenaré el vacío escribiendo.

Acomoda el cuaderno, toma la lapicera. Se queda pensativa. Cierra el cuaderno, abre el sobre y saca la carta de la escena 8. Suben las luces sobre toda la escena. ACTRIZ 2, atrás, escribe una carta. ACTRIZ 1 también tiene una carta, que saca de un bolsillo o bolsito. ACTRIZ 3 y ACTRIZ 1, con sus cartas en la mano, cuando la escuchan a ACTRIZ 2 se miran en ese diálogo entre las tres.

18

ACTRIZ 1. *(Mira el papel que tiene en la mano)*. Hoy recibí una carta... de una tal Paulette. Habla sobre mi madre y dice que mi madre fue mala, que fue oscura. Que se casó con papá robándole el hombre a otra. Yo tengo dos hermanos que no son hijos de mamá, pero su madre murió... nunca pensé...

¿Qué quiere esta mujer, para qué me escribe? ¿Qué es lo que pretende diciendo estas cosas de mi madre?

ACTRIZ 2. *(Escribe y lee)*. “Mamá: Quiero decirte que te quiero. Ayer escuché la fecha que era hoy. Que estamos en julio. Que es un día de verano. Y hace calor acá.

Y yo pensé que ustedes... vos, junto con Louise, y tal vez el pequeño, estarán en la playa. Y yo quisiera estar ahí. Porque si no me voy a ahogar con estos deseos que tengo adentro de decirle a mi familia (A vos, a Louise, a mi sobrino que no conocí... aún... que los amo).

ACTRIZ 1. Yo no conocí una playa, solamente la costa terrosa, barrosa, del Mekong. *(Al público)*. Tampoco conocí el amor de una madre.

ACTRIZ 2. *(Escribe y lee)*. Paul ya sabe que lo quiero. Papá no está. Pero me quedás vos. Me resulta muy difícil acercarme.

Tal vez si yo un día me hubiese tirado arriba tuyo y te hubiera abrazado y dado un beso... no sé qué hubiese pasado, pero no lo hice. Nunca lo hice.

ACTRIZ 3. *(Mira el papel que tiene en la mano, mira a ACTRIZ 1)*. Cómo saber si se quiere o no se quiere a una madre... Cómo saber si una madre la quiere o no la quiere a una... ¿Importa saber?

ACTRIZ 2. *(Escribe y lee)*. Siempre se me ocurrió escribirte porque me tenías que proveer de dinero para chocolates, caramelos y cosas que venden acá. Pero nunca para decirte que te quiero.

ACTRIZ 1. No lo creo... no creo que ella haya merecido todo lo que le pasó en su vida. Ella nos quiso. O por lo menos lo quiso a Pierre. Y vivimos una vida... no fue la mejor, pero fue una buena vida la que vivimos en el Mekong.

ACTRIZ 2. *(Escribe y lee)*. ¿Qué hubiera pasado si yo hubiese abierto alguna vez la puerta de tu casa y hubiese entrado con una sonrisa radiante...? Y vos, ¿qué ibas a decirme?, ¿qué ibas a decirme?, ¿ibas a estar agradecida conmigo?

ACTRIZ 3. Tengo momentos en los que el vacío se tropieza con los recuerdos y no está... Y

tengo momentos en que floto en la nada. ¿Qué es la nada? La nada de las palabras, la nada de los agujeros, de las cosas que no están.

ACTRIZ 2. (*Escribe, revisa y lee*). Porque tal vez yo siempre pensé que me odiabas y no era así, era mentira, eran ideas mías.

Claro, yo nací después del hijo que perdiste.

Y me pusiste un nombre que es... no sé si la palabra es neutro... Camille puede ser un hombre o una mujer.

ACTRIZ 1. ¿Qué es la nada? ¿Qué es el no poder decir “te quiero”? (*Al público*). ¿Qué es el luto del corazón?

ACTRIZ 2. (*Lee*). Y vos me pusiste Camille por eso, porque vos querías a ese hijo que perdiste. Y yo me sentí culpable.

Tal vez, por eso nunca te dije que te quería.

Porque vos me mirabas mal. Me mirabas y mirabas a otro, no a mí. O tal vez sí me mirabas a mí y yo creía que mirabas a otro... (*Pausa*). ¡Qué espanto!

ACTRIZ 3. Es como un reloj que se para, justo en ese momento, y clava la hora. La muerte de la madre es como un reloj que detiene el tiempo y marca un antes y un después.

ACTRIZ 2. (*Escribe y lee*). Y ahora estoy encerrada acá y no puedo volver atrás.

¡No se puede volver atrás! No se puede volver a hacer lo que no hiciste.

(*Revisa y sigue escribiendo*). Entonces te escribo desde ese dolor que tengo, que no se me va y nunca se me va a ir.

Y no quiero reprocharte más cosas de las que te he reprochado. Porque yo estoy encerrada acá y siempre les eché la culpa a ustedes, porque ustedes firmaron, ustedes buscaron los médicos que dieran esos diagnósticos espantosos...

ACTRIZ 1. Un antes y un después... un después y un antes... ¿Y por qué me escribe ahora? ¿Por qué se empeña en decirme que mi madre mereció todo su sufrimiento? ¿Por qué habla de ella como una “mala mujer”? Fue mi madre.

ACTRIZ 3. El dolor no se escribe, el dolor no se dibuja, el dolor se siente.

ACTRIZ 2. (*Escribe*). Y yo no soy el centro del mundo. Bueno. Te quiero. Y te beso.

ACTRIZ 1. Sinceramente, Paulette. (*Dobla la carta*).

ACTRIZ 3. Cerró la carta. La carta que había llegado de forma tan imprevista.

Cerró la carta.

Bajan luces. Apagón.

Música del comienzo.

FIN

MINISTERIO DE LA SOLEDAD

DISCURSO POÉTICO

CLAUDIA QUIROGA (BUENOS AIRES)

cloquioga@gmail.com

La escena puede ser habitada por una o más mujeres y/o disidencias, puede alterarse el orden de los momentos, incluso omitir alguno. Es una textualidad para ser abrazada por quienes desean un teatro poético y liberador. Un pretexto para transitar perspectivas de diversidad y enraizarse en los temas propios que (pre)ocupan a cada grupalidad.

I

Sonámbula, suspendida en el filo de una cornisa construida por una pila de pallets. Ojos bien abiertos hacia el horizonte, la entraña de sí misma. Describe, intentando retener y compartir lo que sus sueños velan.

Un gato tonto y escrupuloso,
de ojos vagos e indecentes,
prepara un último festín de sapos tuertos.
Deambular de mis ojos gastados.
Rumbo incierto o perdido.
Zigzaguo sin sentido, me distraigo.
Una porción de mí, se despierta conmovida
y no alcanzo a despabilarme.
Insisto en quedarme aislada y profunda,
apacible en la mansedumbre de este sueño sacro.
El mito mismo se guarda en él, y yo, con anhelos de desentrañarlo.
Me insto a dormir para siempre, si hiciera falta.
Confino a mis pies, trasnochados, a la marcha continua.
Miro al ras de mi hombro perezoso
y diviso a otras miles que marchan también.
¿Acaso me siguen? ¿O solo me acoplo a la colmena de ociosas míticas,
entre sus bostezos y olvidos?
No importa, estoy aquí y sé para qué camino.

Pasajera voraz de las laberínticas noches,
 del inconsciente animado y excitado,
 por las furias de lo que puja y agobia.
 Voy, tremebunda y absurda,
 cayendo con el pavor de despertar.
 ¡¿Hay una mano?! ¡¿Una cuerda?! ¡¿Una saliente?!
 ¡Espacio!
 ¡Ay! Qué pena no estar despierta para abrazarte,
 justo ahora que te llevo en mis brazos.
 ¡Ay! Que dulce beso acuna mi lengua en tu lengua.
 Espero recordarlo para describírselo a quien me acompañe en invierno,
 cuando se nos congelan hasta los alientos.

Pausa.

En este sueño, todas sueñan.

Con otra voz, en juego con ella misma, desdoblada. O con otra.

- Señora, ¿sabría decirme si está despierta?
- Claro que estoy despierta, mis ojos están abiertos, tan despejados que alcanzo ver hasta...hasta...Que raro, hace unos instantes podía ver hasta la puerta de la Catedral.
- Sí, es raro, desde acá no se ven iglesias. (*Cambiando el rumbo de la mirada*). Para allí no hay sinagogas, ni mezquitas.
- Sin embargo, puedo asegurarle, que la Catedral queda para allá: del lado de la Avenida Mayor.
- Insisto, no hay nada. Y mis ojos, aunque dormidos, más acá o más allá, siempre están viendo.
- Insiste con eso: "dormidos". Me está poniendo inquieta.
- Disculpe, no quiero molestarla. Usted, es nueva.
- ¿Perdón?
- Que debe ser su primera travesía. Necesitará una guía, alguien que la ayude a no atropellarse, a...
- No sé qué está diciendo. Mejor...

Intenta alejarse sin fuerzas, no puede.

- Esta, es su primera desencamada. Su inicio noctámbulo. Su bautismo noctívago.
- ¿Qué dice?
- Suelo ponerme más aguda y clarificada en este estado. Despierta soy un ser dormido, de modos esmirriados y pocas amistades. Así, sonámbula, cosecho gente de lo más interesante.
- Si fuera cierto lo que está pensando, no veo lo interesante de mi persona.
- ¿Acaso no se da cuenta?
- ¿Qué?
- Ha salido con ropa y eso ya es un signo.
- Usted no está desnuda.
- Es mi bata.
- No parece.
- Salgo a comprar los más sofisticados, nunca se dónde voy a ir a parar, ni con quién y quisiera estar acertada para la ocasión.
- ¿Y en su casa saben de...?
- Claro, jamás mentiría con una cosa así. Es muy peligroso, mire si me pasara algo.

Larga pausa.

Sueño, un sueño de bengalas y grillos.

Me rasca la espalda un gato de malas mañas.

Se pasea por mis piernas y ahora por mi panza.

¡Ay! Me duelen sus rasguños, y después, sus lamidas
de sensual aliento, ácido, me cala el alma.

La bengala, despega y se enciende en llamarada.

El humo me asfixia y apila con otras.

Siento unos pies sobre mi cabeza y me hundo,
en otras costillas, no mías.

Me ahueco en la garganta partida de no sé quién.

Otras se salvan, caminándome por encima.

Somos una montaña ya, partidas, encimadas.

No despierto, lo intento y me sumo a la pesadilla.

Una mano me jala, retuerce mi húmero,

se ensanchan mis huesos carpianos, un dedo se desprende y se va solo.

Lo despido como a un chiquillo que sale a jugar su último rato del día:

¡Divertite!

Pausa.

Ahumada. Gris, sin aire nuevo.

¿Y los grillos?

Un zumbido, un aleteo, como de sirenas.

Mi mandíbula, ceñida a un cristal roto:

me cuajo en cien mitades desaparejas.

Insiste el zumbar de los grillos.

- No sigas, vos no estás dormida.

Mira hacia el precipicio, se balancea.

Habito mi pie hinchado,

Aún siento su aguijón:

punza, muerde, quema.

Tengo que, encontrar una pinza

o una mano que lo arranque,

que lo expulse.

Siento su veneno penetrado,

hasta en mi osamenta.

Un filtrarse en mis arterias,

se desparrama y brota

por mis pieles,

éstas y las que no me cubren.

(Como una abuela consejera). Ponete tus propios orines, hija. Que sus ácidos lo enfríen.

Frotate barro húmedo y déjalo ahí puesto, hasta que reseque.

- Pero, ¡Ay! ¡Duele!

Pausa.

Ya es un pie deforme.

Los líquidos se han puesto sólidos

y pesa, como bolsa de arena mojada.

Hay que seguir andando.

- El corazón me latía con fuerza cuando sentía que estaba bajando.
- ¿Él está sentado contra la pared?
- Sí, con la boquita abierta, trompita.
- ¿Movía los pies?
- ¿Por qué me preguntás eso? No me envenenes la sangre con esas preguntas.
- ¿Los movía?
- Sí, los movía, subía y bajaba. ¡Ahora tengo una visión! ¿Desde cuándo un talón se apoya así?
- ¿Así, cómo?
- Suspira, apenas el ángulo que dibuja el pie en el suelo. Suspira. Ahora, se queda quieto. Yo no sabía lo que era un orgasmo y de solo mirar este talón estoy teniendo uno, o eso creo.

Pausa.

- ¿Le dijiste algo?
- Yo le pregunté cómo se hacían los bebés.
- ¿Por qué?
- Mi casa está muy vacía.
- ¿Vacía de qué?
- De tomates, de galletitas, de billetes y de Papá Noel.
- ¿Por qué metes a Papá Noel en esto?
- Por poner un personaje, no quiero que pienses...
- ¿A quién venía a buscar él?
- Venía a dejar a una para llevarse a otra.
- ¿A quién?
- A vos, a mi amiga de verano con la que comparto muchos desayunos en camisón.
- ¿Qué más le dijiste para que te hiciera eso?
- ¿Le gusta mi dentadura?
- La tapan tus manos.
- Bueno, entrecrucé las manos, las enlacé y arremetí: ¿Le gusta mi dentadura?
- Tenés los dientes apretados.
- Hay que convivir con el perro que ladra.
- ¡Bien, tu ladrido no dejó que se acerque!

La sorprende un ruido violento.

- Alguien está queriendo abrir la puerta...
- Tirá de un dedo con la otra mano. Tapá los oídos ahora.
- ¿Así?
- En voz baja.
- ¿Es él?
- ¡Manos al piso, a los costados del cuerpo!
- Me estás asustando.
- Juguemos a Drácula.
- (*Cantando*). El conde Drácula baja por la medianera...
- Así está bien, seguí.
- ¿Te parece?
- Sí, ahora ríamos con ganas.

Ríe hacia donde vino el ruido.

Mirando por la mirilla de la puerta.

- Se quedó quieto. Vuelve a girar, pared atrás. Mueve sus pies, sube y baja.
- Otra vez...
- Gira la cabeza a la derecha, paralela a la pared. Se queda quieto. (*Pausa*). Dice sí con la cabeza. Absorbe un poco por su nariz. Dice algo que no entiendo. Se agarra los talones. Está teniendo una erección, o algo así. No, parece que miente. Se ríe. (*Pausa*). Desapareció.
- ¿Se fue?
- Se fue.
- Todavía estamos juntas.
- Y en camión.

Emprende un camino en el aire.

Un horizonte de existencia,
 un camino de periferias,
 raya con lo que es
 y lo que no es.
 Con lo que queda,
 con lo que se va.
 Bordo el filo de esta saliente
 caliza y desapareja.

Alineo pie con pie
para no perderme de su arista resbalosa.
Me invita a la caída ciega,
liviana y necesaria.
Si abriese la mirada consciente,
vería la garganta de ese engendro
que espera para engullirme.
Hay que seguir así, con lo puesto.
Y los ojos, como faros,
hacia delante.
Esto no ocurre aquí,
aquel más allá me sostiene y aligera.
Ya bailo y hasta corro en mi capitel.
Que no aparezca el chasquido.

*Se le chistan los dedos. Despierta sobresaltada.
Distribuye los pallets como callejones estrechos, laberínticos.*

II

Ataviada entre calles y gentío, huye en retirada de una manifestación reprimida por las fuerzas armadas.

¡No me sueltes la mano, te digo! ... ¡Acá, con mamá!... ¡Juntos!... ¡Cuidado! ¿No ven que hay un niño? Vení, mamá te alza. ¡No te sueltes! ¡Agarrate con fuerza, corazón...!
¡Mi Niño! ¡Mi Niño...! ¡Cuidado! ¡No te asustes! ¡Acá está mamá!

Entre el apretujo y las carreras.

¡Mi niño, cuidado! ¡Agárrenlo! ¡Que alguien lo sujete! ¡Acá está mamá! Escucho su llanto.
¡Qué alguien lo alce en sus brazos para que pueda verme! ¡Hay un Niño, por ahí! ¡Agarrate de donde puedas, no te sueltes! ¡Hijo mío, acá está mi mano!

El niño se desprende en la espesura.

Ay, de mi Niño solo. Andará pariendo miedos sin ser hembra.
Quién lo haya encontrado, sabrá que la edad no le deja pronunciar su nombre

y lo bautizará con agua de Jesuses y apellidos nuevos.
¿Cómo voy a saber encontrarlo cuando lo marquen de nueva yerra?
Espero que la dulzura de mis pechos no se le quite del sabor
y que en cada mujer que pruebe en su adultez, me encuentre.
Le grito a la noche tu nombre, para que no me olvides:
¡Niño de la América, que tu madre soy, aunque de mí, ya no seas!

El gentío la atropella.

Ay, de mi Niño solo que ya andará siendo joven.
¿Acaso con mujer? ¿Niños? Que son mis niños también,
los del alma de abuela. ¿Acaso con otro joven? Porque el amor es
de tantas con tantas, de tantos y tontos. ¡Ay, amor!
Hay un Hombre Niño, por las calles de toda ciudad
anda sin madre y ya, tal vez, no la recuerda.
Hombre Niño, sin un rostro con el que pueda buscarte,
aún quedaste fijado a mis pupilas con tus deditos en boca,
patitas y manos tibias, anidadas a mi memoria.

Una calle desolada.

¡Ay, de mi Niño, solo! ¡Ay, de esta Madre América, sin su Niño, desolada!
Hay un Niño que rezonga, sin ser yo la que lo arropa.
Hay un Niño que me llora, sin ser yo la que lo aquieta.
Hay un Niño y cientos de miles que son, también, mi niñez
y que me nombran: ¡América!
Hay un Niño que le fue creciendo a este continente, huérfano, mal nutrido,
apesadumbrado, quejoso y dolido. ¿No ven que a su Madre ha perdido?

III

Acarrea los pallets y los apila como chaise longue, en donde reposa.

A veces, cuando estoy descosida, suelo seducirte mejor:
volcada de lado, casi babeando, casi como más te gusto.
Deshilachada por dentro, destripada por fuera.
Me miras con esa cara de “qué ternura, es pura fibra”.

Camino, casi me arrastro, desmembrada, desbaratada y destejida.

En ese momento me tomas de una punta, la más enredada y tiras, tiras y tiras. Me ovillas en vos, con vos y somos vellón de lana de invierno y empuloverados vamos, sonrientes, bien humorados. Sin embargo, a veces, cuando me descoso por descuido, o enganchada en la cremallera de algún jean roto, ahí me despedazo de a tiras, de a mechones, de a colgajos. Soy pura estopa que alguien usa para trapear sus zapatos.

IV

Hacia el borde de la chaise longue, como un balcón.

Solita y pariendo miedos
me haces tuya, Noche.

Acaso me vieran los teros
andando en sola pata.

Qué pena de añoranza
no verte iluminada.

Que suerte de perdida,
hallarte y solitaria.

Solita y pariendo miedos
me haces tuya, Noche.

Hay una danza que todavía no bailo.

Hay un cascabel que no resuena.

Hay un sombrero y yo, sin sesera.

Perdoname, Lumbrera,
ser justo hoy, mal y paria,
y no saciarte con manos fuertes,
con mis vides y razones.

Solita y pariendo miedos
me haces tuya, Noche.

Y yo, me entrego...

como se dan las perturbadas,
arrancada hacia tus fauces,
saboreando de tus venenos.

Y yo me entrego...

como la palabra descarriada,
sacudida por los vientos,

anidada a tus oídos.
Y yo me entrego...
como la última mujer,
olvidada de tus ruegos,
adormecida y en tu pecho.

Enfila los pallets como vías de tren.

V

Amontonados al andén 7, agrietados a la espera del abordaje, somos millones al día y yo, un granito de esos millares. Me agolpo y me dejo empujar hacia su tragadero. Ablando la osamenta, me despellejo en maletines, pelucas y codos.

Arena movediza, la marejada humana despertando hacia La Capital.

Me dejo tragar y llego: desvestida, acalorada y sin pestañas. Y si reviso bien, sin orejas y sin dientes. Atravesamos los molinetes, oramos y blasfemamos una queja peregrina a los rieles. Nos expide la máquina furiosa y se desploma sobre sus metales. Al cruzar la primera avenida, escuchamos atorado, su último alarido.

Mi tren rechina en la estación, mi tren naufraga al cruzar la romería, corcovea en la vía mansa del Puesto 9, rezonga y empaca en la penúltima.

Rueda, rueda y descarrila al arribar en Terminal.

Tren descansa su turno de cuarto de hora, se abrocha al cinturón de los andenes, los vahos de los regresados, petates desarropados y carros de dos anillas.

Atrasos, silbatos, bardas, guripas, timos y rodeos.

¡Ay, mi tren, que te padezco y obedezco cada mañana!

VI

Dispone los pallets como baúles, abre las tapas, se asoma para descubrir y hace mediciones.

Tengo una sospecha: alguien siembra objetos para que yo los halle. Al principio me pareció que eran de esas casualidades que se amontonan, pero hoy tengo la certeza, como de un camino de minúsculas migas de pan que me conducen hasta la casa de... ¿de quién? (*Pausa*). La semana pasada fue una caja de diapositivas, intacta, sin sus fotogramas, solo los marcos. El domingo, una bolsa de botones, como si supiera de mi debilidad por esos ojalitos de nácar. Anteayer, colgando de la corteza mustia de un árbol, un molinete de los de soplar. No lo guar-

dé, lo regalé pronto al primer niño que pasaba. Lo vi alejarse con sus pétalos rojos, celestes y naranjas en el susurro continuo con que el pequeño lo abrumaba.

Los cálculos confirmaron la exactitud del territorio donde fueron plantados, un radio de cuatro cuabras a la redonda de donde vivo. Alguien que sabe de mis rutinas y paseos.

Algo se devela ante las salivas y los ojos.

Algo temido.

Algo que no anima ni se anima.

Convulsionan, pisan y gritan.

Un hombre estalla en su espalda ese Algo,

Todos acuden y explotan.

Hay un son que los sacude.

Se baten las manos,

se sopla al Algo

y nos alcanza a todos.

Cámara lenta.

El aire en suspenso,

detona el aullido.

Hay un pie en veremos,

dos manos que esperan,

El Algo en dedos pide silencio.

El hombre se toca el corazón,

otra desparrama sus palmas

y las hace pájaros agitados,

descarriados.

Ahí, otro hace el hula-hula,

otra lo hace collar.

Todos la santifican

y le imploran.

La llevan en andas, ¿mutilada?

La siembran

y lo riegan de miradas sin aliento.

En silencio, velan, vigilan.

En silencio, ahí.

Es la difunta,

Ahí viene su último suspiro.

VII

Vuelve a enfilar los pallets como vías, con apuro.

Anuncian: ¡Último servicio!

¡Que arranque ya!

Pausa, se acomoda.

Una chica canta lírica en la puerta central, me salva.

El asiento contiguo huele a meo y a miseria desarropada.

Vuelven de su tardecita en el centro, cientos de caritas conurbanas en este tren desvencijado y latoso. Que me duerma ya y me despierte el sonido de la Ciudadela.

Pausa de arribada.

Desembarco en mi pueblo, el andén que espera mis huellas. Soy menos extranjera.

VIII

Los pallets son acomodados como gallinero, en cuadrilátero, ella queda dentro.

¡Se desató la bestia! - gritó mamá y sin pensarlo corrí, salté el gallinero. Desparramo de batrazas, pintas y pigmeas. “¡Agarrá a esa bestia, Nena!” -seguía gritando mientras agitaba en la mano un palo de amasar. “Te amazzo”, más de una vez recibí la amenaza y el palazo en el lomo... “¿Quién dejó abierta la tranca?, ¿eh? ¿Fuiste vos, pedazo de salame?” Andá, andá, agarrala del cogote, que yo le pego. No le van a quedar ganas de salirse del galpón”.

No sé cómo, la agarré de las patas, justo cuando estaba saltando para lo del vecino, ese cretino que cada vez que estoy lavando el patio en bombacha (porque me da la gana), se me pone a espiar y hace como que yo no lo veo, y él sabe que me indigna que no me diga nada. Ni una sola guasada me lanza. Ni me salpica ni me hiere. Solo espía. Porquería, ni que una fuera de arena. Una es carne podrida, bien necesitada de un buen manoseo.

Encuentra una mirilla por donde espiar.

Bueno, decía: no sé cómo la agarré de las patas, justo cuando estaba saltando para lo del vecino, ese papafrita que me la tiene junada y no hace nada, ese mamerto desabotonado con cara de higo pasa, ese, cosa de entrepierna madura y sabrosa, ese que, jadea todas las noches detrás de la pared de mi baño, cuando sabe que me estoy aseando los cebos.

Pausa.

Decía, no me entretengo, que no sé cómo, la agarré de las patas y al agarrar sus patas me crucé con su hocico, detrás de su trompa, vino su rabo... ¡Y ahí me incrusté!... ¡Qué nido de desdichas y emanaciones!

Sale del gallinero, agitada.

“¿Lagarraste, Nena?”, seguía el periplo desde la cocina sin mover un dedo la mamá que me pare una y mil veces entre su concha y sus palabras obscenas.

No sé cómo, la agarré... ¡La agarré de las patas, vieja! (*Pausa*). ¿Por qué me mira así?, diga, mamita. “Hijita, culebra, sinvergonzona...te falta la bombacha esta vuelta y solo traes entre manos las dos patas. ¿Qué hiciste con la cabeza?”

IX

Alza uno de los pallets sobre su cabeza.

Tengo miedo de lluvia, de piedras, de que me llueva dentro de la pieza.

Voy juntando tachitos por las dudas.

Tengo miedo de sorpresas, de promesas, de que me sorprenda dentro del corazón.

Voy juntando tachitos por las dudas.

Tengo miedo de caricias, de arrebatos, de que me acaricie dentro del colchón.

Voy juntando tachitos por las dudas.

Tengo un cuarto repleto de tachitos por las dudas: de duraznos, de arvejas, de tomates.

Tengo otro cuarto colmado de palabras por las dudas: “un gusto”, “nos vemos en otro momento”, “riquísimo”.

X

Alinea los pallets como escollera, se sienta con las patas en el río.

Iré a la India. Un baño en el Ganges, entre flores, mierdas y muertos. Un niño con ojos como huevos y su panza de hambre me mirará pidiendo unas monedas y un pan. ¿Allí, hay pan? ¿Qué se come en la India? Es un excelente momento para viajar y probar nuevos sabores: insectos, boas, raíces, jugos verdes y violetas.

Llevaré solo un pantalón de montaña, el desmontable, unas sandalias de tracking, tres remeras, un buzo con capucha y tres mudas de ropa interior y posiblemente, al llegar, deje todo en el hotel y me compre una túnica y un par de ojotas nativas.

Cuando viajo me gusta sentirme salvaje, no me depilo, uso casi siempre la misma ropa.

India, es un lindo nombre para una hija. Indiana, podría ser para un niño. Ya no tengo edad para gestar ni para soportar la escuela. Comida hindú y camisas con hilos plateados, de colores intensos. Togas, voy a hacerme de una de esas, dándole vueltas y vueltas a mi cabeza, como un gran turbante, por unos días voy a olvidarme de mi cabellera. Ojos hindúes, hay una foto de McCurry, parece una niña hindú, pero es una niña afgana. ¿Cómo se hace el amor en la India? Voy a meditar, me voy a sentir inspirada ahí. Todo se medita: qué comer, cómo dormir, cómo caminar, cómo pensar...

No van a ser vacaciones, va a ser un viaje, hacia mí.

Nuestras tierras eran las Indias. ¿Nuestras? ¿Soy de acá? Colonizadas. Mercantilizadas. Desbastadas. Evangelizadas. Suprimidas. Violadas. Mutiladas. Asesinadas.

India y América, son dos nombres de mujeres. Yo, América, en la India.

De la India es la espirulina que tomo en las mañanas, me hace sentir bien, reemplaza las proteínas de la carne que no consumo. Si eso me hace bien, este viaje también.

De la India escuché un cuento, ¿cuál era? ¿El del elefante y la frase “Esto también pasará”? Dicen que en la India se produce la mayor cantidad de películas. Voy a aprovechar para ver cine. Quiero vestirme con los colores de allá, que mis ojos crezcan y mi piel se oscurezca. Enflaquecer y embutirme cada mañana en un lienzo suave color marfil. Que no me importe el no bañarme, las vacas caminando por las calles y tener que abrazarlas y rezarles. Quiero mis pies indios, con los dedos separados y en las plantas una suela propia de tanto andar descalza. ¿Raparme? Una sacerdotisa y hacer votos de silencio un par de meses y que al abrir de nuevo mi boca, salgan disparados pájaros, vino derramado y palabras nuevas.

India, quiero llamarme desde ahora así. Conozco a alguien que se llama India, es la hermana de Selva, las hijas de Oscar Alemán, el músico. Ya está, desde hoy me llamo India. No tengo que olvidarme la crema de cacao, el cepillo de dientes, el *Micostasol* azul y el repelente de mosquitos. Flores flotando en el Ganges entre los muertos que se despiden en las orillas, esta imagen la vi en un documental. Mi amigo Martín acaba de llegar de la India, es el corresponsal de turismo del diario conservador, allá armó una pequeña película, vistió a un muchacho del tour, de hindú transexual y lo hizo actuar, meterse en una construcción religiosa. Llevaba un vestido rosa. Las camisas que vendía mi amiga Adriana en los años 90, eran hindúes, de esas

telas casi transparentes. Algunos juguetes se fabrican en la India, otros son de Taiwán. Quiero acariciar la piel de un hombre de allá, supongo que es más curtida. ¿A qué huele la piel de un hindú? Coca Sarli, pudo haber sido una hindú en alguna de sus películas, tengo que rastrear ese film. Me la imagino con un tercer ojo como única vestimenta. El cabello recogido con media cola, bien ennegrecido. Los ojos delineados, exuberantes. Rezando sobre sus rodillas en el piso en un templo, repleto de monjes que ni se mosquean de ver su desnudez, hasta que una de las imágenes empieza a cobrar vida. Desde una de las paredes, comienza a lamerle los pies descalzos.

XI

Camina sobre el filo de la misma escollera, ahora, como cornisa.

¿Dónde me duelen las palabras que no quiero escuchar? Seguramente aquí, en este agujero flácido del cráneo, o más allá, en la rodilla rota de esa vez, o por acá abajo del ombligo, donde una sonrisa es cicatriz.

¿Las palabras duelen? ¿Lastiman? ¿Demuelen? ¿Me paralizan? A veces sí, inescrupulosamente y hasta se ríen sin la menor discreción.

Esas, son palabras descaradas, pecadoras, reas y trasnochadas. ¿Pero siempre dicen la verdad? ¿Hay que creerles a esas palabras que vienen de vez en cuando, te destapan en medio de la noche y luego se echan a correr furibundas? Ya no se si creerles, pero duelen y eso es más que sentido. Otras veces, muerden. En esos días ya estoy prevenida y las espero con un palo o una piedra.

El otro día llegó una, toda ella borracha. Esas son las peores, se creen las más necesarias y solo saben de escupirse y orinarse en sí mismas y ponen en evidencia su propia tristeza. Pero finalmente, cuando se caen sobre mi alfombra, divagando, les tengo compasión y termino metiéndolas en mi cama.

Pausa.

Esas mañanas, amanezco helada y sobre la sábana me dejan siempre un corcho que voy coleccionando en un botellón verde. ¿Para qué junto cosas inútiles? Como si pudiera alguna vez construir una balsa de corchos ¿Hacia dónde navegaría? ¿En qué mares? Dejarme llevar en una balsa, hasta alguna orilla de arenas blancas y tener todo el día para mí... ¿Desde cuándo no paso todo el día haciendo el amor entre palabras ahogadas en besos? ¡Mortal! Podría resultar una respuesta amarga. Si me pongo a hacer cuentas, sería innumerable, agobiante semejante glosario de nada.

Pausa.

Que bellas pueden resultar las palabras cuando nacen entre besos, cuando brotan entre dos muslos, cuando se lamen en un oído estremecido, cuando se rocían en una espalda como volcán que ruge su último grito.

Hacer el amor me quita el apetito. ¿Podría no comer hasta desaparecer? Y si desapareciera entre esos muslos, a la hora de la siesta, ya no llegaría a la cena donde me esperan una palta en su pan y un bizcocho de nuez y canela. ¿Podría no nutrirme de palabras? Hay palabras fuertes, llenas de proteínas, por ejemplo: ESTOY. REPONGO. MAMÓN. ABRAZO. OLAS. Hay palabras endulzadas de manera delicada, como ARRULLO y MIS BRAGAS. Hay palabras confiadas, o frases confiadas: TE ESPERO, TE SIENTO. ¿Soy confiable? ¿Qué, de mí, puede parecerlo? ¿Solo un gesto o toda una proclama de manifiestos? Y si eso ocurriera: que algo de mi se hiciera tierno, agradable de cuidar ¿Qué, de mi, puede volver a confiar? ¿Toda? ¿Un cachito? Tal vez, una palabra mía que confíe en otra palabra solitaria y antojadiza de caricias apalabradas.

Pausa.

¿Desde cuándo no paso todo el día haciendo el amor en silencio, dejando que las palabras se hilvanen solas en las manos tiritantes?

XII

Mientras habla danzando, dispone los pallets como islotes.

Mi mamá decía que, el sol del mediodía te oscurece y por eso me protegía con sombrero de paja y baños de luna.

Mis primas decían que a las muñecas las tenés que hamacar para que cuando crezcan no se mareen.

Mi tía decía que, no es bueno que te vean sola y sin hijos.

Baila una danza perturbada y renga.

Oigo quejas al oído, de malandanza. Ando con la fiebre, es una danza en canon de mí misma. Me grito: ¡Moleme! ¡Moleme! Y no hay caso. Ando mala como una perra rabiosa, ando mala como una ola que te revuelca.

Un día creí que se podía vivir sin quejarse, entonces meforcé a no quejarme y lo conseguí unos cuantos años, hasta ahora. Es más, ya no me quejaba de nada ni de nadie. Hoy es distinto: estoy de malas, de peores y de horrores con esta fiebre.

Me cosería la boca con hilo de matahambre para no seguir quejándome, pero lo único que tengo de matahambre es la cabeza, achicharrada por este dolor. En lugar de dos oídos tengo dos huevos duros y los sesos llenos de zanahoria. ¡Cómanme, córtanme de a rebanadas, pero sáquenme este dolor de espanto!

Hoy estoy sin punto de fuga y sorda. Camino de lado. En estos casos falla el equilibrio: este desorden que se produce con la inflamación en el tímpano. Este habitáculo de zumbidos tímbricos, esta cajuela de toc toc y de chinchines.

Hoy la fiebre me pone de malandanza. Danzo sola y sorda de melodías para solo acompañarme en ronquidos y en mis zzzzzzzzzp, zzzzzzzzzp.

Mi sordera es como un velorio de cotorras. Y danzo, ¿ven cómo danzo?

Quizás se podría haber evitado. ¿Fue negligencia? ¿Fue torpeza? Digan cualquier cosa, total no les escucho.

Danza sin parar en remolinos, como zumba la abeja en su miel.

¡Blandura! ¡Blandura! Un poco de blandura, ¡Piedad!

El imán y el miedo...

Era todo pelo, un injerto en mi aurícula.

¿Saben qué día es hoy?

¿No?

El día de las sirenas sin epopeya.

Miren este danzar desenfrenado, tiene un olor muy particular.

Es el día de esos ¿moluscos? Porque se les puede decir moluscos, ¿verdad?

Es el día de estas anfibias mujerzuelas que quedamos sordas a causa de nuestro propio canto. Es un ritual que no puedo explicar bien, pero este día, una muchacha, es entregada en sacrificio a los dioses y condenada a bailar sorda para siempre. ¿Para siempre? ¿Dioses? ¡Demonios! Miren como les danza, la sorda sirena al compás de los zzzzzzzzzp y de los bbbbbbzzzzzzzzzzzzzzzz. ¿Suspiros? ¿Lamentos? No soporto los suspiros cuando son lamentos. Me envenena mi crujido. Estoy llena de palabras y no sé cuáles son las mías y ya el aire está apalabrado, no cabe una letra más.

XIII

Cae mareada por la danza. Con esfuerzo, improvisa un escenario de pallets enfundados, iza

un telón pintado de valle, rodeado de sus cumbres multicolores. Viste, con dificultad, un saco de talla pequeña.

Querida comunidad:

Es un honor presidir este Ministerio que representa a toda una región. Con profunda nobleza, agradezco haber sido elegida por mis compatriotas. Es, sin duda, un gigantesco desafío -por lo que se les exige a las mujeres-, pero también una señal del cambio cultural que vivimos. Es una muestra del interés, de nosotras, por participar en la vida pública. No sólo votar, sino también, ser elegidas. Este nombramiento deja de ser una excepción: que, las mujeres ocupemos ministerios; que, haya paridad en los gabinetes administrativos y legislativos; o que, haya más mujeres que nunca en puestos de decisión de un Gobierno. Es una estrategia común, transmitir y fortalecer los logros del proceso de igualdad de las mujeres e identidades disidentes.

La creación de este Ministerio, tiene un saber y una acción compartida: mitigar el dolor y la desatención de la soledad masificada. Por la pandemia, la tasa de suicidios aumentó y afecta, sobre todo, a las feminidades.

Gran Bretaña, en 2018, se convirtió en el primer Estado en crear un Ministerio de la Soledad para prevenir suicidios, luego lo siguió Japón y ahora es el tiempo de nuestra Nación, como el primer país de América.

Como en muchos países, infinidad de mujeres han perdido sus trabajos. En las grandes metrópolis, aproximadamente una de cada cinco mujeres vive sola, y las advertencias a quedarse en casa y evitar visitar a la familia han exacerbado los sentimientos de aislamiento. Estadísticas confiables demuestran que otras mujeres han luchado con las profundas disparidades en la división del trabajo doméstico y el cuidado de las niñas durante la era del trabajo desde casa, o han sufrido un aumento de la violencia doméstica y la agresión sexual. La pandemia y el teletrabajo han agravado todo, en especial, afectó más a las mujeres y profundizó la pobreza infantil. El creciente costo psicológico y físico ha ido acompañado de un preocupante aumento de suicidios entre las mujeres.

Hace dos días, vía virtual, asistí a la primera Asamblea General de los Ministerios de la Soledad, donde tuve la oportunidad de dialogar, junto a representantes de otras regiones, acerca de nuestro país y el escenario pos-pandemia. Llevé un mensaje por la democracia, los derechos humanos, las instituciones, la paz que queremos promover en el planeta y en especial, la urgencia de reconocer la magnitud de la soledad, y así, facilitar políticas públicas para paliar sus consecuencias.

En esta primera asamblea, también tuvimos reunión de oficinas de contramedidas de aislamiento / soledad, en la cual abordamos el síndrome de la impostora. Lo sé, parece un título de película, sin embargo, es un síntoma más común de lo que solemos reconocer y da cuenta de

cómo algunas personas, a pesar de obtener importantes logros profesionales y académicos, no creemos merecer estos lugares ni ser lo suficientemente inteligentes para ello. Estamos al acecho de que en cualquier momento alguien develará el engaño. Es una voz juiciosa sobre nosotras mismas, que puede ser encarnada por otras personas, pero sobre todo por nosotras mismas. Las voces internas con las que lidiamos y que, no solo nos atormentan, sino que anulan capacidades y talentos y limitan nuestras posibilidades de surgir.

Abandona la lectura. Pausa.

No conocía ese síndrome y, sin embargo, cuando lo explicaban, me vi. Sin ir más lejos, hasta hace una semana atrás, cuando me comunicaban el cargo, pregunté si acaso era un error. Venía postulando la necesidad de crear secretarías de género, observatorios para la equidad y que, sistemáticamente fueron desestimadas. Primero, por necesidades y urgencias y luego, por falta de presupuesto. Y ahora, este ofrecimiento, un ministerio, al cual todavía, no se le ha otorgado un presupuesto tangible, a la espera de una ley de autarquía, informaron hoy desde Secretaría de Recursos.

Retoma la lectura.

Quienes saben, soy de una región remota, la quinta menos poblada del país, que recibió a varios grupos de inmigrantes, españoles en su mayoría, aunque a diferencia de otras, estos no han superado a la población autóctona y que, naturalmente de esa mezcla, surgió una población mestiza.

Entre las fiestas más destacadas, celebramos: la Fiesta Nacional e Internacional del Poncho, Fiesta Nacional del Cabrito y Fiesta Nacional de la Mandarina.

Abandona el discurso. Se anima.

La receta de nuestras empanadas no es un misterio. Solo, unos pocos ingredientes: 1/2 kilo de carne picada (yo, uso Punta de Espalda), 1 manojo de cebolla de verdeo (4 o 5 plantitas), 2 cebollas comunes, 50 gramos de pasas de uva, 100 gramos de papas hervidas, 100 gramos de grasa, 3 huevos duros, 1/2 taza caldo. A gusto: sal, pimienta, pimentón, ají molido, comino. Tapas para empanadas compradas o caseras. Colocar una olla en el fuego (si es de hierro mejor). Echar la grasa, luego las cebollas bien picadas, antes que se empiecen a dorar agregar la carne cortada a cuchillo en tiras o cubos, agregar un chorro de caldo, cocinar siempre tapado así se hace jugoso. Agregar 1 cucharadita de cada condimento, salar y probar hasta llegar al gusto deseado. Cuando la carne se empieza a blanquear. Retirar del fuego, agregar

los huevos picados, las papas en cubitos, y las pasas de uva. Pasar todo a un recipiente de vidrio o de plástico. Dejar enfriar. Luego dejar en la heladera, si es de un día para otro mejor. Rellenar las tapas de empanadas y cerrar con repulgue. Se cocinan fritas en grasa caliente. O también pueden ser al horno en una placa. Acomodar y luego pincelar con grasa derretida en horno caliente, es conveniente poner sobre la chapa del horno un jarrito con agua así no salen secas. Con esta cantidad de ingredientes salen aproximadamente 24.

Pausa.

Estoy en la periferia de la esfera de decisiones... (*Retoma el discurso*). Avanzamos hacia un plan integral. Los recursos... (*Abandona el discurso, definitivamente*). ...muy escasos, los cimientos... ...enclenques. Esa, era una palabra que usaba mi abuela para describir algo delicado, con poca estabilidad. Confío en que están del otro lado escuchando estas palabras a través de una pantalla o un teléfono móvil y que, quizás, pueda detener con ellas el paso final de más de una. Porque también estuve ahí, con el paso suspendido en la cornisa, titubeando, trastabillando, resbalando, inmóvil tantas veces, muda del susto o amordazada, para despertar al fin. Nos vimos deambular, con los ojos como ciruelas. Chasqueábamos los dedos y nada. (*Pausa*). Algunas aprendimos a caer en doble vuelta moral y hasta con estilo mariposa a una pileta bien fondeada de la que resurgíamos; y otras, siguen aferradas a un borde cuarteado donde fieras azuzan las manos para que no resistan.

Hay un horizonte, de existencia.

Despertar. En este sueño, todas sueñan. Despertar.

Todo es frágil,

la muerte se tiende de piernas abiertas

en la cama de un hospital zonal

pariendo vergüenzas.

Todo es frágil

sin embargo, hacemos una trama de leyes

y las sostenemos en vigiliass

artes y actos.

Todo es frágil,

mis manos tiemblan y hacen un gesto.

No sé por qué, saben su viaje

y mis labios murmuran.

Despertar. En este sueño, todas sueñan. Despertar.

FIN

CON EL ALMA EN UN HILO

CIELA ASAD (MORÓN, PROVINCIA DE BUENOS AIRES)

cielaasad@yahoo.com.ar

PERSONAJES

EVITA NIÑA

EVA MUJER

*“PARA EXPLICAR MI VIDA DE HOY, ES DECIR LO QUE HAGO,
DE ACUERDO CON LO QUE MI ALMA SIENTE, TUVE QUE IR A BUSCAR,
EN MIS PRIMEROS AÑOS, LOS PRIMEROS SENTIMIENTOS...
HE HALLADO EN MI CORAZÓN, UN SENTIMIENTO FUNDAMENTAL QUE DOMINA DESDE ALLÍ,
EN FORMA TOTAL, MI ESPÍRITU Y MI VIDA:
ESE SENTIMIENTO ES MI INDIGNACIÓN FRENTE A LA INJUSTICIA.
DESDE QUE YO ME ACUERDO CADA INJUSTICIA
ME HACE DOLER EL ALMA COMO SI ME CLAVASE ALGO EN ELLA.
DE CADA EDAD GUARDO EL RECUERDO DE ALGUNA INJUSTICIA
QUE ME SUBLEVÓ DESGARRÁNDOME ÍNTIMAMENTE”.*
EVA DUARTE DE PERÓN

Oscuridad, se escucha a una EVITA NIÑA, declamando una estrofa del poema “Muerta” de Amado Nervo, cuando se enciende la luz EVA MUJER sigue declamando otra estrofa del mismo poema.

EVITA NIÑA. En vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
así quieren su imagen con ilusorio afán.

¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!

¡Oh! Padre de los vivos, ¿a dónde van los muertos,
a dónde van los muertos, Señor, ¿adónde van?

EVA MUJER. Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un océano sin límites, que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torvos horizontes escruta con mirada febril,
buscando un barco de luz que no vendrá.

Cambia la luz hacia otro espacio del escenario.

EVA MUJER. (Decaída, dicta mientras camina).

¿Qué día es hoy?

Escribí Mary, escribí, lo más rápido que puedas, antes que me arrepienta:

Tengo un pájaro cabrón plantado en el pecho. No sé qué pensar. Estoy desorientada y no tengo a quién consultar, más que a mí misma. Me avergüenza este tamborileo en los huesos, que me taladra y hunde como si yo fuera un ladrillo.

Todo mi coraje, todo, se hace bruma cada vez que despierto. Me veo en un piso muy alto, el vidrio tiene detergente y mucha espuma.

Nunca me sentí tan sola, ni tan pobre. Ni cuando me faltaba todo. ¿Esta soledad es el harapo con que me viste la historia?, ¿este dolor es una ausencia?, yo sé que estoy diciendo estupideces, pero necesito reencontrarme en el valor de hablarme. El pueblo lo espera todo, y yo tengo sueños de muerte.

Le estoy fallando a Perón, a mi pueblo.

¡Callate, no me interrumpas!

Yo no tengo derecho a esta debilidad, por eso la escribo, para quemar esta carta, con el mismo fuego que crece llameante dentro del pecho.

El azar y la casualidad son una mentira. Estoy comprometida a decir todo lo que siento

El amor es darse, y darse es dar la propia vida.

¿Vos viste, a los carteros? ¿No los acompaña una nube angelical?

¡La pucha!, las veces que no he podido dar una solución inmediata a una carta que me llega, no me la olvido, queda ahí, reservada... hasta poder hacer algo.

Así esta carta esperará que mi ánimo cambie.

¿Qué hora es?

¿Qué hora puede ser más hermosa que la hora de estrechar en los brazos a un descamisado?

¡Una bicicleta!, ¿te das cuenta?, una bicicleta para ir rápido y soñar que todos comen y duermen dignamente.

Un camión de madera. Un camión lleno de grasitas gritando ¡Viva Perón! Carajoooooooo.

Eso quiero.

¿Por qué? No tengo derecho a decir por qué...

La grasa de chasis tiene una consistencia similar a la de la miel, ¿sabías?, jeso no lo escribas!, Chirridos, chirridos, por acá, por todos lados. *(Se señala diferentes partes del cuerpo)*.

Nadie gana tanto en este mundo como yo, mi sueldo es el cariño del pueblo, esto sí escríbilo.

¡Ojalá no te mueras nunca!, le gritan en la calle cuando paseamos con Perón. ¡Ojalá no te mueras nunca, Perón!

Eso es cariño puro, cariño como ninguna otra cosa de la tierra, cariño sin interés y sin medida., cariño limpio de pueblo que no se puede pagar sino con obras de amor.

¿Estoy pagando mi deuda de cariño?

Siempre dije que hay que seguir luchando hasta dar la vida si fuese necesario: porque una deuda de cariño como la que yo tengo con el pueblo no se termina de pagar sino con la vida. Y ahora que sé que voy a morir tengo miedo.

Me avergüenzo. ¡No me mires! Sí, me avergüenzo.

Llevo cierto espíritu de aventura en el alma. Pero esta alma que ahora está en un hilo... ¡se me rebela! Se enmaraña, se me hacen nudos y no puedo tejer ni una palabra como el pueblo se merece.

Mi alma se desordena, soy “un caso sin remedio”, siempre me dice Perón.

Voy a poner un limón en la media, así le zurzo el agujero. (Se ríe). Yo no sé zurcir Mary...no sé. Pero si mi ser logra recuperarse, y este tal vez sea el modo, todo lo demás se puede mejorar. Las magnolias, E, los ceibos, Vi, los jazmines, Ta.

¿Qué día es hoy?

No me alcanza ni el tiempo ni las fuerzas. No hay tiempo de levantar a los caídos.

Hay tanto que hacer para tan poco tiempo... desde aquella patriada en 1946 cuando le ofrecí mi corazón al pueblo. El corazón de EVITA.

¡Y no me arrepiento!

Mirá, el asunto no es sacarle las arandelas a la cosa, el asunto es, conectar la canilla a la cañería.

Y no es que yo sepa mucho de estas cosas, es que aprendí a escucharlos.

Mi corazón tiene el júbilo de cada beso en la frente que me ha dado Perón, en agradecimiento a la inauguración de cada obra: la ciudad infantil, los hogares de tránsito, los hogares de ancianos y de menores, el hogar de la empleada, los barrios de vivienda.

Mi ambición era pasar los últimos años de mi vida en cualquiera de mis “hogares para ancianos”, y cada vez que los visitaba, me alegraba pensando que en ellos me sentiría cómoda y feliz.

Pero ahora sé que eso no será posible. Yo no lo invoco a Dios a cada rato.

¿Sabés qué siento cuando acaricio a los descamisaditos?, pienso en las semillas, y en las plantas y en los árboles, en los lugares hermosos que podemos hacer para que ellos corra-teen como príncipes y princesas.

Cristo dijo que “nadie ama más que el que da la vida por sus amigos”. ¡Pero yo ahora le pido a Dios que me devuelva la salud que he perdido!

Estoy tan triste. Soy tan chiquita para tanto dolor

¿Qué día es? ¿Llueve?

Un instante de respiración. Una puntada.

Ver...

¡Tirá eso! (*Le grita*). ¡Quemalo!

¡Qué quema mierda!

En penumbra EVA MUJER recita como rezando los últimos versos del poema.

¡Piedad para los muertos!

¿A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?

FIN

ANDA JALEO

SUSANA TOSCANO (CABA)

susanatoscano.fazio@gmail.com

Inspirado en personajes y textos de Federico García Lorca.

PERSONAJES

ALAIN, Bernarda Alba

NACHO, Yerma

ROBERTO, Doña Rosita la soltera

Los nombres de los personajes coinciden con los nombres de los actores de la primera puesta teatral hecha en Buenos Aires con dirección de la autora.

En el patio de butacas, con la sala a oscuras entran por la platea tres personajes, llevando en su cabeza a modo de diadema una linterna con luz, al estilo de los mineros, o arqueólogos. Van vestidos con unos trajes de monjes con capuchas.

ALAIN. Seguidme

ROBERTO. Qué oscuro está.

ALAIN. Seguidme. (*Mirando la brújula*). No os separéis. Siempre hacia el Norte. Por aquí...

NACHO. No se ve nada.

ALAIN. No... por aquí. Siempre hacia el norte. Seguidme. No os separéis.

ROBERTO. Yo estaba mejor en casa.

NACHO. Me da un poco de miedo esto...

ROBERTO. No teníamos que haber venido.

ALAIN. Esta brújula, no hay quien la entienda.

ROBERTO. Qué renegrido está todo.

NACHO. Nos tocó la peor de las noches

ROBERTO. Ni una estrella...

NACHO. Ni una.

ROBERTO. Y la luna ¿vos las ves?

NACHO. La luna, ¿dónde está la luna?

ALAIN. Silencio, os dije que me siguierais.

ROBERTO. ¿Dónde estás?

NACHO. No te vemos.

ALAIN. Por aquí.

NACHO. ¿Por dónde?

ALAIN. Mirad mi luz.

ROBERTO. ¿Sabemos adónde vamos?

NACHO. ¿Qué dice la brújula?

ALAIN. Por vuestra culpa ya no sé ni dónde está el norte, ni el sur, ni el este, ni el oeste... Alumbrad aquí. *(Los tres alumbran la brújula)*. Por aquí, por aquí... *(Pasan por encima de las butacas y cuando sube ALAIN dice)*. Subo, subo, subo. Ay va la hostia. Me acabo de subir a un pino verde...

NACHO. Vení. Subamos.

ROBERTO. *(Mirando a sus compañeros horrorizado)*. Yo no me subo a ningún lado. Esto de pino no tiene nada. Es una simple butaca de teatro. Vámonos.

ALAIN. ¡Silencio! ¡El mapa! Dámelo.

NACHO. Yo no lo tengo.

ALAIN. *(Enfadado)*. ¿Quién lo tiene?

NACHO. *(A ROBERTO)*. ¿Lo tenés vos?

ROBERTO. Yo no, si a mí nunca me dan nada. Lo tenías vos.

NACHO. Te dije que no.

ALAIN. Me acuerdo perfectamente de que el mapa te lo di ayer a ti. ¿Quieres que te diga la hora exacta?

NACHO. Sí, decímela.

ALAIN. "A las cinco en punto de la tarde".

NACHO. *(A ROBERTO)*. A esa hora estábamos vos y yo juntos.

ROBERTO. Yo no sé nada. Y ni quiero saber nada.

ALAIN. Me vais a decir que justo cuando estamos a punto de conseguir el objetivo, nadie ha traído el puto mapa. Saco ahora mismo la.... Ay, lo tengo yo.

NACHO. No te digo, es un pelotudo, siempre nos hace lo mismo.

ROBERTO. Ves que tengo razón. A mí nunca me dan nada.

ALAIN. ¡Silencio! ¡Tranquilos! *(Leyendo el mapa)*. Situación geográfica: Granada, Andalucía, España. ¿Qué dice...? Aquí... Subirse al escenario. Y desde la mitad cuatro pasos a la derecha, mirar al frente, dos para atrás, mirar a la izquierda, un paso, mirar al frente, retroceder dos pasos. Media vuelta, tres pasos hacia atrás. Mirar a la izquierda, mirar al frente, mirar atrás.

NACHO. *(A ROBERTO)*. ¿Estás bien?

ROBERTO. Me estoy descomponiendo.

NACHO. ¿Falta mucho?

ALAIN. Como unos trescientos pasos.

NACHO. Andá al final.

ALAIN. Final, final, final. Sí, sí, aquí: “quedar en el centro y en el borde del escenario”. ¡Aquí! (*Señalando el proscenio. los tres se ubican y Alain sigue leyendo*). Sacar el pico y la pala. Muy importante. No llamar la atención. ¡Cavar! ¡Cavar! Seguir cavando hasta encontrar el objetivo. (*NACHO y ROBERTO se arrodillan y hacen lo que el otro les indica*).

ROBERTO. Yo estaba mejor en casa.

NACHO. Callate y cava.

ROBERTO. No sé... no sé para qué vine.

NACHO. Ahora no sabés para qué viniste.

ROBERTO. Yo estaba mejor en mi país.

NACHO. No te das cuenta que esto que estamos haciendo es importante.

ALAIN. “Silencio, y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. Hay cosas encerradas en los muros que no pueden cambiar porque nadie las oye”.

NACHO. Encontré algo..., muy frío... (*Sin mirar, le pregunta a los otros*). ¿Qué es?

ROBERTO. (*Toca, y también sin mirar pregunta*). ¿Qué es?

ALAIN se los quita a los dos y dice.

ALAIN. Es una lata de coca cola. ¡Seguid cavando!

ROBERTO. No tendría que haber venido.

NACHO. Callate y cava.

ROBERTO. ¿Cómo me dejé convencer?

ALAIN. Quita. Dejádme a mí. (*Empieza a sacar huesos*). Ahí hay algo ¿Lo veis?

ROBERTO. No. No, no quiero. No quiero mirar.

NACHO. Qué asco. Parece una cadera.

ROBERTO. Muy ancha. Debe ser de una mujer.

ALAIN. Eso, cógelo.

NACHO. Esto parece un peroné.

ALAIN. Y eso. (*Señalando otros huesos*). Cavar, cavar... cuántos huesos. Si parece una familia entera. (*Sigue buscando*). Mirad. Una calavera. Con todos los dientes.

NACHO. El siempre tuvo una dentadura perfecta.

ROBERTO. Y una sonrisa tan bonita.

ALAIN. Pocos en el pueblo tenían todos los dientes.

NACHO. Sólo los pudientes.

ALAIN. ¡No! Es muy pequeña, sigamos buscando.

NACHO. Lo que yo no entiendo, es porque enterraban a toda esta gente junta. Con lo bonita que son las tumbas individuales.

ROBERTO. Con su lapidita, su crucecita, su fotito.

NACHO. Con su epitafio...

ROBERTO. Con lo fácil que es encontrarlos así. Te dan el número de la parcela, el número de manzana...

ALAIN. ¡Basta! ¿Qué parte de fosa común, no entendéis?

NACHO. Yo lo de fosa común, no lo entiendo.

ROBERTO. Yo tampoco. Y no es por insistir, pero en el jardín de mi casa, hubiera estado mejor.

ALAIN. ¿Y fusilamiento? ¿Os suena de algo? Guerra Civil, los fachas, los rojos, los que ganaron, los que perdieron... ¿Os suena de algo?

NACHO. Ay sí, eso sí. Me lo contó la sobrina de la panadera. Cavaban el agujero, los ponían a todos en fila y caían directamente... Va a ser imposible encontrarlo.

ROBERTO. ¿Por qué no ensayamos?

NACHO. Sí, ensayemos.

ALAIN. Ensayemos, ¿qué cosa?

ROBERTO. El fusilamiento.

NACHO. Sí, sí. El fusilamiento.

ALAIN. Bueno, vale. Ensayemos el fusilamiento.

NACHO. Sí. ¿Pero cómo?

ROBERTO. Nos ponemos en fila, hacemos como que nos disparan y caemos al suelo, y así nos hacemos a la idea de, más o menos dónde y cómo cayó.

NACHO. Federico, en el medio.

ALAIN. (A ROBERTO). Sí, ponte tú.

ROBERTO. A la cuenta de tres, a la una, a las dos y a las tres.

(Los tres simulan el ruido del fusilamiento). Ra-tata-tata-tá.

Caen al suelo unos encima de otros.

ALAIN. Esto no sirve. Quitarse. Sigamos con los huesos. Una rodilla.

NACHO. Un fémur.

ROBERTO. Una clavícula.

NACHO. Una pelvis.

ALAIN. Una mandíbula.

NACHO. Un pie.

ROBERTO. Un montón de costillas.

Sacan huesos sin comentarios, hasta que dan con la cabeza de Lorca. Silencio sepulcral. Algo está por pasar.

ALAIN. *(Con una calavera en la mano)*. Fede, Fede, ¿me oyes?, Fede, ¿eres tú?... Fede, dinos algo... Fede.

ROBERTO. ¿Tiene todos los dientes?

ALAIN. Sí.

NACHO. ¿Y una sonrisa muy linda?

ALAIN. Sí.

ROBERTO. ¿Y cara de sensible?

ALAIN. También.

Poniéndose de pie, de manera ceremoniosa se quita la túnica. Los otros lo imitan. Allí vemos por primera vez a nuestros personajes vestidos como Doña Rosita, Yerma y Bernarda Alba.

ALAIN. “¡Descansa en paz, con la santa compañía de cabecera!”

LOS OTROS. “¡Descansa en paz!”

ALAIN. Con el ángel San Miguel y su espada justiciera.

LOS OTROS. ¡Descansa en paz!

ALAIN. Con la llave que todo lo abre y la mano que todo lo cierra.

LOS OTROS. ¡Descansa en paz!

ALAIN. Con los bienaventurados y las lucecitas del campo.

LOS OTROS. ¡Descansa en paz!

ALAIN. Con nuestra santa caridad y las almas de tierra y mar.

LOS OTROS. Descansa en paz!

ALAIN. Concede el reposo a tu siervo, Federico García Lorca y dale la corona de tu santa gloria.

LOS TRES. Amén.

ALAIN. “Réquiem aeternam dona eis, Domine”

LOS OTROS. Et lux perpetua luceat eis.

LOS TRES. Amén.

Se escucha sirena de policía, ruido de helicóptero y un foco cenital iluminándolos. Asustadas tratan de esconder la calavera hasta que el helicóptero se detiene y comienza el interrogatorio a cada una de las mujeres de Lorca. Ellas responden a una voz en off.

VOZ EN OFF. ¡Todas quietas! ¡Pónganse en la luz! Usted, la flaca, la más vieja... Nombre.

ALAIN. Yo, Alba, Bernarda Alba.

VOZ. ¿Lugar de nacimiento?

ALAIN. Córdoba, España.

VOZ. ¿Casada, soltera?

ALAIN. Viuda de Antonio María Benavides con 5 hijas.

VOZ. La siguiente...

NACHO. Yo, Nacho. (*ALAIN lo golpea y rectifica*). Yo, Yerma. No tengo hijos... “¡Ay, qué prado de pena, ay qué puerta cerrada a la hermosura.” (*Los otros lo miran reprobando*). Perdón.

VOZ. La siguiente. La más fea.

ROBERTO. Rosita.

VOZ. ¿Estado civil?

ROBERTO. Soltera.

VOZ. ¿Queda otra? No se escondan...

A partir de este momento se escucha una música de fondo.

ALAIN. Martirio

NACHO. Lavandera 3

ROBERTO. La zapatera prodigiosa

ALAIN. Adela

ROBERTO. Poncia

NACHO. Angustias.

VOZ. ¿Y ahí, detrás de ese montículo...?, vemos muchas cabezas.

LOS TRES. Cien mujeres de llanto.

VOZ. ¿Alguna más?

ALAIN. Novicia 1,

NACHO. Novicia 2,

ROBERTO. Novicia 3,

ALAIN. Vecina Rosa,

ROBERTO. Vecina Morada,

NACHO. Vecina Negra.

VOZ. ¡Quiero verlas a todas! No se escondan. ¿Qué piensan que la policía es tonta?

ALAIN. Beata 1,

NACHO. Beata 2,

ROBERTO. Beata 3,

NACHO. Belisa,

ALAIN. Marcolfa.

ROBERTO. La mecanógrafa.

NACHO. La novia.

ROBERTO. La Máscara.

VOZ. Teniente García. Pida refuerzos. Son un montón.

LOS TRES. Muchachas, Jovencitas, Viejas Paganas.

ROBERTO. La mujer de Leonardo.

ALAIN. La suegra.

NACHO. La madre.

VOZ EN OFF. Todas pa dentro, ¡a la cárcel!

Los tres juntos.

ROBERTO. Una voz,

ALAIN. La muerte,

NACHO. La luna.

Ruido de sirenas y helicóptero.

Los tres cantan:

“Anda jaleo, jaleo

Anda Jaleo, jaleo

Ya se acabó el alboroto

Y ahora empieza el tiroteo

Y ahora empieza el tiroteo”.

VOZ EN OFF. ¡Todas al furgón!

Apagón.

Efectos de sonidos varios: puerta de furgón que se cierra. arranque de coche. sirenas. ruido de llaves, rejas que se cierran. En la siguiente escena, vemos a los personajes sentados detrás de sendas rejas.

ALAIN. Estamos aquí.

ROBERTO. Presas.

LOS TRES. Presas por buscarte Federico.

ALAIN. Presas por querer darte santa sepultura.

NACHO. Por enterrarte en una tumba individual.

ROBERTO. Con tu lapidita, con tu crucecita, tu fotito.

NACHO. Tu epitafio. Aquí yace muerto...

ALAIN. Yace muerto, no. ¡Estúpida! Aquí descansan en paz los huesos de Federico, que con valentía, rescatamos, nosotras, tus personajes femeninos, de las fosas comunes, que nos dejó como herencia, la Guerra Civil española ganada como todo el mundo sabe...

ROBERTO. Yo estaba mejor en casa.

NACHO. Yo también, qué viva.

ROBERTO.(*Coge una regadera*).

“Cuando se abre en la mañana
roja como sangre está.

El rocío no la toca
porque se teme quemar.

Abierta en el mediodía
es dura como el coral.

El sol se asoma a los vidrios
para verla relumbrar”.

(*Mirando a las otras*). Chicas, ¿relumbro?

ALAIN. Más luz para Doña Rositaaaa ¿Así te gusta?

Desde cabina le dan más luz.

ROBERTO. Yo estaba mejor en casa.

NACHO se mete en la reja de ROBERTO porque tiene más luz.

NACHO. “Ay, qué prado de pena
Ay, qué puerta cerrada a la hermosura
que pido un hijo que sufrir y el aire
me ofrece dalias de dormida luna.

Estos dos manantiales que yo tengo
de leche tibia son en la espesura
de mi carne, dos pulsos de caballo,
que hacen latir la rama de mi angustia”.

ALAIN (*Quitándola a rastras de la reja de ROBERTO*). “En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Haceros cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis

empezar a bordaros el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo...” ¡Empezad!

NACHO. ¿En qué arca, si no tenemos nada...? Estamos presas, estamos en la cárcel.

ROBERTO. Y yo sin confesarme. Un cura, un cura. Quiero confesarme, quiero comulgar, quiero la extremaunción.

NACHO. Sí por favor, que nos “extremauncien”.

ROBERTO. Quiero los santos sacramentos y la bendición apostólica de su Santidad.

NACHO. Sí, sí... que nos “extremauncie” el Papa Francisco, Bergoglio.

ALAIN. Yo sí, que estaría mejor en mi casa, o muerta y enterrada en una fosa común, rodeada de huesos, tranquila, lejos de vosotras.

NACHO. ¿Sin confesarnos?

ROBERTO. ¿Sin confesarte?

ALAIN. Y tú, ¿qué quieres confesar? que solo tienes telarañas en el coño. Ridícula. No has visto un hombre ni en retrato...

ROBERTO. *(Como un rezo al mismo tiempo que habla ALAIN).*

“Cuando se abre en la mañana,
roja como sangre está”.

ALAIN. Anodina, hueca, sosa, ¡qué mal escrita estás! Todo el día esperando como una tonta a que venga... ¡quién!

NACHO. Al cartero, Bernarda. Relájate, mujer. Ella no es como vos, es romántica, sensible.

ROBERTO. “He estado recibiendo sus cartas con una ilusión llena de sollozos que aún a mí misma me asombra”.

NACHO. Es delicada, emotiva, impresionable, es evidente. Vos estás escrita de otra manera, más fuerte, más dura, con arrestos, con valentía, coraje, audacia, osadía.

ALAIN. Tú te callas la boca que estás vacía.

NACHO. “No, vacía no, porque me estoy llenando de odio. Dime, ¿tengo yo la culpa? ¿Es preciso buscar en el hombre, el hombre nada más? Entonces, ¿qué vas a pensar cuando él te deja en la cama con los ojos, los ojos... los ojos. *(Recurriendo a su machete)*. “tristes”. Respetar signos de puntuación... “tristes, mirando al techo y da media vuelta y se duerme? He de quedarme pensando en él o en lo que puede salir relumbrando de mi pecho”.

ALAIN. Más luz para Yerma.

NACHO. “Yo no sé, pero dímelo tú. Por caridad”.

ROBERTO. *(Imitando a una profesora de secundaria)*. “Por caridad”, mejor cerralo con punto final. Probalo.

NACHO. *(A Roberto)*. “Yo no sé”..., pero dímelo tú. ¡Por caridad!” *(Se arrodilla)*.

ROBERTO. Te quedó muy bien. Y ese final, así con el arrodillado... Ni la Xirgu.

ALAIN. *(Entrando en cólera interna, va in crescendo hasta acabar en cólera externa)*. ¡La Xirgu, no, la Xirgu, no, la Xirgu no. Noooooooooo!

ROBERTO y NACHO la miran horrorizados.

ROBERTO. Le agarró la bipolar. ¿Trajimos *Ranitidina*?

NACHO. La policía se quedó con todos los remedios.

ALAIN. Dadme un abanico. Un abanico, por favor.

ROBERTO. Sí, sí dale lo que quiera.

ALAIN. Necesito respirar, descubrir el aire fresco.

NACHO. No tengo ninguno.

ALAIN. Y sentir cada mañana que soy libre como el viento. “¡Dadme un abanico!”

ROBERTO. (*Susurrando*). Toma, toma, dale el mío. (*Le entrega un abanico rosa*).

ALAIN. “¿Es este el abanico que se le da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre”.

NACHO. ¿Mi padre?

ROBERTO. No la contradigas...

ALAIN. “¡Fuera de aquí todas!”

NACHO. Bernarda, no podemos salir.

ROBERTO. Berni, hermosa, estamos presas.

ALAIN. “Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre”.

NACHO. ¿A tu padre?

ROBERTO. No la contradigas. (*Mirando al público*). Soy huérfana.

ALAIN. “Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles. Nací para tener los ojos abiertos. Ahora vigilaré sin cerrarlos ya, hasta que me muera”.

NACHO. ¿Sin confesarte?

ROBERTO. ¿Sin confesarnos?

ALAIN. ¡De rodillas! (*Las tres se arrodillan cada una frente a su reja*). Ave María Purísima.

NACHO. Ave María Purísima.

ROBERTO. Ave María Purísima.

Pausa.

ROBERTO. ¿Quién empieza?

ALAIN. (*A ROBERTO*). Tú, ¿no querías confesarte?

NACHO. ¿Y el párroco?

ALAIN. Confiésate.

ROBERTO. Ave María Purísima.

Esperando, imagina la respuesta.

ROBERTO. Padre, confieso que he pecado.

Los otros se ríen.

ROBERTO. Hace una semana que no riego mi rosa. Entretenida estuve imaginando pollas... No sé si esto es pecado, ni las toqué, ni las probé, aunque doy fe de que con ganas, me quedé. A veces, Padre imagino que todo tiene forma de polla, los jarrones, las flores, mi sombrilla. Ahora mismo, si me abstraigo, hasta usted tiene forma de polla. ¡¿Eso es pecado, Padre?! *(Escuchando)*. ¿Cuál es mi penitencia? *(Permanece escuchando)*.

NACHO. Ave María Purísima. Padre, confieso que he pecado. Odio a todas mis amigas y también a mis vecinas porque todas tienen hijos. Cuando las veo acercarse desde lejos, llevando a sus niños en brazos, se me revuelve el estómago y tengo que correr a vomitar. Muchas noches me despierto con unas ganas terribles de agarrar un cuchillo y matar a todos los niños del pueblo, como hizo..., como hizo el romano...

ALAIN. Pepe.

NACHO. No..., el emperador ¿Herodes? *(Mirando a Roberto)*.

ROBERTO. Sí, sí, Herodes.

NACHO. Yo sé que todo esto es pecado, Padre. Quiero cumplir mi penitencia antes de que me "extremauncien".

ALAIN. Ave María Purísima. Padre, Doña Rosita faltó al noveno mandamiento: No consentirás pensamientos, ni deseos impuros. Y consintió. Yerma, faltó al décimo: No codiciarás los bienes ajenos, y codició. Porque, los niños para Yerma, por si usted no lo sabe, Padre, son, ajenos. Y yo, he faltado al octavo mandamiento: No levantarás falsos testimonios ni mentiras. Y levanté falsos testimonios y mentí. La descolgué y dije que mi hija había muerto virgen, la llevé a su cuarto y la vestí como una doncella.

NACHO. ¡No era virgen!

ROBERTO. Callate.

ALAIN. "¡Nadie diga nada! Ella ha muerto virgen. ¡Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas!" Tan, tan... *(Haciendo de campana)*.

ROBERTO. Que le agarra, que le agarra... y vos que entregaste los remedios.

NACHO. No los entregué, me los quitaron...

ALAIN. La vi. Padre, la vi. La vi retozando con Pepe, el romano. La vi en las cuadras, revolcada con él, entre la paja. Él encima, ella debajo, ella encima, él debajo como dos potros desbocados, relinchando, embriagados de lujuria, fornicando, pervertidos degradándose, en-

viciados, sumidos en un desenfreno orgiástico. Deseé su muerte, Padre, porque si ella no se hubiera colgado, Padre, yo habría faltado también al quinto mandamiento: No matarás, Padre, Padre, ¿me escucha, Padre?

NACHO. Padre, no se vaya.

ROBERTO. No nos abandone, Padre.

NACHO. “Extremauncienme”, Padre.

ROBERTO. Y a mí también.

NACHO. “Extremaunciennos”.

ALAIN. Padre.

NACHO. Padre

ROBERTO. Padre

VOZ EN OFF. Silencio, silencio he dicho, silencio.

Los tres cantan:

“Anda Jaleo, jaleo

Ya se acabó el alboroto...”.

Los tres se van al velorio de Mariana Pineda. Previamente cambian la ubicación de las rejas. Entran un ataúd y se coloca cada una mantilla negra.

ALAIN. Encended las velas que el viento las habrá apagado, cerrad las ventanas, acercar el cuerpo.

DE UNA EN UNA. ¡Descansa en paz!

ALAIN. Concede el reposo a tu sierva, Mariana Pineda y dale la corona de tu santa gloria.

LOS TRES. Amén.

ROBERTO. “¿Y si ensayamos la Salve cantada?”

NACHO. Sí, sí. Muy buena idea.

ALAIN. Yo no tengo ganas.

NACHO. Es muy bonita.

ROBERTO. Y difícil. A la cuenta de tres, a la una, a las dos y a las tres.

LAS TRES. “Dueño de mi vida,

vida de mi amor

Muéstrame la herida

de tu corazón.

Corazón divino,

dulce cual la miel...”.

ALAIN oye gritos y se asusta y se convierte en una novicia de la obra.

ALAIN. “¡Qué gritos! ¿Tú los sentiste?”

NACHO. ¿Gritos?

ALAIN. “Desde el jardín y sonaban...”.

ROBERTO. ¿Qué jardín?

ALAIN. “...como si estuvieran lejos. ¡Inés, yo estoy asustada!”

NACHO. ¿Inés?

ROBERTO. Otra vez, la bipolar.

ALAIN. “¿Dónde estará Marianita, Rosa y Jazmín de Granada?” (*NACHO intenta interrumpirla y ROBERTO la para*). “Está esperando a su novio, pero su novio ya tarda. Ella lo espera segura. No vendrá por su desgracia. Marianita va a morir. Hay otra luz en la casa. Hay otra luz...”.

LOS OTROS. Berni, Berni... ya está bien.

ALAIN. (*Cambiando*). ¡Qué injusticia! Esta mujer de seguro fue engañada.

ROBERTO. “Olvídate del mundo, preciosa Marianita”.

NACHO. “Que la Virgen te ampare”.

ROBERTO. “Marianita, de bello y triste nombre, que los niños lamenten tu dolor por la calle”.

NACHO. “Porque has amado mucho, Dios te abrirá su puerta”.

ALAIN. “Ay, triste Marianita. Rosa de los Rosales”.

MARIANA. (*Desde el ataúd*). Contad mi triste historia...

Los tres gritan alborotados y asustados.

ROBERTO. ¿Qué fue eso?

NACHO. ¿Qué pasó?

ALAIN. ¿Quién habló?

MARIANA. Yo.

ALAIN. ¿Quién dijo yo?

MARIANA. La muerta. Contad mi historia a los niños que pasen.

NACHO. ¿Qué niños?

ROBERTO. No la contradigas.

ALAIN. A la única que no se contradice aquí, es a mí. Contad la historia.

MARIANA. Gracias, Berni.

ROBERTO. Sí, Mariana, sí. La contaremos.

NACHO. Sí, Marianita. No te preocupes, nosotras vamos a contarla.

Se miran entre las tres y como si fuese una señal, se sacan sus enaguas. Cada una de ellas tendrá un color de la bandera republicana y empiezan a coserla.

ALAIN. En el año 1831, por orden del gobierno, fue muerta Mariana Pineda.

NACHO. ¿Por qué?

ALAIN. Por bordar una bandera.

ROBERTO. ¿Bordar es malo?

ALAIN. Decían que era masona.

NACHO. ¿Amazona?

ALAIN. Masona.

NACHO. ¿Qué es eso?

ROBERTO. Que no quiere al rey ni a la reina.

NACHO. Yo tampoco los quiero.

ALAIN. Creo que somos todas un poquito masonas. Mariana fue fiel a sus ideales y no traicionó a sus amigos.

NACHO. Se portaron muy mal con ella, la abandonaron en el último momento.

ROBERTO. Don Pedro la abandonó. Eso fue lo que acabó con ella. Y ya no le importó morir.

NACHO. Si hubiera elegido a Fernando. Él sí, la acompañó hasta el final. Y si hubiera dado los nombres de los liberales, ahora estaría viva.

ALAIN. Ella no los delató pensando en sus hijos. No quiso que la despreciaran.

ROBERTO. Quiso que llevaran su nombre claro como la luna llena y no, pronunciado con miedo por las calles de Granada.

ALAIN. Amó la libertad por sobre todas las cosas.

NACHO. Ella fue la libertad.

ROBERTO. Sí, ella simboliza la libertad de todos los seres vivos. Hasta la libertad de mi rosa. Y también de la tuya y la del público, y la libertad de la rosa del sonidista, de la directora, de...

ALAIN. *(Interrumpiéndola)*. Ella dio su sangre que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas... y la del sonidista, y la del público, y la de la directora, y la de la gente que pasó por la puerta del teatro y no compró la entrada.

Los tres miran el ataúd.

NACHO. Ay, Mariana Pineda, “ya están abriendo las flores que irán contigo muerta”.

ROBERTO. “Ya no verán tus ojos los naranjas de luz que pondrá en los tejados de Granada la tarde”.

NACHO. “Ni sentirás la dulce brisa de primavera pasar de madrugada tocando tus cristales”.

ROBERTO. Su cuello es maravilloso.

NACHO. Y no parece lastimado.

ROBERTO. ¿Por qué habría de estarlo?

ALAIN. (*Harta*). ¡Por culpa del garrote vill!

ROBERTO. ¿Qué es eso?

ALAIN. ¿No lo sabes?

ROBERTO. No.

ALAIN. Ven, ven aquí que te lo explico.

ROBERTO. No, no, no.

ALAIN. Qué vengas, he dicho.

NACHO. No la contradigas.

ROBERTO se acerca temeroso.

ALAIN. Es un tormento que se aplica al reo, estrangulándolo con un arco de hierro sujeto a un poste fijo.

ROBERTO. No entiendo.

ALAIN. Es un collar de hierro y ahí meten tu cuellito. Te atan a un poste donde tu cabeza queda apresada y por detrás van apretando un tornillo poco a poco... hasta que tu cuello hace crac y se parte.

ROBERTO. Salí, salí. Que la Virgen la ampare. Pobrecita, pobrecita, pobrecita Mariana Pineda.

NACHO. Pobrecita yo. Ella tuvo dos hijos. “Y yo tengo estos dos manantiales de leche que son en la espesura de mi carne”.

ALAIN la mira amenazadoramente y ella se calma.

NACHO. (*Volviendo a su asiento*). ¿Con quién habrán quedado los niños?

ROBERTO. En el convento, con la Madre Superiora; Sor Carmen, qué buena fue con ella.

NACHO. Pobres criaturas.

ALAIN. Pobre Madre Carmen. A saber los disgustos que va a tener por culpa de esos dos niños. La niña va a acabar en las calles de Granada vendiendo su cuerpo por 4 reales y el niño, sensible como Lorca. Como si lo viera, todo el tiempo caminando por lo oscuro.

ROBERTO. No me gusta que hables así de Federico. Un respeto a nuestro creador.

ALAIN. Un respeto a tu creador, que te hizo así, sosa, sin sangre, que parece que te faltara un hervor.

ROBERTO. (*Compungido*).

“Cuando se abre en la mañana

Roja como sangre está...”

NACHO. Nosotras por lo menos seguimos vivas. Mira esta pobre, “Rosa y Jazmín de Granada” muerta.

ALAIN. ¡Vivas! Nosotras estamos muertas en vida. Míranos... Tú, ¿qué tienes además de esos dos pechos “llenos de leche tibia que son la espesura de tu carne...?”

NACHO. A mí lo que más me duele en mi fuero interno, es que me haya dejado yerma. “Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tienen se les vuelve veneno”, eso me va a pasar a mí.

ALAIN. ¿Para qué quieres hijos? Yo tengo 5 hijas como 5 soles que me traen por la calle de la amargura.

NACHO. Cuatro, la pequeñita quedó como Rosa y Jazmín de Granada, muerta.

ROBERTO. Y tu hija, también... (*Agarrándose el cuello*).

ALAIN. “Mi hija ha muerto virgen”.

NACHO. ¿Virgen?

ROBERTO. Le agarró. Hacé de Angustias.

ALAIN. “Angustias...”.

NACHO la mira sorprendido y ROBERTO lo empuja obligándolo a llevarle la corriente.

ALAIN y NACHO tomarán los personajes de Bernarda y Angustias.

ALAIN. “¿A qué hora terminaste anoche de hablar?”

NACHO. “A las 12 y media”.

ALAIN. “¿Qué cuenta Pepe?”

NACHO no recuerda la letra.

ROBERTO. (*Le sopla*). Decile que lo encuentras distinto.

NACHO. “Yo lo encuentro distinto. Me habla siempre como pensando en otra cosa. Si le pregunto qué le pasa, me contesta...”.

ROBERTO. (*A NACHO*). Los hombres tenemos nuestras preocupaciones.

NACHO. “Los hombres tenemos nuestras preocupaciones”.

ALAIN. “No le debes preguntar. Y cuando te cases, menos. Habla si él habla y míralo cuando te mire. Así no tendrás disgustos”.

ROBERTO. (*Murmurándole al oído*). Yo creo madre que él me oculta muchas cosas.

NACHO. “Yo creo madre que... que...”.

ROBERTO. (*Fuerte*). “Me oculta muchas cosas”.

A partir de este momento, ALAIN se dirige a ROBERTO confundiéndola con Angustias.

ALAIN. “No procures descubrirlas. No le preguntes y desde luego que no te vea llorar jamás”.

ROBERTO mira a NACHO indignado. NACHO se sienta y le señala burlonamente que le siga la corriente.

ROBERTO. “Debería estar contenta y no lo estoy”.

ALAIN. “Es lo mismo”.

ROBERTO. “Muchas veces miro a Pepe con mucha fijeza y se me borra a través de los hierros como si lo tapara una nube de polvo de las que levantan los rebaños”.

ALAIN. “Esas son cosas de debilidad”.

ROBERTO. “Ojalá”.

ALAIN. “¿Viene esta noche?”

ROBERTO. “No, fue con su madre a la capital”.

ALAIN. “Así nos acostaremos antes”.

NACHO. “Mejor. Acostémonos antes”.

ROBERTO. “Sí, sí. Acostémonos”.

ALAIN. *(Interrumpiendo la escena).* Aquí no se acuesta nadie. Esto es un velatorio. La única que está acostada es Mariana.

NACHO. Bendita, tú Marianita, que puedes estar acostada, en cambio, nosotras acá..., con Bernarda, sentadas.

ALAIN. ¡Martirio!

ROBERTO. No, por favor, Martirio, no.

ALAIN. Martirio.

NACHO. Relájate, Berni. Chica, de verdad. ¡Qué pesada te ponés!

ROBERTO. No vamos a terminar nunca de coser la bandera.

NACHO. Eso es lo que yo digo.

ROBERTO. Se me terminó el hilo amarillo, ¿tenés para prestarme?

NACHO. No, se los llevó la policía con los remedios.

ROBERTO. ¡¡¡Pero qué hijos de puta!!! Que Dios me perdone. *(Se pone de rodillas, arrepentido).* En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ALAIN. “Qué escándalo es este en mi casa y en el silencio del peso del calor! Estarán las vecinas con el oído pegado a los tabiques”.

ROBERTO. Angustias.

NACHO / ANGUSTIAS. “Me han quitado el retrato de mi novio”.

ALAIN. “¿Quién? ¿Quién?”

NACHO / ANGUSTIAS. “Estas”.

ALAIN. “¿Cuál de vosotras? (*Silencio*). ¡Contestadme! (*Silencio. A ROBERTO*). Poncia, registra los cuartos, mira por las camas. ¡Esto tiene no ataros más cortas! ¡Pero me vais a soñar! (A NACHO / ANGUSTIAS). ¿Estás segura?”

NACHO / ANGUSTIAS. “Sí”.

ALAIN. “¿Lo has buscado bien?”

NACHO / ANGUSTIAS. “Sí, madre”.

ALAIN. “Me hacéis al final de mi vida beber el veneno más amargo que una madre puede resistir. (A PONCIA, que es ROBERTO). ¿No lo encuentras?”

ROBERTO / PONCIA. “Aquí está”.

ALAIN. “¿Dónde lo has encontrado?”

ROBERTO / PONCIA. “Estaba...”.

ALAIN. “Dilo sin temor”.

ROBERTO / PONCIA. “Entre las sábanas de la cama de Martirio”.

ALAIN. (A NACHO). “¿Es verdad, Martirio?”

NACHO. (*Mirando a ROBERTO*). ¿Martirio?

ROBERTO. (*Afirmando*). Sí, sí, Martirio.

ALAIN. “¿Es verdad?”

NACHO / MARTIRIO. “Es verdad”.

ALAIN. (*Avanzando y golpeándola*). “Mala puñalada te den, ¡Mosca Muerta! ¡Sembraduras de vidrios!”

NACHO / MARTIRIO. (*Como una fiera*). “¡No me pegue usted, madre!”

ALAIN. “¡Todo lo que yo quiera!”

NACHO / MARTIRIO. “¡Si yo la dejo! ¿Lo oye? ¡Retírese usted!”

ROBERTO / PONCIA. “No faltes a tu madre”.

ALAIN. (A NACHO). “Ni lágrimas te quedan en los ojos”.

NACHO / MARTIRIO. “No voy a llorar para darle el gusto”.

ALAIN. “¿Por qué has cogido el retrato?”

NACHO / MARTIRIO. “¿Es que yo no puedo gastar una broma a mi hermana? ¿Para qué lo iba a querer?”

ROBERTO / ADELA. “No ha sido broma, que tú nunca has gustado jamás de juegos. Ha sido otra cosa que te reventaba en el pecho por querer salir. Dilo ya claramente”.

NACHO / MARTIRIO. “Calla y no me hagas hablar. Que si hablo se van a juntar las paredes unas con otras de vergüenza”.

ROBERTO / ADELA. “La mala lengua no tiene fin para inventar”.

ALAIN. (A ROBERTO). “¡Adela!”

NACHO / MARTIRIO. "Otras hacen cosas más malas".

ROBERTO / ADELA. "Hasta que se pongan en cuero de una vez y se las lleve el río".

ALAIN. "¡Perversa!"

NACHO / ANGUSTIAS. "Yo no tengo la culpa de que Pepe el romano se haya fijado en mí".

ROBERTO / ADELA. "¡Por tus dineros!"

NACHO / ANGUSTIAS. "¡Madre!"

ALAIN. "Silencio".

ROBERTO / ADELA. "Por tus manjares y tus arboledas".

ALAIN. "¡Silencio digo! Yo veía la tormenta venir pero no creía que estallara tan pronto. ¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón! Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre para que ni las hierbas se enteren de mi desolación. ¡Fuera de aquí! ¡Todas!"

ROBERTO y NACHO hacen mutis llevándose el ataúd.

ALAIN. ¿Qué hacéis? ¿Adónde vais? Dejad de mover el cuerpo de Mariana Pineda de un lado para otro. Tenemos que terminar la bandera. Ridículas, sentaros a mi lado. Menudo velatorio me estáis dando.

NACHO. ¿Nosotras, nosotras somos la que armamos todo esto?

ROBERTO. ¿Y vos tenés el coraje de decirlo?

NACHO. Estamos hartas de tu bipolar.

ROBERTO. (*Reprochando a NACHO*). Maldita sea la hora que te quitaron la *Ranitidina*.

ALAIN. Cuando me conocisteis yo no os oculté nada de mi movida bipolar. Y sabíais que necesito mi dosis diaria.

ROBERTO. Sí, pero se la quitaron.

NACHO. Te la hubieras guardado vos bien adentro entre tus piernas. Tremenda plaza de toros debes tener ahí con esas 5 terneras que pariste.

ROBERTO. A propósito de tus terneras, tengo algo que decirte. Estoy agotada hasta el desfallecimiento, y no exagero ni un ápice, de tener que interpretar a cada rato a alguna de tus hijas.

NACHO. Y yo. Hoy me tocó hacer de Martirio, de Angustias, de Adela.

ROBERTO. De Adela hice yo, y de Poncia y de la mitad de todas tus Angustias porque, de memoria, vos...

ALAIN. Seca, como del coño.

NACHO. Yo, Yerma y bastante tengo con lo mío; no paro de hablar en toda mi obra. Y lo que me costó aprenderme ese texto.

ALAIN. Ni que lo jures, querida.

NACHO. Claro, porque te tenés que aprender el texto tuyo y el del otro. Tenés que contestarle enseguida que termina. El texto tiene que ir muy muy muy picadito.

ROBERTO. Sí, muy picadito. Muy picadito, muy picadito.

ALAIN. Que quede claro que para mí tampoco es fácil. Cualquiera diría que lo hago queriendo. Esto es una cosa química. Incontrolable. Malas jugadas que me da el cerebro.

ROBERTO. (A NACHO). Pobrecita, no le digamos nada. (A todas). ¿Seguimos con la bandera?

ALAIN. Sí, sigamos.

Se ponen a armarla y ROBERTO recita la primera estrofa del soneto llamado “El poeta dice la verdad”.

ROBERTO. “Quiero llorar mi pena y te lo digo
para que tú me quieras y me llores
en un anochecer de ruiseñores
con un puñal, con besos y contigo.

ROBERTO llora desconsoladamente.

ALAIN. ¿Qué te pasa ahora?

ROBERTO. Mira, mira, mira cómo estoy de estremecida... Mira. Pobre Federico, me siento tan identificada con él. Los dos tan enamorados, los dos tan... no correspondidos.

ALAIN. ¿De quién estaba enamorado el sensible este?

NACHO. Del pintor, el de los bigotitos, ese tan ridículo con esa boina roja en la cabeza, así de lado.

ALAIN. ¿Dalí? ¿Don Salvador Dalí? Un respeto al artista. Ese sí que era un artista. Impresionista, cubista, dadaísta y finalmente creador de un arte sensible de extravagancia sugestiva.

NACHO. Berni, ¡qué culta!

ROBERTO. ¡Qué María Moliner!

ALAIN. Las malas lenguas dicen también que se enamoró del torero ese...

NACHO. Ignacio Sánchez Mejías.

ROBERTO. “A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde”.

NACHO. “Un niño trajo la blanca sábana

A las cinco de la tarde”.

ROBERTO. “Una es puerta de cal ya prevenida

A las cinco de la tarde”.

NACHO. “Lo demás era muerte y solo muerte”.

ROBERTO. “A las cinco de la tarde”.

ALAIN. Bueno, ya os vale. Terminemos de una vez la bandera.

ROBERTO. Solo el final, solo el final.

NACHO. Sí, sí los últimos versos...

ROBERTO. “¡Ay qué terribles cinco de la tarde!

NACHO. ¡Eran las cinco en todos los relojes!

LOS DOS. ¡Eran las cinco en sombra de la tarde!”

ALAIN. ¡En pie!

Al terminar el poema se ponen de pie y simulando una manifestación. Sostienen la bandera como una pancarta y cantan.

“Si los curas y frailes supieran

La paliza que van a llevar

Subirían al coro cantando

Libertad, libertad, libertad”.

“Si los curas y frailes supieran

La paliza que van a llevar

Subirían al coro cantando

Libertad, libertad, libertad”.

Sirenas de policía y nuevamente.

LOS TRES. “Anda Jaleo...”

Los tres, otra vez, sentados frente a sus rejas.

ALAIN. Estamos aquí.

ROBERTO. Presas.

LOS TRES. Presas por buscarte, Federico.

NACHO. Presas por bordar una bandera, Marianita.

ALAIN. Es que parece que no pasan los años.

ROBERTO. ¿Qué habrá sido de la libertad de expresión?

NACHO. ¿De la libertad de movimiento?

ALAIN. ¿Qué habrá sido de la libertad, a secas?

NACHO. “Seca no porque tengo estos dos ...”

ALAIN. Dile que se calle.

ROBERTO. Shhh.

ALAIN. Qué horror chicas, de verdad, España, qué país este, que no se puede hacer nada. Parece que se avanza, pero no. Parece que estamos más en tu época, todavía con el miriñaque y la sombrillita... Que no, que esto no avanza.

NACHO. ¡Cuánta razón tenés, Berni! Y hablando de todo un poco, ¿ustedes creen que si me trato con células madre me puedo quedar embarazada?

ROBERTO. El Papa anterior, Su Santidad Benedicto lo prohibió.

ALAIN. Ese que fue África y les dijo a los negros que los condones no sirven. Menudo ejemplo.

ROBERTO. Menudo hijo de puta... (*Santiguándose y muy bajito*). Que Dios me perdone... En el nombre del padre..., del hijo...

NACHO. Ya, pero volviendo a lo mío, ¿me quedo embarazada o no me quedo embarazada?

ALAIN. Mira, guapa, si Federico decidió que tú seas árida, infecunda, estéril,...

ROBERTO. ...desierta como un terreno deshabitado.

ALAIN. Yerma, bonita.

ROBERTO. Yerma te quedas.

ALAIN. ¿A ver quién es la simpática que se atreve ahora a cambiar el final de la obra?

ROBERTO. (*Gesticulando con la mano varias veces un no*). Los de Argentores no te lo van a permitir. Fíjate en mí. Si yo pudiera cambiar mi destino y dejar de ser soltera y... ¡virgen! De solo pensarlo, me estremezco toda.

ALAIN. ¡Atended, escuchad, prestadme atención! Voy a confesaros una cosa:

Si a mí me hubieran dejado abortar, ni Adela, ni Amelia, ni Magdalena, ni Angustias, ni Martirio, ni la puta madre que las parió... Y perdóname, Yerma, pero lo tenía que decir y me he quedado más a gusto.

ROBERTO. ¿Y legalmente, cuánto tiempo pueden tenernos aquí hasta llevarnos ante un juez?

NACHO. Retenidas, ¿quierés decir?

ALAIN. Tres días como mucho, a no ser que nos pongan la antiterrorista.

ROBERTO. ¿Eso qué es? Dicho así, suena a vacuna.

NACHO. A mí me gustaría que me juzgara Baltazar Garzón.

ALAIN. A ti lo que te gustaría es follártelo.

ROBERTO. Que no podés quedarte embarazada... Argentores, ¿te acordás?

NACHO. Bueno, un buen polvo. Sexo por placer. No seas tan antigua, Rosita...

ROBERTO. A mí, ¿saben quién me gusta, pero mucho? Víctor Hugo Morales. Esa voz, esos ojos. Siempre parece que estuviera metido dentro de un aparato de radio. Me excita; tan masculino... tan... Ay, me estremezco toda.

ALAIN. Yo, estremecerme, lo que se dice estremecerme, nunca; porque no está escrito, pero tocarme, un poco, sí que lo he hecho... Mirando a Pepe el Romano, encima de su caballo. Qué manera de montarlo, eso sí era un hombre, no los vuestros. (*Casi en un murmullo*). Yo también me estremezco toda.

ROBERTO. Debe ser la una y media porque tengo un poquito de hambre. (*Ensoñadora*). Todos los días a esta hora, mi tía aparece, en el comedor, sonriente, con una vasija humeante llena de caldo...

NACHO. A mí lo que gustaría es comerme un buen choripán con mucho chimichurri y sentir como la grasa se chorrea por mi cuello y se meten en mi escote entre “esos dos manantiales que yo tengo de leche tibia, son en la espesura de mi carne, dos pulsos de caballo”.

ALAIN. ¡Qué asco! Todo el día comiendo grasa animal. Yo, macrobiótica. Ahora mismo me tomaría un arroquito integral con unas gotitas de soja y unas tortitas de arroz untadas con una mermelada...

NACHO. (*Interrumpiéndolo*). Eso no es comer, donde haya un buen chorizo entre pan y pan...

ROBERTO suspira fuerte. Exageradamente.

NACHO. ¿Qué te pasa, Rosita?

ROBERTO. Estaba reflexionando...

ALAIN. ¿Qué?

ROBERTO. Estaba pensando en Federico y en ustedes dos. Y pienso que son muy desagradecidas. Viven quejándose de todo pero lo que más me duele es que se quejen de él. No me parece justo porque con nosotras se portó tan bien. Nos ha hecho... especiales.

ALAIN. (*A ROBERTO*). Y vírgenes.

NACHO. (*A ALAIN*). Y cojas

ALAIN. (*A NACHO*). Y yermas.

ROBERTO. (*A ALAIN*). Y amargadas.

NACHO. (*A ROBERTO*). Y feas.

ALAIN. (*A ROBERTO*). Ingenuas.

ROBERTO. Marimachos.

ALAIN. Envidiosas.

NACHO. Religiosas.

ROBERTO. Histéricas.

ALAIN. Sumisas.

ROBERTO. Cizañeras.

NACHO. Frías.

ALAIN. Inseguras.

ROBERTO. Machistas.

ALAIN. Resentidas.

NACHO. Maltratadas.

ROBERTO. Resignadas.

ALAIN. Obsecuentes.

ROBERTO. Serviciales.

ALAIN. Tenebrosas, tétricas, oscuras, mal paridas...

ROBERTO. Y sedientas. ¿Alguien nos podría traer un poquito de agua?

ALAIN. Tenemos sed. Carcelero. Nos tratan como si fuéramos delincuentes.

NACHO. ¿Qué pudimos haber hecho? ¿Tres personajes femeninos solas desvalidas para recibir este trato?

ROBERTO. (*Corrigiendo a NACHO*). Desvalidas.

NACHO. Eso, desvalidas.

ROBERTO. Si a nosotras nos tratan así, no quiero ni imaginar lo que harán con..., con..., no sé,... los que no tienen papeles, los que piden por la calles, los que roban para comer, los limpiavidrios, los cartoneros, los trapitos... No, no, no quiero ni pensarlo.

NACHO. No, no llores... no soporto verte llorar.

ALAIN. (*A los gritos*). Y después hablan de Guantánamo... Que nos saquen estas rejas de adelante. Todas las cárceles son iguales. Ahora y antes, antes y ahora. Vengan, vengan y tortúrennos, sáquenlos las uñas con palillos. Vengan, que estamos preparadas para la muerte.

NACHO. Berni, Berni, cálmate, si vos te hundís... ¿Qué hacemos nosotras dos?

ROBERTO. (*Llorando*). No, Berni, vos no.

ALAIN se sienta y se transforma en Bernarda.

ALAIN. “¿Quieres un poco de queso y miel?”

Los otros dos se miran.

ALAIN. “Prudencia, que si quieres un poco de queso y miel”.

NACHO / PRUDENCIA. No, no la contradigo. “Estoy desganada”.

ALAIN. “Otra vez el caballo garañón”.

ROBERTO / PONCIA. “Por Dios”.

NACHO / PRUDENCIA. “Me ha retemblado dentro del pecho”.

ALAIN. “¿Hay que decir las cosas dos veces? (*Continúa diciendo el texto en euskera*). Birritan esan behar al dira gauzak? Bota ezazue eta irulkatu dadila lasto piloetan!. Gorde itzazue behokak zaldierietan. Baina utz ezazue aske, bestela hormak botako dituzte eta. Hau bizimodua!

NACHO. ¿Dijo algo de las tetas?

ROBERTO. No. Esta es la versión doblada al vasco. Transcurre en un pueblecito muy bonito, Elorrio.

NACHO. ¿Elorrio?

ROBERTO. Sí, Elorrio, no seas bruta está declarado patrimonio histórico de la humanidad. Es un pueblito que está al norte de España. Todo muy antiguo..., muy verde, los hombres con boinas...

ALAIN. Hau bizimodua!

ROBERTO trata de repetir la frase pero obviamente lo hace muy mal.

ALAIN. “Ay, qué vida”.

NACHO / PRUDENCIA. “Bregando como un hombre”.

ALAIN. “Así es”.

ROBERTO. Necesito tomar agua.

NACHO. Sí, carcelero, tráiganos agua.

ALAIN. Traed un jarro de agua fresca.

ROBERTO. Estamos muertas de sed. Y de hambre. Un sandwichito..., un pedacito de tortilla, algo.

NACHO. Che, ¿hasta cuándo nos van a tener acá?

ALAIN. Es que voy a tener que montar otra vez el numerito .Agarradme, agarradme, que me da la bipolar...

ROBERTO. No Berni, ahora la bipolar ya no sirve.

ALAIN. ¿Cuándo vais a entender que estamos escritas? No somos reales, todo esto es una ficción, teatro, mentira, tinta sobre papel.

ROBERTO. ¿Usted se cree que yo salgo con esta pinta a la calle?

NACHO. ¿Y que yo tengo dos pechos? (*Tocándose lo que no tiene*).

ALAIN. ¿Y qué yo soy cojo? (*Tira el bastón*). Miren como camino, hasta puedo bailar si quiero.

ALAIN comienza a cantar: “The showbussiness”, mientras él canta y baila los otros le hacen un coro y también bailan.

NACHO. No te gastes. No nos hacen ni puto caso. O inventamos algo o de acá no salimos en la vida.

ROBERTO. Pensemos. ¿Qué podemos hacer para que se den cuenta de que somos personajes.

NACHO. Hagamos otros personajes..., no sé.

ALAIN. Haz la zapatera que es muy popular y muy querible. Tal vez así, los conmovemos y se apiadan de nosotras.

ROBERTO. Sí, sí, preparemos todo. Carcelero, carcelero.

ALAIN. No, no, hazlo con acento andaluz... Carcelero, carcelero. (*Se lo muestra con acento bien marcado*). Probá, probá...

ROBERTO. Carcelero, carcelero..., ¿tiene sus botas rotas? Tráigalas, no sea tímido, tráigalas. Mi marido es zapatero. Lleva años siendo el mejorcito de la zona. Ya verá, le quedarán como nuevas...

ALAIN se quita un zapato y le da a él con su bastón como si de un martillo se tratara, asumiendo el rol del zapatero.

NACHO / VECINA. (*Mimosa*). “¿Cuánto me vas a cobrar por ellos?... Los tiempos van cada vez peor...”.

ALAIN / ZAPATERO. “Lo que tú quieras... Ni que tire por allí, ni que tire por aquí”.

NACHO / VECINA. “¿Están bien en dos pesetas?”

ALAIN / ZAPATERO. “¡Tú dirás!”

NACHO / VECINA. “Vaya... te daré una...”

ROBERTO / ZAPATERA. (*Saliendo furiosa*). “¡Ladrona! ¿Tienes valor de robar a este hombre de esta manera? (*A su marido*). Y tú, ¿dejarte robar? Vengan los zapatos. Mientras no des por ellos diez pesetas, aquí se quedan”.

NACHO / VECINA. “Lagarta, lagarta”.

ROBERTO / ZAPATERA. “¡Mucho cuidado con lo que estás diciendo!

NACHO / VECINA. “Bien despachado vas de mujer, ¡que te aproveche!”

ROBERTO. “Lagarta, lagarta, ¿qué, qué, qué, qué me vas a decir?”

NACHO / VECINA. Que eres una escandalosa. ¡Cállate de una vez!

ROBERTO. ¿Escandalosa yo? No, tú eres la escandalosa.

NACHO / VECINA. No tú, eres la escandalosa. Escandalosa más que escandalosa. Ordinaria. Que estás todos el día a los gritos.

ROBERTO. ¿Qué grito yo? ¿Qué yo hago escándalo?

VOZ EN OFF DEL CARCELERO. Escandalosas las tres y muy pesadas. Como no os calléis os vamos a dar electro-shocks en la lengua.

ALAIN. Veis. Esto es la antiterrorista.

ROBERTO. ¡La antiterrorista, no! ¡La antiterrorista, no!

NACHO. Quedémonos calladas. (*A ALAIN*). Vos, también.

ALAIN. Sí, sí, muy calladas.

ROBERTO intenta decir algo y ALAIN la hace callar.

ALAIN. Shhh, como si estuviéramos muertas.

Las tres se quedan calladas un buen ratito.

ROBERTO. Lo de la zapatera no funcionó.

NACHO. La zapatera será muy popular pero no siempre gusta lo popular.

ROBERTO. Y eso que a mí me sale de perlas.

ALAIN. Sí, pero muy gritada.

ROBERTO. Es el personaje, yo lo hago tal cual está escrito respetando las acotaciones de mi creador.

NACHO. Pero es muy rebelde y las autoridades y la rebeldía no pegan.

ALAIN. Por eso estamos aquí.

NACHO. Sin embargo en mi obra, que no será tan popular como la zapatera prodigiosa, hay personajes que podrían funcionar mucho mejor en esta situación.

ROBERTO. Y en la mía. Con lo pasivas que somos.

ALAIN. Lo más activo que hay en Doña Rosita son las rosas del invernadero.

NACHO. Pero a mí me han interpretado las mejores. Nuria Espert,...

ROBERTO. Sí, la catalana Espert...

ALAIN. Cuando tenía 20 años, cuando tuvo treinta, con 45, con 50, con 56, con 78, con 83....

NACHO. Y muchísimo antes la...

NACHO y ROBERTO. La Xirgu.

ALAIN. No, no, no la Xirgu no..., la Xirgu nooooooooo.

ROBERTO. Dejala, dejala, que le dé, así nos entretiene. A ver por dónde le sale.

ALAIN. (*Transformada en Lola Flores, recrea la escena de "Las lavanderas de Yerma"*).

"En el arroyo frío

Lavo tu cinta,

Como un jazmín caliente,

Tienes la risa".

Lo repite un par de veces.

ROBERTO. "A mí no me gusta hablar".

ALAIN / LOLA / LAV. "Pero aquí se habla. Y no hay mal en ello. La que quiera honra que la gane. Yo planté un tomillo, yo lo vi crecer. El que quiera honra, que se porte bien".

NACHO. "Así se habla".

ROBERTO. “¿Pero se puede saber lo que ha ocurrido?”

ALAIN. “Anteanoche, ella la pasó sentada en el tranco, a pesar del frío”.

ROBERTO. “A la pobre Yerma le cuesta trabajo estar en su casa”.

ALAIN. “Esas machorras son así: Cuando podían estar haciendo encajes o confituras de manzana, les gusta subirse al tejado y andar descalzas por esos ríos”.

NACHO. “¿Quién eres tú para decir esas cosas?”

ROBERTO. Ella no tiene hijos, pero no es por culpa suya”.

ALAIN. “Tiene hijos la que quiere tenerlos. Es que las regalonas, las flojas, las endulzadas, no son a propósito para llevar el vientre arrugado. Y se echan polvos de blancura y colorete y se prenden ramos de adelfa en busca de otro que no es su marido”.

YERMA. “Calla, calla. ¿Dónde pones mi honra? ¿Te figuras que puedo conocer otro hombre? ¡Si no es eso! Nunca lo haría. Yo no puedo ir a buscar. El agua no se puede volver atrás, ni la luna llena sale a mediodía. Vete. Por el camino que voy seguiré”.

Va bajando la luz.

VIEJA. “Cuando se tiene sed, se agradece el agua”.

YERMA. “¿Has pensado en serio que yo me pueda doblar a otro hombre? ¿Que yo vaya a pedirle lo que es mío como una esclava? Conóceme, para que nunca me hables más. Yo no busco... Yo soy como un campo seco donde caben arando mil pares de bueyes, y lo que tú me das es un pequeño vaso de agua de pozo. Lo mío es dolor que ya no está en las carnes”.
(Pausa. La luz queda solamente sobre YERMA). Pero yo sé que los hijos nacen del hombre y la mujer... Ay, ¡si lo pudiera tener yo sola!... Sí, sí, yo lo tendré porque lo tengo que tener. O no entiendo el mundo. A veces, cuando ya estoy segura de que jamás, jamás..., me sube como una oleada de fuego por los pies y se me quedan vacías todas las cosas, y los hombres que andan por la calle y los toros y las piedras me parecen como cosas de algodón. Y me pregunto: ¿para qué estarán ahí puestos? Yo quiero tener a mi hijo en los brazos para dormir tranquila y, óyelo bien y no te espantes de lo que te digo, aunque yo supiera que mi hijo me iba a martirizar después y me iba a odiar y me iba a llevar de los cabellos por las calles, recibiría con gozo su nacimiento, porque es mucho mejor llorar por un hombre vivo que nos apuñala, que llorar por este fantasma sentado año tras año encima de mi corazón...”

VIEJA. “Shs, shs, ya está bien. ¡Cállate!”

YERMA. “Dejarme libre siquiera la voz, ahora que voy entrando en lo más oscuro del pozo. Dejar que de mi cuerpo salga siquiera esta cosa hermosa y que llene el aire. Mira... Mira que me quedo sola. Como si la luna se buscara ella misma por el cielo. ¡Mírame! Cuando salía por mis claveles me tropecé con el muro. ¡Ay! ¡Ay! Es en ese muro donde tengo que estrellar mi cabeza. Una cosa es querer con la cabeza y otra cosa es que el cuerpo, maldito sea el

cuerpo, no nos responda. Está escrito y no me voy a poner a luchar a brazo partido con los mares. Ya está. ¡Que mi boca se quede muda!”

VIEJA. (*Fuerte*). “Pues sigue así. Por tu gusto es. Como los cardos del secano. Pinchosa, marchita”.

YERMA. (*Fuerte*). “Marchita sí, ¡ya lo sé! ¡Marchita! No es preciso que me lo refriegues por la boca. Desde que me casé estoy dándole vueltas a esta palabra, pero es la primera vez que la oigo, la primera vez que me la dicen en la cara. La primera vez que veo que es verdad”.

Cambio de luz y retomamos la escena anterior. ALAIN ya es Bernarda.

ALAIN. Ch, ch, ch, ch. Ch.... Menos humos, Bonita. Aquí la única que levanta la voz soy yo, Bernarda Alba. Así me creó Federico con temperamento, con arrestos, y con el beneplácito para los gritos. Y me dio autoridad para dominar a mis cinco hijas, a ti, a esta y a la que haga falta, pánfila.

NACHO. Pánfila ella, yo, Yerma.

ALAIN. No me cambies de conversación.

ROBERTO. No discutáis, no soporto los gritos. Mi temperamento no está hecho para tolerar estos exabruptos.

NACHO. Rosita, si hablas así, no te entiendo nada. Mi temperamento es llano, vos lo sabéis.

ALAIN. ¿Llano? Tu temperamento es abreviado y el tuyo... de verdad..., ¡qué pena! ¿Por qué habré elegido yo a estas dos inútiles, para este cometido? Con todas las mujeres que escribió el otro. Marcolfa o Belisa, la Curiana Nigromántica, cualquiera de ellas habría sido mejor compañía.

ROBERTO. Berni, no te alteres que te va a dar...

NACHO. ...no tenemos los remedios.

ALAIN. Ninguna de las dos sabíais lo que era una fosa común. No tenéis conciencia de lo que estamos haciendo, de la importancia de nuestros actos. ¿Por qué creéis que estamos presas?

NACHO. ¿Pero tan grave es?

ALAIN. ¿Vosotras no sabíais nada de la memoria histórica. Hay más de 100.000 muertos enterrados en las cunetas de las carreteras de España... y primero decían que iban a desenterrar a todos pero ya veréis no van a desenterrar a ninguno.

NACHO. ¿Y nosotras vamos a desenterrar a todos?

ROBERTO. Con el miedo que pasamos y la noche tan renegrida. No, no quiero ni acordarme. Y después llegó la policía y nos trató como delincuentes... ¿Y la cabeza de Federico? ¿Dónde está?

ALAIN. ¡La cabeza de Federico! ¿Quién se ha llevado la cabeza de Federico? ¿Quién? Que vengan y se lleven nuestras vidas pero que nos devuelvan la cabeza de Federico.

NACHO. Tiene que estar por aquí en algún sitio. Busquemos.

ALAIN. Busquemos. Federico, no te preocupes. No pararemos hasta volver a encontrarte.

ROBERTO. Fede...

NACHO. Fede...

ALAIN. Fede...

ALAIN y NACHO siguen buscando y ROBERTO llora.

ROBERTO. (*Llorando*). “Cuando se abre en la mañana...”.

ALAIN. (*Fuerte*). “Magdalena, no llores. Si quieres llorar, te metes debajo de la cama. ¿Me has oído? No he dejado que nadie me dé lecciones. Sentarse”.

NACHO. Basta las dos. ¡Ya! Bernarda, no es momento de Magdalenas. La cabeza de Federico. Estamos buscando la cabeza de Federico.

ROBERTO. Lloro porque la cabeza de Federico se quedó en la mochila con los remedios. “Cuando se abre en la mañana roja como sangre está...”

NACHO. (*Llorando*). “Ay qué prado de pena, ay qué puerta cerrada a la hermosura...”

ALAIN. ¿Por qué no habré venido con los títeres de Cachiporra, uno en cada mano?

ROBERTO. (*Lloriqueando*). Estábamos tan bien hace un rato. Con lo bonita que nos había quedado la escena de las lavanderas. Con esos acentos y tanto flamenco.

NACHO. Deberíamos descansar. ¿Cuánto llevamos aquí?

ALAIN. A saber...

ROBERTO. Si tenemos que estar presas tres días, cuánto antes nos acostemos y antes nos levantemos, antes pasarán los días.

ALAIN. Tú te callas.

NACHO. Y aquí, ¿para dormir, cómo se hace? ¿Tendremos que acostarnos en el suelo?

ROBERTO. Carcelero, ¿las camas están en otras celdas?

NACHO. Carcelero. ¿Van a trasladarnos?

Ambos esperan respuesta.

ROBERTO. Carcelero.

NACHO. El suelo no parece tan duro.

ALAIN. ¿Alguien puede siquiera imaginar, que una señora como yo, Doña Bernarda Alba, viuda de Antonio María Benavides va a dormir tirada, en el suelo?

ROBERTO. En el suelo, no pero sobre estos bancos, no es tan incómodo. Probad, probad. (*Mientras acomoda su banco y sobre él se acuesta*).

NACHO. Prueba, Berni, a falta de pan.

ALAIN. Carcelero, traiga inmediatamente un colchón de lana y procure que esté aireado y bien sacudido.

NACHO. (A ROBERTO). Para el caso que le van a hacer. (A ALAIN). Pide un almohadón de plumas.

ROBERTO. Y sábanas de seda...

Empiezan a desvestirse.

ALAIN. ¿Qué hacéis? Desvergonzadas.

NACHO. No vamos a acostarnos con la ropa puesta.

ALAIN. Por supuesto, aquí nadie se quita nada. Qué pretendéis que los carceleros las vean desnudas.

ROBERTO. Ah, no, no. Desnudas no.

ALAIN. Bernarda, ¿quién te ha visto y quién te ve?

ROBERTO. Pongan un poco de voluntad... Miren, yo ya me acomodé.

NACHO. (Viendo que el banco le queda chico). Yo, mejor me acuesto en el suelo.

ROBERTO. Paciencia, Yerma, paciencia.

NACHO se acuesta en el suelo y ROBERTO en el banquito y BERNARDA sentada frente a su banco.

NACHO. Hasta mañana.

ALAIN. Buenas noches...

ROBERTO. Ay no, no, no, Diosito, no, Diosito, no, Diosito no

ALAIN. ¿Qué le pasa a esa, ahora? Ni siquiera vamos a poder dormir tranquilas.

NACHO. ¿La bipolar es contagiosa?

ROBERTO. ¿No se dan cuenta de que si nos acostamos sin rezar, y Dios no lo quiera, morimos durante la noche, iremos directas al infierno? Yo sé que tengo un lugar reservado en el paraíso y no voy a perderlo por nada del mundo. (Se arrodilla y reza). ¡Ángel de mi guarda, dulce compañía! No me desampares ni de noche ni de día.

NACHO. Cuatro esquinitas, tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan.

ALAIN. Señor, perdónalas porque no saben lo que hacen.

ROBERTO. Yo sé perfectamente lo que hago, he sido bautizada, he tomado la primera comunión y me han confirmado. Y el Párroco Don Teodoro me enseñó esto que no estaría mal que escucharais con atención.

¡Qué sabias palabras!, las de Don Teodoro. Si me abstraigo... escucho su voz:

“En la noche, antes de acostarte ponte unos momentos en la presencia de Dios, tu Padre, que te ve y te oye siempre. Y luego, encomiéndate a la Virgen María, tu Madre”.

ALAIN. La tuya.

ROBERTO se va compungido.

ALAIN. Mis ánimos no están hoy para rezos. Las súplicas, para la Iglesia. Estamos aquí encerradas por asuntos que no tienen nada que ver con las leyes de Dios. Son las leyes de los hombres las que nos han privado de la libertad.

NACHO. Mira, Bernarda, cuando te pones así..., piel de gallina.

ROBERTO. Ni la Xirgu.

NACHO la mira horrorizado.

ALAIN. Tranquilas, chicas. Creo que todo lo que hemos vivido juntas durante este día tan largo e interminable, ha acabado con mi bipolar, cansada, agotada. Siento que me han fusilado como a Federico, en el paredón.

ROBERTO. “A la muerte hay que mirarla cara a cara”. ¿No lo has dicho tú siempre, Berni? Acto tercero, texto final, página 1532, en las obras completas de Federico García Lorca, Aguilar Ediciones impreso en España por Talleres Gráficos Montaña. Amor Hermoso 89 Madrid, 1965.

NACHO. ¡Qué memoria, Rosita! Te la envidio. Si supieras cuánto.

ALAIN. Está bien, tal como estamos lo único que nos queda es rezar.

ROBERTO. Alma de Cristo,

LOS TRES. Santifícame.

ROBERTO. Cuerpo de Cristo,

LOS TRES. Sálvame.

ROBERTO. Sangre de Cristo,

LOS TRES. Embriágame.

ROBERTO. Agua del costado de Cristo,

LOS TRES. Lávame.

Los tres se duermen. luego suenan seis campanadas que nos indican claramente el amanecer se despierta ROBERTO y NACHO que se acerca a ALAIN y lo despierta.

Se vuelve a dormir.

ROBERTO / ROSITA. Tía, despierte, ya son las 6.

ALAIN. ¿El ama está levantada?

NACHO. Sí, ya estoy en pie.

Al despertarse los tres han asumido los roles de Ama, Tía y Rosita. Recrearemos la escena final de Doña Rosita la soltera.

ROSITA. “Yo prefiero salir de aquí con la calle a oscuras. Si me fuera posible apagaría el farol. De todos modos las vecinas estarán acechando. Con la mudanza ha estado todo el día la puerta llena de chiquillos, como si en la casa hubiera un muerto”.

TÍA. “Si yo lo hubiera sabido no hubiese consentido de ninguna manera que tu tío hubiera hipotecado la casa con muebles y todo. Lo que sacamos es lo sucinto, la silla para sentarnos y la cama para dormir”.

ROSITA. “Para morir”.

TÍA. “¡Fue buena jugada la que nos hizo! ¡Mañana vienen los nuevos dueños! Me gustaría que tu tío nos viera. ¡Viejo tonto! Pusilánime para los negocios. ¡Chalado de las rosas! ¡Hombre sin idea del dinero! ¡El manirroto... estamos arruinadas!; y te veo a ti...”.

ROSITA. “No se preocupe de mí, tía. Yo sé que la hipoteca la hizo para pagar mis muebles y mi ajuar, y esto es lo que me duele”.

TÍA. “Hizo bien. Tú lo merecías todo. Y todo lo que se compró es digno de ti y será hermoso el día que lo uses”.

ROSITA. “¿El día que lo use?”

TÍA. “¡Claro! El día de tu boda”.

ROSITA. “No me haga usted hablar”.

TÍA. “Ese es el defecto de las mujeres decentes de estas tierras. ¡No hablar! No hablamos y tenemos que hablar. ¡Ama! ¿Ha llegado el correo?”

ROSITA. “¿Qué se propone usted?”

TÍA. “Que me veas vivir, para que aprendas”.

ROSITA. “Calle”.

TÍA. “Alguna vez tengo que hablar alto. Sal de tus cuatro paredes, hija mía. No te hagas a la desgracia”.

ROSITA. “Me he acostumbrado a vivir muchos años fuera de mí, pensando en cosas que estaban muy lejos, y ahora que estas cosas ya no existen sigo dando vueltas y más vueltas por un sitio frío, buscando una salida que no he de encontrar nunca. Yo lo sabía todo. Sabía que se había casado; ya se encargó un alma caritativa de decírmelo, y he estado recibiendo sus cartas con una ilusión llena de sollozos que aun a mí misma me asombraba. Si la gente no hubiera hablado; si vosotras no lo hubierais sabido; si no lo hubiera sabido nadie más que yo, sus cartas y su mentira hubieran alimentado mi ilusión como el primer año de su ausencia.

Pero lo sabían todos y yo me encontraba señalada por un dedo que hacía ridícula mi modestia de prometida y daba un aire grotesco a mi abanico de soltera. Cada año que pasaba era como una prenda íntima que arrancaran de mi cuerpo. Y hoy se casa una amiga y otra y otra, y mañana tiene un hijo y crece, y viene a enseñarme sus notas de examen, y hacen casas nuevas y canciones nuevas, y yo igual, con el mismo temblor, igual; yo, lo mismo que antes, cortando el mismo clavel, viendo las mismas nubes; y un día bajo al paseo y me doy cuenta de que no conozco a nadie; muchachas y muchachos me dejan atrás porque me canso, y uno dice: “Ahí está la solterona”; y otro, hermoso, con la cabeza rizada, que comenta: “A esa ya no hay quien le clave el diente”. Y yo lo oigo y no puedo gritar, sino vamos adelante, con la boca llena de veneno y con unas ganas enormes de huir, de quitarme los zapatos, de descansar y no moverme más, nunca, de mi rincón”.

TÍA. “¡Hija!”

AMA. “¡Rosita!”

ROSITA. “Ya soy vieja. Ayer te oí decir a que todavía podía yo casarme. De ningún modo. No lo pienses. Ya perdí la esperanza de hacerlo con quien quise con toda mi sangre, con quien quise y... Con quien quiero.

Todo está acabado... Y, sin embargo, con toda la ilusión perdida, me acuesto, y me levanto con el más terrible de los sentimientos, que es el sentimiento de tener la esperanza muerta. Quiero huir, quiero no ver, quiero quedarme serena, vacía..., ¿es que no tiene derecho una pobre mujer a respirar con libertad? Y sin embargo, la esperanza me persigue, me ronda, me muerde; como un lobo moribundo que apretase sus dientes por última vez”.

TÍA. “¿Por qué no me hiciste caso? ¿Por qué no te casaste con otro?”

ROSITA. “Estaba atada, y además, ¿qué hombre vino a esta casa sincero y desbordante para procurarse mi cariño? Ninguno”.

AMA. “Tú no les hacías ningún caso. Tú estabas encelada por un palomo ladrón”.

ROSITA. “Yo he sido siempre seria”.

TÍA. “Te has aferrado a tu idea sin ver la realidad y sin tener caridad de tu porvenir”.

ROSITA. “Soy como soy. Y no me puedo cambiar. Ahora lo único que me queda es mi dignidad. Lo que tengo por dentro lo guardo para mi sola”.

TÍA. “Eso es lo que yo no quiero”.

AMA. “¡Ni yo tampoco! Tú hablas, te desahogas, nos hartamos de llorar las tres y nos repartimos el sentimiento”.

ROSITA. “¿Y qué os voy a decir? Hay cosas que no se pueden decir porque no hay palabras para decirlas; y si las hubiera, nadie entendería su significado. Me entendéis si pido pan y agua y hasta un beso, pero nunca me podríais ni entender ni quitar esta mano oscura que no sé si me hiela o me abrasa el corazón cada vez que me quedo sola”.

AMA. “Ya está diciendo algo”.

TÍA. “Para todo hay consuelo”.

ROSITA. “Sería el cuento de nunca acabar. Yo sé que los ojos los tendré siempre jóvenes, y sé que la espalda se me irá curvando cada día. Después de todo, lo que me ha pasado le ha pasado a mil mujeres. *(Pausa)*. Pero ¿por qué estoy yo hablando todo esto? *(Al AMA)*. Tú, vete a arreglar cosas, que dentro de unos momentos salimos de este Carmen; y usted, tía, no se preocupe de mí. ¡Vamos! No me agrada que me miréis así. Me molestan esas miradas de perros fieles. Esas miradas de lástima que me perturban y me indignan”.

TÍA. “Hija, ¿qué quieres que yo haga?”

ROSITA. “Dejarme como cosa perdida. Ya sé que se está usted acordando de su hermana la solterona..., solterona como yo. Era agria y odiaba a los niños y a toda la que se ponía un traje nuevo..., pero yo no seré así”.

AMA. “¡En marcha!”

TÍA. “¡Se ha levantado un aire...!”

AMA. “Sí. Parece que va a llover”.

TÍA. “Como siga este viento no va a quedar una rosa viva. Los cipreses de la glorieta casi tocan las paredes de mi cuarto. Parece como si alguien quisiera poner el jardín feo para que nouviésemos pena de dejarlo”.

AMA. “Como precioso, precioso, no ha sido nunca. Y esta nube... Ahora, cuando lleguemos, tengo la comida hecha. De postre, flan. A usted le gusta. Un flan dorado como una clavellina”.

TÍA. “¿Has cerrado la puerta del invernadero?”

AMA. “No se puede cerrar por la humedad”.

TÍA. “Estará toda la noche golpeando”.

AMA. “¡Como no la oiremos... !”

TÍA. “Yo, sí. Yo sí la oiré”.

AMA. “¡Vamos!”

ROSITA. “Ha empezado a llover. Así no habrá nadie en los balcones para vernos salir”.

TÍA. “Es preferible”.

Salen las tres.

FIN

ROJO BERMELLÓN

CLAUDIA PUGA (CABA)

ariamcielo@yahoo.com

PERSONAJES

GABRIELA 43 años

OSCAR 40 años

El escenario vacío.

Se escucha la canción “Every breath you take” de The Police, versión para bebés.

https://youtu.be/GzOBI_X_Zp4?list=PL96EB9B18D398A018

Se proyecta la imagen de una foto: interior de una casa en obras.

Entra una mujer de mediana edad con una caja llena de polvo y escombros. Los esparce por el suelo del escenario, sale.

Entra un hombre de mediana edad, arrastrando un sofá, se precipita. En la siguiente foto no está el sofá, el sofá está en escena.

OSCAR. Apurate, traé el ropero móvil.

GABRIELA entra con el ropero móvil tiene perchas y ropa colgada. OSCAR sale corriendo.

GABRIELA. ¿Te olvidaste?

OSCAR regresa con un tarro de pintura y un rodillo para pintar.

GABRIELA se acerca al tarro de pintura toma el rodillo, pinta la imagen donde está el perchero móvil. Hay una mancha blanca.

GABRIELA. ¿Falta mucho?

OSCAR. Bastante. ¿Sigo trayendo?

GABRIELA. Sí, aunque sea dos sillas... Y la manta.

OSCAR trae dos sillas y tres mantas, dos son blancas y una tiene un dibujo de un oso.

GABRIELA. (Se ríe, dirige la mirada a OSCAR). ¿Estas trajiste? Estoy cansada me voy a

acostar.

OSCAR la tapa con las mantas y la mira.

GABRIELA. (*Huele las mantas*). Tienen su olor.

OSCAR se acerca a la imagen que se proyecta en el fondo del escenario.

Se proyecta una caja de cartón cerrada, escribe con una fibra "Mantas 3", sobre la imagen. Sale y trae una caja de cartón, la abre saca golosinas y chocolates. Le convida a GABRIELA, ella come.

OSCAR. ¿Seguimos?

GABRIELA. Ahora no, cantá.

OSCAR. (*Canta con voz aniñada y moviendo las caderas*). Culo, culo, culo, culo.

GABRIELA pega una lista en la pared, en la pared se proyecta la lista.

La lista:

Una casa en construcción.

Cajas con libros, un sofá sucio de polvo y manchado de pintura.

Latas de pintura, lijas tiradas, mezcladas entre libros.

Vasos botellas de agua vacías, otras a media llenar.

Una botella de pisco abierta, juguetes tirados.

Rastros del ayer suspiros del mañana.

Acá hace falta un hombre, así estaría ya todo arreglado. Lo dice una mujer mirando la foto de una mujer anciana.

Una mujer entra con unas sillas para niños.

Siguiente foto proyectada falta la silla que la mujer introdujo al escenario.

OSCAR está armando un auto de juguete con maderas y alambres.

OSCAR. Le apretás muy fuerte la mano a Elías, se queja de cómo le apretás la mano, no hagas tanta fuerza.

GABRIELA está recostada en el sofá. Mira al público.

GABRIELA. Tengo miedo, tengo miedo que me suelte la mano cuando cruzo la calle y se vaya; tengo miedo que tropiece y se rompa los dientes; tengo miedo que una rama de un árbol

le saque un ojo; tengo miedo que se queme y se quede sin un pedazo de piel, con cicatrices y todos lo miren por raro, por feo; tengo miedo que se atragante comiendo y se quede sin aire; tengo miedo que alguien lo golpee; tengo miedo que alguien abuse de él y él no lo sepa; tengo miedo que no me quiera, tengo miedo a que me rechace, tengo miedo a mis miedos.

Silencio, OSCAR come y bebe.

OSCAR. Yo hay veces que también tengo miedo.

GABRIELA. Le dije a Elías que no besara a las viejas que se sientan al lado de él en el colectivo, ni que tampoco hiciera naricitas, es nuestro secreto, me dijo: feas.

Le pregunté: ¿dijiste feas? Me dijo: no, y se rió.

OSCAR. Es un hijo de puta.

OSCAR continúa armando un auto de juguete con maderas y alambres.

GABRIELA. Esos alambres están oxidados, se va lastimar, envolverlos con la cinta.

OSCAR. Es mi hijo, no es un tonto, sabe tener cuidado.

GABRIELA. Es un niño, y los niños juegan.

OSCAR. Queda mejor así, se divierte mucho con esto, vamos a jugar a las carreritas.

GABRIELA lo mira.

En la pantalla se proyecta un alambre en primer plano, luego esa imagen se tiñe de color rojo.

Se escucha el llanto de niño.

GABRIELA está armando una torta de cumpleaños, está poniendo el número cinco a la torta.

El número es color violeta.

OSCAR. Hubieras puesto el número de color rojo, es su color favorito. O azul, es nene.

GABRIELA. El violeta significa equilibrio entre el cuerpo y la mente.

OSCAR. ¿Te parece creer en eso?

GABRIELA. Como mucho no hace efecto.

OSCAR. ¿Y por qué no probás eso con otra torta, no la de su cumpleaños? Voy a comprar una vela roja con el número 5, es mi Elías.

Se proyecta en la pared la palabra “Manifiesto”.

Dirigiéndose al público.

OSCAR. Me llamo Oscar, tengo 40 años y trabajo en una imprenta, realizo trabajos varios

para poder sacar adelante el trabajo. Desde arreglar la máquina, entregar pedidos y hacerlos. Me gusta el rock, el indio, la aplanadora y sobre todo el reggae. Sus inicios como protesta social, no puedo mirar al costado cuando todo eso es así. Ahora mientras te cuento todo esto estoy escuchando Sumo. Me encanta comer asado, por el rito del fuego de lo que va venir, el vino. No tengo *Facebook*, ni twitter ni nada de eso. ¡No miento! Tengo Facebook, pero no le doy bola. Como el cara a cara no hay. Hay cosas que no te las voy a decir si no me ves la cara. Si después de todo la vida es sentir, no hay más. Me gusta juntarme con mis amigos, pero estar sólo en casa es muy importante para mí. Si no sabés estar sólo creo que vas a tener serios problemas, aunque no se noten o intentes disimularlos.

GABRIELA. Sí, yo soy Gabriela, hace tres años me dedico a hacer escenografías en teatros independientes, antes trabajé varios años como modelo de pintores hasta que me cansé.

Cumplí 43 años, me gusta en la época que cumpla años porque no hace ni frío ni calor. El otoño es para pensar... con todas esas hojas secas que hacen ruido cuando caminas.

Mis amigos están dispersos porque he viajado mucho.

Las personas con las que me quedaría hasta las 3 de la mañana para hablar no están aquí, por eso tengo *Instagram* para estar cerca de ellos y ver que hacen, ya que no podemos compartir. Me gusta estar en casa escuchando música, pintando y preparando los trabajos que tengo que realizar. Me gusta eso del teatro, lo del grupo. Pero necesito estar sola si no me ahogo de mí. Me gusta la música, amo a Leonard Cohen, no sé, su voz, esa manera sencilla de contar lo profundo. Me gusta leer poesía antes de dormir porque es como tomarse un chupito de imágenes y de sentir.

Me voy a despedir con una frase de Jean Genet... "les dirigía ya un saludo nostálgico y no sin tristeza a esos caminos que serían cada vez más solitarios".

Reparte tarjetas al público donde está escrita la frase que recitó.

OSCAR. La conocí en el cumpleaños de Soledad. Soledad en ese entonces era diferente. No estudiaba, ni le interesaba la física, tenía un novio que se la pasaba todo el día escuchando a Black Sabbath.

Hicimos un asado. Fue un día de verano, venía con sus auriculares escuchando a Bowie, tenía una manía con ese maricón no sé... pero ella ahí empezó explicándome su música y lo buen guitarrista que es. Cuando murió Bowie, fuimos al río a tirarle flores.

Elías preguntaba por qué hacíamos eso, entonces cuando se perdió su muñeco, la rana Pepe, tuvimos que inventar un entierro en la maceta de tomates porque le gustan mucho los tomates y tenía que estar cerca de lo que le gusta y después fuimos al río a tirar flores.

Ruedan tomates por el suelo del escenario.

GABRIELA. *(Lo interrumpe)*. Él pasaba todo el día mirando una tarjeta postal que le regalaron, me decía mira qué bien dibuja este chabón, era una reproducción de Hopper.

Sí hiperrealismo.

OSCAR. Sí, eso superrealista, eso.

OSCAR se pone una campera de cuero y tiene un cigarrillo apagado en la boca.

GABRIELA se coloca un pañuelo en la cabeza.

OSCAR. ¿De dónde conocés a Soledad?

GABRIELA. De un festival de cine, trabajábamos entregando folletos.

OSCAR. ¡Qué bien sí! Algo me dijo de eso.

Ella se fue, era difícil hablar con ella, en esa época. Porque como les decía estaba todo el tiempo escuchando esa mariconada de música de Bowie. Me gustó.

GABRIELA. No sé por qué empecé a salir con él. Estaba sola y me deje elegir.

Él era muy disperso escuchando su música, bueno, qué puedo decir, el asado que preparó se pasó, estaba seco. Porque se fue a jugar a la pelota y se olvidó de todo.

Le pedimos asar verduras y dijo que la leña solo admite carne ¡increíble!

OSCAR. *(Entra con una bolsa llena de verduras y carne)*. Ahora en el asado hago verduras si no dice que soy un cavernícola, no evoluciono, el cuerpo ácido, alcalino... todo eso.

GABRIELA. *(Pensativa)*. Comía carne... Elías comía las dos cosas hasta en eso era bueno nos complacía a los dos, más no le podíamos pedir a nuestro pequeño.

OSCAR recoge los tomates del suelo y los come. Se llena la boca de verduras.

GABRIELA dirige su mirada a OSCAR. Atrás se proyecta una imagen de un dibujo de Elías comiendo con papá y mamá.

Se proyecta una imagen de un búho. GABRIELA come flores. Se escucha el tema "Put your head on my shoulder" de Paul Anka.

OSCAR. *(Dirigiéndose al búho)*. Trae suerte a la casa y aleja las desgracias.

¿Por qué dibujas?

Ella está dibujando un búho.

GABRIELA. ¿Necesitas la aprobación del otro?

OSCAR. Sí.

GABRIELA. Él habla como si tuviera una lágrima en la voz. ¿Te gusta comer?

OSCAR. Mucho, pero nunca solo, se come con amigos y se toma con cualquiera.

GABRIELA. A mí sola, es más cómodo, no tengo que cuidarme de ensuciarme, puedo comer con las manos, puedo mezclar.

OSCAR. A mí no me molesta, me gusta que te sientas cómoda.

GABRIELA. Eso va a costar.

OSCAR. Tengo tiempo.

GABRIELA. Hice trampa.

GABRIELA se aleja y dirige su mirada a OSCAR.

GABRIELA. Cuando estabas conmigo.

OSCAR. Estoy con vos.

GABRIELA. Bueno, cuando estabas conmigo, era eso todo lo que tenías para dar. Pero cuando nació Elías vi todo lo que podías dar.

OSCAR. Estás compitiendo.

GABRIELA. No, lo presentí.

OSCAR. Tan dramática, él es un niño.

GABRIELA. Yo también siento. *(Se pincha un dedo con una aguja y chupa su propia sangre).*

¿Cuántos años más crees que vas a vivir?

OSCAR. No sé, 30 años más, creo. ¿Por qué?

GABRIELA. Parece que te quedaran 300 años. Por las excusas que das para hacer.

Me lastima esta cámara lenta. *(Sigue chupándose el dedo. Corre hacia el público y grita).*

Hubiera corrido hacia vos

si hubiera visto algo para decir

que se pueda volver,

olvidar todo y volver,

a no saber cómo somos.

Hoy es momento de lastimar, no siento nada.

Una y otra vez puedes lastimar no siento nada.

GABRIELA. Decime Tutuca.

OSCAR. Tutuca.

GABRIELA. Me gusta.

Se proyecta en la pantalla la palabra: “La Fatalidad”.

GABRIELA. *(Habla por teléfono, usa la función manos libres).* Oscar, contesta, contesta.

OSCAR. ¿Qué pasa? Estoy trabajando.

GABRIELA. Elías está de nuevo con fiebre, no puedo bajársela.

OSCAR. Llévalo al médico, no puedo hacer nada.

GABRIELA. Pasame el número de teléfono, del doctor.

OSCAR. ¡No lo sabés!

GABRIELA. No sé dónde lo puse, lo tenía, pásámelo.

OSCAR. Esperá...

GABRIELA. Lo llamé al médico, pero no contesta nadie, ¿estás seguro de que ese es el número?

OSCAR. Insistí. Llena la bañera y pone agua tibia. Dale esos baños, le va a bajar la fiebre.

GABRIELA. Mejor le doy un remedio.

OSCAR. ¡No! Quiero que sea fuerte, que no tome remedios. Hace eso.

OSCAR camina entre las cajas, da un pisotón, el sonido que se escucha es amplificado.

OSCAR. Acabo de matar una araña.

GABRIELA trae algo para desinfectar.

OSCAR. Esto está lleno de bichos.

GABRIELA le pasa un aerosol.

OSCAR. Elías es alérgico, no podemos tener esto así.

GABRIELA. Yo también soy alérgica.

OSCAR. Sí, pero él es un niño. Voy a tirar todo esto.

GABRIELA. No, es una escenografía que estoy preparando.

OSCAR. ¿Te pagan por esto?

Apagón.

OSCAR. *(Entra llorando)*. Tengo un dolor en mi madre, te dije que lo mires, te dije que lo mires.

GABRIELA entra limpia de manera minuciosa las cajas y los objetos.

GABRIELA toma una guitarra de juguete, toca el instrumento. OSCAR toma una trompeta de juguete y también toca. Cantan a ritmo de rock.

OSCAR. Uno, dos, tres. *(Cantan los dos al mismo tiempo)*. “Estrellita donde estás, me pre-

gunto quién serás en el cielo en o el mar, un diamante de verdad. Estrellita donde estás me pregunto quién serás. Cuando el sol se ha ido ya. Cuando nada brilla más, tú nos muestras tu brillar, brilla, ¿brilla? ¿Estrellita dónde estás? Me pregunto quién serás.

GABRIELA entra con un balde lleno de ropa de niño, lo esparce por el suelo y se tira encima. Da vuelta por el suelo; abraza la ropa. Llor.

OSCAR trae en una bolsa llena de pelotas de juguete son de varios colores. Las tira. Patea una pelota, patea otra, patea otra, patea otra, patea otra, patea otra.

OSCAR. *(Grita)*. ¡Atajá, atajá!

Caen globos de colores por toda la sala.

OSCAR. *(Tiene puesta una máscara de lobo)*. ¿Dónde están mis tres cerditos?
¿Dónde están?

GABRIELA. *(Se escucha la voz de GABRIELA)*. A ver... sí está frío, pero es bueno para vos, dale de a poquitito, sí vas a ver que esto te va mejorar, no, no llores de a poquitito.
(En el fondo del escenario, la luz de la proyección, titila). ¿Te gustó, ya no llorás, está bien el agua? A ver... ¿Qué pasa? Contestá. ¡Qué pasa, qué pasa!

GABRIELA está cerca de OSCAR.

OSCAR. Seguro te fuiste a hacer algo de tus putos experimentos artísticos si no, no hubiera pasado.

GABRIELA. Me hubieras dejado dar el remedio señor sabelotodo, ¿¡quién sos!? No sé cómo te hago caso.

GABRIELA. Él no está ni para vos ni para mí.

Entra OSCAR se dirige a GABRIELA.

OSCAR. Tenemos que hablar.

GABRIELA lo mira y no dice nada.

GABRIELA trae un oso de peluche color blanco, lo viste con una remera. Trae dos muñecos: una rana y un burro. Trae otro muñeco de colores tira una tira que le sale de la parte de atrás del muñeco y sale música del muñeco con ese movimiento.

GABRIELA. Al final lo arreglaste.

Se escucha el tema “It’s time to cry” de Paul Anka.

OSCAR lleva una repisa al otro lado de la habitación y verifica que no se mueva.

GABRIELA trae libros de cuento. Los acomoda en la repisa.

GABRIELA. (Lee los nombres de los libros). El gato con botas, Tontos, Los tres cerditos en teatro, Los tres cerditos en libro pequeño, Los tres cerditos, Los tres cerditos.

OSCAR le pasa libros a GABRIELA.

GABRIELA los coloca en la repisa. Hay una mesa infantil pintada de color violeta. La coloca en el medio. OSCAR la mueve para el costado y dirige su mirada a GABRIELA. Ella lo mira, no dice nada. La mesa infantil está al costado.

GABRIELA trae una caja de cartón, saca de adentro lápices de colores y crayones.

Los empieza a acomodar de mayor a menor. Y también por color. OSCAR los guarda en el cajón de la mesa. Hay una pizarra apoyada en un caballete. GABRIELA lo corre al fondo del escenario. Escribe la palabra: “Hasta aquí” con tiza color rojo.

OSCAR. Su color favorito.

GABRIELA lo mira y no dice nada.

GABRIELA trae una caja, saca juguetes, camiones, coches de policía, bomberos, pelotas, coches de colores, coches muy pequeños.

Los coloca en hileras. Hace una calle de autos.

OSCAR también coloca los coches de juguetes en esa calle.

Al final de esa calle está la pizarra sobre el caballete.

GABRIELA lleva una silla para niños al fondo y la coloca delante de la pizarra.

GABRIELA toma el oso de peluche blanco y el muñeco que le cuelga un piolín.

OSCAR. (Grita). ¡Los patines, no!

GABRIELA dirige su mirada a OSCAR y no dice nada.

GABRIELA se sienta en la silla para niños que está al fondo con los dos muñecos, los abraza fuerte.

Luz color ocre sobre el escenario.

GABRIELA. *(Llora.)* ¿Qué me decías? *(Continúa sentada de la escena anterior, apagón).*
Cada vez das menos y cada vez pido menos.

Luz general. GABRIELA dirigiéndose al público.

GABRIELA. Paso todos los días por el colegio que lo anoté.

Voy a la plaza de vez en cuando para ver cómo juegan, me imagino cómo se tiraría del tobogán. Compró pan rojo cuando estoy sola, sigo comprando ropa para él, medias, pantalón, camperas. No te dije nada pero compré unas zapatillas que me gustan, su número 27.

OSCAR. Quedó ahí.

GABRIELA. Hasta ese número lo tuvimos.

Compré un rompecabezas lo abro, lo cierro, para que no se sepa que nada cambió adentro mío. Sigo esperando que me salude, su beso de buenos días, su sonrisa, su aliento a *lechy* como decía... sigo juntando monedas de chocolate; el dulce de batata sobra.

OSCAR. Siete años tendría.

GABRIELA. Ahora somos más viejos y más sinceros.

OSCAR. ¿Nadie pregunta por él? En *Facebook* nos queremos mucho.

Pausa.

GABRIELA. No hay que comprar leche. *(Cae al suelo un sachet de leche vacío).*

No hay paraguas de chocolate. *(Cae al suelo un paraguas de chocolate).*

OSCAR. No hay que ir a la plaza. *(Caen al suelo un balde de juguete y una pala de juguete).*

No hay que comprar ropa de niños, no hay dulce de batata. *(Cae el dulce de batata y un pantalón y un buzo de niño).* No hay que comprar pan rojo. *(Cae una medialuna con dulce de membrillo).* Tampoco monedas de chocolate.

GABRIELA. Papeles cortados, juguetes tirados.

Caen sobre el suelo monedas de chocolate, papeles de colores cortados irregularmente, coches de juguetes, ambulancia, auto de policías, una pista para los autos.

GABRIELA. No puedo vivir ahora. Solo estoy viva en el pasado.

Se proyecta en la pantalla la palabra: "Los preparativos".

GABRIELA está buscando en una libreta de direcciones de color roja. Marca un número de teléfono.

GABRIELA. Hola ¿está Laura?, hola sí el sábado festejamos el cumpleaños de Elías, es para invitarlas. Sí, a Jazmín, sí a las 5 de la tarde.

GABRIELA marca otro número de teléfono.

GABRIELA. Hola, sí que tal ¿el papá de Gael? es para invitarlo al cumpleaños de Elías, sí a las cinco. Sí, en casa, sí, como el otro cumpleaños.

GABRIELA marca otro número de teléfono.

GABRIELA. Hola sí, soy la mamá de Elías, es para invitarte al cumpleaños, sí, a Martín los esperamos a las cinco.

GABRIELA se pone un vestido de flores, se pinta la boca y los ojos.

OSCAR. ¿Qué pasa por qué estás así?

GABRIELA está escribiendo en la libreta.

GABRIELA. Estoy haciendo una lista de cosas que necesitamos para el cumpleaños de Elías.

OSCAR. ¿Qué cumpleaños? Sí, no es el día ya pasó hace 6 meses ¿no te acordás?, fuimos al río y tiramos flores al mirar los barcos como le gusta a él.

GABRIELA. Por eso, no se lo festejamos, vamos a festejar su cumpleaños.

Salgo a comprar la torta, encargo un catering, ¿animación? No mejor la haces vos.

OSCAR la mira.

GABRIELA. Globos, muchos, banderines, suvenir, sí que le damos recuerdo del 7mo cumpleaños de Elías. ¿Te parece un cuadro pequeño con su foto? Eso para que se acuerden de él. ¿Me ayudas a elegir su foto? Mostrame el celular, hay muchas fotos ahí, de Elías.

Y si ponemos varias de distintas edades. ¿Qué decís?

OSCAR continúa dirigiendo su mirada a GABRIELA.

GABRIELA. Falta la vela, la vela que sale con fuegos artificiales, ¿cómo se llama? ¿Todo eso

es mucho? Voy a comprarle un conjunto a Elías, un pantalón, zapatos, no zapatillas y una remera de mangas largas, esas que siempre le gustan tanto.

Ya estoy cansada de programar y eso que todavía no empecé.

OSCAR abre una caja, saca un globo lo infla.

GABRIELA. Poné los globos acá. *(Señala la pared)*. Sí todo cubierto. Hagamos la piñata sí, de caramelos, chocalines y chupetines. *(OSCAR continúa inflando globos)*.

Bueno sí piñata eso...servilletas con cara de quién.

No sé, servilletas de superhéroes ¿habrá?

Tené cuidado no vayas a pinchar algún globo. Seguí inflando.

OSCAR. Faltan 5 días ¿te parece inflar desde ahora?

GABRIELA. Sí, mejor así, ya dejamos todo listo. Encargo la torta, un tren, o una estación de tren sí el tren rojo, eso está claro. ¿Qué decís?

OSCAR asiente con la cabeza.

GABRIELA. La piñata la ponemos en el medio, sí que es muy vistosa, ¿no te acordás en el otro cumpleaños que Martín la quería romper? Ese nene se porta mal, tenía razón Elías cuando decía que se porta mal.

Elías es nuestro pequeño niño sabio.

No sí en el medio. Yo quiero que esté ahí.

¿Vas a cuidar la piñata, de que Martín no la rompa?

OSCAR asiente con la cabeza.

Se escucha el tema musical "Dream Lover" de Bobby Darin.

OSCAR baila.

OSCAR sonríe.

OSCAR baila.

OSCAR sonríe.

OSCAR baila, baila, baila... baila.

GABRIELA sonríe.

OSCAR se dirige al público y señala donde se proyecta la carta.

OSCAR. Lean nadie va hacerlo por ustedes.

Carta para Elías:

Hola Elías, no sé cuándo te daré esta carta, pero quería recordar algunos descubrimientos

tuyos. Probaste cebolla por primera vez al año o antes. Gateabas, encontraste una cebolla la pelaste y la mordiste, lloraste, llorabas mucho en esa época, volviste a probarla y a llorar. Creo que ese acto te define, volver a pesar. Tu padre dices que sos cabezón y algo de razón tiene. Hoy hace mucho calor, no hay luz y estás con fiebre ya tenés 2 años y 8 meses, nuestra relación es de amor y odio pero de mucha conexión. No sé si siempre será así, pero espero que amaine tu temperamento.

Antes de cumplir un año pasabas mucho tiempo conmigo y me di cuenta cuántas cosas vas hacer sólo y no voy estar para cuidarte.

Pensé cuándo seas mayor, próximo a la muerte y te encuentres sólo y no esté yo para abrazarte, besarte y decirte lo mucho que te amo. Hablamos mucho o yo te hablo mucho y vos entendés mucho aunque no hables.

Falta poco para que venga tu padre y te lleve al médico, porque estás con fiebre. Dentro de dos días viajamos todos a Córdoba, tengo ganas de llevarte a lugares nuevos que he descubierto para que juegues, se me apaga el ordenador, besos querido.

OSCAR. ¿Para qué lo lavaste?

GABRIELA. Para que esté limpio, para ver al mejor bebé, si veo eso soy la mejor mamá.

OSCAR. Por eso.

GABRIELA. Por no ser mi madre.

OSCAR. Tu madre te va perseguir hasta los últimos días.

GABRIELA. Puedo intentar otra historia.

OSCAR. Ahora ya no sirve de mucho.

GABRIELA. No sabés.

OSCAR. Dejalo.

GABRIELA. Una buena noticia, Elías cumple 3 años. Una mala, murió Bowie.

OSCAR mira los cuadernos de dibujo de Elías.

OSCAR. Lo cuidaba de cruzar la calle, de que no se queme cuando cocinaba, cuando cortaba papeles los miraba con su tijerita, así de tanto cuidar se me fue.

GABRIELA. Los cuidabas tanto que no sabía cuidarse.

OSCAR. Qué sabés si estabas todo el día metida en tú mundo de arte y maquetas.

GABRIELA. ¿Dónde creés que vivía?

OSCAR. ¿Es lo que me pregunto? Porque no te enterabas de mucho.

GABRIELA. Porque no grito o tengo esa seguridad de todo, que tampoco sirvió.

OSCAR. Estaba con vos, no conmigo, te tendría que matar por lo que hiciste.

GABRIELA. Viste que estoy...

OSCAR. ¡No hables porque te pego, no hables!

Silencio.

GABRIELA toma un cuaderno y lee.

GABRIELA. Puedo recoger tanto dolor a mis pies.

Tanto esparcido en el suelo y confeccionar una capa.

Tanto para disimular.

Tanto dolor de hoy.

No te confundas tanto.

¡No soy Batman!

Luz de sala.

Se proyecta una filmación de la siguiente escena.

OSCAR está comiendo pan con queso. Al lado hay un plato con comida.

GABRIELA. *(Entra)*. ¿Por qué no comés lo que hice?

OSCAR. La comida es salada y el postre es dulce. ¿Qué es esto de mezclar?

GABRIELA. Pollo al caramelo, ¿lo probaste?

OSCAR. No me hace falta, ya lo probé. No me gusta. Es dulce o salado. Los dos no.

Luz general. Dirigiéndose al público.

GABRIELA. Yo pienso que las personas que intentan y no quedan embarazadas es porque hay un Dios diciendo tengo preparado otro plan. También creo que sí algo es muy fácil es porque después te lo quitan o se vuelve tan complicado que deseas no estar ahí. Yo, por ejemplo, probé tres veces y ya está. Elías.

OSCAR. Ella piensa que hay un plan oculto sobre nosotros.

Yo creo que no hay plan ni nada. Creo que cada uno va haciendo su plan.

No existen esos misterios ni hay un por qué si te joden. No es que hicimos algo malo.

GABRIELA. Pero se llevaron a Elías.

Tenía miedo que saliera tonto por mi edad, enano, con alguna deficiencia o alguna enfermedad de nombres raros porque lo descubren gente de otro lugar, que tienen tiempo para estudiar todo eso. O que le falte un nudillo en la mano.

OSCAR. Dos. En la otra mano tampoco tenés nudillo.

GABRIELA. Es cierto.

Mi plan fue hacerme amiga de todas las personas que conocía que tenían un hijo con alguna enfermedad, los invitaba a que me contaran, sus cuidados todos.

Por ejemplo el gitano como decís vos, que su novia tenía una hija con síndrome de Down, está en un centro especializado, en Canadá. Necesito dinero para hacer eso.

Luego están los que nacen sanos y a una edad que crees que no pasa nada, ya crecieron ya se hicieron de pronto un día se accidentan.

Otro amigo que de pronto su hijo tuvo un problema en el cerebro, varias operaciones, y ahora es un niño, un eterno niño que hay que cuidar.

OSCAR. Te faltan los accidentes de auto y los domésticos que esos sí podés evitar y ahí sos doblemente culpable.

Fue un resbalón del destino he dicho demasiado.

Se proyecta la palabra: "Epílogo".

Se escucha el tema musical "Put your head on my shoulder" de Paul Anka.

GABRIELA está acostada arriba de una tarima.

VOZ EN OFF. Dormir con él adentro. Ahí estaría en paz, dormiría tranquila calmaría esa falta antigua de hoy y de siempre.

OSCAR sale de escena. Regresa, tiene en las manos dos pastillas. Atrás se proyectan la imagen de dos pastillas con fondo rojo bermellón.

OSCAR. Seguiría hablando tanto como ahora... peleándonos tanto.

GABRIELA. Siendo él.

OSCAR se dirige a GABRIELA.

GABRIELA está parada sobre la tarima.

GABRIELA. Tengo que hacer lo que me dé seguridad.

OSCAR. Cuánto tiempo debo llevar este dolor.

GABRIELA sigue parada sobre la tarima. OSCAR la sujeta, ella resiste, luchan. Él la obliga a tomar la pastilla. Ella intenta vomitar. Él le tapa la boca y la obliga a tragar la pastilla.

Vuelven a luchar. Él vuelve a tapar la boca y la tarima se divide en dos partes, una parte se desplaza hacia la derecha y la otra hacia la izquierda. OSCAR traga la pastilla dirigiendo la mirada hacia GABRIELA.

OSCAR. ¿Cuál es mi batalla, cuál debo luchar?

GABRIELA. La batalla acaba de comenzar.

En el fondo se proyecta una imagen de color rojo bermellón.

APAGÓN